

Selecta

LA GRAN

conquista

FERNANDA SUÁREZ

Unidos por el amor IV

La gran conquista

Unidos por el amor 4

Fernanda Suárez

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras. Es por eso que en esta novela que está escrita por una autora latina, en este caso mexicana, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedas darle una oportunidad. Y ante la duda, el Diccionario de la Real Academia Española siempre está disponible para consultas.

Prólogo

—¿No te parece un poco prepotente, Emily? Es ridículo, prácticamente aseguras ser la mujer más hermosa de todo Londres, y aunque es cierto que tu cabello rojo, bastante fuera de lo común, es llamativo y muy hermoso, además de tus brillantes ojos azules que, seguro, hechizan a cualquiera, no creo que sea para tanto como para asegurar tan cosa —dijo Lady Elyse a su gran amiga, quien estaba sentada en la cama observando cómo Emily intentaba conquistar su reflejo en el espejo, ya estaba acostumbrada a sus arranques de supremacía, pero la quería demasiado como para juzgarla por ello. Era normal en una mujer que lo ha tenido todo y que ha sido la consentida de la casa sentirse más hermosa o importante que las otras damas de la sociedad y, claro está, también que las demás jóvenes en edad casadera.

—Claro que no, Elyse, ninguna mujer me iguala en belleza y, además, mi padre es uno de los marqueses más importantes en la nobleza inglesa. ¿Por qué crees que a pesar de ser mi primera temporada social ya estoy comprometida? Y el caballero en cuestión es un conde bastante adinerado, ningún hombre es capaz de resistirse a mis encantos. —La joven agitó sus pestañas coquetamente y se sonrió a sí misma, observando atentamente su reflejo en el espejo. Nadie podría negar que era hermosa, por eso le encantaba el color de su cabello, era único.

—Yo no te creo, la verdad. Seguro que el matrimonio con el conde de Dartmouth fue orquestado por tu padre, es demasiado perfecto para ser verdad

—murmuró Elyse emocionada; tenía una idea, iba a enseñarle un poco de humildad a su gran amiga, debía aprender a valorar lo que tenía la suerte de poseer. Su gran amiga se giró y la miró ofendida.

—¿No me crees? Pues bien, aunque mi compromiso aún no ha sido anunciado porque quiero disfrutar un poco más del tiempo de mi primera temporada social, te demostraré que tengo al conde comiendo de mi mano. Solo necesitaré un par de sonrisas y miradas coquetas. —Elyse se levantó de la cama de Emily, donde había estado sentada desde que llegó a visitarla, caminó hasta ella, que estaba sentada frente a su tocador y se miraron fijamente a través del reflejo del espejo.

—No vale la pena si es con el conde, es un hombre que fácilmente caerá, después de todo, ya prácticamente es tu prometido, pero tengo una mejor idea: ¿has escuchado algo sobre Adrián Wadlow? Es el heredero al marquesado de Bristol. —La joven pelirroja frunció el ceño al recordar los rumores sobre el caballero.

—Claro que he oído de él, creo que hasta hace poco llegó a Londres, es bastante grosero y se comporta como si fuese el mismísimo rey de Inglaterra según los rumores, pero ¿qué tiene que ver él en nuestra conversación? —preguntó confundida. Sin embargo, la sonrisa en los labios de su amiga hizo que un extraño cosquilleo atravesara la columna vertebral de Emily.

—Es muy sencillo, mi querida amiga, ahora él será tu conquista, estas comprometida así que no importa si llegas a enamorarlo o no, igual te vas a casar con el conde, solo debes demostrar que eres capaz de conquistarlo y tenerlo comiendo de la palma de tu mano. —Emily se lo pensó por un momento. A decir verdad, no sabía si era capaz de algo así, pero tampoco era capaz de negarse, tal vez era su orgullo, tal vez era otra cosa, pero no podía negarse, debía encontrar la forma de dejar de lado todos sus valores éticos y morales para cumplir con el reto de su amiga.

—Hecho.

Mientras tanto, en Ickworth House, hogar de los marqueses de Bristol,

Adrián Wadlow se tomaba el contenido de su copa de un solo trago, sintiendo como el whisky quemaba su garganta a medida que el líquido avanzaba.

Jaime Liamberton, actual conde de Grosvenor y heredero al ducado de Westnster, relleno su copa.

—¿Qué te preocupa, Adrián? Seguro que tu padre buscará a la mujer indicada, solo tienes que pedirselo, es lo que yo pienso hacer. Además no creo que deje que te cases con cualquier mujer, tienes 31 años, tus padres y todo Londres esperan tu matrimonio, necesitas un heredero, solo pídelo y tu padre lo arreglara. —Adrián negó con la cabeza, apenas conocía a su padre, hacia muy poco que había llegado a Londres, no podía permitir que fuera él quien eligiese su vida. ¿Es justo que a los 30 años conociera a su madre y a su hermana recién casada? No, claro que no, pero ahora lo único que podía hacer era disfrutar del tiempo que tenía a su lado y demostrarles que sus preocupaciones eran infundadas, él era capaz de organizar su futuro.

—¿Quién es la joven más exitosa en esta temporada? —preguntó directamente; su amigo se quedó sin palabras, terriblemente sorprendido. ¿Qué pensaba hacer Adrián? No era una pregunta sencilla, él tampoco había estado en lo que llevaba la temporada, sin embargo, había escuchado rumores. Además, no lo creía capaz de conquistas a la dama más exitosa de la temporada solo porque sí.

—Después de los matrimonios de Lady Dunne, Lady Lowell y tu hermana, posiblemente Lady Emily Beickett, hija del marqués de Launderry. Aunque aún no tengo el placer de conocerla, dicen que es una mujer muy hermosa, tiene un extraño cabello rojo, ojos azules y un perfecto rostro de ángel. —El joven sonrió al escuchar eso, ahora tenía un nuevo propósito, un nuevo proyecto de conquista.

Capítulo 1

Emily observaba su reflejo en el espejo y sonrió complacida, estaba lista; tomó sus guantes y empezó a ponérselos a medida que salía de su habitación, le encantaba asistir a tantos bailes como fuera posible, era emocionante y gratificante ver cómo los hombres, con solo poner un pie en el salón, se acercaban a ella y pedían un baile o coqueteaban ligeramente. Estaba acostumbrada a ser el centro de atención.

—Estás hermosa, hija —dijo su madre, quien la esperaba a los pies de la escalera junto a su padre y uno de sus hermanos. La joven sonrió y dio rápido giro haciendo que su vestido se elevara ligeramente.

—Gracias, madre. Es uno de mis vestidos favoritos; además de que estoy usando las joyas que me regalaste, padre —dijo mirando a su padre; ella echó su cabeza hacia atrás dejando a la vista el delgado collar de oro blanco adornado en el centro con pequeños diamantes alrededor de un zafiro, además de sus aretes a juego. Le encantaba usar aquellas joyas, era el único regalo que había recibido de su padre, que era un hombre poco amoroso, demasiado poco para su gusto. Emily había dedicado su vida entera a intentar agradar a su padre y robar un poco de su atención.

—Oh, estás hermosas, hija —dijo la marquesa intentando evitar que la atención de su hija se centrara en su esposo; lo conocía lo suficiente como para saber que la respuesta no sería agradable y Emily no debía estar triste al momento de entrar en el salón de los condes; sin embargo, su hija noto la

esquiva mirada de su padre y la expresión de cansancio.

—Sera mejor que nos vayamos, los condes de Normanby nos esperan — masculló el marqués. Su paciencia era limitada y ya quería salir de casa, tal vez si se encontraba con el marqués de Bristol podían hablar de negocios, un tema de conversación, sin duda, mucho más interesante que el vestido o las joyas que usaba su hija, joyas que él no había comprado, al menos no directamente.

Al subir al carruaje, Emily se sentó junto a su madre y tomó su mano, sentirla cerca la tranquilizaba, no le gustaba sentir el rechazo de su padre. El marqués se vio obligado a sentarse junto a su hijo, tenía varios asuntos en los que pensar y empezaba a tener dolor de cabeza, así que recostó ligeramente su cabeza en la ventana y cerró sus ojos, necesitaba descansar un poco antes de llegar a su destino.

Emily observó atentamente a su padre y suspiró, físicamente era muy parecida a él, sus ojos azules eran iguales a los del marqués, así como sus labios gruesos y su nariz perfilada, aunque su cabello era rojizo y el de su padre café claro. Llevaba años rogando atención y él nunca se la daba, incluso hasta aceptó un compromiso con un hombre que ni conocía solo por él, odiaba sentirse como una joya a la cual mostrar cuando le era conveniente mientras que el resto del tiempo simplemente dejaba de existir.

Mordió ligeramente su labio, iba a casarse, era su primera temporada y ya tenía un matrimonio arreglado, aunque por suerte había logrado convencer a su padre de darle hasta el fin de la temporada para anunciar el compromiso, así al menos podría disfrutar de lo que una temporada social traía para una joven, como el coqueteo, las invitaciones al té... Era diferente asistir como una joven del mercado matrimonial a hacerlo como una mujer comprometida o casada, pero no conocía al caballero en cuestión y ya se estaba arrepintiendo de haber aceptado.

Al llegar a casa de los condes, bajó del carruaje y tomó del brazo a su hermano al igual que su madre lo hizo con su padre. El conde de Normanby

estaba prácticamente recién casado así que era la primera velada que ofrecía la joven condesa y sus nervios eran más que claros.

—Ella es mi hija, Lady Emily Beickett —dijo su padre haciendo uso de su educación y elegancia; nadie podría negar que era todo un ejemplo de hombre. Emily realizó una perfecta reverencia al igual que la condesa.

—Es un placer —dijo la joven—, es una velada encantadora. —Sonrió a la condesa con confianza y le guiñó un ojo, apenas la conocía pero sabía que aquel pequeño gesto la tranquilizaría lo suficiente como para mantener los nervios a raya y actuar como la noble que era; al principio, ella frunció el ceño ante su acto, pero al ver la sonrisa en los labios de la joven pelirroja entendió su propósito y le devolvió la sonrisa como muestra de agradecimiento.

Entraron al salón y se ubicaron a un lado de la pista de baile, los invitados apenas iban llegando así que aún no habían muchas personas en el salón, por lo tanto, no había ninguna que ella conociera. Aunque no tenía muchas amigas, solo tenía a Elyse y hacía mucho que no la veía, no desde el día en que su amiga propuso aquel descabellado reto que ella aceptó. Cómo le gustaría volver a verla, ahora no estaba tan segura de querer coquetear al heredero del marqués de Bristol, además, extrañaba sus charlas. Últimamente se sentía muy sola.

Varios minutos después, el salón estaba a reventar de gente y ya había sido presentada a varios caballeros, para quienes había reservado uno de sus bailes, pero sorprendentemente, ese día se sentía diferente a como solía sentirse en los bailes a los que había asistido. Hoy no tenía ánimos de sonrisas falsas, charlas superficiales y coqueteos sin sentido, pero ya era tarde para retirarse, estaba obligada a permanecer allí hasta que al menos hubiera participado en todos los bailes prometidos.

A medida que la noche avanzaba, se sentía más que decidida a acabar con el descabellado acuerdo que tenía con su amiga, incluso estaba decidida a hablar con su padre y que su compromiso fuese anunciado de una buena vez. Si

ese era su futuro, pues que así fuera. Ya estaba resignada después de una noche tan solitaria y poco placentera, al menos cuando se casase tendría un poco más de libertad, aunque claro, todo dependía de su esposo, pero esperaba que así fuera.

Se escabulló entre los invitados hasta una esquina alejada, se escondió tras una enorme planta y gruñó, se recostó en la fría pared y suspiró, no sabía lo que le sucedía pero de repente se sentía cansada de la vida que llevaba, desearía poder tomar un descanso pero era algo imposible; tal vez, si se acercaba a su madre y alegaba algún malestar, pudiera al menos volver a casa y escabullirse en su cama, por alguna razón se sentía realmente cansada.

Tomada la decisión, salió de su escondite esperando que nadie la hubiese visto y volvió junto a su madre, quien ya empezaba a buscarla; cuando llegó a su lado, sabía que iba a recibir una reprimenda por su parte, sus ojos se lo decían, pero la presencia de un caballero junto a ella fue su salvación.

—Hija, te estaba buscando, casi que recorro todo el salón. ¿Dónde estabas?

—Ella sonrió y lanzó una rápida mirada al caballero.

—Me refrescaba un poco, lamento no haberte avisado. —Su madre entendió la furtiva mirada de ambos jóvenes y rápidamente se apresuró a presentarlos.

—Milord, permítame presentarle a mi hija, Emily Beckett; hija, te presento al conde de Grosvenor y heredero al ducado de Westnster, Jaime Liamberton.

—Ella hizo una perfecta reverencia a la que él respondió tomando su mano e inclinándose para dejar un pequeño beso en el dorso de esta, ahora empezaba a entender los rumores sobre la belleza de la dama, era una verdadera beldad, un verdadero ángel.

—Es un verdadero placer conocerla, *milady*. —Ella sonrió educadamente y pestañeó coquetamente como siempre solía hacer, era un acto que ya era parte de su naturaleza así que poco importaba quién era el caballero en cuestión, aunque este en especial era realmente apuesto.

—El placer es mío, milord.

—¿Tiene un baile disponible? Porque estaría encantado de disfrutar un baile

a su lado. —Ella revisó su carnet y lo cerró rápidamente, evitando que los demás llegaran a verlo, y soltó un delicado suspiro, negó con la cabeza y puso su mejor cara triste.

—Oh milord, no sabe cómo me gustaría compartir un baile pero me temo que no será posible. —Se abstuvo de dar razones o explicaciones aunque sabía que sus actos podían ser tomados por una falta, pero si las decía entonces nunca podría irse. Además, que al acompañar sus palabras con una tímida sonrisa y un leve pestañeo, tal como imaginó, hizo que su pareja sonriera y evitara pensar en las razones de su rechazo.

—No sabe cómo lamento escuchar eso, así que espero que en otra ocasión tenga la fortuna de compartir un momento a su lado, tal vez pronto, en Hyde Park o alguna otra velada. —Ella sonrió coquetamente mostrándose encantada con la idea; la verdad es que estaba tan acostumbrada a este tipo de escenas que ahora simplemente poco la impresionaban, y sus actos eran más por costumbre que verdadero placer.

—Espero que así sea, milord. —Hizo una perfecta reverencia, él volvió a dejar un beso en el dorso de su mano y desapareció entre los demás nobles; volvió la mirada hacia su madre, quien la observaba con una ceja elevada.

—¿Qué fue todo eso? Aún quedan muchos bailes, seguro que podías compartir uno con él, es muy apuesto, buena posición, gran fortuna, el caballero deseado por toda mujer. —Ella tomó del brazo a su madre y juntas empezaron a caminar hacia la salida, aunque la marquesa aún no se había percatado de ello, tal como quería su hija.

—Sí, sería el esposo perfecto si no fuera porque yo ya estoy comprometida con el conde, ¿o es que te olvidas de ese pequeño detalle? Porque, aunque lo desee, yo no he podido olvidarlo, dime cómo lo logras. —La marquesa suspiró tristemente, había tratado por todos los medios de hacer que su esposo cambiara de opinión y cancelara aquel acuerdo, pero nada había funcionado, estaba más que decidido y ella ya no sabía cómo ayudar a su hija.

—Te lo advertí desde un principio, Emily. Te dije que no aceptarás la

propuesta de tu padre, que te tomaras tu tiempo para pensar y conocer otros hombres, pero no, tenías que hacer lo que él te pedía. Ahora ya no hay salida, al final de la temporada estarás comprometida o, muy posiblemente, casada, aunque no quieras. —Su hija suspiró. Sí, esa era la verdad, había actuado impulsivamente y ahora entendía su error, aunque era un poco tarde para remediarlo, solo le quedaba aceptarlo y enfrentarlo.

—Ya lo sé, madre, no tienes por qué repetirlo una y otra vez, no es algo que pueda olvidar con facilidad tal como te expliqué hace unos segundos. —En ese momento, atravesaron la puerta de salida y la frescura de la noche las recibió, la marquesa notó el cambio y se detuvo abruptamente para volver a mirar a su hija con clara confusión en sus ojos.

—¿Qué hacemos aquí, Emily? Debemos volver al salón, hace frío y no quiero que te enfermes. —Intentó caminar de vuelta a la mansión pero su hija la detuvo, la marquesa la miró con el ceño fruncido, confundida por la actitud de la joven.

—¿Podemos irnos, madre? La verdad es que no me siento muy bien, la cabeza empieza a dolerme, al igual que los pies, quiero volver a casa. —Puso aquella expresión que sabía, podía ayudarla a conseguir sus propósitos y tomó la mano de su madre enfatizando en su deseo por volver a casa. La marquesa suspiró, la verdad es que ella también deseaba volver a casa, ya no tenía la edad para vivir la temporada social de esa forma.

—Bien, yo también me siento un poco cansada, solo hay que avisar a tu padre o a tu hermano y podremos irnos. Le diré al cochero que traiga de vuelta el carruaje una vez nos deje en casa. —La mujer tomó de la mano a su hija, dispuesta a volver al salón. No podían irse sin avisar a alguno de sus acompañantes, pero tal como sucedió un instante atrás, ella se negó a moverse, estaba decidida a no volver al salón.

—¿Por qué no vas tú sola? Prometo esperarte aquí, me ocultaré en aquella columna, nadie me verá, los arbustos me cubrirán. Además, seguro que no tardas. Vi a padre en la mesa de refrescos. —Su madre negó con la cabeza

rápidamente.

—No, no puedo dejarte aquí sola, es peligro y podría provocar un escándalo. No, o vienes conmigo o nos quedamos hasta que tu padre decida irse. —Emily, frustrada, asintió, su madre tenía toda la razón; tomó del brazo a la condesa y juntas volvieron al salón, pero evitaron hablar más de lo necesario con aquellos que se les acercaban. Por suerte, no fue difícil encontrar al marqués, pues tal como dijo la joven, él permanecía junto a la mesa de bebidas hablando alegremente con un caballero.

—Padre —dijo ella a su espalda llamando ligeramente su atención; él giro de inmediato.

—Lord Bristol —dijo su madre haciendo una perfecta reverencia que ella devolvió—, es un placer verle de nuevo, ¿cómo se encuentra Lady Bristol? —preguntó educadamente.

—Lady Launderry, es un placer volver a verla —respondió él inclinando levemente la cabeza en forma de saludo—. Mi esposa está perfecta, gracias por preguntar, debe estar caminando con Anne, mi hija, ¿la recuerda? —Ella asintió con una sonrisa.

—Por cierto —dijo el marqués de Launderry interrumpiendo la conversación—, permítame presentarle a mi hija Lady Emily Beckett —dijo girando levemente y abriéndole paso a su hija al ser presentada—. Él es John Wadlow, marqués de Bristol. —Ella hizo una reverencia, pero a su mente llegó la conversación con Elyse: Adrián Wadlow, futuro heredero al marquesado de Bristol, ¿era posible que estuviera allí? Porque conocerlo justo después de decidir que no cumpliría con el reto podría llegar a ser algo incómodo. No podría mirarlo sin dejar de pensar en que era un simple reto.

—Es un placer, Lady Beckett —giró y su atención volvió al marqués—. Como le expliqué hace un momento, Lord Launderry, pacté con mi hijo no hacer ningún acuerdo sin que él estuviera presente. Es mi heredero y es el momento de que se empape del tema, de las responsabilidades que trae el título. —La joven empezó a temblar e hizo un suave movimiento a su madre,

necesitaba salir de aquel salón, pronto.

—Claro que le entiendo, Bristol, tengo el mismo propósito con mi hijo, pero ¿dónde está? La verdad es que no recuerdo haberlo visto. —El hombre suspiró y se encogió ligeramente de hombros, un movimiento casi imperceptible.

—Lastimosamente no asistió a la velada, se encuentra descansando de su viaje de regreso. Aún no se acostumbra a Londres, pero en cuanto hable con él se lo haré saber y podremos organizar un encuentro para seguir hablando de negocios. —El marqués asintió y tras una leve reverencia por parte de Bristol, este se retiró.

—Deseamos retirarnos —informó la marquesa a su esposo—. Le diré al cochero que regrese con el carruaje en cuanto nos deje en la mansión. —El marqués miró a su esposa con el ceño fruncido, era la primera vez que ella y su hija pedían retirarse mucho antes de que esta terminara. Emily era de esas jóvenes que disfrutaban de todos los bailes, además que solía compartir con varias jóvenes de su edad.

—¿Te sientes bien? —preguntó a su esposa, ella asintió.

—Sí, perfectamente, es solo que Emily se siente un poco indispuesta y quiere volver a casa, ¿hay algún impedimento? —Eso le pareció aún más extraño, pero la verdad es que poco le importaba lo que hiciera o dejara de hacer su hija mientras mantuviera su palabra de casarse con el conde y su reputación no se viese manchada bajo ninguna circunstancia.

—Como quieras. —Tomó una copa de la mesa y desapareció entre los invitados, quería hablar con un par de caballeros antes de retirarse, el tiempo justo para que el cochero volviese con el carruaje.

La marquesa tomó a su hija de la mano, juntas salieron del salón y subieron al carruaje; durante el recorrido, ambas estaban inmersas en sus pensamientos.

Emily mordió ligeramente su labio, preguntándose una y otra vez si estaba haciendo lo correcto, si de verdad el amor no existía o si es que ella simplemente no merecía conocer aquel mitológico sentimiento. Siempre que leía sus amadas novelas se imaginaba a sí misma viviendo una historia de

amor como las que se cuentan en los libros. Aún no podía creerse que hubiera aceptado casarse con un hombre que ni conocía.

—¿Te gustaría ir a Hyde Park mañana? Hace mucho que no llevo a mi yegua a pasear. —Sin prestar demasiada atención a las palabras de su madre, asintió.

Al llegar a casa, fue directamente a su habitación, no quería hablar con nadie, ni siquiera aceptó la ayuda de su doncella para desvestirse. Por suerte, su vestido ataba al frente así que era capaz de hacerlo sola. Se recostó en la cama y se cubrió, quería vivir una aventura, quería tener una historia que contar a sus hijos, si es que llegaba a tenerlos, quería conocer lo que era sentirse adorada, querida, especial, simplemente quería vivir antes de tener que entregarse a los deseos de un hombre, antes de verse obligada a convertirse en una máquina de reproducción. Lo quería todo, pero no tenía oportunidad, así que dándose por vencida, cerró sus ojos e intentó dormir. Tal vez, solo tal vez, algún día su vida cambiaría y podría conocer a un apuesto caballero que la llevase al mismísimo cielo con una sola mirada, con una sola sonrisa, tal vez, algún día, su historia sería otra.

Capítulo 2

—Emily, pediré que nos preparen los caballos, ya quiero salir. Creo que el encierro empieza a agobiarme. Termina de comer y ve a cambiarte —dijo su madre durante el almuerzo. Había olvidado por completo que aceptó ir con ella a cabalgar, y aunque no estaba de ánimos para salir de casa, ya no podía negarse.

Estaba completamente sola en el comedor, así que dejó su plato a un lado, se levantó y fue hasta su habitación, en donde, con ayuda de su doncella, se puso su vestido para montar. Eligió el de color azul, su favorito. Luego continuó con sus guantes y su sombrero, y al salir, su madre ya la esperaba junto a los caballos.

Emily se acercó y antes de montar, acarició el hocico de su yegua que, a pesar de ser de color negro, en medio de los ojos tenía una curiosa mancha blanca. Era un animal muy tranquilo y, por suerte, fácil de llevar; a diferencia de su madre, ella nunca fue una buena amazona aunque le encantaba salir a pasear.

Subió en su yegua y juntas empezaron a cabalgar una al lado de la otra, el tema de conversación carecía de importancia, así que en medio de Hyde Park, Emily detuvo el avance de su yegua.

—¿Y si caminamos un poco? —Con ayuda de uno de los hombres que las acompañaba para encargarse de los caballos, bajó, esperó a su madre y, tomándola del brazo, empezaron a caminar por el lugar.

—Hija, ¿por qué te quieres casar con el conde Dartmouth? Aunque es cierto que he escuchado que es un hombre muy apuesto, joven y con mucho dinero, también me han dicho que es un hombre de carácter fuerte y hasta un poco grosero. ¿Es ese el hombre con quien quieres compartir tu vida? —La tomó de la mano y la llevó hasta una banca donde ambas tomaron asiento. Desde hacía mucho tiempo la marquesa quería tratar ese tema, y sentía que era el momento indicado aprovechando que estaban solas. En la mansión era complicado hacerlo con los sirvientes cerca, siempre informaban al marqués de sus movimientos.

Emily tomó asintió y suspiró, no podía decirle a su madre la verdadera razón de sus actos. Seguro que hasta terminaba enloquecida de la furia. Ella siempre fue quien más le insistió en que aprovechara que su padre prácticamente se olvidaba de ella y le daba más libertad de la que muchas jóvenes gozan. Su padre no reparó en ella hasta el momento en que le pidió que aceptara el compromiso con el conde, solicitud que ella prácticamente aceptó de inmediato.

—Madre, por favor, la verdad es que no quiero hablar del tema, además, la razón no importa, en algún momento iba a tener que casarme, sea con el conde o con cualquier otro caballero. Padre solo me facilitó la tarea. Tengo prometido y no tuve que esforzarme. —Juntó sus manos intentando calmar sus nervios, no le gustaba ese tema de conversación, ya suficiente tenía con estar mortificándose a sí misma con las decisiones tan equivocadas que estaba tomando.

—Como quieras, Emily, será mejor que volvamos a la mansión, ya se me quitaron las ganas de cabalgar. —Se levantó furiosa y caminó hacia donde las esperaba el sirviente con sus caballos; la joven simplemente la siguió, no quería terminar de enfurecerla así que prefirió guardar silencio.

—¡Lady Bristol! —gritaron a su derecha, y ambas damas detuvieron su andar y esperaron hasta que Lord Grosvenor llegara hasta ellas—. Lady Emily, es un placer verlas de nuevo. —Ambas hicieron una reverencia a la que él

respondió educadamente con una leve inclinación.

—Lord Grosvenor, me alegra mucho volver a verlo. ¿Cómo se encuentra usted en el día de hoy? —dijo educadamente la marquesa dejando a un lado la rabia que sentía. A veces esa rabia le provocaba querer ahorcar a su hija, a ver si así lograba hacerla reaccionar. Al menos el joven podía ser una buena distracción.

—Muy bien, gracias, estaba cabalgando con mi gran amigo, y bueno, expresó su deseo por conocerlas, así que aquí estamos. —Se hizo a un lado dándole espacio a un apuesto caballero de cabello castaño y ojos claros, tenían un color muy curioso, tal vez azul, tal vez gris, hermosos sin duda alguna. Además era alto y aparentemente acuerpado, un hombre digno de ser admirado, y su presencia empezaba a llamar la atención de la joven Beckett, nunca antes lo había visto—. Él es Adrián Wadlow, hijo de los marqueses de Bristol. Hace poco llegó a la ciudad. Milord, ellas son Lady Sarah Beckett, marquesa de Launderry, y su hija, Emily Beckett. —Las damas realizaron una reverencia y el joven inclino ligeramente la cabeza.

En ese momento, Emily recordó la conversación con Elise, su amiga, y el acuerdo al que llegaron aquella noche. Tenía frente a ella al futuro marqués de Bristol, al hombre que, se supone, debía conquistar, y aunque no sería un sacrificio hacerlo, no creía que fuera lo correcto. ¿Qué si alguno de los dos terminaba ilusionado con el otro? Ella no quería romper el corazón del joven y mucho menos poner en peligro el propio.

—Es un placer, Lord Wadlow, escuché que llegó a la ciudad hace poco —dijo Lady Sarah con una pequeña sonrisa, era consciente de las miradas que su hija le dedicaba al joven heredero.

—Así es, Lady Launderry. Hace poco llegué a la ciudad. Toda mi vida he estado viajando de un lado a otro pero parece que llegó la hora de sentar la cabeza y hacerme cargo de mis obligaciones. —Parecía un hombre alegre, educado y muy agradable.

Adrián observaba disimuladamente a la joven con clara curiosidad en su

mirada. Sí, ahora entendía por qué decían que era la mujer más hermosa de la temporada. El color de su cabello era único, como un rubí, además de tener un rostro armonioso, como hecho por los mismísimos ángeles; tenía unos ojos maravillosamente azules, eran como el azul del cielo, era la mujer más hermosa que había visto en su vida, treinta años viajando por el mundo y nunca se imaginó conocer una mujer como esa, y precisamente en Londres.

—Entonces debe conocer mucho del mundo, algún día espero conocer algo más allá de la casa de campo de mi familia —intervino por primera vez Emily, fascinada con la idea de algún día viajar por el mundo. Le encantaría conocer nuevos lugares, culturas, pero claro, una dama está sujeta a las decisiones de un hombre.

—Así es, conocer el mundo es maravilloso y espero que muy pronto usted misma pueda corroborarlo. —La mirada de Adrián era penetrante, tanto, que ella tuvo que esquivarla. Se sentía observada, intimidada, lo que nunca le había sucedido con ningún otro hombre, pero claro, no debía enamorar a ninguno, porque empezaba a replantearse la posibilidad de cumplir con su parte del plan.

—¿Asistirá usted a la velada de los marqueses de Carisbrooke? —preguntó la marquesa a Adrián, pero al notar la grosería que acababa de cometer, se giró hacia Jaime y sonrió avergonzada—: por supuesto la pregunta también va para usted, Lord Grosvenor, nos encantaría volver a verlo. —Era la mejor forma de corregir su error y, por suerte, el joven conde no parecía estar tan apegado a las normas de la sociedad londinense.

—Así será *milady*, acompañaré a mi hermana a la velada de esta noche y, bueno, como buen amigo que es Adrián, él me acompañara a mí —dijo Jaime con una coqueta sonrisa en los labios.

—Grandioso, entonces nos vemos esta noche, caballeros. Nosotras nos retiramos, el marqués nos espera en casa, si nos disculpan. —Hizo una reverencia seguida por su hija y, tras despedirse, tomaron sus caballos y volvieron a la mansión. No hubo charla durante el trayecto, ambas estaban

completamente inmersas en sus pensamientos y no pronunciaron palabra alguna hasta que al llegar, se encontraron con el marqués esperándolas en la puerta.

—Quiero hablar contigo, Emily. Te espero en mi despacho. —Dio media vuelta y desapareció por la puerta, dejando a su esposa y a su hija con miles de preguntas rondando por la cabeza.

Sarah estaba preocupada por lo que su esposo quisiera decirle a su hija. La primera y única vez que la hizo llamar fue para acordar su matrimonio. No podía esperar nada bueno de ese nuevo encuentro y si estuviera entre sus posibilidades, entraría con ella, no quería dejarla sola. No si implicaba una decisión como la que tuvo que tomar.

Emily le dedico a su madre una mirada llena de preocupación, no quería ir. ¿Qué si le decía que su compromiso seria anunciado de inmediato o que sería presentada a su prometido? Los nervios empezaban a apoderarse de ella.

—Mamá... —susurró casi sin voz, y corrió a los brazos de su madre, era algo que solía hacer siempre que se sentía de esa forma, como fuera de sí.

—Tranquila, Emily, seguro que no es nada grave, solo no aceptes nada de lo que te proponga, ¿está claro? —La joven asintió—. Bien, entonces ve y reúnete con él, no es buena idea hacerlo esperar, la paciencia no es una característica en esta casa. —La alejo, dejo un pequeño beso en su frente y la guio hacia el pasillo que conducía al despacho del marqués.

Tiempo atrás, si su padre le hubiera pedido que fuera a su despacho a hablar con él, seguro que hubiera sido la mujer más feliz del mundo. Siempre intentó agradarle a y pasar tiempo a su lado habría resultado maravilloso, pero ahora solo quería estar tan lejos de él como le fuera posible, ahora entendía que él nunca le daría el cariño que ella tanto deseaba.

La puerta estaba abierta, así que no se molestó en tocar y entró a pasos pequeños. Se ubicó frente al oscuro escritorio de madera y bajó la mirada, no se atrevía a mirarlo.

—Aquí estoy, ¿para qué me necesitas, padre?

—Tu compromiso —dijo el marqués tranquilamente, dejándola helada—. Hay un tema que necesito tratar contigo— —Ella tomó una profunda respiración antes de atreverse a responder, debía esconder sus nervios e intentar aparentar indiferencia.

—¿Qué sucede? —preguntó elevando su rostro y mostrando la mejor de sus sonrisas, esa que solía usar siempre que se encontraba en presencia de algún caballero.

—Puede que el conde de Dartmouth ya no sea tu prometido— —Ella frunció el ceño confundida, eso sí no se lo esperaba.

—¿Cómo así? Pensé que el compromiso ya estaba arreglado, que lo único que faltaba era hacerlo público. —Eso fue lo que le dijo cuando le informó sobre su inminente boda. Ya hasta se había imaginado vestida de novia y caminando hacia el altar. ¿Qué pudo haber cambiado en tan poco tiempo?

—Así era, pero la verdad es que no he tenido tiempo para hablar con el conde e informarle que su proposición ha sido aceptada. Ahora el dilema es que me llegó una proposición nueva, otro caballero desea tenerte como su esposa y ha hecho una propuesta de lo más interesante— —Emily sentía que todo a su alrededor empezaba a darle vueltas, de repente ya sus piernas no podían sostenerla y sus manos no dejaban de temblar, se dejó caer en una de las sillas, presa de los nervios, pero en ningún momento dejó de mirar a su padre, como esperando que sus palabras fueran solo una broma de mal gusto.

—¿Otro caballero? ¿Quién? —preguntó en un susurro. Necesitaba conocer la respuesta, debía saber a qué se enfrentaría.

—No puedo responder a ello, el hombre en cuestión desea permanecer en el anonimato. Además, el compromiso es para su hijo, solo necesitas saber que es joven, heredero a un título muy importante y a una inmensa riqueza. —Sus palabras la hirieron y, dejando a un lado toda la estupefacción que sintió instantes atrás, furiosa, se puso de pie y se cruzó de brazos.

—¿Entonces qué hago yo aquí? No es para saber el nombre de la persona que está interesado en mí, eso seguro, porque no creo que me vayas a

preguntar si deseo o no casarme con quien sea que haya presentado la propuesta. —Se sentía usada, le daban la misma importancia de un mueble o un caballo vendido al mejor postor.

—Sencillo, Emily, te estoy avisando de que aún no he decidido quién será tu esposo. Puede que sea Dartmouth, puede que no; estoy intentando elegir la mejor opción, así que eres libre, por ahora. No estás comprometida con nadie. Te avisaré de mi decisión en cuanto hable con ambos caballeros y logremos llegar a un acuerdo. —Sin esperar a que le dieran permiso y sin molestarse en pedirlo, dio media vuelta y salió del despacho prácticamente corriendo. Seguro que para su padre ese comportamiento era reprobable, aunque poco le importaba.

Al llegar a su habitación, cerró la puerta con fuerza y se dejó caer en la cama, no quería llorar, eso sería como caer derrotada, pero el dolor que tenía en el pecho era tan fuerte que amenazaba con romperla en cualquier momento. De verdad pensó que podía llegar a ganar la confianza y el amor de su padre, había hecho todo cuanto estaba entre sus posibilidades para, tarde, entender que era algo completamente inútil. Muy tarde. Había aceptado incluso casarse, una decisión que la perseguiría por el resto de su vida, y al final no había logrado nada.

Se abrazó a sí misma y mordió ligeramente su labio. No iba a llorar, esa noche asistiría a la velada de los marqueses y luciría tan hermosa como ninguna otra. Conquistaría a Adrián Wadlow, iba a demostrarles a todos que ella podía tener al hombre que deseara, podría ser que incluso hasta el heredero de los Bristol pidiera su mano en compromiso. Estaba decidida a hacerlo.

Rápidamente se levantó y llamó a su doncella. Se pondría su mejor vestido, el azul claro con encaje en el pecho, aquel traje marcaba perfectamente su figura, además de que el azul era el color que le quedaba. Quería un peinado diferente, que enmarcara el inusual rojo de su cabello, así que su doncella dejó parte de sus ondas cayendo libremente por la espalda y añadió pequeñas

flores del mismo tono del vestido. Para finalizar, la marquesa le prestó un lindo conjunto de zafiros. El collar era delgado y sencillo, al igual que los aretes, pero no por eso dejaba de ser hermoso. Sencillo pero elegante.

Cuando estuvo lista, fue hasta la habitación de su madre, quien al verla, se convenció aún más de que Adrián Wadlow había llamado la atención de su hija, y con más razón tras el aviso del marqués. Estaba feliz, esperanzada, y si algo llegaba a surgir entre Emily y el caballero en cuestión, sería ella misma quien los uniera para toda la vida.

Sarah, al igual que su hija, años atrás, cuando apenas era una joven soñadora recién presentada en sociedad, se enamoró perdidamente de un hombre que la cortejó con tal cariño y esmero que, sin dudarlo, aceptó ser su esposa, convirtiéndola así en la marquesa de Launderry, madre de tres hermosos hijos, pero nunca fue la receptora del amor con el que tanto soñó. El marqués que conoció no era el mismo al que estaba unida de por vida, apenas sí lo reconocía en las noches que en las que visitaba su habitación. Al bajar del carruaje, tomó el brazo de su esposo y acarició ligeramente su mano, no solo iba a convertir a su hija en la mujer más feliz del mundo al unirla a un hombre que la amara con todo su corazón, sino que ella misma estaba decidida a reconquistar a su esposo. Tal vez así lograba convencerlo de entregar a su hija solo a aquel que fuera digno de ella.

Emily caminaba un par de pasos por detrás de sus padres, no quería ir demasiado cerca porque quería estar tan lejos como fuera posible de su padre. Sabía que frente a él no podría actuar con normalidad si llegaba a encontrarse con Adrián.

En cuanto entraron al salón, ella enderezó su espalda, alisó la falda de su vestido y puso su mejor sonrisa. Esa noche en especial sería la dama perfecta, no habría peros en su comportamiento, se convertiría en la mujer que todo hombre desea tener a su lado, pero que solo uno tendría ese placer. Aunque claro, no iba a lastimar sus pies participando en todos los bailes solo por querer agradecer a un hombre, solo aceptaría a aquellos con quien de verdad

quisiera bailar, ya no era la misma mujer que complacía al mundo solo porque su posición la obligaba.

—Lady Beckett —dijeron a su espalda. Ya el primer baile había empezado así que ella disfrutaba de la vista más allá de uno de los enormes ventanales; se giró y sonrió a su nuevo acompañante.

—Lord Wadlow. —Hizo una pequeña reverencia, pero él rápidamente tomó su mano enguantada y dejó un pequeño beso en el dorso de esta sin dejar de mirar sus ojos.

Adrián, por primera vez en años, asistió voluntariamente a un baile Nunca le gustaron ese tipo de eventos, las sonrisas falsas, las conversaciones sin sentido... era una práctica que no solo se usaba en Londres sino también en muchos lugares del mundo.

—¿Puedo pedir el siguiente baile? —preguntó con una sonrisa coqueta. Estaría encantado si lograba conquistar el corazón de la dama, además, tenía una carta bajo la manga: primero la enamoraría, luego, si se sentía a gusto con ella, la haría su esposa, si no, la dejaría libre y se buscaría a otra.

—Este apenas empieza, milord. Será un placer reservarle el siguiente baile, pero me temo que tendremos que esperar bastante tiempo. —Tomó su bebida y le dio un pequeño sorbo, si algo aprendió de los hombres en el poco tiempo que tenía tratando con ellos, es que se sienten halagados cuando una mujer les presta más atención de la debida, así que, arriesgándose a parecer inmoral o atrevida, empezó con su plan.

—Bueno, tal vez, durante ese tiempo, usted y yo podemos hablar un poco, conocernos. ¿Le parece bien? —Ella lo miró con una pequeña sonrisa, esa no es una propuesta que se considere decente a los oídos de muchos pero, para ella, era un buen inicio.

—Me encantaría. —Y aquellas dos palabras fueron el inicio de la que puede ser la gran conquista, tal vez la más importante, tal vez la primera, tal vez la única, pero sin duda alguna, será la que marque el inicio de una nueva historia.

Capítulo 3

—¿Por qué viajar por el mundo? Tengo entendido que prácticamente nunca estuvo aquí en Londres, y aunque no llegue a conocer a su hermana, dicen que antes de casarse con el conde de Coventry, solo asistía con su madre o su padre a los eventos sociales —dijo ella. Habían decidido hablar un poco, estaban a la vista de todos y la marquesa estaba cerca, así que no era nada indebido, una pequeña charla para conocerse un poco el uno al otro antes del baile.

El joven intento no demostrar lo que la pregunta de ella provocaba en él, aunque debía entenderla, esa era la duda que todo Londres tenía: a pesar de saber que el marqués de Bristol tenía un hijo, nunca lo vieron, él ni siquiera conoció a su madre y a su hermana hasta el día que volvió a Inglaterra, treinta años de vida y era la primera vez que pisaba su tierra.

—Bueno, ese tema es un tanto complicado —dijo para empezar, pero estaba dispuesto a contar la verdad. En teoría, no fue su culpa estar tanto tiempo lejos, se puede decir que fue porque nunca tuvo la valentía suficiente para negarse a todas las imposiciones de su padre sin imaginarse por lo que sus mujeres estaban pasando.

—Lo siento mucho, no debí preguntar, tiene toda la razón, fue muy imprudente por mi parte, es solo que su presencia ha causado un verdadero revuelo, pero prometo no volver a preguntar. —Adrián negó con la cabeza.

—No, Lady Beickett, le aseguro que no me molesta su pregunta. De hecho,

admiro que haya sido la primera valiente en preguntar, le aseguro que todos en este salón desean saber la respuesta pero pocos se atreverán siquiera a intentar formularla, solo se quedaran allí, sentados, esperando que les llegue algún rumor para saciar su curiosidad. O incluso pueden haber sido ellos quienes iniciaron el rumor de que me tenían escondido en algún lugar del mundo porque la piel se me caía a tiras, incluso escuché que no venía a Londres porque tenía una extraña enfermedad contagiosa. —Sin poder contenerse, Scarlett soltó una carcajada, y aunque intentó cubrir su boca para evitar un escándalo, le fue imposible detener la risa que le provocaron sus palabras.

—Yo también escuché eso —dijo entre risas—, pero, la verdad, nunca llegué a creer que la razón por la que no vivió aquí fue por una enfermedad—
—Su compañero sonrió encantado al verla. Parecía tan tranquila, seguro que ninguna mujer reiría así en público y a ella parecía simplemente no importarle.

—Pues ciertamente no es así, al escucharlo se puede decir que reí con tanta fuerza como acaba de hacerlo usted. —En ese momento, la risa de la joven se detuvo y sus mejillas empezaron a teñirse de un fuerte rojo.

—Yo... —A Emily no se le ocurrió decir nada que pudiese sonar inteligente, no tenía excusa, simplemente no pudo evitar hacerlo y solo hasta ahora notaba lo lejos que estaba de parecer una gran dama.

—No se preocupe, Lady Beckett. Tiene usted una sonrisa muy hermosa y es un placer que la comparta conmigo. —Aunque quiso evitarlo, sus mejillas ardieron una vez más y lo único que pudo hacer fue bajar la cabeza y respirar profundo intentando calmar los latidos de su corazón. «Es solo un hombre coqueto, su propósito es tener a sus pies a toda la que se le atraviese», se decía, pero seguía decidida a ser ella quien lo pusiera a sus pies.

—Mejor hablemos de otra cosa: ¿qué le ha parecido Londres? Llega usted en plena temporada social.

—Oh no, usted quería saber sobre mis viajes y estoy dispuesto a contarle; nunca estuve en la ciudad porque mi padre así lo quiso. El marqués de Bristol

ha cambiado mucho. En su momento me dijo que lo mejor era permanecer alejado de todos, así que luego de estar en la universidad me dio todo para viajar a donde quisiera, como la India o las colonias en América. Lo más cerca que estuve fue Escocia. —La curiosidad brilló en los ojos de Emily de tal forma que Adrián deseo contarle todo, enseñarle el mundo con sus palabras si así podía acercarla al menos un poco al mundo que hay más allá.

—Me parece emocionante, la verdad; supongo que ahora la vida le ha de parecer simple y demasiado tranquila, lo más emocionante que sucede en este lugar son los escándalos que a veces muchas parejas suelen protagonizar. —Él asintió, eso lo tenía claro, pero era el momento de organizar su vida, no podía seguir viajando como si nada lo atara, tenía una familia, una madre y una hermana que quería conocer.

—Sí, la verdad es muy emocionante pero regresé para quedarme. Digamos que me cansé de andar de un lado para otro. Quiero estar aquí junto a mis padres, especialmente junto a mi madre y mi hermana, y más ahora que está embarazada —dijo con ternura. La emoción que sintió al ver a su hermana por primera vez fue indescriptible, era tan hermosa... Podía decirse que tenían cierto parecido en el rostro. Anne era tan tierna, tan cariñosa. Ahora que la tenía cerca no quería separarse de ella.

—¡La condesa de Coventry está embarazada! Que noticia tan maravillosa, aunque no llegué a conocerla, dicen que es una mujer realmente agradable y espero algún día conocerla. —Emily no había notado que el siguiente baile estaba por empezar hasta que el joven la tomó de la mano y la llevó a la pista de baile, en donde ambos se posicionaron para una contradanza.

—Así es, está embarazada, seré tío. —Ambos empezaron a moverse al ritmo de la música con tal elegancia que parecían gozar de una gran sincronía, como si fueran uno solo.

En aquel momento prefirieron guardar silencio y disfrutar del momento, de la música, de la compañía, de la forma en que sus ojos se conectaban por sí solos, como si estuvieran destinados a encontrarse.

Ella realizó un suave y delicado giro que hizo que la mano del caballero terminara en su pequeña cintura; su mano se aferró al femenino cuerpo de la dama y sonrió encantado al sentir cómo su cuerpo temblaba, pero Emily no estaba dispuesta a ser la única en sentirse a punto de caer por un precipicio.

—He de suponer que su regreso también estuvo influenciado por su deber de buscar esposa, incluso puede que su futuro sobrino haga que renazca en usted el deseo de tener sus propios hijos. ¿Está buscando esposa, milord? —Sus palabras, sin duda alguna, podían ser calificadas como indebidas, con mayor razón teniendo en cuenta que era una joven recién presentada en sociedad quien las pronunciaba, lo que causó diversión en Adrián, nunca creyó encontrarse con una mujer tan directa que no temiera decir lo que pensaba.

—¿Alguna razón en especial para hacer tal pregunta? Tal vez ahora formo parte de su lista de posibles esposos... Dígame, *milady*, ¿acaso le gustaría ser mi esposa? —Ella pestañó coqueta, el baile estaba por terminar, era el momento de huir, la conversación acababa de salirse de las manos, era el momento de evadir las preguntas y sonreír.

—¿Es una pregunta o una propuesta, milord? Porque de ser la segunda opción, me temo que primero tendrá que hablar con mi padre. —Emily estaba lista para hacer los últimos movimientos, una reverencia y escapar. Creyó ver a su madre cerca de una de las ventanas, seguro que podía refugiarse allí con ella.

—¿Le gustaría que fuera una propuesta? —Adrián la acercó un poco más de lo debido, pero fue un movimiento tan pequeño que pasó desapercibido frente a los ojos de los demás invitados.

—¿Acaso lo es? —preguntó ella de vuelta, elevando ligeramente su ceja derecha y volvió a sonreír al ver el rostro de Adrián. Al parecer el futuro marqués se estaba divirtiendo con la extraña conversación que estaban manteniendo, así que, disimuladamente, respiró muy profundo; no iba a permitir que él descubriera cómo le afectaba su cercanía y aun más sus palabras. Estaba decidida a simular tal tranquilidad e indiferencia que su

pareja debía pensar que estaba fallando estrepitosamente en su intento por tenerla a sus pies, sin saber que a los ojos del caballero, era esfuerzo perdido.

—¿Sería aceptado? Porque ahora que lo pienso, hace un segundo, usted hablaba de los escándalos. Tengo entendido que aquí, ciertos actos llevarían a una pareja al matrimonio; de hecho, hasta mi hermana terminó casada a causa de un escándalo. Si quiero evitar riesgos, podría besarla aquí mismo, en medio de todos. Así, en menos de lo que se imagina, terminaría convertida en Lady Emily Wadlow, futura marquesa de Bristol... ¿Le gusta la idea, *milady*?

—Justo en ese momento, la música se detuvo y todos los participantes del baile realizaron una reverencia terminando así el encuentro, pero antes de buscar a su madre, Emily se acercó a él y susurro muy bajo para no ser escuchada:

—Si es eso lo que desea, milord, hágalo, nada lo detiene, pero de lo contrario, lo mejor será no llamar la atención. No queremos terminar casados involuntariamente, ¿verdad? —realizó un pequeño y disimulado guiño, hizo una reverencia y, dando media vuelta, fue hasta donde se encontraba su madre, dejándolo completamente estupefacto. Ahora entendía que no todas las jóvenes eran poco interesantes y simplonas. Acababa de conocer a una mujer atrevida, emocionante, activa, a su lado nadie podría aburrirse. Había hecho lo correcto, pero necesitaba conocer a esa mujer antes de tomar cualquier decisión.

Emily, caminó entre la multitud con calma y gracia, hasta que llegó junto a su madre, la tomó del brazo y dándole la espalda a los invitados, respiró profundo repetidas veces. La marquesa, al verla, frunció el ceño confundida, parecía alterada.

—¿Sucedo algo, Emily? —preguntó extrañada. No recordaba verla así, siempre parecía tan segura de sus movimientos que nunca imaginó que algo podía llegar a afectarla de tal forma. Incluso en algún momento llegó a pensar que era imposible encontrar algo que la hiciera sentirse fuera de lugar.

—¡Ese hombre engreído! —Sus palabras fueron pronunciadas en un tono más

alto del que pretendía, pero pudo respirar tranquila al ver que nadie lo había notado.

—¿Qué hombre, de qué hablas? Hace un segundo estabas bailando con Adrián Wadlow y parecías muy tranquila, incluso se podía decir que disfrutabas de su compañía. ¿Fue él quien te causo algún malestar? —La marquesa intentaba elegir cuál era la mejor respuesta, pero decidió que fuese cual fuese, estaba feliz; en caso de ser negativa, era obvio que su hija se mentía a sí misma intentando ocultar algo; y si era positiva, entonces el caballero en cuestión estaba causando un par de males en ella.

—Ya no importa, madre. —Regresó la vista a los invitados y sonrió como toda una joven deseosa de un matrimonio, pero no iba a dejar de lado su plan, iba a hacer que ese hombre pagara por lo que estaba causando en ella, necesitaba un compañero para su próximo baile, y pronto. Había estado tan concentrada en ese hombre que no se había preocupado por llenar su carnet de baile.

Observó a los presentes, intentando encontrar un caballero. Casi saltó de la emoción al ver al marqués de Chelmendley, hermano mayor de su gran amiga Elyse. Lo conocía desde hacía muchos años, seguro que si se acercaba y hablaba un poco con él, la invitaría a bailar. Seguro que hasta podía coquetear un poco con él después de explicarle un poco la situación, claro, jamás podría interesarse en él, prácticamente la había visto crecer, eran como hermanos.

En cuanto la mirada del marqués se posó en ella y movió ligeramente la cabeza a forma de saludo, Emily, disimuladamente movió su mano pidiéndole que se acercara y él no dudó en ir hasta ella.

—Lady Emily, hace mucho que no la veía, ya no suele visitar a Elyse con tanta frecuencia —dijo él tras hacer una pequeña reverencia.

—¿Su hermana asistió a la velada? —Le encantaría hablar con ella. Después de todo, era la causante de todas las locuras que estaba haciendo últimamente.

—Lamento decirlo pero no, esta noche se encontraba un poco indispuesta y prefirió quedarse en casa. —Emily lanzó una mirada a su alrededor y notó que

pronto empezaría el siguiente baile, era ahora o nunca.

—Milord, yo sé que eso le va a parecer un poco extraño y fuera de lugar, pero necesito pedirle un favor, si no estuviera desesperada no se lo pediría. —Chelmendley la observó con preocupación y rápidamente asintió.

—¿Qué sucede, en qué puedo ayudarle? —preguntó de inmediato. Si no la ayudaba, seguro que su hermana terminaba ahorcándolo.

—¿Podría compartir conmigo el siguiente baile y seguirme si llego a coquetear con usted? Sé que debe pensar que he perdido la cabeza, pero la verdad es que... —El marqués la silenció al mover su cabeza en forma negativa.

—Vivo con Elyse, ¿olvidó que en muchas oportunidades fui yo quien terminaba librándolas a usted y a mi hermana de los problemas? No se preocupe, no quiero morir a manos de mi hermana, así que no necesito explicaciones, será un placer bailar con usted. —Lo más seguro era que la razón fuera un hombre, lo cual, sería normal, pero él no tenía ningún problema en ayudarla mientras no se viera implicado en algún malentendido. Estaba acostumbrado a las locuras que solían ocurrírseles a las mujeres.

En cuanto las parejas empezaron a ubicarse, Emily no pudo evitar ver cómo Adrián estaba a punto de bailar con una joven. No la conocía pero era, sin duda alguna, una mujer hermosa, cabello claro y ojos verdes. Fue como si algo naciera en ella al verlo; tomó la mano del marqués y tomando su lugar, empezó a moverse, sin dejar de ver su objetivo.

Cada vez que sus ojos se encontraban, ella empezaba a hablar y reír como si la conversación fuera de lo más interesante, mientras que él coqueteaba descaradamente con su joven pareja siempre que ella los observaba; un juego que aunque para muchos pasó desapercibido, no fue así para Sarah, aunque había decidido no intervenir. Si su hija terminaba casada con un anciano o con el joven heredero, tenía que ser exclusivamente por su elección, cada quien debe cometer sus propios errores para poder aprender de ellos.

Para Emily, el baile fue eterno, se sentía ahogada e increíblemente cansada

después de tan solo haber bailado en dos ocasiones, pero quería escapar, tomar aire fresco, pasear un poco sin tener que sonreír como estúpida y caminar tan erguida como una vara. Aunque su estado de ánimo en algo pudiera haber sido afectado por la presencia de Adrián, quien no dejaba de mirarla aun cuando compartía el baile con otra dama.

En cuanto la música se detuvo, poco le faltó para salir corriendo, pero haciendo un último esfuerzo, hizo una reverencia y sonrió a marqués.

—Muchas gracias y, por favor, dígame a Elyse que pronto iré a verla. La he echado de menos y me gustaría hablar con ella. —El marqués asintió y le tendió su brazo invitándola a tomarlo.

—Le daré su mensaje, permítame acompañarla hasta su madre. —Ella miró a su alrededor y después de asegurarse que nadie los observaba, negó con la cabeza y poniendo su mano sobre el brazo del marqués, sonrió.

—No se preocupe, no tiene que molestarse, iré a buscar algo de beber y luego vuelvo junto a mi madre, ya lo he entretenido durante mucho tiempo. — Sin darle tiempo para formular una réplica, la joven simplemente se despidió y desapareció entre los invitados, dejándolo con la palabra en la boca, aunque era consciente que no podía simplemente desaparecer.

Caminó por el salón, intentando encontrar la mejor ruta de escape, aunque en más de una ocasión tuvo que escabullirse hasta alguna esquina tan rápido como le fue posible al ver cómo algunas personas intentaban acercarse a ella. Al encontrar lo que buscaba, fue hasta su madre, tampoco podía dejar que esta se preocupara innecesariamente.

—Iré a caminar un poco —informó al acercarse—, prometo no tardar. — Intentó dar media vuelta e irse pero la marquesa rápidamente la tomó del brazo y la detuvo.

—No puedes salir, Emily, es peligroso e indebido. ¿Qué si te atacan? No, no saldrás del salón, suficiente con que camines libremente entre los invitados, vas a terminar causando un escándalo y sabes que puede ser un problema, uno grave.

—No va a pasar nada, madre, estaré sola. Además no pienso salir del jardín, solo voy a caminar un poco, necesito aire libre. Solo vine a avisarte para que no te preocupes si no llegas a verme, no tardaré. —En ese momento, su padre se acercó, así que Sarah no tuvo más opción que guardar silencio y ver cómo Emily desaparecía de su vista. Solo rogaba al cielo que de verdad sus ganas de respirar aire libre no terminaran causándole problemas.

En cuanto la joven logró salir del salón y sintió el frío de la noche golpear su rostro, tomó una profunda bocanada de aire, era refrescante, liberador; tomó su falda y la levantó unos pocos centímetros para no correr el riesgo de ensuciarla con tierra. Mientras, poco a poco, empezó a adentrarse en el jardín apenas alumbrado, le encantaban las flores, si fuera su decisión, no saldría de la casa de campo, la gran variedad de plantas la fascinaban.

Se acercó a uno de los árboles más grandes que encontró y con sus dedos, tocó el grueso tronco. De pequeña solía escalarlos, en muchas ocasiones terminaba lastimándose las manos o las piernas, pero ni eso lograba detenerla. Verlo todo desde arriba era una perspectiva mucho más placentera.

—¿Por qué tengo la sensación de que la sensatez no es precisamente su mayor cualidad, Lady Beickett? —dijeron a su espalda sacándola de los recuerdos.

Capítulo 4

—**R**espóndame una cosa, Lord Wadlow: ¿es una costumbre suya perseguir a las damas? Porque puede ser algo un tanto incómodo —respondió ella girándose. Se cruzó de brazos y lo observó, esperando encontrar un gesto, una mirada, algo que la ayudara a entenderlo. No era normal que un caballero mostrase tal interés en una dama, y menos siendo el hombre en cuestión uno de los tan codiciados solteros; y la joven, una mujer en busca de matrimonio.

—Bueno, debo admitir que no tengo respuesta a ello, aunque se puede decir que soy nuevo en esto de perseguir a las damas. De hecho, son ellas las que suelen perseguirme, pero es que en esta ocasión no pude abstenerme. Como buen caballero que soy, asisto a una dama si esta se encuentra en peligro y necesita de mi ayuda. —La oscuridad del lugar dificultaba la posibilidad de ver sus rostros claramente, lo que convertía aquel encuentro en algo demasiado peligroso para el bienestar de ambos.

—Interesante, pues es usted todo un caballero, un ejemplo a seguir, pero tengo una duda: ¿quién le dijo a usted que yo me encontraba en peligro y necesitaba ser salvada? No recuerdo haber pedido compañía y mucho menos, escolta. —Elevó su ceja derecha y sonrió burlona. Sí, estaba intentando provocarlo, estaba preparada para enloquecer a ese hombre.

Adrián rio al escucharla, nunca pensó que su compañía sería rechazada de una forma tan directa y poco delicada cuando un par de minutos atrás, la misma dama coqueteaba descaradamente con él.

—Bueno, no es que usted lo haya pedido, es solo que yo no puedo permitir que una dama respetable esté sola en un jardín tan grande, puede ser peligroso. Solo quiero protegerla, *milady*, resguardarla. —Ella se acercó un par de pasos a él, aunque sus cuerpos no llegaban a rozarse, la presencia de uno tan cerca del otro era innegable, así como los estragos que estaba causando, los corazones acelerados, las manos temblorosas, las miradas furtivas a unos labios llenos de tentaciones.

—¿Está seguro de que su deseo es salvarme de los males que habitan en las oscuridades londinenses? A mí me parece más peligrosa su presencia, milord, teniendo en cuenta que, una dama respetable como yo, no debería estar en compañía de un hombre. Mucho menos sin la presencia de una carabina que vele por mi virtud. —Era lo más descarado que había dicho en su vida. Emily se sentía como una desvergonzada, pero debía admitir que la mirada de Adrián, llena de, lo que suponía, era lujuria, la hacía sentir tan especial... como una verdadera mujer capaz de despertar el deseo en cualquier hombre.

—*Milady*, claramente acabo de decirle que vine con el propósito de cuidarla de los peligros que pueda encontrarse, no de los peligros que yo pueda provocarle. Lamento informarle que, de esos, tendrá que cuidarse sola. —En ese momento fue él quien se acercó. Sus cuerpos estaban a menos de un centímetro de distancia, incluso sus ropas ya chocaban entre sí pero ella no retrocedió, no se permitió moverse, no quería, a pesar del peligro que ello significaba.

—¿Acaso desea terminar comprometido conmigo? Porque habría sido más sencillo besarme durante el baile. A menos que grite, es difícil que alguien llegue a encontrarnos en una situación comprometedora. —Estaba nerviosa, sentía que en cualquier momento podría terminar desmayada después de tantas emociones, estaba perdiendo el manejo de su cuerpo, parecía que en cualquier momento se lanzaría a sus brazos.

Adrián estaba tentado a besarla, necesitaba besarla, con solo mirarla fue como si todo él deseara tomarla entre sus brazos y llevarla a la locura,

demostrarle el verdadero peligro que corría a su lado.

—Bueno, si mi hermana se casó a causa de un escándalo y su matrimonio es uno de los más felices que he visto en mi vida, creo poder sobrevivir a algo así si me espera un desenlace placentero. ¿Usted no lo quiere? —Emily se encogió ligeramente de hombros.

—Pues la verdad, no. Usted debe tener en cuenta que las consecuencias de un escándalo para una mujer son mucho peores en comparación a las de los hombres. Aquí somos nosotras las culpables, por descaradas. Así que prefiero un compromiso tradicional, lejos de los escándalos.

—Creía que las jóvenes en sociedad buscan un matrimonio con el mejor postor a pesar de cómo se dé lugar, incluso a través de un escándalo. ¿O me vas a decir que muchas no buscan ser encontradas en una situación comprometedoras con tal de atrapar un noble? —Esa fue la primera advertencia de su madre, que no se dejara atrapar por esas víboras en busca de marido. Casi que le dijo: «huye de ellas como si fuera la peste».

—Sí, así es, pero yo no formo parte de ese tipo de mujeres. Eso sí, déjeme advertirle que si lo que desea es evitar una situación de esas, lo mejor será que este tipo de encuentros no se repitan, ni conmigo ni con ninguna otra dama.

—Adrián, sin previo aviso, levantó una de sus manos y acarició delicadamente el mentón y la mejilla de la dama sin dejar de ver sus gruesos y rosados labios. Observó fijamente sus ojos, como esperando una pequeña señal de que no sería rechazado, pero la mirada de la dama era indescifrable.

—En eso tiene razón, solo que tal vez, es usted la única mujer a la que deseo perseguir. Este encuentro se me está haciendo de lo más interesante, no veo por qué no repetirlo —Emily sentía un extraño hormigueo justo allí donde acariciaba su acompañante. Además, su vientre parecía experimentar lo que podía tomarse como un vacío, un cosquilleo, no sabía cómo describirlo, pero era inigualable.

—¿Así que esta es una persecución? —preguntó curiosa; ahora más que nunca necesitaba huir, sus piernas empezaban a temblar y temía que la

situación llegara demasiado lejos, a un punto en el que le fuera imposible controlarla.

—Puede decirse que sí. Debo admitir que en cuanto la vi quedé completamente idiotizado por su belleza. Disculpe mi vocabulario, pero el punto es que ahora siento que debería estar aún más cerca de usted. —Con su mano libre, tomó la pequeña cintura y con un ligero impulso, unió sus cuerpos. Podía sentir los fuertes latidos del corazón de la dama golpeando contra su pecho; su aroma le parecía conocido, era a flores, aunque le costaba identificar cuál.

—Tal vez es demasiada cercanía, milord. Le aseguro que hay mujeres mucho más hermosas y permítame aconsejarle que no se deje encandilar por un bello rostro, nunca se sabe qué tipo de mujer puede haber tras él. —Con un suave movimiento, se liberó de su agarre, por suerte él no estaba ejerciendo una gran fuerza. Dio un paso atrás, dejándolo con sus manos en el aire e hizo una reverencia con una sonrisa burlona.

—¿Y qué hay detrás de un rostro tan angelical como el suyo, Lady Emily? No puede ser nada malo, si hasta parece un ángel. —Aunque intentó evitarlo, sus labios se curvaron en una sonrisa, no podía mostrar indiferencia ante unas palabras tan hermosas pronunciadas por un caballero tan apuesto como él

—Será mejor no descubrirlo, hasta una próxima oportunidad, Lord Wadlow. —Sin darle tiempo a hablar o detenerla, salió corriendo y no se detuvo hasta que estuvo frente a la puerta de entrada del salón. Tuvo que detenerse y tomar una profunda bocanada de aire para recuperar el aliento. Pasó la mano por su frente asegurándose de no estar sudada y sacudió suavemente su falda intentando no arrugarla, no podía permitirse el entrar con tierra en su falda o agitada. El hecho de no verla en una situación comprometedor no significaba que no pudieran empezar miles de rumores sobre ella, solo necesitaban una falla en su comportamiento o en su forma de vestir y estaría perdida.

En cuanto creyó estar lista y su respiración se normalizó, entró en el salón con elegancia, gracia y tranquilidad, volvía a ser la dama con reputación

intachable. Además, la dulce sonrisa de sus labios ayudaba en su propósito.

Encontró a su madre justo donde la dejó. La marquesa pareció calmarse visiblemente al verla, la tomó del brazo y la llevó hasta una esquina alejada.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando al desaparecer por tanto tiempo? Tu padre estuvo preguntándome por ti y no sabía cómo responder. ¿En dónde estuviste y por qué tardaste tanto? Vas a acabar conmigo —dijo furiosa; sentía morir cada vez que paseaba por el salón sin llegar a encontrar a su hija, desapareció por mucho tiempo y era probable que alguien hubiese notado su ausencia. No era propio de ella no participar de los bailes.

—Cálmate, madre, lo importante es que ya estoy aquí. Solo paseé un poco por el jardín y me entretuve con las flores que la marquesa tiene sembradas, son hermosas. Será mejor que nos acerquemos, empiezan a mirarnos raro.

Un par de horas más tarde, ya bien abrigada bajo las mantas de su cama, Emily pensaba una y otra vez en lo sucedido en el jardín de los marqueses de Carisbrooke. ¿Cómo fue que pudo permitir que ese hombre se le acercara tanto? ¡Estuvo a punto de besarla! No, no podía permitir que su primer beso sucediera en medio de un lugar desolado, apenas en compañía de un par de flores y cubiertos por la oscuridad. El día que se atreviera a besar a un hombre, sería al que hubiese elegido como su compañero de vida.

Mordió ligeramente su labio y acarició aquel lugar en el que horas antes habían estado las manos de él. Fue tan cariñoso, tan especial, jamás podría olvidarse de aquel momento, era la primera vez que se permitía estar tan cerca de un hombre, era la primera vez que uno la acariciaba de esa forma. Aunque un par de caballeros intentaron acariciar su rostro o besarla, siempre terminaba riendo, elaborando una excusa perfecta y escapando tan rápido como le fuera posible, asegurándose de no volver a acercarse al susodicho más de lo estrictamente necesario.

Si algo aprendió esa noche es que, aunque intentara evitarlo, Adrián Wadlow, futuro marqués de Bristol, lograría llevarla al límite. Solo le faltaba descubrir si ese era el límite de la felicidad o a su completa perdición.

Cerró sus ojos con fuerza e intentó sacar aquellos pensamientos de su cabeza. Necesitaba descansar o terminaría pasando la noche en vela, así que decidida a dormir al menos un poco, dejó su mente en blanco y suspiró.

Mientras tanto, en Ickworth House, Adrián tomaba una copa con whisky mientras observaba cómo la madera se quemaba en el fuego de la chimenea. Fue una noche interesante y aún tenía mucho en qué pensar. Necesitaba descubrir si sus actos eran un simple impulso por la tentación que es tener a una mujer tan hermosa en frente; o tal vez eran actos nacidos del puro deseo, del corazón, de un verdadero interés en la dama, algo más allá de lo carnal.

Se bebió lo que quedaba de un sorbo y volvió a llenar su copa. Al llegar a Londres sabía a lo que se exponía, lo que le esperaba, siempre fue educado para ser marqués aunque era algo que nunca deseó. Conocía sus responsabilidades y estaba dispuesto a cumplirlas, más ahora que era el momento de tomar el lugar que le correspondía como el único heredero de la familia Wadlow.

Emily Beckett... Sabía que entre sus responsabilidades estaba el encontrar esposa y tener un heredero, pero esa mujer se estaba convirtiendo en mucho más que una simple posibilidad. Detrás de ese rostro angelical parecía existir una mujer atrevida —en el buen sentido de la palabra—, arriesgada, aventurera, alegre, coqueta, maravillosamente inocente. Una vida a su lado nunca sería monótona o aburrida, al contrario, seguro que aquella mujer podría sorprenderlo todos los días que le quedaban de vida. La forma en que temblaba cuando él la tenía entre sus brazos, más que resultar molesta por su falta de experiencia, era como si fuera esa falta de conocimiento la que encendiera su cuerpo.

—¡Hijo! No sabía que estabas aquí. ¿Qué tal la velada? ¿Qué haces en el suelo? —preguntó su madre al entrar en la biblioteca. Tenía un libro en las manos, al parecer solo venía a dejarlo en su lugar y terminó encontrándolo en pleno momento de meditación.

—Madre, fue una noche interesante, agradable, y en vez de venir a

recriminarme el estar aquí sentado, ven y acompáñame, aquí el calor del fuego se siente con más fuerza y es bastante placentero. —La marquesa de Bristol observó a su hijo con adoración. Desde que lo había recuperado estaba dispuesta a todo con tal de mantenerlo a su lado, se sentía tranquila al ver que era un hombre de bien, un hombre íntegro, todo un caballero que respetaba a las mujeres y amaba a su hermana. La forma en que brillaban sus ojos cada vez que la veía y acariciaba su pequeña barriga... Lo amaba profundamente.

Caminó hasta él y tomó asiento a su lado, cubriéndolo también con la manta que tenía sobre los hombros, era una noche fresca y aunque el fuego parecía mantenerlo caliente, nunca sobra abrigarse un poco más.

—¿Alguna dama que llame tu atención? Me contó tu padre que le hiciste una petición bastante extraña, aunque no entró en detalles. Cuéntame de qué se trata, así te ayudo en lo que necesites, y si se trata de una mujer pues seguro que de algo servirá mi opinión. —Adrián pasó su brazo por los hombros de su madre, abrazándola y pegándola a su cuerpo, dejó un pequeño beso en su cabeza y sonrió.

—No te preocupes, madre. Si llego a conocer a alguna mujer que valga la pena, prometo que serás la primera en saberlo, solo debo conocerlas un poco más.

—Me gusta esa respuesta, debes elegir bien, hijo mío, que los años venideros estén llenos de amor y alegría es lo que más deseo pero, para eso, debes conseguir una esposa ejemplar, digna de convertirse en tu mujer. —El joven acarició el rostro de su madre y asintió. Aunque, en su momento, su padre le explicó las razones que tuvo para alejarlo de su madre y su hermana, no sabía si sentir odio hacia él o simplemente no sentir nada, ellas eran maravillosas y le dolía haberse perdido tantos años a su lado. Le hubiera gustado ayudar a su hermana cuando terminó en un escándalo y fue rechazada por la sociedad; le hubiera gustado abrazar a su madre y protegerla de todos los abusos que cometía su padre años atrás, así que ahora no quería separarse de ellas.

—No te preocupes por ello, más bien dime, ¿cómo están Anne y mi sobrino? Hace dos días que no los veo y ya me hacen falta. —La marquesa rio y negó con la cabeza.

—¡Están recién casados, Adrián! Necesitan su espacio, más ahora que ella está embarazada. Necesita descansar, tiene mucho miedo, yo perdí muchos bebés y ella teme pasar por lo mismo, aunque algo me dice que tendré muchos nietos, por parte de ambos, claro. —El joven heredero soltó una fuerte carcajada. ¿Cómo no amar a la mujer que le dio la vida cuando era una persona tan excepcional? Sería afortunado si llegaba a encontrar una esposa con, al menos, la mitad de sus cualidades.

—No me interesa si a Roger le incomodan mis visitas, acabo de conocer a mi hermana y no estoy dispuesto a dejarla, menos ahora que me dará un sobrino. —Lilian puso los ojos en blanco y resopló. Roger jamás se negaría a sus visitas, ¡si Anne era la mujer más feliz del mundo cada vez que veía a su hermano!

—Seguro que les encantan tus visitas; en cuanto a tu hermana, pronto se trasladará a su casa de campo. Debe estar tranquila, aunque ahora se le metió la idea de realizar un par de eventos aprovechando que su vientre aún es muy pequeño y le falta mucho para dar a luz. Nunca ha sido de quedarse quieta, así que pronto nos trasladaremos allí, va a ser algo muy familiar, solo invitará a las personas cercanas: nosotros, su amiga Amberly, su esposo Frederick, y su hermano, Andrew, y por último, creí escuchar que también irán los duques de Devonshire aunque aún no es seguro. Tengo entendido que la hermana de Roger se encuentra fuera de la ciudad así que no podrá asistir. Seguro que nos divertiremos. —Se deshizo del abrazo de su hijo y se puso de pie—. Debo volver a la habitación o tu padre bajará a buscarme, ve a dormir, te hará bien descansar. —Él asintió, pero antes de permitirle moverse, la tomó de la mano y la detuvo.

—¿Crees que si se lo pido, Anne invite a la hija de los marqueses de Launderry? —preguntó. Acercarse a ella en un lugar poco transitado como la

casa de campo de su hermana sería perfecto, pero el ceño fruncido de su madre lo silenció antes de atreverse a decir una palabra más, no podía mostrar más interés del debido.

—¿A Lady Beickett? —Adrián asintió—. Es una petición extraña, pero es difícil, hijo, ellas no se conocen, sería muy extraño que la invitara a su casa de campo. ¿Por qué quieres que ella asista? ¿Tienes algún interés en la hija de los Launderry?

—Solo la estoy conociendo, sabes que no me gusta todo eso de las normas de comportamiento en esta sociedad, solo quiero hablar con ella en un ambiente un poco más tranquilo. Además, no nos trasladaríamos mañana mismo, ellas pueden ser presentadas, Anne puede hacerse su amiga antes de irnos. En ese caso, sería completamente normal si la invita. —Lilian asintió, en ese caso no habría problema alguno, pero el comportamiento de su hijo y, aun más, su petición, eran muy extraños.

—Bueno, sí, en eso tienes razón, pero sabes que ella tendría que asistir con una carabina. Lo sabes, ¿verdad? Nunca estará completamente sola y las habladurías existen incluso en un lugar como ese, debes tener cuidado con lo que haces, Adrián. —Él se puso de pie, abrazó a su madre y dejó un beso en su frente.

—Soy consciente de ello, pero te aseguro que no tienes de qué preocuparte, ni siquiera sé si estoy realmente interesado en ella, me comportaré como todo un caballero, te lo prometo, solo ayúdame, habla con Anne. Puedo averiguar si asistirá pronto a alguna velada o si irá a Hyde Park. Padre me puede ayudar con eso. —Lilian abrió sus ojos sorprendida al escucharlo, su esposo le estaba ayudando en algo, ese par le tenían un secreto y ella estaba dispuesto a descubrir de qué se trataba.

—Con que tu padre, ¿eh? Seguro que tiene que ver con la extraña petición que le hiciste, pero que te quede algo claro, Adrián Wadlow, a mí nada se me escapa y descubriré qué es lo que tanto esconden —suspiró—. Bien, mañana mismo iré a hablar con tu hermana, que tu padre averigüe en dónde está la

joven, que del resto nos encargamos nosotras. Te prometo que Lady Emily asistirá, solo espero que cumplas tu palabra y que ella no se vea envuelta en ningún escándalo o juro que te ahorco —sentenció antes de salir de la biblioteca, dejando a su hijo con una pequeña sonrisa en los labios.

Capítulo 5

—Emily, la duquesa de Marlborough nos ha invitado a tomar el té, arréglate, partimos en una hora —informó la marquesa al entrar en la biblioteca. Su hija llevaba ahí metida prácticamente toda la mañana después de decirle que no quería asistir a la velada de esa noche; al parecer, prefería quedarse descansando.

—Te dije que no quiero salir, madre, tú puedes asistir sin mí. Además, no conozco a la duquesa y mi lectura está mucho más interesante de lo que puede llegar a estar un simple té. —La joven se acomodó un poco más sobre el sofá sin dejar de ver el libro entre sus manos. Siempre que no estaba en el jardín dedicándole tiempo a sus amadas flores, podían encontrarla allí, en la biblioteca.

—No te estoy preguntando si quieres ir, Emily. Hace unos días me llegó la invitación y pensaba asistir sola, pero tu padre quiere que salgas hoy, así que o me acompañas al té o asistes al baile de esta noche, ¿qué prefieres, hija? — Ella, viéndose acorralada, suspiró y asintió, aún no se sentía preparada para salir de la seguridad que le proporcionaba su casa, podía encontrarse a Lord Wadlow en cualquier lugar y no quería, no estaba lista para enfrentarlo, no sabía cómo comportarse.

—Bien, como quieras. Iré a cambiarme de vestido, pensé que no saldría hoy así que me puse el más sencillo que tenía. ¿Podrías avisarle a mi doncella que la espero en mi habitación? —Marcó la página y dejó el libro sobre una de las

mesas, se puso de pie y fue hasta su habitación, donde se dio un baño y se puso un vestido de color verde, un recogido sencillo, sus guantes, su sombrero y estaba lista.

Bajó, esperando encontrar a su madre en la salida, pero de camino, se encontró con su padre en el momento en que él salía de su despacho.

—Espero que te comportes —dijo mientras caminaba escaleras arriba, ella simplemente suspiró y continuó su camino.

Subió al carruaje junto a su madre y, recostando ligeramente su cabeza, intentó descansar un poco antes de llegar, por suerte, a esas reuniones no solían invitar a muchos caballeros y la verdad es que tenía la esperanza de, por lo menos, aquel día no ver al caballero que estaba causando estragos en ella, acabando con su tranquilidad.

Según sabía, Amberly Aldridge, duquesa de Marlborough, estaba prácticamente recién casada, su matrimonio fue todo un escándalo: primero estuvo comprometida con un caballero, pero luego fue encontrada en brazos de otro, lo que causó un duelo en el que uno de los participantes murió; pero su esposo era un duque, le fue sencillo acallar todas las habladurías y restaurarle el buen nombre a su esposa. Ahora, era una de las duquesas más respetadas de Londres, además se decía que era una muy amiga de la duquesa de Devonshire y de la condesa de Coventry; esta última era la que más le preocupaba a Emily ya que era la hermana de Adrián.

La casa de los duques no estaba muy lejos, así que pronto estuvieron frente a la imponente mansión donde fueron recibidos por el mayordomo, quien los llevó hasta el jardín, donde se tomaría el té. Solo faltaban un par de invitadas.

—¡Lady Bristol! —exclamó la marquesa emocionada al llegar al lugar, rápidamente se acercó a la mujer y le dio un abrazo.

—Lady Laundry —saludó respondiendo a su abrazo—. ¿Cuántas veces le he dicho que puede llamarme por mi nombre? Solo con Lilian está perfecto. — La marquesa sonrió.

—Bien, acepto, pero solo me llamarás Sara.

—Pues que así sea, Sara. ¿Conoces a mi hija, Anne Gibbs, la condesa de Coventry? Hija, ella es Lady Sara Beickett, marquesa de Laundry. —Se hizo a un lado permitiendo que una joven hermosa de cabello claro y ojos castaños se acercara, ambas hicieron una pequeña reverencia.

—Es un placer, Lady Coventry. —La mirada curiosa que la joven le dedicó a su madre no pasó desapercibida ante los ojos de Emily, quien las observó con curiosidad, aunque al parecer, Sara no lo notó.

—El placer es mío, Lady Laundry. —Anne observaba con disimulo a la joven tras la marquesa, esa debía ser su hija, Emily Beickett. Aún no sabía cómo hacerse su amiga, nunca fue buena conversadora, pero necesitaba acercarse a ella a cualquier precio, le prometió a su hermano que la invitaría a su casa de campo y estaba dispuesta a todo para cumplirlo, pero ahora que la veía, entendía a Adrián, era una mujer realmente hermosa, solo esperaba que estuviese a la altura—. ¿Y la joven quién es? —preguntó a la marquesa.

—Oh, ella es mi hija, Emily. —La hermosa pelirroja hizo una perfecta reverencia y al enderezar su espalda puso su mejor sonrisa. La madre y la hermana de su tormento eran realmente hermosas y muy agradables, además que, por suerte, al parecer, él no estaba invitado.

Su *tormento*, era el nombre perfecto para Adrián Wadlow. Él era como una gran tormenta que puede alterar la calma con una sola mirada.

—¡Emily! Es un placer conocerla, ahora entiendo todos los rumores sobre su belleza, espero que no le moleste que la trate con tanta familiaridad. Me encantaría que fuéramos amiga y, claro, me gustaría que me llamas por mi nombre de pila —dijo Anne acercándose a ella. Enrolló su brazo en el de Emily y la guio hasta la mesa donde el té empezaba a ser servido.

—Me encantaría, Anne. —Ella tampoco era buena haciendo amigas; la única mujer que tomaba como amiga era a Elyse y últimamente no podían verse muy a menudo, ambas tenían asuntos pendientes y cada vez era más difícil encontrarse. Le encantaría tener una nueva amiga, mucho más si era una mujer como la condesa de Coventry.

Fue presentada a la duquesa de Marlborough y el té fue servido; solo estaban ellas, así que la charla fue tranquila y divertida. En aquel lugar no usaban las normas de etiqueta que tanto exigían en los eventos sociales, las damas charlaban con tal soltura que, pronto, Emily se encontró riendo, participando activamente en la conversación y disfrutando de la compañía.

Cuando el té estaba próximo a terminar, la conversación se centró en el evento que realizaría la condesa en su casa de campo, todas las presentes estaban invitadas, a excepción de la marquesa de Launderry y de su hija.

—Emily, la verdad es que me encantaría que fueras y así fortalecer un poco más nuestra amistad, va a ser algo muy familiar, no serán muchos invitados, podemos tomar el té, charlar, comer en el jardín o caminar. Los hombres supongo que terminaran cazando. También he pensado en un concurso de puntería, seguro que nos vamos a divertir. Y, claro, usted también esa invitada, Sara; prometo enviarles la invitación al finalizar la semana, a veces hace bien alejarse un par de días de la ajetreada temporada social de Londres —dijo Anne. Era el momento indicado para cumplir el verdadero propósito por el que estaba allí, ahora que conocía un poco más a la joven le parecía una mujer tan agradable y divertida que le encantaría tenerla por cuñada, no parecía ser una de esas damas que tanto odiaba, esas a las que solo les interesaba un título importante y mucho dinero para derrochar en sedas, vestidos y sombreros, seguro que ella buscaba mucho más.

—Bueno, Anne, yo ya no estoy para ese tipo de eventos, la verdad es que solo asisto a las veladas por mi hija, así que si ella decide ir pues con gusto la acompañaremos, ¿verdad, Emily? Yo misma hablaré con mi esposo en cuanto tenga la invitación en mis manos.

—¡Grandioso! Sé que nos vamos a divertir mucho. —Pronto la reunión terminó y cada una partió en sus respectivos carruajes.

En cuanto la marquesa de Bristol llegó a su mansión, fue directamente al despacho donde encontró a su hijo y a su esposo, parecían estar revisando las cuentas.

—Madre, ¿cómo te fue? ¿Anne conoció a Emily? —preguntó Adrián en cuanto la vio; no había podido concentrarse en los números que tenía enfrente por estar pensando en ello, hasta su padre terminó reprendiéndolo por estar tan distraído.

—Sí, fueron presentadas. La joven aseguró que asistirá; más te vale que no hagas nada que pueda perjudicarla. —Eso era lo único que le preocupaba, la intención de su hijo, ella sabía lo cruel que puede llegar a ser la sociedad cuando una dama ha cometido un error. Aunque confiaba en él, su hijo no estaba acostumbrado a ese lugar y un paso en falso, por pequeño que fuera, podía terminar en una tragedia.

Tres días más tarde, tal como prometió la condesa, Emily recibió una invitación para acompañarla a la casa de campo de los Coventry, no estaba segura de asistir, era prácticamente seguro que allí sí se encontraría con aquel caballero y con mucha más frecuencia de la que le gustaría, pero ya no podía negarse, en el té su madre prácticamente aceptó ir y, sorprendentemente, su padre no puso peros en cuanto vio la invitación, así que en una semana, partirían juntas.

Durante esos tres días no se atrevió a salir, siempre se inventaba alguna excusa para quedarse en su habitación leyendo un libro o en el jardín, pero esa noche, aunque se inventó mil malestares, se vio obligada a prepararse para el baile de unos condes que ni conocía. Su padre iba a acompañarlas así que ya estaba preparándose para escapar de su lado tantas veces como le fuera posible.

Al entrar al salón, luego de haber sido presentada a los condes de Devon, le fue imposible escabullirse entre los presentes para alejarse de su padre. Él parecía estar pendiente de todos sus movimientos y no le quitaba los ojos de encima, así que allí se quedó, junto a ellos, sonriendo como estúpida y evadiendo preguntas cada vez que era presentada a un caballero. Para ella, todos eran insignificantes y no se sentía de humor para actuar como la dama perfecta que no era, lo que le traería serios problemas con su padre, podía ver

la advertencia en sus ojos.

—Más te vale que seas agradable con el hombre que viene ahí, es el conde de Dartmouth. Supongo que no hace falta recordarte que él es uno de los probables pretendientes para ti. —En ese momento, el cuerpo de la joven se tensó y sus manos empezaron a temblar, el hombre en cuestión no era una persona agraciada físicamente, para ser un joven de treinta años, tenía una barriga que poco le ayudaba, una mirada que le causó escalofríos, además de varios dientes torcidos.

Era un hombre que no le producía confianza, al contrario, sentía una inexplicable necesidad de alejarse de él tanto como le fuera posible. No, no podía terminar casada con ese hombre, si tan solo supiera quién era el otro interesado podría intentar conquistarlo, seguro que cualquier otra opción sería mucho mejor, era como si su cuerpo le advirtiera la maldad que corría por las venas del conde.

—Lord Lauderry, me alegra volver a verle —dijo el conde al acercarse y hacer una pequeña inclinación.

—Es un placer, Lord Dartmouth, esta es mi hija, Lady Emily Beickett; hija, él es Lord Carlos Fitsher, conde de Dartmouth —dijo el marqués. La única razón por la que asistió es porque el conde le avisó de su presencia y le pidió ser presentado a su hija, quería conocerla antes de hacer una mejor oferta por ella.

—Lady Beickett. —El conde tomó la delicada mano de la joven y dejó un pequeño beso en el dorso de esta, un acercamiento que, por poco, la hace correr en busca de algún refugio. A ella le costó toda una vida sonreír y disimular el malestar que provocado.

—Lord Dartmouth. —Por primera vez en su vida, al ser presentada a un caballero, permaneció con la cabeza baja, intentando no encontrarse con su mirada, ella que siempre solía sonreír y mostrarse agradable, pero en aquella oportunidad, simplemente no pudo, con solo verlo sentía pánico y ganas de devolver lo poco que comió durante el almuerzo.

—Tenía usted razón cuando me habló de la belleza de su hija, milord, es una joven realmente hermosa, el hombre que consiga convertirla en su mujer será, sin duda alguna, muy afortunado. Estoy dispuesto a mejorar mi propuesta con tal de conseguir su mano y que usted se olvide de la otra opción que se presentó, seguro que ella podrá proporcionarme muchos hijos varones. —El terror la invadió, casi pudo sentir cómo palidecía al escucharlo y sus piernas empezaban a temblar, si no salía de ese lugar o se alejaba de ese hombre, terminaría desmayada.

—Me alegra escuchar eso, solo hay que ver cuál es la oferta del otro caballero, él está realmente interesado en mi hija y no parece dispuesto a perderla.

—Padre, si me disculpas, ¿podría retirarme? Quiero ir a refrescarme un momento. —Era la única forma de escapar, con la excusa de la tardanza de las mujeres siempre que van a hacer sus necesidades, se aseguraría de volver cuando el conde estuviera lo suficientemente lejos. Tenía que evitar a toda costa que él le solicitase algún baile, no soportaría pasar tanto tiempo tan cerca de él. Solo imaginar que sus manos la tomaran por la cintura le horrorizaba.

Por la expresión en el rostro de su padre, supo que no le permitiría alejarse y casi se tira al suelo a llorar.

—Claro, hija, yo también quiero ir, vamos juntas y nos hacemos compañía. Si nos disculpan, caballeros —dijo la marquesa a ver la incomodidad en su hija. Su esposo ya no podría detenerlas; ambas hicieron una pequeña inclinación y escaparon a pasos cortos y lentos, pero cuando estuvieron lo suficientemente lejos, se desviaron hasta una de las salidas a los balcones. En cuanto salieron, la joven sintió que, por fin, podía respirar, no acababan de llegar y ya se estaba ahogando en aquel salón.

—Gracias, mamá, si seguía cerca de ese hombre iba a terminar llorando o gritando del miedo, ¿lo viste? Da terror, yo no puedo casarme con el conde, madre, simplemente no puedo, antes prefiero morirme —se quejó ella con la

voz rota. Estaba haciendo su mayor esfuerzo para no terminar llorando, pero estaba a punto de flaquear.

—Lo sé, hija, lo vi, pero eso es lo que sucede cuando haces estupideces como aceptar todas las imposiciones de tu padre teniendo la posibilidad de negarte. Si el otro caballero, sea quien sea, decide retirar su interés, pronto serás la condesa de Dartmouth. —Sus ojos se cristalizaron y ella negó rápidamente con la cabeza, eso no podía suceder, junto a ese hombre le aguardaba una vida llena de dolor y tristeza. No, preferiría causar un escándalo que dañase su reputación antes de terminar casada con él.

—Ayúdame, madre, no puedo casarme, no con él. —Sin poder soportarlo, se lanzó a los brazos de su madre pero cerró sus ojos con fuerza evitando llorar, si volvía al salón con los ojos rojos e hinchados solo lograría llamar la atención.

Un suave carraspeo las separó rápidamente, en la entrada estaba Adrián observándolas con el ceño fruncido; Emily de inmediato bajó el rostro, pero fue inútil, él ya había notado la tristeza en su mirada y sus ojos cristalinos, además que había escuchado sus últimas palabras, necesitaba hablar con su padre sobre el tema, él prometió encargarse de todo y no iba a permitir que la situación se le saliera de las manos, tenía un propósito y no pararía hasta conseguir lo que tanto desea.

—Lo lamento, mi intención no era molestarlas, las vi de lejos y pensé en venir a saludar. —La joven evitó mirarlo a los ojos hasta que creyó reestablecerse lo suficiente como para simular tranquilidad, no estaba de humor para enfrentarse a él justo ahora, solo quería un poco de paz y soledad para poder pensar en lo que se había convertido su vida.

—No se preocupe, milord, su presencia no es ninguna molestia. ¿Cómo se encuentra? —habló la duquesa con el propósito de centrar la atención en ella y no en su hija, dándole un poco de tiempo para volver a ser la gran dama que era.

—Muy bien, gracias. ¿Se encuentra bien, Lady Emily? —La joven elevó su

rostro con una hermosa sonrisa en sus labios.

—Perfectamente, ¿y su hermana? La conocí hace poco y me permito considerarla una gran mujer y una excelente amiga. —Se sentía orgullosa de sí misma, hablar con tanta tranquilidad luego de tantos sentimientos encontrados era de admirar.

—Hace poco hablé con ella y me contó sobre su encuentro, ella también está muy feliz de gozar de su amistad, aseguró que le encantaría volver a verla muy pronto.

—A mí también me encantaría verla, prometo enviarle una carta. —Su madre empezó a hacerle señas, su padre las estaba buscando, debían volver a su lado o tendrían serios problemas—. Si nos disculpa, milord, mi padre nos espera. Espero volver a verle muy pronto. —Aunque nunca estaría lista para enfrentarse a todo aquello que sentía cada vez que estaba cerca de él, preferiría mil veces sentir que su cuerpo ya no era suyo a tener esas ganas de morir que causaba el conde en ella.

Él se hizo a un lado y la marquesa, tras una leve inclinación, caminó de vuelta seguida por su hija, pero cuando la joven pasaba junto al joven heredero, este la tomó del brazo de forma tal que aquel movimiento quedara cubierto por su chaqueta y el vestido de ella, se acercó un par de centímetros, lo suficiente para ser escuchado pero sin llegar a ser escandaloso, cualquiera podría pensar que ella simplemente estaba pasando por su lado, aunque no podía tardarse, ya que, sin duda alguna, llamaría la atención de todo aquel que los viera.

—Aunque no debería decírselo porque sé que llamará su atención y empezará a hacer preguntas, no soporto verla tan triste y preocupada así que puedo callarme, solo escuche y no diga nada, ya tendremos tiempo para hablar: no sucederá, sea quien sea el hombre que esté interesado en usted y la tenga tan alterada, lo arreglaré —la soltó y desapareció entre la multitud, dejándola completamente confundida y un poco aturdida. ¿Qué significo eso? Solo había una forma de acabar con sus preocupaciones y no era precisamente

con una simple charla con su padre, era pidiendo permiso para ser cortejada, presentando una posible propuesta de matrimonio. ¿Acaso él pedirá su mano? La verdad es que no le molestaría, incluso se imaginó a su lado, viviendo en una casa hermosa. Sí, estaba esperanzada, rogaba al cielo que pronto su padre le hablara sobre una tercera opción de matrimonio, después de todo, ya estaba decidida a conquistar a aquel apuesto caballero.

Capítulo 6

Pronto, Emily se encontró bailando con el conde, le costaba sonreír y simular tranquilidad, pero estuvo lo suficientemente calmada como para hacerle pensar que estaba cómoda en su compañía, durante el baile, intentaba pensar en cosas más agradables, como el travieso y atrevido coqueteo con el heredero de los Bristol; también se imaginó subida en un árbol, uno en especial, era el más alto y grande de su jardín, a pesar de los años era fuerte, nunca crujía por su peso y la abrigaba con sus enormes ramas de forma maravillosa.

Cuando volvió a la realidad, la música llegaba a su fin. Para su suerte, siempre fue buena bailarina, fue sencillo seguir el ritmo inconscientemente, y su silencio bien podía ser tomado como los típicos nervios de una joven recién presentada en sociedad y con poca experiencia en conversaciones junto a un caballero.

Durante el resto de la velada no volvió a encontrarse con su tormento y no sabía cómo sentirse frente a ello; bailó en muy pocas ocasiones, siempre buscaba la forma de escabullirse y evitarlo a pesar de las malas caras y las disimuladas reprimendas por parte de su padre.

Al siguiente día, prácticamente permaneció pegada a él esperando alguna noticia sobre un nuevo pretendiente o, al menos, una noticia por pequeña que fuera sobre su situación actual, pero no fue así, simplemente no sucedió nada, y al final del día, terminó desilusionada y llorando amargamente en su cama.

Pensó en hablar con su madre, pedirle que fuera sola a la casa de campo de Lady Coventry y excusarla de alguna forma, aún seguía decida a conquistarlo, pero en su terreno, durante las velada y los encuentros furtivos, no en una enorme casa alejada de todos y de todo donde, claramente, sería él quien manejaría la situación. No podía permitirse el perder el control de esa forma, pero sabía que era imposible, estaba obligada a asistir.

Siempre pensó que el amor, aunque existía, podría sentirse de muchas maneras, por ejemplo, a sus ojos el amor podía verse representado en la indiferencia e incluso en el mismo odio; sí, era un sentimiento que podía llamarse hermoso, dependiendo de cómo se representara, pero nunca sería completamente sincero o cristalino, incluso muchas veces llegaría a ser dañino, por eso nunca había buscado el amor. Desde que aprendió a leer se enamoró de los libros románticos, hasta llegó a imaginarse viviendo una de esas historias junto a un hombre apuesto, leal, sincero, cariñoso, dispuesto a darlo todo por ella, formando una familia a su lado, enseñándole a sus hijos lo que realmente importaba y así fue hasta que un día entendió que eso solo era posible en aquellas páginas.

En una de las pocas ocasiones en que volvió a casa durante las vacaciones, escuchó una conversación entre su padre, su madre y su hermano mayor; los tres hablaban de ella, de su futuro, intentaban elegir quién sería un buen esposo para ella, la necesidad de encontrar un prometido nada más presentada en sociedad, un hombre con dinero y buenos negocios que ayudara a aumentar la riqueza de la familia Lauderry, no importaba quién o cómo fuera. Su madre intervino en más de una ocasión para evitar que todo se saliera de control y, al menos, elegir un buen hombre para ella pero no fue posible, toda una costumbre de matrimonios arreglados no podía detenerse ahora.

Cuando tuvo la valentía de preguntar a su madre, ella le contó cómo su padre arregló su matrimonio con el marqués, cómo su hermano estaba a punto de casarse con una hermosa dama tras un buen acuerdo con el padre de esta, le habló del mundo, de cómo funcionaba, de la importancia del dinero y de un

buen título. Emily, en su momento, le preguntó si era feliz, y ella simplemente aseguró que sus hijos se habían convertido en su felicidad, la vida junto a su padre ya era diferente.

Al final, la marquesa consiguió convencer a su padre para que en el momento en que alguien presentara una propuesta o permiso para cortejarla, él pidiera su opinión antes de aceptarlo o rechazarlo, aunque igualmente, la decisión era completa suya.

Aquel día entendió que no existía ese sentimiento que muchos llamaban amor, por lo menos no como lo hacen ver en los libros. Los hombres son interesados y luego de conseguir lo que buscan, como el tan anhelado heredero, te dejan por una amante, el único amor verdadero que siente una persona es el amor hacia el dinero.

Al día siguiente se dio por vencida, no sucedería nada, entendió que el joven heredero no habló con su padre y lo que le dijo fue un simple comentario sin sentido, así que, para sentirse mejor, pasó toda la mañana desde que se levantó haciéndole compañía a sus flores, sembrando algunas, cortando la maleza y recogiendo unas cuantas para adornar su habitación. Así como muchas jóvenes eran muy buenas en la pintura, la música, el canto... ella encontró una verdadera pasión a la naturaleza, los árboles, las flores, los animales; siempre quiso una mascota aunque nunca pudo tenerla.

Antes del almuerzo, cuando el sol estaba en su punto más alto, se escabulló hasta cerca de los límites de la propiedad de su padre, justo donde los enormes árboles empezaban a alzarse frente a ella, necesitaba aire fresco; asegurándose de que no había nadie cerca, se deshizo de sus zapatos, dejó las flores en el suelo, recogió sus faldas tanto como pudo y empezó a escalar, era inevitable que su vestido se llenara de corteza y tierra, sus medias terminarían rotas y puede que sus piernas y pies con un par de heridas, aunque poco le importó, era un pequeño sufrimiento que valía la pena.

Subió tanto como le fue posible, asegurándose de que las ramas soportaran su peso para luego no tener problema al momento de bajar; se sentó en una de

ellas, desde donde tenía una vista hermosa del paisaje, y observó la sombra de su casa a lo lejos. Era un lugar majestuoso, sin duda alguna, pero lo único que quería era escapar, irse tan lejos como pudiera y hacer su propia vida, con sus decisiones. Se arrepentía amargamente de haber usado la poca libertad que le otorgaron para agradar a su padre, un hombre que no merecía ni el más mínimo sentimiento. Nunca antes se había sentido tan sola.

Su madre era un gran apoyo, la adoraba, pero era muy poco lo que podía hacer por ella y al final lo único que lograba era causarle problemas con su padre. Tal vez lo mejor sí era irse con algún hombre, incluso puede que con el conde, después de todo, fuera con quien fuera, estaba segura de que sería casi imposible encontrar a alguien diferente, estaba destinada a ser una mujer con el único propósito de engendrar hijos y lucir bella.

Unos minutos después, a pesar de no querer moverse, empezó a bajar, pronto el almuerzo sería servido y ella tenía que estar presente. Además, al llegar debería cambiar su vestido, si su padre llegara a verla así seguro que enloquecía y la ahorcaba. El vestido le dificultaba sus movimientos, fue más sencillo subir, así que en varias ocasiones terminó a punto de caer porque sus pies terminaban enredándose con la falda y en un mal movimiento acabó rasgándose el vestido y lastimando su brazo y su mejilla.

Cuando por fin tocó el suelo, examinó sus heridas y al ver que no eran para preocuparse, se puso sus zapatos y luego de tomar sus flores y organizar un poco su falda salió corriendo de vuelta a casa, seguro que lucía peor que una sirvienta.

Al llegar a la mansión, entró por la puerta trasera, su padre nunca solía acercarse a ese lugar, caminó a hurtadillas esperando no encontrarse con nadie, pero cuando estaba cerca de las escaleras, se encontró con su doncella saliendo de una de las salitas de té.

—¡Lady Emily, por Dios! ¿Qué le sucedió? —dijo preocupada al reparar en su aspecto, aun más luego de ver el hilo de sangre en su mejilla, pero ella lo único que hacía era mirar hacia los lados esperando no ver a nadie de la

familia—. Oh, señorita, ¿acaso tuvo un accidente? De seguro volvió a subir a uno de los árboles.

—Estoy bien, no tienes de qué preocuparte. Ahora necesito subir a cambiarme y pronto, no pueden verme así, mucho menos mi padre. —Intentó esquivar a la mujer para correr a las escaleras pero su doncella rápidamente la tomo del brazo deteniéndola.

—Su padre está arriba, con su madre, pero tengo que decirle algo... —La joven estuvo a punto de soltar un gruñido de frustración, pero al escuchar cómo los pasos se acercaban a la escalera, entró a la sala de té de donde acababa de salir su doncella. Estuvo a punto de respirar tranquila cuando un grito a su espalda la paralizó, giró con lentitud rogando al cielo no encontrarse con nadie que pudiera causarle problemas y casi grita de felicidad al ver a Anne, la condesa de Coventry.

—Dios mío, pero ¿qué fue lo que le pasó? —exclamó ella preocupada. Se acercó a la joven pelirroja, la miró de pies a cabeza, deteniéndose especialmente en la herida de su brazo y su mejilla, además de en la enorme rasgadura de su vestido.

—¡Lady Coventry! ¿Qué hace en mi casa? —respondió saliendo de la estupefacción.

—¡Eso quería decirle, señorita! La condesa vino a visitarla, yo iba hacia el jardín a buscarla cuando nos encontramos en el pasillo —explicó su doncella, aunque lo único realmente importante es que no era ni su madre, ni su padre ni alguno de sus hermanos; Emily estaba segura de que la joven condesa guardaría su secreto, incluso hasta podía ayudarla a salir de ese problemita.

—No tiene de qué preocuparse, Lady Coventry, es solo que me entretuve subiendo a un árbol y bueno, un vestido no es el mejor atuendo para ello así que termino rasgándose, pero yo me encuentro perfectamente. —Intentó sacudir su falda y organizó su cabello intentando mejorar su presentación, pero era una causa perdida.

—Quedamos en que me llamarías por mi nombre, Emily, pero no entiendo en

qué pensabas cuando decidiste escalar un árbol, no eres una niña que puede seguir moviéndose con tanta libertad. ¡Podrías haberte matado! —Tomó su vestido entre sus manos justo donde empezaba la rasgadura y lo revisó detenidamente. Luego, examinó de cerca su brazo y su mejilla y negó con la cabeza como si con ello intentara no ahorcarla por la estupidez que acababa de cometer.

—Lo siento, Anne, además, te aseguro que no es tan malo como parece, me he hecho peores. Solo necesito un vestido y un poco de agua para limpiarme, pero supongo que debes saber que mis padres no pueden verme así, enloquecerían. —La joven rápidamente asintió, lo pensó por un momento y luego miró a la doncella.

—Necesito que vayas y te asegures de que no hay nadie de aquí hasta la habitación de Emily, nos avisas en cuanto estés segura de ello; que le preparen un baño. Si preguntan por ella, solo di que se encuentra conmigo. Si alguien pregunta por el baño, ella te lo ordenó, no necesitas más explicaciones. ¡Corre, muchacha! —Ella salió rápidamente a cumplir con sus órdenes. Anne tomó el rostro de su amiga entre sus manos y suspiró.

—Debes estar completamente loca, a nadie en sus cabales se le ocurriría subir un árbol, te lastimaste. —Sacó su pañuelo y limpió la herida a suaves toques, era un corte muy pequeño así que en menos de nada no quedaría ni rastro de ello, al igual que el de su brazo, que a pesar de ser tener un tamaño considerable, solo era un rayón.

—Me gusta subirme a los árboles —explicó ella con una pequeña sonrisa y las mejillas ruborizadas. Sabía que no era una actividad normal, mucho menos recomendada, pero le encantaba y probablemente lo siguiese haciendo, solo se aseguraría de llevar ropa más cómoda.

Un par de minutos más tarde, la doncella volvió y avisó que todo estaba preparado, pero lo mejor sería subir tan rápido como les fuera posible antes de que alguien volviera a pasar, estaban sirviendo el almuerzo y los sirvientes iban de un lado a otro, así que ambas damas, alzando sus faldas, salieron

corriendo escaleras arriba, ella se quedaría para asegurarse de que nadie sospechase.

Al llegar a la habitación, Emily intentó desabotonar su vestido pero le fue imposible, los cordones estaban a su espalda y nunca llegaría a alcanzarlos, pero en cuanto Anne cerró la puerta, corrió y empezó a ayudarla.

—Seguro que es la visita más rara que has hecho en toda tu vida —dijo Emily divertida; su amiga soltó una carcajada y asintió.

—Sin duda alguna, pero no te preocupes, yo te ayudaré a limpiarte y a cambiarte, no podemos tardar mucho, debes estar presente en la comida y mi hermano me espera en el carruaje, se suponía que no iba a tardar más de un par de minutos. —La joven quedó helada al escucharla, cerró sus ojos y respiró profundo antes de intentar moverse con tranquilidad.

—¿Tu hermano?

—Oh, sí. Quería que lo acompañara a comprar algo, aunque aún no me dijo de qué se trataba, pero como pasábamos por aquí, decidí venir a visitarte y asegurarme de que irás a mi casa de campo junto a tu madre. Él no quería incomodar así que se quedó esperándome. —Ella asintió y continuó desvistiéndose.

—No te preocupes, puedo asearme sola. ¿Puedes buscarme un vestido? —preguntó Emily en cuanto quedó en camisón, fue hasta el baño y tras sumergirse en la tina empezó a limpiarse mientras Anne buscaba un vestido.

Al final, tuvo que dejar su cabello casi suelto para cubrir con este la herida de su rostro, además de tener que usar un horrible vestido de manga larga y color rosa que tanto odiaba, pero era la única forma de evitar que alguien viese su brazo; el rosado nunca fue un buen color para ella, la hacía lucir extraña por el rojo de su cabello. Pronto, la joven estuvo completamente lista y moviéndose con tanto sigilo como le fue posible. Volvieron al salón de té donde se encontraron y estallaron en risas en cuanto la puerta se cerró, era la mejor forma de pasar el susto del momento, después de todo, habían logrado salir ilesas de su aventura.

—Respondiendo a tu pregunta, Anne, por supuesto que asistiremos, tengo entendido que mi madre ya lo arregló con mi padre así que muy pronto nos veremos allí —le dijo Emily en cuanto sus risas cesaron.

—Grandioso, entonces me voy feliz, será mejor volver o Adrián terminará pensando que me secuestraron. —Salió de la habitación y se encontró de frente con el marqués, el hombre saludó con una inclinación y miró a su hija con una clara pregunta.

—Oh, padre, Lady Coventry vino a saludarme pero ya se va —informó ella, el marqués asintió conforme y se hizo a un lado dándoles espacio para pasar.

—Acompáñala a la puerta, Emily, no seas descortés —ordenó antes de retomar su camino hacia el comedor.

Tal como lo ordenó su padre, acompañó a la condesa hasta la puerta, ya el carruaje la esperaba frente a esta y pronto el hermano de Anne bajó dispuesto a ayudarla, pero al ver a la joven, se quedó completamente quieto, la observó atentamente, su cabello estaba un poco más suelto de lo normal y su vestido era realmente feo, pero a sus ojos... estaba tan hermosa como en cualquier elegante velada.

—Lady Beckett —dijo acercándose y haciendo una reverencia.

—Lord Wadlow —respondió ella.

—Espero que usted y toda su familia se encuentren en perfectas condiciones, hace mucho que no tenía el placer de verla —dijo coqueto, a lo que ella respondió con una enorme y hermosa sonrisa y con un ligero pestañeo que divirtió a Anne, algo iba a suceder en su casa de campo y ella se moría por verlo. Para cualquiera que los viera, la forma en que ambos se miraban no era la normal entre una dama y un caballero.

—Todos gozamos de muy buena salud, milord, gracias por preguntar —respondió ella educadamente, sin dejar de sonreír, como una mujer encantada de ser el centro de atención de un caballero tan apuesto como él, pero no se atrevía a mover sus manos o cualquiera podría notar el temblor en estas, una clara señal de lo que la presencia de Adrián Wadlow provocaba en ella.

Controlar su cuerpo era mucho más difícil de lo que le gustaría aceptar.

—Me alegra escucharlo.

Por un momento, se miraron el uno al otro, sus ojos se conectaron como si estuvieran destinados a vivir juntos por la eternidad, como si en aquella mirada ambos empezaran a aceptar que a pesar de los juegos y los coqueteos descarados que solían compartir carecían de importancia, unos fuertes sentimientos empezaban a florecer en ambos, eran tan fuertes que ya empezaba a dificultárseles la posibilidad de disimularlos.

Él observaba aquellas profundidades azules como si fueran el cielo más hermoso y nunca antes visto. La miraba con adoración, con curiosidad, esperando una señal, una pequeña pista que le ayudara a encontrar la respuesta que tanto necesitaba. Emily miraba aquel par de ojos con timidez, el gris de sus ojos era curioso, le recordaban a la luna, enorme, brillante, única, incomparable. Estaba nerviosa, quería entender muchas cosas, como la razón por la que su cuerpo dejaba de ser suyo cuando él estaba cerca, el por qué su corazón se aceleraba de esa forma y le entraba un inexplicable deseo de no separarse de su lado.

—Bien, basta, no queremos llamar la atención de los empleados ni de nadie, dejen de mirarse como un par de enamorados, volverán a verse pronto, en mi casa de campo, y por el bien de ambos espero que solucionen lo que sea que sucede entre ustedes dos muy pronto —intervino Lady Conventry. Tomó del brazo a su hermano y empezó a empujarlo de vuelta al carruaje, necesitaba alejarlo de aquella casa, el marqués podía salir en cualquier momento.

El rubor en las mejillas de Emily empezaba a parecerse al rojo de las manzanas, estaba avergonzada, así que sin despedirse, dio media vuelta y entró corriendo, ahora menos que nunca quería ir a esa casa de campo.

Capítulo 7

—¿Por qué tardaste tanto, Anne? Me estaba durmiendo aquí sentado mientras te esperaba, además, ya me duele hasta la espalda —se quejó Adrián en cuanto ambos subieron al carruaje y este se puso en marcha.

—Lo lamento, lo que sucedió es que al llegar me encontré con Emily y tuve que ayudarla en unas cosas, me fue imposible salir antes. —Sacó su pañuelo para secar las pocas gotas de sudor en su frente causadas por la emoción del momento, pero antes de llegar a usarlo, desapareció de su mano, a punto estuvo de gritarle a su hermano pidiendo una explicación hasta que vio cómo la sangre arruinaba el blanco de la tela, quedó helada.

—¿Estás bien? ¿Te sucedió algo? ¿Estás herida? —pregunto rápidamente Adrián revisándola de pies a cabeza esperando encontrar alguna mancha que le indicara la procedencia de la sangre; ella estaba embarazada, cualquier cosa por mínima que fuese podía llegar a ser muy peligrosa y si algo llegaba a sucederle seguro que su cuñado lo mataría.

—Cálmate, la sangre no es mía. —En ese momento, fue él quien quedó helado. Si la sangre no era de su hermana, era de la única persona que había estado con ella. Sus manos empezaron a temblar de la furia y su sangre empezó a arder, quería golpear a algo, especialmente a alguien.

—¿Por qué Lady Emily estaba sangrando? No me digas que alguien la golpeó o que tuvo un accidente. ¿Qué fue lo que sucedió, Anne? —Ella suspiró, por suerte no era grave, sería sencillo controlar a su hermano, fue una

completa estupidez, ella misma quiso golpear a esa mujer por hacer algo así. Ni siquiera años atrás, cuando era una niña, se atrevió a hacer algo así, no entendía cómo es que esa joven lo hizo y salió casi ilesa de ello.

—Así que *Lady Emily*... ¡Pero qué educado! —empezó ella, intentando calmar el ambiente, pero la mirada de su hermano borró la pequeña sonrisa que tenía en sus labios—. No te preocupes, Adrián, a esa loca se le ocurrió ponerse a escalar un árbol y en el proceso lastimó un poco su piel pero no es nada grave, seguro que para pasado mañana no quedará marca de sus heridas, son muy superficiales. Según ella, le gusta hacerlo y no vaciló en desperdiciar la oportunidad a pesar de no haber tenido la ropa adecuada. —Él elevó una ceja, interrogativo, y soltó un gruñido, arrugó el pañuelo en su mano y respiró muy profundo. Su hermana no tenía la culpa de los actos de esa inconsciente, pero en cuanto la viese lo iba a escuchar, porque no se iba a callar, esa mujer necesitaba una buena reprimenda.

—¿Es que está loca? ¡Ni yo me atrevería a subir un maldito árbol! Pero ahora resulta que para ella es su actividad favorita. No existe ropa adecuada para ello por una simple razón: ¡no se debe hacer! ¿Acaso esa mujer busca morir? —Estaba furioso, seguía con ganas de asesinar a alguien, pero ahora era a ella a quien quería ahorcar para ver si con ello reaccionaba y empezaba a ser consciente de las consecuencias de sus actos. De buena gana ordenaría al cochero dar la vuelta y llevarlo de nuevo a casa de los Launderry, pero lamentablemente no podía, no tenía el derecho de exigirle explicaciones o de reprenderla por sus actos. No aún.

—¿Por qué te pones así, Adrián? Respóndeme una cosa: ¿por qué tanto interés en ella? Hay algo especial entre ustedes dos y no puedes negármelo. Cuando llegaste del baile de los Devon, ¿recuerdas que esa noche yo me quedé en casa porque Roger no estaba en la ciudad? Esa noche yo no podía dormir y escuché la conversación que mantuviste con padre, ¿quieres explicarme todo por propia decisión o prefieres que empiece a sacar mis propias conclusiones? Porque empiezo a tener varias ideas. —Él le devolvió

el pañuelo, se recostó en la silla, cerró sus ojos y con los dedos acarició el puente de su nariz, empezaba a dolerle la cabeza, necesitaba un buen trago de whisky.

—No entiendo a qué te refieres, Anne. —No tenía explicación, a decir verdad. Simplemente no sabía qué pasaba por su cabeza cuando decidió hacerlo, lo hizo sin pensar en razones, era mucho más fácil así, aunque bien se podía decir que en aquel momento tenía una razón completamente diferente. Ahora ya no estaba tan seguro de por qué hacía lo que hacía.

—No te mientas a ti ni me mientas a mí, Adrián, sabes que a pesar de no conocerte hace mucho tiempo, he aprendido a entender tu actuar y sé que no harías nada sin conocer sus consecuencias. Quiero que seas sincero, hermano. Mamá me contó sobre la discusión que tuviste con papa recién llegaste a la ciudad. —El cuerpo del caballero se tensó por completo y empezó a moverse incomodo, no era un tema sencillo, Anne lo sabía. Pero estaba segura de que el peso de lo sucedido sería más liviano, la relación entre padre e hijo es complicada; el marqués, hasta hace muy poco tiempo, era una persona llena de maldad al que nunca le importó dañar a su propia familia.

—No quiero hablar de eso —sentencio él con furia, pero su hermana no estaba dispuesta a ceder tan fácilmente. Su padre cambió y merecía una oportunidad. Además, que si no amara tanto a su hijo no estaría haciendo todo lo que él le pedía.

—No, Adrián, vamos a hablarlo, ¿qué fue lo que sucedió cuando llegaste?
—Adrián cerró los ojos con fuerza y los recuerdos pronto llegaron a su mente:

Quiero que hablemos, hijo —dijo el marqués luego de que su esposa por fin le diera un momento a solas con su hijo. Le debía una explicación, una disculpa, cometió muchos errores en su pasado y aunque ya consiguió el perdón de su esposa e hija, también necesitaba el de su hijo, después de todo, fue a él a quien más dañó.

—No hace falta, padre, no hay nada de qué hablar porque si lo que quieres

es que te agradezca por permitirme volver y, por fin, conocer a mi madre y a mi hermana estás perdiendo tu tiempo —dijo Adrián tras servirse una copa con whisky y tomarla de un solo trago. Fue un viaje largo y quería descansar. Además que haría todo en cuanto estuviese a su alcance para evitar cruzarse o pasar tiempo con el marqués de Bristol, su padre.

—No es eso, Adrián, es solo que te debo una explicación, necesito que me escuches, debes saber por qué te envié lejos de tu familia y por qué te traje de vuelta, la verdad es que yo... —Su hijo levantó su mano silenciando sus palabras y, sin molestarse en mirarlo, caminó hasta una de las ventanas del despacho y observó el paisaje.

—No quiero saberlo, supongo que ya no importa, es algo que ya no se puede cambiar. Los años que perdí junto a mi madre y hermana nunca volverán, al menos no me perderé el nacimiento de mi sobrino, pero no te preocupes, tal como me supongo, lo que te importa es el título y cumpliré con mis responsabilidades al pie de la letra. —No le importaba ser duro con él, le guardaba mucho rencor, un padre no debería hacer eso a sus hijos. La única razón por la que permanecería en ese lugar era por su madre, no quería alejarse de ella, además que, según le dijo, su hermana los visitaba constantemente y no quería que ellas tuvieran que molestarse en ir en un carruaje hasta una residencia de soltero. Dejó el vaso sobre una de las mesas y se dispuso a salir del despacho, quería conocer su habitación y dormir tanto como le fuera posible.

—¡No fue por eso que te pedí que volvieras! —gritó el marqués deteniendo sus pasos—. Lo lamento, cometí demasiados errores, lastimé a tu madre, a tu hermana, a ti... Fui un completo idiota y tardé demasiado en darme cuenta, volviste porque intento remediarlo, quiero darte todo lo que un día no te di, lo que un día te quite, además, Lilian y Anne se morían por conocerte, al igual que yo. —Aprendió lo importante que era su familia, entendió que su único propósito en la vida era la felicidad de ellos y él estaba dispuesto a todo para lograrlo, era su hijo y lo adoraba.

—¿En serio? Muy bien, padre, ahora que eres un hombre bondadoso y amoroso quiero que me expliques una cosa, en esas nuevas cualidades tuyas, ¿dónde entra el haber arreglado un matrimonio para mí junto a una joven que nunca en mi vida he visto? —El rostro de marqués perdió color, podía sentir el veneno y la rabia en las palabras de su hijo, esperaba que no supiera nada sobre el tema, contaba con ello, pero al parecer se había equivocado.

—¿Cómo sabes eso?

—Muy sencillo, Lord Bristol, mientras viajaba a la India encontré un par de documentos en la maleta que me enviaste. En uno de ellos se especificaba mi boda con una joven, aunque no recuerdo su nombre; la boda ya tiene fecha, mamá los puso allí con una pequeña nota, supuso que me gustaría saberlo. —Su padre sintió que no podía seguir manteniéndose en pie, así que en pasos pequeños y temblorosos fue hasta una de las sillas y cayó en ella como peso muerto... Eso nadie debía saberlo, ni siquiera su esposa.

—Perdóname; sí, organicé tu matrimonio cuando arreglé el de tu hermana. —Su hijo lo miró confundido—: Anne se iba a casar con otro hombre, mucho mayor, debo admitir, pero antes de que todo eso sucediera, conoció al conde de Coventry, se enamoraron y fueron encontrados en una situación comprometedor, así que terminó casada con él. —Adrián sintió cómo su sangre se calentaba, fue hasta él a grandes zancadas y tomándolo de las solapas de su saco, lo estrelló con fuerza contra el respaldo de la silla que estaba pegada a la pared.

—¿Usted iba a casar a mi hermana con un viejo y aun así se atreve a venir, pedir perdón y parecer arrepentido? —Estaba furioso y no era consciente de sus actos ni de la fuerza que estaba utilizando en su agarre, empezaba a dificultársele la respiración así que aflojó un poco.

—Te dije que cometí muchos errores pero luego los arreglé. Anne está casada con el conde y es muy feliz ahora, incluso rompí tu compromiso con la joven, el padre se puso furioso y tuve que darle dinero para arreglar la

situación. Por suerte, la unión no había sido anunciada así que el daño fue mínimo, no te obligaré a casarte, puedes elegir a quien desees, eres libre de hacerlo, lo único que quería era darte una buena mujer. —Él lo soltó y lo miró como si fuera la peor basura que conoció en su vida, se alejó de él y lo señaló con su índice.

—No se atreva a meterse en mi vida, nunca. Si a mí se me viene en gana casarme con la mujer de peor reputación de Londres pues que así sea, usted no tiene el derecho a comentar y mucho menos opinar. —Se giró y fue hasta la puerta, necesitaba aire.

—¡Hijo! Por favor, solo necesito una oportunidad, y vas a ver que puedo ser un buen hombre, puedo darte el tiempo que necesites, hacer lo que desees. —Se detuvo justo antes de cruzar la puerta, se giró y lo miró.

—Quiero conocer a la hija de los marqueses de Launderry, dicen que es una mujer realmente hermosa. —Su padre negó con la cabeza.

—Tengo varios negocios con el marqués y la última vez que hablamos comentó que estaba ultimando arreglos para el compromiso de su hija, ya debe tener un matrimonio arreglado con algún noble. —El joven se encogió ligeramente de hombros.

—Entonces tiene mucho trabajo, seguro que encuentra la forma de hacer que el marqués ceda y reconsidere la idea de comprometer a su hija. Además, por ahora solo quiero conocerla, no es como que vaya a pedir su mano —Salió del despacho sin darle tiempo a responder y fue directamente al jardín, estaba acostumbrado a los lugares abiertos, a la naturaleza. Allí, sentado de un árbol, era el único lugar en donde podía pensar.

Adrián abrió los ojos, miró a su hermana y suspiró. Ella, al igual que su madre, buscaban la forma de arreglar la situación entre su padre y él, y aunque debía admitir que el marqués se estaba esforzando mucho más de lo que llegó a imaginar, para él no era sencillo hablar del tema y mucho menos perdonar a su padre.

—Fue una discusión sin importancia, era la primera vez que nos veíamos en años y nuestra comunicación no ha sido precisamente la normal, no pueden esperar que al llegar me lanzara a sus brazos, lo abrazara y le dijera: te amo, padre. Lo más probable es que nos esperen muchas discusiones. —Era todo lo que podía decirle; su hermana tenía un corazón muy dulce y le sería sencillo perdonar hasta la falta más grande, pero él no era así.

—¿Algún día lo perdonarás? —preguntó Anne dándose por vencida, no podía seguir presionándolo de esa forma o podría terminar de la forma menos deseada.

—Tal vez, algún día, cuando él me devuelva todo lo que me negó. —Ella, apoyando sus manos en las piernas de su hermano, se levantó de su silla y se sentó junto a él. Adrián rápidamente la abrazó y ella se apoyó en su pecho.

—Prométeme que, al menos, lo intentarás —rogó ella. No podía ver cómo las personas a las que tanto amaba se alejaban entre sí y se llenaban de odio, no podía dejar de intentarlo.

—Te lo prometo.

—Bien, ahora cuéntame un poco sobre Emily, olvidé preguntarte por qué querías que la conociera y aún más que fuera a mi casa de campo. ¿Qué quieres con ella, Adrián? Acuérdate que aquí las normas de sociedad con las mujeres son muy estrictas. —Él dejó un pequeño beso en la frente de su hermana y rio, era cierto que apenas se estaban conociendo, pero su hermanita era una mujer realmente curiosa y no era de las que se daban por vencidas si no recibía respuesta a sus preguntas, no descansaba hasta conseguir lo que quería.

—Deja la curiosidad, mujer, no me atrevo a decir una sola palabra porque seguro que ya empiezas a planear el matrimonio, hay que esperar, hay que darle tiempo a lo que sea que suceda entre nosotros. Tal vez sea la mujer de mi vida, tal vez no, solo quiero conocerla un poco más.

—Pero ¿han tenido algún encuentro? Porque no creo que uno aprenda mucho de una persona mientras baila cuando una mujer está educada para apenas si

pronunciar palabra alguna en ese momento o, en caso tal, mantener una conversación de lo más sosa y aburrida —bufó, lo que causó una carcajada en él, pero no pudo evitar terminar con una pequeña sonrisa, los recuerdos de sus encuentros eran de lo más interesantes, aún seguía con el deseo de probar sus labios.

—Haces muchas preguntas. —Pensó en la mejor forma de evadirlas y, al mirar por la ventana, vio que estaban a punto de llegar, la suerte estaba de su lado—. Pues mi hermosa Anne, encantado te lo contaba todo pero hemos llegado así que tendrás que conformarte con saber que las conversaciones que hemos mantenidos están lejos de ser aburridas y sosas, han sido realmente interesantes. —El carruaje se detuvo y Adrián intentó evitar otra lluvia de preguntas; bajó rápidamente de este dejándola con la boca abierta, él sonrió coqueto y la ayudó a bajar, la tomó del brazo y la guio por el lugar.

Aunque para él era tedioso tener que encargarse de todo eso y bien podía pedir que se lo llevaran a casa, necesitaba salir de aquel lugar y tomar un poco de aire fresco así que aprovechó la oportunidad y así compartiría un poco de tiempo con su hermana. La mayoría de sus ropas no era las apropiadas así que, en primera medida, visitó al sastre. Compró un par de sombreros elegidos por Anne y un par de libros para la pequeña biblioteca de su habitación, era un fiel amante de la lectura, además de que su hermana lo obligó a regalarle un par de novelas románticas, pero él no podía estar más feliz en su compañía.

Al atardecer, cuando caminaban de vuelta al carruaje, pasaron por una de las mejores joyerías y Adrián no solo vio un hermoso collar que quedaría perfecto en el delicado cuello de su madre sino también unos pendientes para su hermana, y un anillo, pero lo compraría cuando estuviera a solas, una acompañante haría demasiadas preguntas.

Luego de dejar a su hermana en su casa y volver a la mansión, pidió que le subieran la comida a su habitación y se encerró allí, no tenía intención alguna de reunirse con su padre, no si podía evitarlo. La única razón por la que a veces asistía a la cena era por su madre, pero en esta oportunidad necesitaba

soledad; el tema de Emily se le estaba llevando varios años de vida, no podía dejar de pensar en si estaba haciendo lo correcto o no. La única razón por la que le pidió a su padre un poco de tiempo para conocerla fue para demostrarle que era completamente capaz de todo y, sin embargo ahora, cuando entendió que no tenía que demostrar nada, seguía allí, intentando conquistar el corazón de la dama.

Durante una de las muchas discusiones que mantuvo con su padre se dio cuenta de que, en el fondo, la única razón por la que aún no perdonaba a su padre fue porque no le dio la oportunidad de demostrarle que podía ser el hijo que siempre soñó, pero ya no se molestaría en serlo, quería una vida propia y no podía conseguirlo viviendo a la sombra del marqués de Bristol, quería escribir su propia historia e increíblemente, esta empezaría al viajar a la casa de campo de su hermana.

Emily Beckett, a sus ojos, era una mujer atrevida, llena de astucia, inteligencia, arriesgada, decidida, podía dejarte sin aire con una sola palabra, con una sola mirada podía llevarte al infierno, con una sonrisa al mismísimo paraíso; ella se había convertido en más que una simple conquista, era su deseo y ahora solo le faltaba descubrir qué tan grande era su necesidad por ella, en ese instante sería capaz de entender el peligro que corría su corazón.

Creía en el amor. En muchas ocasiones fue testigo de la hermosa unión que solo un sentimiento tan puro como ese puede lograr, aunque claro, no soñaba con ello de la misma manera que las damas: era consciente de lo difícil que era encontrarlo, pero ya que tenía la posibilidad de elegir, quería algo que, al menos, se acercase, que los hiciese felices a ambos, lo suficiente como para nunca llegar a arrepentirse de su decisión.

Fue hasta su armario y empezó a sacar su ropa. Aún faltaban un par de días pero la verdad es que estaba deseoso por partir y necesitaba tener todo listo, además que mañana mismo iría a la joyería. Debía estar listo para todo, incluso para un compromiso; al parecer en Londres, el querer conocer a una dama en edad casadera, puede convertirse en matrimonio en un segundo, y la

verdad es que no le molestaba la idea. A su lado, su vida nunca sería monótona o tranquila.

Sacudió la cabeza y siguió sacando un par de sacos adecuados para el viaje, mientras pensaba en cómo organizar un par de encuentros con ella. Seguro que Anne o su madre lo ayudarían aunque, sin duda alguna, la marquesa de Launderry no querría ver a su hija a solas con un hombre, jamás estaría de acuerdo de ello... Solo debía pensar en la forma adecuada de distraerla cada vez que fuese a ver a la dama en cuestión, necesitaba aliados y estaba listo para conseguirlos, nada podía salir mal, en pocos días vería el desenlace de su historia.

Capítulo 8

El tiempo pasó rápido y antes de darse cuenta, Emily ya se encontraba rumbo a la casa de campo de la condesa. Al final se concentró tanto en pensar en todos los posibles problemas que ese hombre podía causarle que no se tomó el debido tiempo en pensar en la mejor solución: evitar asistir.

Se sentía inquieta, preocupada, no sabía lo que le esperaba en aquel lugar y eso la desesperaba, nunca fue una mujer dada a la paciencia, además que nunca esperó que su padre le permitiera asistir con tanta facilidad. Después de haber sido presentada al conde de Dartmouth creyó que su matrimonio era inminente y fuera quien fuese el otro hombre interesado, las oportunidades que representaban para su padre no debían compararse a las que él le ofrecía, ¿por qué demorarlo más?

Suspiró y se recostó en la silla del carruaje tanto como pudo, el camino no era especialmente largo pero prefería descansar un poco antes de llegar, era como una preparación para ella, tenía la mente fija en un solo tema e incluso, aunque su madre en más de una ocasión intentó generar una conversación para hacer un poco más placentero el camino, ella solo se limitaba a asentir, negar o sonreír cuando el ceño de su progenitora se fruncía.

Rogaba porque Adrián Wadlow y sus deseos por conocerla no llegaran a dañarla o a generarle problemas, después de todo, era completamente normal dialogar de vez en cuando con alguna persona. Ella se encargaría de nunca llegar a estar en una situación comprometedor y demasiado peligrosa. Así

tuviera que amarrarse a la mano de su madre, iba a comportarse como toda una dama recatada. Cuando volviesen a Londres, donde se sentía considerablemente más segura, continuaría con su plan de conquista, la casa de la condesa es territorio desconocido y él tenía todas las ventajas, debía ser cuidadosa.

Cuando estaba en la escuela de señoritas y se veía obligada a soportar todas aquellas tediosas y eternas clases que tanto odiaba, siempre terminaba soñando en cómo sería cuando empezase a ser cortejada por un caballero, siempre imaginaba la escena completa llena de sonrisas coquetas y miradas furtivas, nunca pensó que podría conllevar tanto estrés, cansancio y preocupación. Ni siquiera estaba segura de querer casarse con él o con algún otro hombre, además, ¿y si se equivocaba y termina causando la infelicidad de ambos? No era algo como que un par de años pudieran llegar a cambiarlo.

Cerró sus ojos y tomó un profundo respiro, no podía sacar conclusiones apresuradas. En su momento, su padre le advirtió sobre los intereses de los hombres; era probable que Adrián no deseara una unión y lo único que buscara fuese un momento de pasión que no solo pudiese acabar con su reputación y su futuro sino también con su corazón... No soportaría la sola idea de entregarse a un hombre y no ser correspondida.

Al llegar a la casa de campo fueron recibidos por los condes, pero el cielo ya estaba oscuro y ambas damas estaban realmente cansadas así que luego de una rápida bienvenida, les dieron un rápido recorrido por la casa y luego fueron llevadas a sus respectivas habitaciones, una al lado de la otra; Anne les relató un poco sobre las actividades que tenía planeadas, entre ellas un par de veladas, una cacería, tardes de té, pícnic, cabalgatas, entre otras.

—Los únicos que faltan son los duques de Marlborough, Amberly me dijo que llegarían mañana en la tarde, tienen varios compromisos y les es imposible venir antes así que la velada de bienvenida será mañana; como les dije, va a ser algo muy privado y familiar, así que solo somos mis padres, los marqueses de Bristol, además de mi hermano Adrián y un amigo suyo, el

conde de Grosvenor, no sé si lo conoces; y por último los duques, tu madre, tú y yo —le informó la condesa a Emily tras dejar a la marquesa de Launderry descansando en su habitación. Anne quería charlar con alguien al menos por un par de minutos, así que terminó sentándose en su cama y empezando la conversación como creyó conveniente.

—¡Grandioso! Será como un pequeño descanso de la ajetreada temporada social en Londres. Me encanta el campo, soy muy buena con las flores y los árboles. —La carcajada de su acompañante logró que las mejillas de Emily se tiñeran de un ligero rosado. Por suerte, todas sus heridas ya se habían curado por completo, así que solo quedaban los recuerdos en la mente de ambas.

—Oh, sí, recuerdo perfectamente tu aventura con los árboles así que necesito pedirte un favor, bueno, dos; primero, me encantaría que me ayudases un poco con el jardín, nunca he sido buena con las flores y necesitan un poco de dedicación. —Emily asintió de inmediato.

—¡Yo encantada!

—¡Perfecto! Dos, por aquí abundan los árboles grandes y altos, pero te ruego que nada de escalar, por favor, si te llega a pasar algo como lo sucedido en tu casa seguro que me matas de la impresión, además, que Adrián te mata. —Tras escuchar aquel nombre, los movimientos de Emily se detuvieron y el vestido que mantenía en sus manos terminó cayendo al suelo, había hecho un gran esfuerzo por evitar pensar en ese tema desde que llegó, pero en ese momento entendió que era imposible, si lo tenía a tan solo un par de metros.

—Prometo que no me pondré en peligro y no sucederá nada parecido —dijo ella, no podía dejar de trepar árboles, si llegaba a sentirse mal era algo completamente inevitable, además, que algo le decía que llegaría a necesitarlo.

Anne miró a la joven y mordió ligeramente su labio, entendía que su hermano no era un tema sencillo pero debían hablar de ello, no solo se preocupaba por Adrián sino también por ella, les tenía mucho cariño a ambos y no soportaría el ver cómo se hacían daño el uno al otro, ninguno merecía sufrir, no existía

alguien más interesada en la felicidad de su hermano que ella pero no sabía cómo empezar la conversación, no quería hacer la pregunta equivocada o un comentario fuera de lugar. Tomó aire.

—Emily, ¿puedo hacerte una pregunta? —La joven la miró con el ceño ligeramente fruncido pero asintió—. ¿Qué piensas de Adrián? —Ella estaba organizando sus vestidos, aunque era la labor de su doncella, le gustaba hacerlo y no tenía problema alguno con ello, pero su pregunta la dejó completamente helada. Esperaba lidiar con ello sola, aunque confiara en Anne, era su hermano el tema de conversación, imposible hablar con total sinceridad.

—Es todo un caballero, es lo único que sé. La verdad es que no puedo decir mucho, no lo conozco, apenas hemos cruzado un par de palabras así que me es imposible emitir algún juicio. —No estaba diciendo ninguna mentira pero tampoco estaba siendo completamente sincera, además, la verdad es que no tenía una respuesta, no sabía qué pensar de él.

—Yo sé que algo debió suceder entre ustedes, Emily. Es cierto que hace muy poco tiempo conozco a mi hermano pero si sé que él jamás se comportaría así con cualquier mujer. Es más, son muchas las jóvenes y mujeres interesadas en él, prácticamente todas han intentado casarlo de alguna forma. No importa cuándo le coqueteen, cuándo le muestren o le insinúen, él siempre tiene un comportamiento intachable. Eso no sucede contigo, cada vez que pronuncio tu nombre su mirada busca el origen y sus sentidos se ponen alerta, eres especial para Adrián, estoy completamente segura, pero entiéndeme, no quiero que sufra, ni él ni tú. —Emily fue hasta ella y se sentó en la cama, a su lado, tomó sus manos entre las suyas y tras mirarla a los ojos, suspiró; la entendía perfectamente, seguro que ella estaría igual si estuviera pasando por algo similar, pero a pesar de que la relación con sus hermanos no era mala, tampoco llegó a ser de tanta cercanía.

—Es muy difícil para mí responderte a esa pregunta. Sinceramente, de por sí ya es complicado puesto que eres su hermana, es normal que veas

principalmente por su bienestar, pero en ese momento, yo lo único que quiero es mi felicidad; es probable que dentro de poco tiempo termine casada con un hombre que lo único que me causa son escalofríos, no voy a hacer nada que pueda arruinarme, mucho menos voy a hacer algo que le haga daño a tu hermano. Además, lo que ha sucedido entre nosotros no ha sido más que un acercamiento indebido y un ligero coqueteo, no hemos llegado mucho más allá y no creo que suceda. —Anne rápidamente negó con la cabeza. No, ella no podía terminar casada con ese hombre, ninguna mujer debería verse obligada a unirse a alguien así, no es justo, ella estuvo a punto de pasar por lo mismo.

—No aceptes algo así, Emily, puedes aspirar a algo mejor, estoy segura. Mereces algo mejor, al menos Adrián puede cuidarse solo y la sociedad es mucho más permisiva con los hombres. ¿Por qué aceptas a ese caballero si no es lo que deseas?

—Porque el error de desear el cariño de mi padre ya no hay forma de evitarlo, pero te aseguro que jamás haré algo que pueda dañar a tu hermano. —La condesa se mordió ligeramente el labio, ya no era su hermano quien le preocupaba, era ella. Adrián debía tener algo planeado y ahora entendía que al traerla solo le estaba dejando libre el camino para llevarlo a cabo.

—Él prácticamente me rogó que te trajera, pensé que era porque quería conquistarte o proponerte matrimonio pero ahora ya no estoy tan segura, hice lo que estuvo a mi alcance para que vinieras y ahora tengo miedo a sus consecuencias. Cuídate mucho, hablaré con él y lo mantendré alejado de ti, no sabía por lo que estabas pasando, pero lo único importante es que cuentas con toda mi ayuda para evitar ese compromiso. —Emily la abrazó, últimamente se sentía muy sola, hacía mucho que no sabía nada de Elyse, y Anne se estaba convirtiendo en un apoyo, era una mujer muy dulce, estaba feliz de poder contar con ella como amiga.

Un suave carraspeo llamó su atención, se alejaron y al mirar hacia la puerta se encontraron con el causante de sus nervios, su *malestar*, y mientras una quería sacarlo de allí y llevarlo lejos, la otra quería atacarlo a preguntas.

—Perdón, estaba buscando a mi hermana, tenemos una conversación pendiente. Espero no interrumpir, Lady Emily, no sabía que ya había llegado, bienvenida. —Hizo una ligera inclinación que ella respondió con una pequeña sonrisa; su cuerpo temblaba no se creía capaz de levantarse y hacer una reverencia, al estar tan lejos de Londres y con tan pocos presentes seguro que se le podían permitir un par de faltas.

—Muchas gracias, Lord Wadlow, casualmente la condesa me estaba informando de las personas que ya se encuentran aquí —dijo ella aparentando tranquilidad. Mientras no realizara ningún movimiento, era capaz de continuar con ello, así no se preocuparía por su cuerpo sino por sus palabras.

—Bien, vamos y hablamos en la biblioteca, seguro que Lady Emily desea descansar, el viaje es largo y un carruaje no es precisamente de mucha comodidad. —Se levantó, le guiñó un ojo a su amiga y tras tomar a su hermano del brazo, Anne salió de la habitación. Era cierto que era una mujer dulce y a veces ingenua, pero no era estúpida—. Algo me dice que no estabas buscándome a mí, no tenemos ninguna conversación pendiente. —Adrián sonrió y tomó la mano de su hermana para conducirla a su habitación, debía descansar, por su bien y el del bebe.

—Solo quería saludarla, perdóname, no debí decir esa mentira, prometo no volver a hacerlo. Ahora ve a dormir, seguro que estás agotada y el bebé necesita dormir, no tienes nada de qué preocuparte. —Anne vio que su esposo se acercaba a ellos y rápidamente miró a su hermano intentando verse algo amenazante; si tenía que sacarlo de su casa por el bien de su amiga, lo haría, no lo dudaría ni por un segundo.

—Aléjate de ella, algo me dice que vas a terminar lastimándola y si llegas a dañarla, acabo contigo, Adrián. Ella tiene ya suficientes problemas y preocupaciones, no le aumentes otra. —En ese momento, el conde llegó hasta ellos y con una tierna sonrisa en la boca, tomó a su esposa por la cintura y dejó un pequeño beso en los labios.

—Te estaba buscando, amor mío, ya me sentía perdido sin ti. —La mano del

conde fue hasta el pequeño bulto en el vientre de su esposa y lo acarició—. ¡Cuñado! Pensé que ya estabas descansando en tu habitación, ¿necesitas algo? —preguntó Roger a Adrián, quería llevarse a su esposa a la cama y con él rondando por ahí no podía hacerlo, ella jamás se iría a dormir si alguno de sus invitados no estaba cómodo.

—No se preocupe, Roger, iba camino a mi habitación, no los molesto más, mi hermana necesita dormir. —Se acercó a Anne, dejó un pequeño beso en su frente y, tras una palmada en la espalda del conde continuó, con su camino. No sabía cómo responder a su reclamo y evitaría hacerlo tanto como le fuera posible, además, no podía prometerle que se fuese a alejar de ella, no sería capaz, y mucho menos teniéndola tan cerca. Si ya estaba haciendo un esfuerzo enorme por no correr a su habitación y verificar con sus propios ojos que las heridas de su aventura en el árbol no hubieran sido de gravedad. Desde que Anne se lo contó se sentía morir de solo imaginarla lastimada, pero no le quedaba más opción que esperar al día siguiente.

Emily se quitó su vestido y corsé hasta quedar solo en camisón, su doncella debía estar descansando y no quería molestarla, ella era perfectamente capaz de hacerlo por sí sola; peinó su cabello y lavó sus manos y rostro en la vasija con agua de la esquina, fue hasta la cama y se cubrió con las mantas, era una noche fresca y hacía frío.

Tenía todo un plan ideado aprovechando que Anne le había ofrecido su ayuda; empezaría por permanecer en el jardín toda la mañana, la mayoría de los grandes señores se levantaban alrededor del mediodía y no solían visitar el jardín. Podía ser un buen escondite, además así no extrañaría tanto sus flores; no podía evitar asistir al almuerzo, era el primer día y sería grosero, además de que no encontraría excusa válida para ello. Pero al terminar, podía esconderse en el salón de música, aunque se moría por subir a algún árbol y observarlo todo desde lo alto, no quería preocupar de más a Anne.

Durante la velada sería imposible evitarlo, eran muy pocos los invitados y sería inevitable encontrarse con él en un salón tan grande, así que no se

alejara de su madre ni por un solo segundo, si permanecía a su lado, Adrián no sería capaz de hacer nada indebido, mucho menos de provocarla; luego alegraría dolor de cabeza y volvería a su habitación, nada podía salir mal y cuando todo terminase podría pensar en un nuevo plan para el día siguiente. Así, al volver a Londres, todo volvería a la normalidad.

Al siguiente día, luego de darse un baño, se puso un lindo vestido de color lila que tenía hermosas flores de un rosa muy suave adornando su falda, su doncella le hizo un hermoso recogido y le puso su sombrero a juego, iría sin guantes, no quería llenarlos de tierra; salió de su habitación y fue hasta el comedor.

—*Milady*, ¿desea algo para desayunar? —preguntó una de las mujeres que preparaban la mesa. Emily tenía por costumbre levantarse temprano, no soportaba quedarse en cama por mucho tiempo; probablemente fuese la única persona levantada.

—Con un jugo será más que suficiente, gracias. —Tomó asiento y su jugo no tardó en llegar, lo tomó más rápido de lo que debía—. ¿Me puedes decir dónde está el jardín? Me ha dicho la condesa que sus flores requieren un poco de atención y me gustaría encargarme de ello —preguntó a la mujer, ella rápidamente asintió y le dio las indicaciones de cómo llegar, además de explicarle que todos los implementos que pudiera llegar a necesitar los encontraría en la pequeña cabaña de madera junto al jardín.

Luego de darle las gracias, Emily sonrió emocionada y emprendió su camino, estaba feliz, haría lo que más le gustaba y escaparía de todos los peligros, al menos por un rato. Lo que no imaginó es que habría alguien siguiendo sus pasos.

Adrián la vio desaparecer por la salida trasera; no quería preguntar a los sirvientes a dónde se dirigía, podía generar muchos chismes. Si quería hablar con ella debía encontrar la forma de llegar a ella sin que nadie lo notara. Algo le decía que iba hacia el jardín o los árboles del bosque, no la creía con ganas de cabalgar.

—Milord, ¿desea algo más? —preguntó la cocinera, solía desayunar allí, siempre era el primero en levantarse y no le gustaba la idea de comer solo en aquel enorme comedor, aquello era deprimente; él negó con la cabeza.

—No, gracias, seguro que mi hermana y mi cuñado no tardan en levantarse, prepáreles un buen desayuno, recuerde que la condesa está en embarazo y debe cuidarse. —La cocinera asintió, empezaba a acostumbrarse al extraño actuar del hermano de su señora, ya hasta le preparaba su desayuno mucho antes de que él llegara a pedirselo—. Iré a cabalgar —informó Adrián y salió rumbo a las caballerizas. Desde allí sería sencillo ir al jardín sin que nadie lo notara, además que sería mucho más rápido llegar a ella a caballo.

Al llegar a las caballerizas, acarició el hocico de su caballo y le pidió al encargado que se lo ensillara; cuando estuvo listo, montó y salió a todo galope hacia el jardín de su hermana, pero al llegar, no la encontró, entonces empezó a preocuparse. A pie no podía haber ido mucho más lejos. Se imaginó lo peor, pero entonces, a lo lejos, entre los árboles, pudo ver la falda de su vestido tras un enorme manzano; no quería asustarla ni advertir su llegada por el sonido del galope de su caballo, así que bajó y lo dejó atado a uno de los árboles cercanos.

Caminó hacia ella y la encontró acariciando el tronco de uno de los manzanos mientras, con la otra mano, sostenía su falda. El suelo estaba lleno de tierra, supuso que no la quería ensuciar. Su mirada estaba fija en lo alto del árbol, sus ojos brillaban con la emoción y la expectativa, podía verlo, seguro que estaba planeando cómo subirlo.

—No me digas que piensas subir. Según mi hermana, le encanta escalar árboles, pero debo decir que es una actividad peligrosa y demasiado riesgosa, puede hacerse daño —dijo llamando su atención, ella dio un suave brinco al escucharlo y tras mirarlo puso su mano sobre su pecho y respiró profundo.

—¡Casi me mata del susto! Una persona sensata no se anuncia así —exclamó ella. Pensó que estaba sola y no le hacía ninguna gracia el encontrarlo ahí, junto a ella. Cuando llegó al jardín y vio los manzanos a lo lejos no pudo

evitar el ir hacia ellos, eran de los árboles más hermosos que puede haber — además, los manzanos no pueden escalar, a pesar de ser grandes y fuertes, no soportarían el peso de una persona, las ramas más altas pueden romperse, no llegaría muy lejos—. Tenía la mente en blanco, su plan había fallado, no solo no pudo evitar encontrarse con él sino que además se encontraban completamente solos y estaban lejos de casa, estaba en serios problemas.

Capítulo 9

Adrián no pudo evitar sonreír al escucharla: estaba nerviosa. El ligero temblor en sus manos se lo confirmaba. Claro, seguro que nunca esperó encontrárselo, mucho menos allí, pero ella debía aprender que él no era de los que se daban por vencidos ante una pequeña falla.

Se acercó a ella, pero Emily, por el rabillo del ojo, se percató de su movimiento y rápidamente dio un paso a su derecha en un intento por alejarse, debía mantener la distancia o entonces, de verdad, estaría en serios problemas.

—Lo lamento, mi intención no era asustarte, te vi a lo lejos y quise acercarme pero mi propósito no es incomodarte. —Ella juntó sus manos en frente y tomó aire, se giró hacia él y sonrió.

—No se preocupe, milord, es solo que pensé que estaba sola, pero le ruego que no me trate con tanta familiaridad, no es correcto, si alguien llegase a escucharlo podría llegar a malinterpretar nuestra relación; será mejor que me vaya, le pediré a mi doncella que me acompañe, no deberíamos estar a solas. Si me disculpa... —No era buena idea acercarse a él, así que decidió rodear el árbol y caminar de vuelta a la casa tan rápido como le fue posible; vio el caballo a lo lejos y sonrió, él debía hacerse cargo del animal, no la seguiría, o eso esperaba, tenía una pequeña esperanza de no equivocarse.

—¿Por qué quiere huir, Lady Beickett? No pensé que fuera de las que le huyen al peligro, es más, llegué a pensar que era una de esas mujeres valientes

a las que no se las puede intimidar, aunque al parecer, me he equivocado. — Adrián estaba intentando provocarla, pero ella quería irse, lo necesitaba, le temía a lo que él era capaz de causar en su cuerpo; debía ser cuidadosa, no solo no podía arruinar sus planes de conquista, también debía salvaguardar su virtud, mantenerse en su actitud de perfecta dama. ¡Qué propósito más difícil!

—No sé a qué se refiere, milord, no quiero huir, no tengo razones. La única razón para escapar es sentirse en peligro, pero supongo que estoy a salvo junto a usted. ¿Acaso me equivoco? —dijo con una sonrisa coqueta. Era un juego peligroso, Emily era consciente de ello, pero parecía ser la única forma de escapar, distraer con un par de sonrisas y mirada podía ser su salvación, solo necesitaba caminar lenta y distraídamente de vuelta a casa.

—Oh, no, por supuesto que está a salvo conmigo, *milady*, jamás lastimaría a una dama. Es más, mi deber como caballero es velar por su tranquilidad y seguridad. —Ella intentó parecer relajada y se detuvo lo suficientemente lejos de él como para estar a salvo ante cualquier movimiento, la distancia suficiente para permitirle reaccionar; lo miró achicando sus ojos y sonrió.

—Déjeme adivinar. Decidió seguirme hasta aquí por la misma razón que me siguió a los jardines durante la velada de los marqueses de Carisbrooke: un profundo deseo por salvaguardar a una indefensa dama que puede estar expuesta a muchos peligros. —Su voz tenía una pequeña gota de diversión, lo que le hizo sonreír; ella, al ver que Adrián bajaba la guardia, empezó a caminar hacia la casa con pequeños y lentos pasos. Cualquiera diría que no se estaba moviendo. Si seguía así, pronto estaría en la comodidad de su habitación. A la próxima solo iría en compañía de la condesa, así le enseñaría un poco sobre el cuidado de las flores.

—Bueno, no puede culparme, nunca se sabe cuándo puede aparecer un maleante. Incluso en un lugar como este, mucho más en un jardín de Londres donde cualquiera podría entrar. —Ella asintió, sin llegar a darse cuenta de que Adrián era plenamente consciente de sus movimientos, y aunque ella no lo notara, él ya empezaba a cerrar su camino, a encerrarla. Siempre fue un

hombre muy observador, era difícil sorprenderlo, así que su hermosa acompañante no tendría escapatoria. Dio un rápido paso hacia el frente justo en el momento en que la mirada de la joven se fijó en el paisaje de más allá.

—Unas palabras dignas de admiración, seguro que no todos los hombres que dicen ser caballeros harían tal cosa. Es más, es probable que sean ellos quienes terminen arruinando a una joven de buena reputación, no salvándola. ¿Usted solo tiene buenos propósitos o hay algo más detrás de tanta caballerosidad? —dijo ella, deteniendo su avance y cruzándose de brazos. No podía ser tan obvia, debía disimular, aunque fuese un poco antes de salir corriendo como una posesa. Empezaba a creer que no sería tan fácil escapar de él, era como si de alguna forma se cerraran todas sus posibilidades, estaba empezando a perder la paciencia.

Él rasco su cuello y sonrió apenado; dio un paso hacia ella, dejándola sin respiración. Emily inmediatamente retrocedió y su respiración se agitó, algo así no debería estar pasando. Se suponía que tenía la situación bajo control, él debía permanecer alejado, si prácticamente le estaba preguntando sus propósitos al acercarse a ella con tan poca sutileza.

—Bueno, Lady Beickett, creo que mi respuesta no será de su agrado. —Ella respiró profundo, elevó una de sus cejas y juntó sus manos enfrente, a modo de protección.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué lo cree? Dígalo de una vez y averigüémoslo.

Adrián se acercó a ella tan rápido y tan de repente que no le dio tiempo de retroceder, la tomó de la cintura y la pegó a su cuerpo, dejándola sin respiración. Uno de sus brazos se aferraba con fuerza a su pequeña cintura mientras que la otra empezó a dejar suaves y delicadas caricias en su mentón, cerca de sus labios. Emily empezó a temblar entre sus brazos, lo que le hizo sonreír, la tenía a su completa disposición.

—¿Acaso pensabas huir de mí? —preguntó él con cierto tono burlón; los brillantes y hermosos ojos azules de la dama se abrieron llenos de sorpresa y su cabeza empezó a moverse en forma negativa.

—Ya le dije, no pensaba huir, solo pensé que podíamos caminar un poco ahora. ¿Podría soltarme y alejarse un par de pasos? No es correcto que me tome de esta forma, si alguien llegase a vernos tendríamos serios problemas. —Ella se removió intentando alejarlo, pero fue imposible, estaba atrapada e indefensa, pero lo peor es que su cuerpo empezaba a traicionarla, en su vientre sentía un ligero cosquilleo y sus manos luchaban por acariciar su rostro, su cuello, su cabello. ¿Cómo lograría salir ilesa?

—Me disculpo, señorita, pero me es imposible cumplir su deseo aunque con ello parezca el peor de los hombres, aunque permítame responder a su pregunta. Creo que no le agradarán las razones que me obligan a ir tras usted y protegerla, porque no es algo que muchos llamen correcto, no obstante, ahora que lo pienso mejor, seguro que sí le gustará y puede que hasta me pida más. —Su mano tomó firmemente su mentón, Adrián se acercó tanto que podía sentir su agitada respiración golpeando su rostro, sus labios estaban a poco menos de un centímetro de distancia, solo necesitaba un pequeño movimiento para cerrar el espacio que quedaba entre ellos.

—Explíquese —exigió ella, corriendo el riesgo de recibir una respuesta poco agradable, pero solo intentaba ganar un poco de tiempo en lo que recuperaba el control de su cuerpo y se le ocurría algún plan.

—Desde el mismo instante en que la conocí he querido besarla. —Emily se quedó de piedra—. Es usted una mujer realmente hermosa y sé que es completamente consciente de ello, sus ojos son dignos de ser admirados y su cabello digno de ser acariciado, cualquier hombre sería afortunado de tenerla a su lado, yo solo quiero un pequeño beso, estamos muy lejos de casa, nadie tiene porque verlo y si algo así llegara a suceder pues no es como que me moleste unirme a una mujer como usted por el resto de mi vida —ella no sabía qué hacer ni que decir, no tuvo más opción que quedarse completamente hipnotizada viendo sus ojos claros, era un hombre realmente apuesto y ella no era la perfecta dama que muchos creen, incluso, en algunas ocasiones, escuchó a varias jóvenes hablar sobre los besos que a escondidas recibían de sus

pretendientes mientras creían no ser escuchadas, un beso no puede ser tan malo, ¿O sí?

—No es lo correcto —susurro ella con la voz entrecortada intentando recuperar la cordura, tanto la suya como la de Adrián.

—¿Quién dice que no lo es? A mi parecer es una acción terriblemente placentera y emocionante —Él turnaba su mirada de sus ojos a sus labios— ¿Alguna vez te han besado? —ella, presa de los nervios, mordió su labio inferior, no podía hablar, era como si su boca y su cerebro se hubieran desconectado, simplemente no podía emitir palabra alguna.

Adrián no quería asustarla ni mucho menos, debía ir despacio, sin afanes, no quería ser rechazado; acercó sus labios y dejó un pequeño beso en su mejilla. Su mano, aflojó su agarre y empezó a moverse de arriba abajo en su espalda, tranquilizándola.

—No deberíamos estar a solas, mucho menos deberías besarme, es algo que una mujer debe reservar para su prometido y esposo. Por favor, suélteme —se atrevió a decir, aunque Emily no hizo movimiento alguno por liberarse de su agarre o, al menos, intentar alejarse un poco. Su mejilla seguía ardiendo, estaba así desde que él le proporcionó aquel pequeño roce.

—Todo aquello es ilógico. Todo lo que te enseñaron en la escuela de señoritas no es cierto, llevar una vida como la que les enseñan es algo completamente ridículo. Además, no me digas que no lo esperabas, coqueteabas descaradamente conmigo, no puedes esperar otra reacción, solo quiero un pequeño beso, jamás haría algo que te perjudicara, créeme, tu virtud está completamente a salvo. —En ese momento, Emily, sorprendentemente, se llenó de valentía, tomó una respiración profunda y relajó su cuerpo, permitiendo que este se amoldara al de su acompañante. Él tenía razón, su propósito era conquistarlo, un beso no podía ser tan malo, sería uno pequeño, carecería de importancia.

—No —respondió ella. Adrián frunció el ceño confundido, no quería ser rechazado. Casi terminaría arrodillado en el suelo rogando al cielo que le

permitiera probar al menos un poco de la mujer que tenía en frente.

—¿Quieres que me aleje? —preguntó. No iba a forzarla, si ese era su deseo pues que así fuese. Iría hasta su caballo y cabalgaría de vuelta a casa, no volvería a molestarla y su relación sería tal cual dictaban las normas de la sociedad.

—No, me refiero a que nunca me han besado, es mi primera temporada, hace muy poco que salí de la escuela y no sé si lo sabe, pero mi padre ya está acordando un matrimonio con un caballero, no se me permite acercarme demasiado, me tienen bajo estricta vigilancia. De hecho, es sorprendente que me hayan permitido venir. —El joven no tuvo más opción que sonreír, nadie nunca la había besado, no es como que sus demás palabras fueran de importancia, tenía todo bajo control.

—¿Quieres que yo sea el primero en probar el dulce néctar de tus labios? — Emily no supo cómo responder a esa pregunta, y aunque hubiera sabido, simplemente no habría podido. Su mente se quedó en blanco, ya prácticamente ni escuchaba sus palabras, lo único en lo que podía pensar era en él, sosteniéndola fuertemente entre sus brazos, besándola, haciéndola sentir única, hermosa, deseada. En ese momento se imaginó siendo su esposa, la única mujer en su vida, la dueña de su corazón. Cualquiera podría soñar con algo así teniendo a un hombre como él justo en frente, mirándola de esa forma tan especial y además pidiéndole un beso. Sí, su virtud estaba en peligro, porque si él llegaba a pedírsela, felizmente se la concedería.

Adrián se sentía hechizado, su mirada azul tenía un ligero tinte de curiosidad, pero también estaba llena de temor, nervios, pero a la vez ansia. Era fascinante. El azul de sus ojos se tornaba cada vez más intenso y estos no parecían dispuestos a perder de vista sus labios, era imposible resistirse a sus encantos, así que, desesperado, tomó su silencio como una respuesta afirmativa.

Primero dejó un pequeño beso en la comisura de sus labios, como una ligera advertencia de lo que estaba por venir, dándole la última oportunidad de

negarse. Pero al ver cómo ella suspiraba con su cercanía y sus labios se inclinaban buscando los suyos, no pudo resistirse por más tiempo, simplemente la besó.

Luego fue un ligero roce, una caricia casi imperceptible, casta, delicada, pero llena de sentimientos. Era su primer beso y aunque se muriera de ganas por absorber todo de ella, tenía que ir despacio, quería enseñarle cómo moverse, cómo responder, cómo dejar a un lado la timidez, cómo entregarlo todo, demostrarle que un simple beso puede convertirse en un sentimiento enorme, una fiel muestra de la pureza, la pasión, el amor... Deseaba ser él el único que pudiera hacerlo.

Tomó uno de sus labios entre los suyos y lo acarició para luego repetir la acción en el otro. Ella, tal vez sin quererlo, dejó salir un pequeño gemido que apenas él logró escuchar, lo que aumentó su deseo y la erección en sus pantalones, pero no quería alejarse, por lo menos no aún. Solo quería un poco más de ella, no pedía mucho, no iría más allá de los límites.

Su beso, de repente, se convirtió en una muestra de deseo, de pasión, con cada movimiento la temperatura aumentaba y sus cuerpos reaccionaban, acercándose un poquito más, como si eso fuera posible; sus manos se movían intentando conocer un poco más del cuerpo del otro, ambos estaban a punto de perder el control y ninguno tenía intención alguna de luchar por recuperarlo, estaban demasiado cómodos como para preocuparse por algo más.

Emily sentía que su cuerpo temblaba, vibraba, hormigueaba, no estaba segura, pero lo cierto es que le encantaba, a pesar de sentirse ligeramente frustrada. Era como si buscara algo, pero no sabía qué era, solo quería más, quería tenerlo cerca, acariciarlo, besarlo un poco más.

Adrián, prometiéndose no llegar muy lejos, separó sus labios y empezó a besar su mentón, su cuello, el borde de su vestido justo sobre sus pechos. Cómo se moría por liberarlos de su encierro y darles debido trato, pero no soportaba la tentación, así que para controlar no solo sus manos, que ya se aferraban con fuerza a sus nalgas, sino también a cierta parte de su anatomía

que se moría por entrar en acción, volvió a tomar posesión de sus labios, acallando sus provocadores gemidos. Acababa de descubrir su mayor deseo, su mayor tentación, su mayor perdición: Emily Beickett.

—Y yo que pensé que podías estar sintiéndote sola en un lugar tan grande y sin ayuda de nadie, juro que me sentí la peor anfitriona, pero al parecer, mi hermano te está cuidando muy bien, no debí preocuparme. —Al escuchar esa voz, ambos, dando varios pasos hacia atrás, se separaron tan rápido como les fue posible. Fue un movimiento tan brusco que Emily a punto estuvo de caer de espaldas cuando sus pies se enredaron con la falda de su vestido. Adrián, tomándola por la cintura, la estabilizó de nuevo.

La joven, con las mejillas ardiendo de vergüenza y los labios hinchados, miró a Anne. La condesa los miraba con una ceja elevada y los brazos cruzados. Por suerte, sus ojos no parecían juzgarla, pero sentía que debía darle una explicación. Era a su hermano al que estaba besando y, además, estaban en su casa.

—Yo... —No supo qué decir, y tener a Adrián justo al lado no ayudaba en nada. Temía decir algo que pudiera no gustarle a alguno de los dos, empezaba a sentirse mareada.

—Anne, no hagas de esto un problema, por favor —dijo Adrián dejándola con la boca abierta. ¿Cómo se le ocurría decir algo así? Se sintió morir, era grosero, no eran ni la forma ni las palabras adecuadas, por más hermana suya que fuese. Ellos no estaban comprometidos, lo sucedido era totalmente inadecuado, no tenía explicación o justificación válida.

La condesa fue consciente de la incomodidad de su amiga y a punto estuvo de golpear a su hermano con la sombrilla que llevaba en sus manos, era un completo idiota. Emily era una mujer inocente y sin experiencia, un comentario así solo la abochornaría aún más. La entendía, toda joven pasa por algo así en su momento, todas salen tan poco informadas de la escuela...

—Largo, Adrián. Quiero hablar con Emily a solas —ordenó. Hablaría con ella pero a solas, su hermano solo empeoraría la situación, ya luego se

encargaría de regañarlo y acabarlo, pero ahora necesitaba hacerle un par de preguntas a su amiga.

—No, Anne, lo siento pero no, no voy a dejarla sola, si quieres hablar de lo que acabas de ver tendrás que hacerlo con ambos presentes. —Él se acercó de nuevo a Emily y la abrazó por la cintura, remarcando su punto. Para besarse se necesitaron dos bocas, fue cosa de dos personas, todo tenían que enfrentarlo juntos. Su hermana, furiosa, lo fulminó con la mirada, se acercó a él, lo tomó de la mano y lo empujó lejos de ella, pero él era demasiado grande y apenas si logró moverlo.

—¡Largo, Adrián! Quiero hablar con Emily a solas. ¿Tengo que recordarte que al ser ella parte del mercado matrimonial y encontrarse en mi casa es mi deber velar por su reputación? ¿Qué habría sucedido si los encuentra algún otro invitado o uno de los sirvientes? No voy a recriminarla ni mucho menos, solo quiero que hablemos. —No estaba dispuesta a ceder, lo quería lejos, así que su hermano no tuvo más opción que mirar a Emily, esperando encontrar en ella una súplica de compañía que le permitiera quedarse.

—Quiero que hablemos a solas, por favor, vete —le pidió ella dejándolo sin habla. Asintió y empezó a caminar hacia su caballo, prometiéndose a sí mismo hablar con Emily sobre lo sucedido. De esa discusión dependerían las próximas palabras a su padre, porque o presentaba una propuesta de matrimonio definitiva o simplemente daba un paso a un lado y la dejaría ir, aunque debía admitir que la última opción no era de su total agrado.

Cuando estuvieron a solas, Anne se acercó a Emily y la abrazó. En ese momento, la joven se dio cuenta de lo que significaban sus actos. No con sus consecuencias en la sociedad, Anne jamás iniciaría rumores o haría público lo que acababa de ver, pero debía admitir que su corazón ya estaba lleno de ilusiones. Fue inevitable que el miedo se apoderara de ella y terminara llorando en brazos de su amiga.

—¿Crees que hice mal al besarlo? —preguntó entre lágrimas—. Es que no pude evitarlo, es un hombre tan apuesto y caballeroso... Una vez sus labios

tocaron los míos sentí como si estuviera volando, como si mi cuerpo dejara de ser mío y solo le perteneciera a él. Hice mal, hice muy mal, este estúpido plan de conquista se me salió de las manos. —No fue consciente de sus palabras hasta que Anne la alejó cuidadosamente y la miró con el ceño fruncido.

—¿Cómo que plan de conquista? —preguntó.

Capítulo 10

Emily cerró los ojos y suspiró. Acababa de cometer un gran error, pero en su defensa, la estupefacción en la que quedó después del beso que Adrián le dio era la culpable. Su cerebro dejó de funcionar como debía hacerlo y terminó hablando sin pensar en las palabras que estaba por pronunciar, no quería perder la amistad de Anne por un estúpido reto que no tenía importancia, había logrado que él la besara, debía ser suficiente, si ella llegaba a pedírselo, se alejaría de su hermano sin dudarlo.

Alejándose de ella, abrió los ojos y la miró, esperando alguna señal que la salvara, pero nada sucedió, su amiga seguía observándola con curiosidad, esperando respuestas que ella estaba en la obligación de darle. Suspiró, no le quedaba otra. Hablaría con sinceridad y que viniera lo que tuviese que venir, ya tendría tiempo de lamentarse de sus actos.

—Veras, no sé si conoces a mi amiga, Elyse Clartler, es la hermana de Enrique Cartler, actual marqués de Chelmendley... Tal vez cometí el error de decirle que era tan hermosa que era capaz de conseguir a cualquier hombre, no importaba quién fuese. Como lord Wadlow estaba recién llegado y se decía que era un hombre arrogante y antipático, ella me retó a conquistarlo y yo acepté. En ese momento no le di importancia, después de todo yo ya estaba prácticamente comprometida con el conde, solo sería un coqueteo inocente, pero no consideré la posibilidad de encontrarme con él en un lugar tan alejado de todos y con tanta privacidad. —Era un corto pero muy claro resumen de

todo, no valía la pena relatarle hasta los detalles más mínimos, ya podía hacerse una idea general.

—Respóndeme una cosa, Emily, este no ha sido su primer encuentro, ¿verdad? —preguntó la condesa, y las mejillas de la joven se tornaron rosadas. Su primer encuentro fue bastante descarado a pesar de no haber llegado hasta un contacto físico, ese día entendió que una mujer tiene muchas posibilidades, solo debía aprender a usarlas correctamente.

—No, durante una de las veladas, yo salí al jardín porque quería respirar un poco de aire fresco y él me siguió, pero te aseguro que no sucedió nada, nos acercamos más de lo debido pero no llegamos a tocarnos —aclaró ella rápidamente, pero al ver la gran carcajada que soltó su amiga se quedó sin habla y con los ojos abiertos llenos de sorpresa.

—¡Ya decía yo que al cavernícola ese le llegaría el momento! —Se acercó a Emily y la abrazó—. Me alegra muchísimo que haya sido contigo, eres una gran mujer y aunque no entiendo mucho el propósito de todo esto y el final puede que no sea bueno para alguno de los dos o para ambos, pero sé que será interesante. Quiero ser quien esté en primera fila para verlo; no voy a juzgarte, Emily, seguro que sabes cómo es que terminé casada, solo debes tener cuidado. Bien lo dijiste, estás a punto de comprometerte con el conde, no quiero que te ilusiones con algo que puede, no llegue a suceder. —Se alejó y le sonrió—: Te ayudaría a conquistarlo, pero es mi hermano, sería traición, pero seguro que puedes lograr mucho, que mi hermano te besara no es cualquier cosa. —Le guiñó el ojo y, dando media vuelta, empezó a caminar de vuelta a casa dejándola sola y atormentada con miles de pensamientos y sentimientos que estaban a punto de volverla loca. Adrián iba a llevarla a la locura.

Se dejó caer en el suelo, recostándose en el césped y observó el azulado cielo que la acompañaba. Era un día realmente hermoso, soleado, despejado, no había posibilidades de lluvia, perfecto para dedicarse a las flores, pero no podía, durante el tiempo que llevaba cuidando de ellas aprendió que incluso

una insignificante flor puede sentirte, el estado de ánimo las afectaba, por lo que la única forma de verdaderamente cuidarlas era demostrándoles amor, alegría, entusiasmo, vida. Un acercamiento lleno de preocupaciones o tristezas solo podría marchitarlas así que, por ese día, las flores debían esperar, no sería una buena compañía.

En muchas ocasiones, mientras pensaba en lo que llegaría a convertirse con el paso del tiempo, se suponía que el deber de una mujer era dar a luz a herederos y luego ser una perfecta anfitriona y señora de casa que evitara opinar sobre las amantes de su esposo, pero ella nunca fue capaz de imaginarse viviendo algo así. Emily quería ser algo más que una esposa bonita a la que lucir durante las veladas o el teatro. Deseaba una vida de verdad siendo la compañera de su esposo, la única mujer en su vida. Era inevitable soñar con una historia como la de los libros románticos cuando era lo único que se les permitía leer y, sin embargo, estaba destinada a pasar por todo aquello a lo que tanto temió.

Si terminaba casada con el conde, no tendría oportunidad, solo le quedaría cumplir con su deber de darle hijos y lucir bella, pero lastimosamente no tenía muchas opciones, no conocía el nombre del otro hombre que había pedido su mano en matrimonio y, además, como si de una cualquiera se tratase, acababa de besar a un hombre que ni era su prometido ni sería su esposo, y lo peor es que no se arrepentía. El solo recuerdo hacía que su cuerpo temblara como las hojas de un árbol ante el pasar del viento. Era probable que si la oportunidad llegaba a repetirse, ella no se negaría sino que, por el contrario, se entregaría a él sin reservas.

Puso su brazo cubriendo sus ojos y tomó una profunda bocanada de aire, tenía mucho que pensar y su cabeza empezaba a dolerle, aunque intentaba entender que por más que lo pensara aquello en nada cambiara su futuro, no podía evitarlo, era como una necesidad para sentirse viva, incluso puede decirse que hasta un poco útil, libre, con la capacidad de opinar.

Cansada, se levantó, sacudió su vestido y luego de tomar una pequeña flor

amarilla entre sus manos, acarició los pétalos y empezó a caminar lentamente de vuelta a casa. Le gustaba estar sola, en medio de árboles y flores, si no fuera porque debía volver pronto o todos empezarían a hacer preguntas o murmurar comentarios, se quedaría allí, pero esa noche era el baile de bienvenida y ella debía estar preparada.

Al volver, tras un rápido encuentro con su madre, fue hasta su habitación y se encerró allí; durante el almuerzo, apenas si habló o levantó la mirada de su plato, estaba completamente inmersa en sus pensamientos, pero cuando llegó el momento de bajar al salón y hacer acto de presencia, sus piernas temblaban, lo cual era extraño, ni en su presentación en sociedad sufrió algo así.

Intentó idear un plan, algo que la ayudara a decir, a actuar correctamente, pero al final del día seguía sin respuestas, sin ideas, como al principio. Ya no podía seguir esquivando su mirada, era el momento de volver a ser la Emily encantadora.

Alisó la falda de su vestido color crema y acarició las pequeñas perlas que adornaban su cuello, estaba impecable, ni una sola arruga, un peinado perfecto, las joyas listas, toda una dama. Dio las gracias a su doncella y salió de la habitación que le habían asignado. Tocó la puerta junto a la suya y pronto, junto a su madre, bajó al salón de baile donde los invitados de la casa ya empezaban a juntarse, además de un par de nobles que estaban en la región y también los acompañaban.

—Pareces inquieta, ¿te sientes bien? —preguntó su madre. A ella era imposible esconderle algo y aunque intentaba simular tranquilidad, sus manos tenían un ligero temblor que la dejaba en evidencia.

—Sí, no te preocupes, estoy perfectamente, es solo que en la mañana, cuando estuve mirando las flores de la condesa, me caí y me duele un poco el pie, pero no es nada grave. —Su madre se detuvo obligándola a ella a hacer lo mismo, miró sus pies como si la falda del vestido no estuviera de por medio y con ello pudiera examinarla.

—¿Pero te duele mucho? Puedo hablar con la condesa para que te deje

quedarte en cama esta noche, seguro que no pondrá problema alguno. —Su hija rápidamente negó. Si le decían algo así a Anne ella fácilmente descubriría que eran mentiras y sabía la verdadera razón de su malestar que nada tenía que ver con el pie.

—No, no hay que molestarla con pequeñeces, apenas sí tengo malestar —dijo intentando tranquilizarla. Volvió a mirar hacia los invitados y sonrió como si nada hubiera sucedido, tomó el brazo de su madre y caminó hacia la condesa.

—¡Estas hermosa, Emily! —exclamó Anne mirando su vestido. Los lindos detalles de encaje y pequeñas perlas adornando su vestido le daban un toque de elegancia y belleza. Ella también estaba encantada con su vestido, el azul ya no era su favorito, ahora tenía competencia.

—Gracias, Anne, tú también estás realmente hermosa. —Ella tenía un vestido de un color rojo oscuro, su vientre no estaba muy abultado pero se podía ver claramente la existencia de un pequeño ser creciendo en su interior. Era adorable ver cómo su esposo no la perdía de vista y sus ojos siempre la buscaban. El conde la amaba. Sin duda alguna, serían una hermosa familia a la que no le faltaría amor.

Fueron hasta uno de los laterales del salón y desde allí vieron entrar a todos los invitados; en cuanto Emily vio que Adrián entraba al salón, el temblor en sus manos aumentó y su respiración se aceleró, pero su espalda continuó derecha y su sonrisa, encantadora. No permitiría que él notara cómo le afectaba su presencia, pero su madre lo notó, lo que la hizo sonreír, su hija no era tan indiferente al futuro marqués como quería pretender.

Pudo sentir su mirada sobre ella desde el mismo instante en que puso un pie en el salón, pero ella simplemente evitó mirarlo, y se dedicó a observar entre los adornos de las paredes del lugar y los hermosos candelabros que colgaban del techo. De repente se convirtieron en lo más interesante de la estancia, lo que causó el sonrojo de su madre, pero Emily, simplemente la ignoró y continuó contando cuántas velas tenía cada candelabro.

Terriblemente aburrida, suspiró y alejó la vista del techo para fijarla en su carnet de baile. En el papel había pintadas unas hermosas flores azules y verdes que llamaron su atención. Era extraño ver ese tipo de detalles, solían ser más sencillos.

—Anne sabía que te iba a gustar, dijo que quería que te sintieras cómoda y como te gustan tanto las flores, tenerlas tan cerca te tranquilizaría aunque fueran pintadas —murmuraron a su espalda, muy cerca de su oído. El íntimo susurro le hizo pegar un suave brinco, su piel se erizó y su cuerpo tembló, estaba tan ensimismada en sus pensamientos que olvidó por completo el verdadero propósito de ellos.

Se giró hacia el apuesto heredero y al ver que estaban mucho más cerca de lo que se debía, dio un paso atrás y al mirarlo sonrió coqueta.

—Milord —dijo haciendo una reverencia—, no lo había visto, me sorprendió. —Adrián elevó una ceja, tomó su mano enguantada y dejó un beso sobre el dorso de esta mucho más largo de lo que normal, no fue un pequeño roce, sus labios hicieron presión en aquel lugar mientras sus ojos nunca abandonaron aquellos pozos azules, pero Emily simplemente sonrió ante la indebida caricia y apretó ligeramente la mano que sostenía la suya.

—Lo lamento, *milady*, mi intención no era asustarla, solo quería decirle que luce usted muy hermosa en esta velada —dijo el caballero enderezando su espalda y juntando sus manos en su espalda. La joven asintió con gracia en forma de agradecimiento—. ¿Puedo pedirle el primer baile? —Ella le tendió su carnet y él rápidamente lo firmo.

—Ciertamente el detalle de la flor es realmente hermoso, me encantan esos colores, se puede decir que son mis favoritos, me aseguraré de agradecerle a la condesa. —Emily tomó su carnet de las manos del joven, miró a su alrededor asegurándose de que nadie estuviera mirándolos, dio un la paso hacia él, acarició descaradamente su hombro con su índice izquierdo y acercó su boca al oído del hombre.

—Está jugando con fuego, señorita —advirtió él antes de permitirle hablar,

pero ella simplemente sonrió. Cualquiera diría que era toda una experta en el coqueteo, pero solo había que fijar la mirada en sus manos, el ligero temblor en ellas dejaba en evidencia los nervios que recorrían su cuerpo.

—Se equivoca, milord, yo nunca apostaría si no tengo la certeza de que ganaré. Solo quería agradecer su halago. —Se alejó inclinando ligeramente la cabeza y, dándose media vuelta, se escabulló entre los invitados, pero él no la perdió de vista. Era sencillo encontrar su cabello, ya que no había mucha gente en el salón. La única melena del lugar así.

Adrián estuvo a punto de soltar una carcajada, luego de dejarla en el jardín en compañía de su hermana, llegó a pensar que ella simplemente lo ignoraría e intentaría evitarlo tanto como le fuera posible después de lo que sucedió, pero para su sorpresa, ella seguía tan coqueta como al principio, con esa sonrisa dulce y esa mirada descarada. Le encantaba, su poca experiencias en ciertos menesteres no la detenía. Ya se moría por tomar esos gruesos y rosados labios entre los suyos.

Si suelta era perfecta, hermosa, el vestido enmarcaba perfectamente sus pechos, del tamaño adecuado, su pequeña cintura y la curva de su cadera, a pesar de haber conocido a muchas mujeres durante sus viajes, nunca vio a ninguna como ella. Más allá de su belleza física, era una mujer valiente, atrevida en el buen sentido de la palabra, arriesgada, alegre. Las jóvenes apenas sí se atrevían a mirarlo directamente a los ojos, pero en cambio ella, no separaba su desvergonzada mirada de sus ojos. Esa mujer le encantaba, le fascinaba, lo traía entre loco y tonto, no quería dejarla, estaba decidido a convertirla en su mujer costara lo que le costara.

—¡Lady Beickett! —exclamó emocionado Lord Grosvenor acercándose a ella—. No había tenido el placer de saludarla, si mal no recuerdo, no había tenido la ocasión de volver a verla desde aquella tarde en Hyde Park, cuando le presente a mi gran amigo Adrián. ¿Cómo se encuentra usted? —Ella lo saludo como era debido.

—Perfectamente, milord. Es un placer volver a verle. La condesa sí me

informó de su presencia pero el día de ayer llegué muy cansada y hoy, en la mañana, estuve atendiendo las flores de Lady Coventry, la verdad es que no he salido a todos los invitados —admitió ella a riesgo de quedar como una grosera, pero prefería eso a mentirle. Jaime asintió y sonrió restándole importancia.

—No se preocupe, no tengo hermanas pero por mi madre sé que cuando una dama se ocupa en actividades que le producen placer no hay quien las traiga de vuelta a la realidad, no tiene por qué excusarse, además, el propósito de la velada es conocernos todos con todos.

—Tiene usted razón.

—¿Me permitiría el primer baile? —preguntó él al ver que los músicos empezaban a tomar sus posiciones para pronto interpretar la primera melodía. Ella estaba a punto de responder pero otro caballero tomó su mano.

—Lo lamento, amigo mío, pero en esta ocasión la dama me pertenece. — Mientras pronunciaba esas últimas palabras, Adrián la miró con posesión, robándole el aliento, dejándole con la mente en blanco, dejándola sin respiración, sin la capacidad de razonar; su corazón se aceleró. ¿Llegaría algún día a ser realmente suya, completa e irrevocablemente suya? Seguro que al menos podía soñarlo.

—Tranquilo, amigo mío, jamás intentaré quitarte tu mujer —dijo Jaime con diversión dando un paso atrás y levantando las manos mostrando rendición. Sonrió a Adrián; nunca lo había visto así, pero le alegraba, él merecía ser feliz, tener la familia que nunca tuvo, recuperar la vida que le arrebataron y si todo ello lo conseguía junto a esa mujer, pues hasta le ayudaría a conseguirla.

El apuesto heredero llevó a su pareja hasta la pista de baile donde ambos tomaron posición para las primeras notas de una contradanza.

—Quiero hablar contigo de algo muy serio —dijo él cuando empezaron a moverse al ritmo de la música; giró y rozó su mano con la de ella, lo malo de los bailes era que todos estaban demasiados concentrados buscando algo de lo que hablar, pero siempre se podía compartir un poco de descaro, el

movimiento del saco y la falda de su vestido permitía cubrir ciertas caricias indebidas.

—¿Es urgente? No es conveniente que nos vean en una situación comprometedora, no quiero que Anne tenga que lidiar con rumores generados en su propia casa. Suficiente con habernos encontrado en una situación tan vergonzosa. —Él acarició ligeramente su cintura, sus palabras causaron en él un cierto sentimiento de malestar.

—¿Conque mis besos son vergonzosos? —preguntó intentando sonar divertido, pero una molesta presión apareció en su pecho. Emily, con las mejillas sonrojadas, mordió ligeramente su labio, la respuesta sobrepasaba su nivel de valentía.

—No, de hecho tus besos son peligrosamente tentadores e indebidamente adictivos —admitió ella. Por Dios, si su padre llegara a escucharla seguro que la internaba en un convento, la educaron para ser una señorita respetable, una verdadera dama no debería pronunciar palabras así, pero tenía la esperanza de que Dios pudiera perdonarla, porque no se arrepentía. La emoción y vida que corrían por su cuerpo no podían compararse con nada.

Adrián soltó un gruñido y su mano se aferró con fuerza a la cintura de la dama mientras la guiaba al siguiente paso de baile.

—No me tientes así. Desde que te vi he querido raptarte y besarte hasta quedar sin aliento, no puedes decir eso sin esperar que yo reaccione. —El cuerpo de la joven tembló ante la expectación, y nerviosa miró a su alrededor, respirando tranquila al ver que nadie se había dado cuenta de su descarada conversación.

—Por favor, Adrián —rogó. No podía comportarse como debía si él la alteraba de esa forma, hay cosas que no podían disimularse.

—Es tu culpa, pero es por eso que necesito hablar contigo. Sí, es urgente, es un tema muy serio, no puede esperar, así que aprovechando que aquí mi hermana puede ayudarnos con los sirvientes y que los invitados están demasiado inmersos en sus cosas, te veré esta noche en tu habitación a

medianoche. Retírate de la fiesta temprano, alega algún malestar, que me muero por volver a besarte. —En ese momento la música se detuvo y él realizó una elegante reverencia, sonriendo al ser consciente de los estragos que acababa de causar en ella. Iba a ser una noche maravillosa.

Capítulo 11

Emily caminaba por el salón intentando contener los nervios que hacían que su cuerpo temblara con violencia. Esto no estaba bien, esto no estaba nada bien. Una cosa es coquetear con un poco de descaro en la soledad de un jardín o en un atestado salón a la vista de muchos invitados, pero hacerlo en su habitación, a solas, a puerta cerrada, solo con la luz de la luna como testigo de sus palabras o hechos era muy diferente. No podía, simplemente no podía, tenía que encontrar la forma o de cancelar la cita o no asistir, aunque sería mucho más sencillo con la segunda opción: solo debía quedarse en el baile tanto como le fuera posible. Pero entonces él podría venir a buscarla... Suspiró. Estaba en serios problemas.

Se acercó a un gran ventanal y con la mirada temerosa, observó la redonda y brillante luna que brillaba en el oscuro cielo. En sus amadas novelas románticas, los amantes siempre hablaban de la luna, de cómo era ella quien guardaba miles de secretos, besos, miradas, palabras, sentimientos. Nunca imaginó que sería ella quien desde lo alto atestiguara o el fin de su vida o el fin de su corazón.

No conocía lo que sucedía entre un hombre y una mujer en la intimidad de una habitación, sus conocimientos eran muy limitados. Se suponía que su madre hablaría con ella sobre el tema cuando su matrimonio estuviera cerca. Más importante aún es suponer que fuese lo que fuese lo que sucediera, solo debía pasar con su esposo. Pero sabía lo suficiente como para ser consciente

que en ese encuentro podía quedar completamente arruinada. Entonces ¿qué le aseguraba que Adrián no quisiera acabar con su reputación para luego hacer como si nada hubiera sucedido? Por muy honorable que fuera, todo acto tiene sus consecuencias y ella no quería sufrir con toda esa locura.

Cuando el segundo baile inició, todos tenían sus miradas fijas en las elegantes parejas que giraban en la pista al son de la melodía. Aunque le hubiese encantado escabullirse al jardín o a la biblioteca, sería grosero con su anfitriona abandonar así la velada, entre las sombras. Y Anne no se merecía tal cosa, así que costara lo que costase, soportaría tanto tiempo como le fuera posible, preferiblemente hasta pasada la medianoche, y luego se iría a dormir. Tanto pensar le estaba causando un fuerte dolor de cabeza.

—Emily, pareces inquieta, ¿estás bien? Tu madre me dijo que tienes un pie lastimado —dijo la condesa. La había visto alejada de todo y un poco taciturna, lo que le preocupó, así que decidió acercarse e indagar un poco. Si se sentía mal la llevaría a su habitación y se encargaría de dejar un par de sirvientes a su servicio para que cuidasen de ella, no la iba a obligar a lidiar con un montón de nobles en ese estado.

—Sí, estoy perfecta, de verdad, no te preocupes. La velada está de lo más interesante y todo te quedé realmente hermoso, en especial —tomó su carnet de baile y lo abrió—esto. —Señaló la hermosa flor pintada—. Muchísimas gracias, de verdad que es un detalle único y maravilloso, es todo un halago para mí. —Anne se acercó y puso su mano sobre la frente de Emily, verificando que no tuviera la temperatura elevada.

—Me alegra muchísimo que te gustara, eres mi amiga y quería que te sintieras cerca de algo que amas —sonrió—. No tienes temperatura, es una buena señal. Prométeme que si llegas a sentirte mal me lo dirás de inmediato. —Emily asintió.

—Claro, lo prometo.

Mientras tanto, cerca de la mesa con las bebidas, Adrián observaba cómo su hermosa dama hablaba con su hermana. Su rostro era el de un ángel, estaba

seguro. Algo tan hermoso no podía ser terrenal. Sus ojos, Dios, eran más que maravillosos, no tenía palabras para describirla.

—Adrián —dijo su cuñado llamando su atención. Él de inmediato lo miró—, permíteme presentarte a Lady Marian Bourking, vizcondesa de Herelforb y a su hija, Lady Susana Bourking; *milady*, él es mi cuñado, Lord Adrián Wadlow, heredero al marquesado de Bristol. —Roger lo miro con una pequeña disculpa en sus ojos al presentarle a la joven, seguramente ella le pidió ser presentada de una forma tan poco sutil que él simplemente no encontró la forma de escabullirse.

Era una joven hermosa, de eso no había duda, toda una beldad con su cabello claro y tan brillante como el sol y sus ojos verdes y brillantes como un par de esmeraldas. Su cuerpo no era voluptuoso pero sus delicadas curvas llamarían la atención de cualquier hombre, eso sin contar que tenía una sonrisa hermosa, pero en su cabeza solo había espacio para una mujer, incluso teniendo enfrente toda una diosa desnuda solo para él, él era de Emily, completamente suyo, de pies a cabeza.

—Lady Herelforb, Lady Bourking. —Adrián hizo una reverencia a la vizcondesa y tomó la mano enguantada de la joven para dejar un pequeño beso en el dorso de esta. Se enderezó, juntó sus manos en la espalda y sonrió, no quería hablar ni con ella ni con nadie, quería seguir observando a su mujer y lo estaban interrumpiendo.

—Milord, es un verdadero placer conocerlo —dijo la joven; él asintió y sonrió.

—El placer es mío. —Si continuaba mucho tiempo allí se vería obligado a invitarla a bailar, era el momento de escapar. Acababa de volver a aquellos tiempos en los que corría despavorido al ver a una joven en edad casamentera y madres en busca de buenos partidos, últimamente se había centrado tanto en la que sería su esposa que evitar a aquellas personas era algo natural, ni siquiera notaba que lo hacía.

—¿Le agrada el número de asistentes a la velada? Son pocos en

comparación a las veladas en Londres —preguntó la dama con una tímida sonrisa, y él tuvo que hacer un gran esfuerzo por no gruñir, seguía odiando esas conversaciones triviales y tan poco interesantes.

—Es el número perfecto, no hay muchos invitados como para que te impidan ver aquello que te gusta, pero sí los suficientes como para disfrutar de un par de bailes. Espero que la velada sea de su agrado, mi hermana es una gran anfitriona. Si me disculpa. —Realizó una reverencia y se alejó de allí rápidamente, fue hasta el otro extremo del salón y como unos minutos antes estaba haciendo, se quedó mirando a la hermosa pelirroja que observaba la brillante luna que los acompañaba esta noche desde uno de los ventanales. La pequeña sonrisa en sus labios demostraba que fuera lo que fuese en lo que estaba pensando, era hermoso. Poco le importaba si alguien notaba la imprudencia que cometía al observarla tan fijamente. Después de todo estaba decidido a convertirla en su esposa, solo estaba pensando en la forma correcta de conseguirlo. La medianoche se acercaba y se moría de ganas por tener un encuentro con ella a solas, en la intimidad de su habitación.

Sin embargo, Lady Bourking si fue consciente de la dirección de su mirada y sintió que la rabia se apoderaba de ella. Era hermosa, con una buena dote, hija de un hombre poderoso a pesar de ser un vizconde, ¿cómo fue que ese hombre la ignoró sin más? Fuera quien fuese la pelirroja, no podía ser más hermosa que ella. Desde que fue presentada en sociedad había querido encontrar a un caballero apuesto y con un buen título, no podía ser otro que el heredero a un marquesado, el rumor de su llegada incluso circuló en el campo y ella simplemente ya no quería esperar, iba a encontrar la forma de conquistarlo a como diese lugar, estaba decidida.

—Lord Coventry, ¿quién es la joven pelirroja cerca del ventanal? No he tenido el placer de conocerla. —Roger siguió la mirada de la dama y sonrió.

—Ella es Lady Emily Beckett, hija del marqués de Launderry, es muy amiga de mi esposa, ¿quiere que se la presente? —La joven negó, tenía una mejor idea, una mucho mejor, y para ello no necesitaba ser presentada.

—No se preocupe, creo que entre damas podemos obviar un par de reglas de etiqueta, más si es en una relación tan familiar como esta. Si me disculpa, madre, en un momento vuelvo. —Antes de recibir alguna reprimenda por parte de su madre por la falta de educación de lo que estaba a punto de hacer, se alejó a paso ligero, tomó una de las bebidas que llevaba uno de los sirvientes y acercó a la joven pelirroja—. Lady Launderry —dijo a su espalda llamando su atención, ella se giró y la miro con curiosidad—. No tengo el placer de conocerla pero yo soy Susana Bourking, yo sé que no es común que me acerque y me presente sola pero desde que la vi quise conocerla, es la única de mi edad en esta velada. Bueno no quería molestar a los condes pidiéndoselo a ellos, espero me disculpe. —Emily sonrió.

—No se preocupe, yo soy Emily Beickett y es un placer conocerla Lady Bourking. —Susana la tomó de su brazo y la impulsó a caminar.

—Oh, llámame Susana, no creo que haga falta tanto formalismo después de cómo me presenté. —Emily frunció ligeramente el ceño pero sonrió, algo en ella le parecía extraño pero no entendía el qué, y aunque nada tenía que ver con el hecho de las normas que se estaban saltando, era algo en su actitud. Por algo solo tenía una amiga aparte de Anne. Las mujeres no suelen tan agradables, todas ven en la otra una competencia, pero las entendía, después de todo, la presión por conseguir un buen marido era muy grande.

—Bien, entonces llámame Emily.

—¿Te parece bien si salimos a tomar un poco de aire? Empiezo a sentirme un poco encerrada, no sé si eso también suele sucederte a ti pero yo a veces empiezo a ahogarme en los salones de baile, aunque esta temporada no he podido asistir a muchos bailes en Londres. Mi padre se encuentra un poco enfermo, por eso estamos aquí, el aire puro le hace bien. —Juntas caminaron hasta el balcón dispuesto para el descanso de las parejas, desde allí tenían una vista perfecta del hermoso jardín, y en cuanto Emily salió y observó aquello, sonrió, Había estado pensando en cómo mejorar el jardín de la condesa, tenía muy buenas ideas y estaba segura de que antes de volver a Londres le dejaría

todo listo para que dentro de un par de meses tuviera hermosos rosales, tulipanes, hortensias y mil tipos de flores más que acompañaran a su primogénito.

—Oh, lamento mucho escuchar eso, espero que el vizconde se mejore muy pronto. —Lo mejor era alejarse de Susana, tal vez volver al salón, así podía hacerle un poco de compañía a su madre en lo que pensaba qué hacer para mantenerse alejada de su habitación hasta después de la medianoche. No estaba lista para un encuentro así.

—Así será, solo necesita un poco de descanso. —Emily se apoyó en la baranda de piedra mientras que Susana se mantuvo un paso atrás observando a su acompañante detenidamente, intentando encontrar la mejor forma de alejarla del salón, no quería causar un escándalo.

—¿Estás comprometida, Emily? Eres una mujer muy hermosa y no sería raro que consiguieras un pretendiente pronto.

—No, no estoy comprometida pero puede que pronto lo esté, creo que mi padre me está arreglando una boda con un conde —explicó. No le gustaban las mentiras así que habló con sinceridad, pero no diría una palabra más del asunto, era el momento de volver junto a su madre—. Si me disculpas, mi madre debe estar preguntándose en dónde estoy, será mejor que volvamos al salón, no sería correcto que te quedases sola. —Emily se encaminó hacia la entrada, pero cuando pasó junto a Susana, al girar, la joven derramó todo el contenido de su bebida sobre su vestido color crema, dejando en este una enorme mancha rosa.

—¡Por Dios! ¡Lo lamento muchísimo, Emily, pero qué torpe soy! —Dejó la copa en el suelo y en un muy mal intento de arreglar el problema con sus manos, terminó logrando que la mancha aumentara de tamaño.

Emily, al ver el daño, se sintió morir, no podía volver al salón con el vestido así.

—Cálmate, vuelve al salón, lo mejor es que yo me vaya a mi habitación. ¿Podrías decirle a mi madre lo que sucedió? Si no me vuelve a ver se

preocuparía.

—Sí, sí, claro que sí, yo le digo, pero ¿qué vas a hacer? Si necesitas ayuda no es más que me digas, me siento muy culpable, arruiné tu vestido. —Susana al moverse, golpeó la copa de cristal con su pie y esta se rompió en mil pedazos causando un estruendo, por suerte, no muy fuerte. Emily, asustada, se acercó a la entrada para verificar que nadie la hubiese escuchado y suspiró tranquila al ver que todos estaban inmersos en sus conversaciones.

—Sera mejor que vuelvas al salón —masculló. Necesitaba alejarse de esa mujer. Ya su cercanía solo le causaba problemas y algo le decía que no era casualidad.

Tomó una respiración profunda y entrando en el salón se escabulló tras una de las gruesas columnas. La puerta de la biblioteca estaba cerca, allí había una puerta que la llevaba a una de las salas de té, sería sencillo llegar a su habitación por ese camino, solo debía mantenerse de espaldas a los invitados así no llegarían a ver la mancha en su vestido.

Cuando los músicos empezaron a tocar, ella se preparó, era el momento justo, todos estarían centrados en las parejas de baile, pero al intentar dar un paso, sus pies se enredaron con la falda de su vestido. Intentó no caer retrocediendo un par de pasos, pero al final terminó cayendo. Su cabeza se golpeó con fuerza contra el suelo, no alcanzó a poner las manos para amortiguar el golpe y, por un momento, su visión se llenó de puntos negros, pero al intentar ponerse en pie, quedó inconsciente.

Una de las damas invitadas la vio caer y soltó un fuerte grito que paralizó a todos. Adrián, al seguir la mirada de la mujer, sintió que su corazón se detenía y sin pensárselo dos veces, corrió hacia ella, tomó su rostro entre sus manos y acarició sus mejillas.

—Emily, por favor, Emily, despierta, hermosa, respóndeme —susurró desesperado. En ese momento, la condesa y su esposo llegaron hasta ellos.

—Dios mío, Emily —susurró Anne asustada. Acarició su frente con delicadeza, su rostro empezaba a tornarse pálido—. Hay que llevarla a su

habitación, de inmediato, y hay que traer al médico, envía a alguien, Roger, pero ya. —Su esposo miró a uno de los sirvientes y este salió corriendo, no necesitaba más para saber cuáles eran las órdenes, pero cuando el conde intentó tomar en brazos a la joven, su cuñado lo detuvo.

—Yo la llevo. —Anne rápidamente lo detuvo.

—Adrián, no. No es correcto. Deja que Roger la lleve, por favor, tú no estás casado y ella no es tu prometida, puede causar habladurías. —Él negó con la cabeza, no iba a alejarse de ella ni aunque el rey, la reina y todos los guardias del país intentaran llevarlo lejos; sin prestar atención a las palabras de su hermana, metió sus manos bajo las piernas y espalda de Emily, haciendo que su cabeza descansase sobre su pecho y la tomó en brazos.

—Emily va a ser mi esposa, Anne, de eso puedes estar segura. Poco me importa si los nobles desocupados de esta selecta sociedad desean hacer comentarios sobre ello. Está inconsciente, lo que menos me preocupa en este momento son los rumores que puedan iniciar un montón de idiotas. —Empezó a caminar a paso acelerado seguido por su hermana y su cuñado—. Tranquila mi amor, vas a estar bien —susurró mientras subía las escaleras. Tenía miedo, no podía perderla, esa mujer acababa de convertirse en una parte esencial de su vida. El golpe debió haber sido muy fuerte o de lo contrario no se habría desmayado.

La llevó a su habitación. Por suerte, uno de los invitados de la casa había impedido el paso de los demás, así que solo estaban allí los condes, Adrián y la madre de Emily, que acababa de entrar pidiendo a gritos una explicación mientras lloraba amargamente y acariciaba con delicados toques el rostro de su hija.

—Estaba en el servicio cuando me enteré. Dios mío, Emily. Despierta, hija mía. No me hagas esto, necesito que me dejes volver a ver esos hermosos y brillantes ojos azules tuyos, por favor. —La marquesa estaba desesperada, claro. Era su hija la que yacía en la cama, pero no por eso el joven heredero se alejó de Emily, él estaba sentado junto a ella, sosteniendo su mano con

fuerza y con la mirada fija en su rostro, esperando alguna señal de que ella estaba bien, pero nada sucedió.

Una de las sirvientas trajo las sales, lo que la condesa agradeció. El susto fue tan grande que ella ni siquiera pensó en ello; alejó a la marquesa para tener acceso a Emily, pues sabía que a su hermano jamás lograría convencerlo y no quería perder tiempo; acercó las sales a la nariz de la joven pasándolas repetidamente. Estaba a punto de darse por vencida cuando los ojos de la pelirroja empezaron a moverse. Todos, a la expectativa, se quedaron viéndola, hasta que sus pozos azules quedaron a la vista.

Todos a la vez intentaron acercarse y las preguntas no tardaron en llegar, la joven puso una mano en su cabeza, empezaba a sentirse mareada con tantas palabras y su amiga lo noto, así que Anne, tras tomar una profunda bocanada de aire, soltó un fuerte grito que los dejó helados, no podían olvidar que la condesa estaba embarazada y debían cuidarla, ella no debía alterarse, el bebé podía salir perjudicado.

—¡Los quiero a todos fuera de esta habitación inmediatamente! Y ¡ay del que se atreva a llevarme la contraria, porque soy capaz de sacarlo de una oreja y con patadas tan fuertes que mi zapato quedara marcado en su trasero! —gritó furiosa con la mirada fija en Adrián. Él era el único que podría negarse, pero entonces recordó la presencia de la marquesa—. Lady Launderry, sé que está preocupada por su hija pero le prometo que en cuanto llegue el médico le hará un examen exhaustivo hasta estar completamente seguros de que ella estará bien. Necesito hablar con Emily a solas. Le prometo que la voy a cuidar. Por favor. —La aludida, a pesar de la duda, asintió y tras dejar un pequeño beso en la frente de su hija, salió de la habitación y se apoyó en la pared a esperar al doctor.

El conde, preocupado, igualmente obedeció, y Adrián, tras pensarlo por varios segundos, aceptó salir solo cuando la joven que descansaba tranquilamente sobre la cama asintió, dándole a entender que se sentía bien. Pero no se iría muy lejos.

Capítulo 12

—¿Qué fue lo que sucedió? —preguntó Anne directamente en cuanto ambas estuvieron completamente solas—. Emily, te desmayaste, nos diste un muy bien susto, y no solo eso sino que además mi hermano se negó a soltarte aun cuando le rogué que lo hiciera, no quería levantar chismes. ¿Sabes por qué? Porque me aseguró que pronto se va a casar contigo y no hay nada que pueda cambiarlo. —La aludida mordió ligeramente su labio inferior.

—Anne, te juro que yo no he hecho nada que pueda alimentar su interés. Sí, he sido coqueta y bueno... no puedo negarte que nos hemos besado, pero nunca le he dado señales de matrimonio ni mucho menos, sabes que mi padre prácticamente me tiene arreglado uno —dijo ella asustada, Era plenamente consciente de que muchos de sus actos, por no decir que todos, no eran ni medianamente correctos, y era probable que de alguna forma, con ello, inconscientemente estuviera alimentando un sentimiento en Adrián y en ella misma. Porque no podía negar que su corazón se aceleraba por él, pero las posibilidades de terminar juntos eran muy pocas, se estaban haciendo daño mutuamente.

Anne suspiró, tomó una de sus delicadas manos entre las suyas y les dio un ligero apretón mostrándole su apoyo. Debía entenderla, no era sencillo tener que afrontar tantas cosas prácticamente sola, tenían casi la misma edad y ella estaba enfrentando una lucha entre sus sentimientos por Adrián y su obligación para con el conde. Era injusto que una mujer no fuera libre de elegir al hombre

con el que compartiría el resto de su vida. Ella también tuvo que pasar por lo mismo, y aunque ahora estaba felizmente casada, eran más las parejas obligadas a vivir una pesadilla en su día a día. No quería eso para Emily, era demasiado hermosa, sincera y amorosa como para arruinar su futuro.

—Pero ¿te sientes bien? ¿Te duele algo? —preguntó preocupada. No podía olvidar el incidente que acababan de tener; tuvo que ser un golpe bastante fuerte como para hacerle perder el conocimiento.

—Oh, sí, no te preocupes. Me duele la cabeza y me siento un poco mareada, pero estoy bien, no creo que sea nada grave. Me tropecé. Al parecer olvidé manejar la falda del vestido, y al dar un paso en falso, terminé cayendo. — Puso sus manos en su frente y la masajó con los dedos, esperando aliviar un poco el malestar, pero no fue así.

—Tranquila, el doctor no tardará en llegar y seguro que él te da algo para que te sientas mejor. Además, que quiero que te haga una muy buena revisión, nos diste un buen susto. Mi hermano estaba realmente preocupado, estabas muy pálida. —Ella cerró los ojos intentando encontrar una forma de disminuir el dolor.

—Lamento mucho asustarlos, de verdad, Además de que no quería arruinarte la velada que organizaste con tanto esmero. —Emily volvió a abrir los ojos y la miró con una pequeña disculpa en ellos. Qué torpeza la suya.

—No tienes de qué preocuparte, tendré muchas más veladas, pero ¿y la mancha de tu vestido? —Era inevitable verla. Brillaba resaltada sobre el tono claro de la tela, ella no tenía ninguna bebida cuando la encontraron en el suelo.

—Fue una joven, Susana Bourking, hija del vizconde de Herelforb, no sé si la conoces. —Al escucharla, la condesa hizo una extraña mueca.

—He escuchado un par de comentarios sobre ella y ninguno de ellos es bueno. Tengo entendido que su dote es muy pequeña y a pesar de tener un rostro muy hermoso, no triunfó en su presentación en sociedad, Al parecer es una mujer a la que no le cuesta decir las cosas tal como las piensa y eso llega a ser un poco grosero, además de ser un tanto egocéntrica y bueno... dicen que

se siente hija del mismísimo rey. Durante la velada escuché que al parecer estaba interesada en mi hermano. Según dicen, coqueteó con él descaradamente, aunque yo no la vi y tú sabes que las personas no necesitan más que una mirada para crear toda una historia. —Emily era demasiado confiada como para dudar de la buena voluntad de una persona, mucho más teniendo en cuenta lo agradable que fue con ella, pero aquellas palabras sí crearon cierta duda y desconfianza en su interior, dejándola con un extraño sentimiento en el pecho.

—Bueno, Anne, no es que yo pueda hacer algo al respecto. No tengo el derecho a ello, tiene la total libertad de intentar conquistarlo, sería un gran candidato. Es un gran hombre y algún día será marqués. —Un suave toque en la puerta terminó la conversación, pero Anne no pudo evitar acercarse, dejar un beso en su frente y susurrar en su oído:

—Algo me dice que tú ves en Adrián mucho más que un título y una cara bonita. Aunque no me lo has dicho con todas las palabras, sé que sientes algo muy fuerte por mi hermano y algo me dice que es amor. —Se alejó y fue hasta la puerta para darle paso al médico; salió de la habitación dejándolos solos y acercándose a su esposo. Él la envolvió con sus fuertes brazos en un tierno abrazo.

—¿Cómo está? —preguntó el conde.

—Bien, va a estar bien —concluyó con una sonrisa mientras planeaba mentalmente cómo organizar el cambio de habitación de Adrián.

Luego de que el doctor la revisara de pies a cabeza corroborando que estaba en perfectas condiciones, tranquilizara a su madre y al joven heredero, darle un poco de láudano para el dolor y recetarle mucho descanso, se fue dejándola al cuidado de la marquesa, quien no quería alejarse de su lado ni por un segundo; la ayudó a quitarse el vestido hasta quedar en camisón, peinó su cabello, lo trenzó y no salió de la habitación hasta que su pequeña descansaba tranquilamente en un profundo sueño.

Tal como la condesa había planeado, cambió de habitación a su hermano

alegando que la anterior no estaba a su altura, y lo ubicó justo enfrente de Emily. Aprovechando que al ser pocos invitados todos estaban lo suficientemente lejos los unos de los otros como para evitar escuchar algo inapropiado proveniente de la habitación del lado, solo debía ser cuidadosa con la marquesa, a ella sí que no podía cambiarla de habitación.

Cuando el apuesto heredero terminó de instalarse, no pudo evitar pensar en los oscuros planes que tenía su hermana en mente, advertirle que debía ser cuidadoso con despertar a la madre de Emily tenía una razón oculta.

Pasada la medianoche y luego de dar muchas vueltas en la cama intentando conciliar el sueño, el futuro marqués, cansado de continuar acostado, se levantó, se puso su bata, salió de su habitación y entró en la de enfrente asegurándose de no haber sido visto. No había podido hablar con Emily a pesar de haberlo intentado en varios ocasiones. Siempre terminaba siendo interrumpido por alguien, y al final debía alejarse de su habitación, pero solo necesitaba corroborar que ella estaba en perfectas condiciones. Aunque el médico se lo repitiera mil veces, no quedaría tranquilo hasta verla.

La única luz que iluminaba su paso era el suave brillo de la luna que se filtraba por las ventanas tapadas, pero era más que suficiente para distinguir la delicada silueta que descansaba bajo las mantas. El tono rojizo de su cabello trenzado que descansaba sobre la almohada brillaba sobre la blancura de su cama; verla dormir era como ver a un ángel, nunca se dejaría de pensarlo, era tan perfecta.

Fue hasta el borde de la cama e, inclinándose, acarició su rostro con delicados toques, intentando no despertarla. Debía descansar; se veía muy bien, ya no estaba pálida, sus mejillas tenían cierto tono rosa que le daban un lindo aspecto, parecía bastante saludable.

—Gracias a Dios que estás bien —susurró muy bajo. Se acercó y dejó un beso en su mejilla, tan cerca de sus labios como le fue posible, pero justo antes de alejarse, ella se removió. Por miedo a despertarla se quedó completamente quieto. Antes de darle tiempo para esconderse o al menos salir

de la habitación, aquellos hermosos y brillantes ojos azules se abrieron y lo miraron con sorpresa y estupefacción. Emily, al verlo, se corrió hacia el lado opuesto de la cama ante la impresión y frunció el ceño.

—¿Adrián? ¿Qué haces aquí? —susurró muy bajo. No esperaba encontrárselo, mucho menos en su habitación a la mitad de la noche. Él rápidamente se enderezó y dio un paso atrás dándole un poco de espacio. ¿Cómo iba a responder a eso? ¿«Es que no le creí al doctor y como yo sé más de medicina quería verificar que estuvieras bien»? Ahora que lo pensaba mejor y con más detenimiento se daba cuenta de lo ridículo que sonaba aquello.

—Lo lamento, de verdad. No quería molestarte, mucho menos despertarte, es solo que me quedé muy preocupado por lo sucedido. —Ella lo miro confundida.

—¿Acaso no te dijeron que yo estaba bien? Me siento perfectamente, de verdad, no fue más que un susto. Me tropecé con la falda de mi vestido y caí, pero no tengo más que un ligero dolor de cabeza —le explico ella. De cierta forma lo entendía. Si la situación hubiera sucedido al contrario, estaría igual de preocupada y posiblemente también hubiera entrado en su habitación esperando saber un poco más de su estado de salud.

—Sí, es solo que quería verte. —Se acercó un poco inclinándose hacia ella. Ya que estaba allí, al menos podían aprovechar el momento y solucionar sus asuntos pendientes; en ese momento, Emily pudo notar su pecho desnudo. Alertada, tomó las mantas y las subió hasta su mentón cubriendo su cuerpo por completo.

—Adrián, no deberías estar aquí, alguien puede escucharnos o pueden entrar. ¿Qué pasaría si te vieron entrar a mi habitación? Mi reputación estaría arruinada y ambos estaríamos en muy serios problemas. Por favor, sal de aquí de inmediato —rogó claramente nerviosa, Aquel encuentro era lo más inapropiado de su vida y no debería estar sucediendo. Su madre, en muchas ocasiones, le habló de su comportamiento y lo que podría traer estar a solas

con un hombre. No sabía mucho del asunto pero sí era consciente de lo más indispensable: no debía suceder hasta no estar casada, y aun así, allí estaba Adrián, frente a ella y casi desnudo.

—Calma, no te voy a hacer nada, por lo menos nada que no deba. ¿Recuerdas que teníamos una conversación pendiente? Solo alteramos un poco la hora de encuentro, ahora nadie nos va a interrumpir. Nadie me vio entrar, y es un muy improbable que alguien entre. Además, no podrían hacerlo, le puse el seguro a la puerta. —Emily sintió que su cuerpo empezaba a temblar, no de miedo, de nervios. Si horas atrás no quería llevar a cabo aquel encuentro, muchísimo menos quería hacerlo ahora.

—Podemos hablarlo mañana, durante el día, tal vez en el jardín. —Él entendía perfectamente sus nervios y su negativa, pero ni por eso estaba dispuesto a ceder y alejarse.

—Emily —se sentó sobre la cama dejando cierto espacio entre ellos para no llegar a incomodarla más de lo necesario—, no tienes que huir de mí, jamás haría algo que pudiera dañarte, y lo sabes. Puedes confiar en mí, solo quiero que hablemos de lo que está sucediendo entre nosotros porque no puedes negar que sientes algo, sé que cuando estoy cerca te pones nerviosa, no eres muy buena disimulándolo, por muy coqueta que intentes parecer, y prefiero hablarlo aquí, tenemos más privacidad. —Las mejillas de la dama se tornaron rosadas. Sí, sus palabras eran completamente ciertas, aunque intentara simular ser una joven coqueta a la que no le afectaban las atenciones de un caballero, no eran tan sencillo como parecía, no cuando una mujer no tiene experiencia y desconoce las consecuencias de sus actos.

—Sí, pero es que ese es el problema: estamos a solas, en mi habitación. Es mejor hablarlo a la luz del día, en el jardín —dijo nerviosa intentando subir sus mantas tanto como le fuera posible para así cubrir su cuerpo apenas cubierto con un camisón.

—No, yo quiero hablarlo ahora, no te voy a tocar, Emily. No a menos que tú me des el permiso, pero de aquí no me voy sin una respuesta. —Cruzó sus

brazos y apoyó su espalda en el cabezal de la cama. Había considerado la posibilidad de esperar un poco, teniendo en cuenta su reciente accidente, pero siempre había la posibilidad de que no encontraran el lugar ni el momento para hablar con tranquilidad en el tiempo que les quedara en casa de su hermana, y en Londres todo será mucho más difícil, serían muchos más los ojos fijos en todos y cada uno de sus movimientos, prefería aprovechar la oportunidad.

Ella entendió que iba a ser imposible hacerle cambiar de opinión y no era nada cómodo hablar mientras ella se mantenía acostada y luchando por cubrirse mientras él permanecía sentado. Por lo menos tenían las mantas de por medio, así que tomó asiento en la misma posición del caballero, asegurándose de cubrirse, manteniendo las mantas hasta los hombros. Por suerte, el dolor en su cabeza apenas era perceptible.

—Bien, quieres una respuesta. ¿A qué? —preguntó directamente. Tan pronto como resolvieran la duda que atormentaba a Adrián, él podría irse y entonces podría descansar tranquilamente en lo que en lo que aún le quedase de oscuridad.

El apuesto hombre se giró ligeramente, lo suficiente para poder con una de sus manos tomar su mentón y obligarla a mirarlo, pero cuando sus ojos azules se toparon con su pecho descubierto, sus mejillas se pusieron rojas y su mirada intentaba huir de la suya fijándola en algo más allá de su espalda. Debió presentarse al menos con su camisa puesta. Afortunadamente tenía sus pantalones. Aunque llegó a considerar la posibilidad de ir solo en ropa interior, no habría querido perturbarla.

—Emily, mírame, si tu respuesta es la que creo, puede que tengas que acostumbrarte a esto o a más. —En ese momento, ella lo miró, pero no por sus palabras sino por la sorpresa y curiosidad que estas le generaron.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—La verdad es que no es nada complicado de entender, pero sí de suma importancia: quiero que te cases conmigo, que seas mi esposa, mi mujer, mi

amante, la futura madre de mis hijos, quiero que seas completamente mía. —El corazón de la dama empezó a latir con fuerza al escucharlo, le estaba pidiendo matrimonio, aquel apuesto y caballeroso hombre le estaba pidiendo su mano; cuando decidió coquetear con él nunca llegó a considerar la posibilidad de una proposición. De alguna forma, su padre había marcado su destino, pero eso poco importaba, ya que en ese momento se sintió hermosa, adorada, querida. Sí, estaba perdidamente enamorada de Adrián Wadlow, futuro marqués de Bristol. Sería la mujer más feliz y afortunada compartiendo lo que le quedara de vida con él.

—Oh, Adrián. —Se olvidó por completo del pudor, de sostener la manta que la cubría, de la vergüenza y la incomodidad de la situación, simplemente se lanzó a sus brazos y lo abrazó con fuerza, enredando sus brazos en sus hombros y escondiendo su rostro en la curvatura de su cuello. Sus ojos empezaban a cristalizarse y sus manos a temblar. Aún no podía creer que todo esto estuviera sucediéndole justo a ella.

—Solo tienes que decir que sí, *Em*, Juro que te haré feliz, dedicaré mi vida entera a complacerte y, si de mí dependiera, lo único que acompañarían tus días serían sonrisas y mucho amor. Estoy loco por ti, preciosa. Despierto cada día deseando encontrarme con una de esas miradas indecentes tuyas que tanto me gustan —susurró él en su oído al mismo tiempo que envolvía sus brazos en su pequeña cintura. Le encantaba sentirla cerca, la forma en que lo embriagaba su aroma era hechizante, maravillosa, adictiva.

—Te juro que yo sería la mujer más feliz de ese mundo si me convirtiera en tu esposa, pero no puedo. —Al pronunciar aquellas últimas tres palabras, su voz se rompió—: Acepté que fuera mi padre quien eligiera el hombre con quien compartiría el resto de mi vida, y algo me dice que él está realmente tentado en ceder mi mano al conde de Dartmouth. No sabes cómo me aterra aquello, en estos momento me arrepiento de haber siquiera intentado agradar a mi padre, cuando él lo único que me da es desprecio. —El futuro marqués quiso acabar a golpes con el padre de la dama; ella no se merecía el verse

obligada a rogar por el cariño de su padre. Una mujer tan dulce, cariñosa, sincera... seguro que era la hija perfecta.

La tomó por los hombros y la alejó un par de centímetros, solo lo necesario para poder ver aquellas profundidades azules que tanto le fascinaban, para luego acariciar sus mejillas limpiando las lágrimas que las humedecían. Ver llorar a su ángel le partía el corazón, su delicado rostro lleno de tristeza... No, aquello no podía permitirlo.

—Yo no te estoy preguntando si puedes, yo te he preguntado si quieres casarte conmigo, porque si tu respuesta es sí, te juro que ni el mismísimo rey podrá separarme de ti y evitar que te convierta en mi marquesa, Muchísimo menos tu padre, de él me encargo yo. Mírame a los ojos y dime que me amas tanto como yo a ti. —Ella, aunque intentara evitarlo, se vio obligada a permitir que su corazón se ilusionara. No había forma alguna de detenerlo, si hasta se imaginaba caminando hacia el altar en donde él la esperaría con los brazos abiertos, una enorme sonrisa en sus labios y mucho amor en sus ojos.

—Claro que sí. —La sonrisa en los labios de ambos iluminó el momento, pero Adrián necesitaba sentir que ella de verdad iba a ser suya, así que tomó su rostro entre sus manos y la besó. Emily no tardó más de un segundo en seguir sus caricias, y pronto, aquella muestra de felicidad y amor, se convirtió en pasión. No había muestra más fiel a sus sentimientos y prueba más llena de sinceridad que las caricias que empezaron a dedicarse el uno al otro, querían unirse tanto en cuerpo como en alma.

Capítulo 13

En muchas ocasiones, cuando una persona se pregunta cómo será encontrar el amor en la persona menos esperada, son muchos los sueños y esperanzas que se aglomeran en un corazón deseoso de ser entregado, pero el final siempre será incierto, desconocido y, muchas veces, causa temor, pero en el momento en que Adrián besó los suaves y delicados labios de Emily, ambos entendieron que el futuro estaba en sus manos, nadie más podría decidir por ellos, y estaban más que dispuestos a arriesgarse, valía la pena.

La joven dama estaba nerviosa, más de lo que le gustaría admitir, si algo llegase a suceder y su compromiso terminaba, quedaría completamente arruinada, no tendría la oportunidad ni la posibilidad de buscar a otro hombre, aunque no es como que se viera en brazos de otro, pero se convertiría en la solterona que ayudara a sus cuñadas a cuidar de sus niños. Siempre soñó con tener un hijo. Tenía miedo, no sabía qué iba a decir su padre cuando lo supiera o cuál sería su reacción. ¿Y si no era la esperada?

Estaba tan ensimismada y perdida en sus besos, en sus caricias y en las maravillosas y desconocidas sensaciones que hacían temblar su cuerpo que cuando abrió los ojos y volvió a la realidad, la manta que había usado para cubrirse minutos antes estaba tirada en el suelo y su camión, subido dejando a la vista sus piernas y puede que algo más. Emily se tensó e intentó ordenar sus pensamientos, no era el momento de consumir un matrimonio que no estaba seguro, debía detener todo aquello.

—Adrián... —susurró con un ligero jadeo que se escapó de sus labios al sentir una de sus manos en el interior de sus muslos—. Adrián, esto no está bien, detente, debemos parar. —Él, de inmediato se alejó obedeciendo su petición, pero no lo suficiente, ella no se vio librada de su peso; el caballero acarició su rostro y acercó la nariz a su cabello.

—Perdóname, perdí el control. No quería asustarte, es solo que tenerte tan cerca es como estar a un paso del paraíso. Desde que te conocí me muero por tomarte entre mis brazos, por acariciar cada parte de su cuerpo, cada centímetro de tu piel, sueño con poder perderme en ti, en tu dulzura. Me dejé llevar, pero será mejor que me vaya a mi habitación a descansar, no hay que tentar a la suerte. —Se levantó con un movimiento rápido, tomó la manta y la dejó sobre la cama; dejaría un pequeño beso sobre los labios de su hermosa prometida y luego se iría. En cuanto pudiera iría a visitar al padre de la joven, conseguiría una licencia especial y en menos de lo esperado, serían marido y mujer, no podía haber errores.

Estaba a un paso de abrir la puerta y salir de la habitación cuando ella lo detuvo. Emily entendió que era lo que de verdad quería. Su madre le enseñó que nunca debía dejarse doblegar ante lo desconocido solo por sentir un poco de miedo. Sería valiente, confiaba en él con todas las fuerzas de su corazón, Adrián jamás haría algo que la dañara, estaba segura, no se aprovecharía de su inocencia. Además, que de alguna forma, permitir que él tomase posesión de su cuerpo sellaría el compromiso, sería imposible cancelarlo. Había tomado una decisión, ella lo amaba y estaba segura de que él también, por lo que solo les quedaba vivirlo.

—No, no te vayas, por favor. Quiero que te quedes aquí conmigo, es cierto que sentí miedo, es normal, supongo, no sé mucho del asunto, pero si de algo estoy segura es de que quiero pasar el resto de mis días contigo. Entregarme a ti solo será un juramento de amor eterno, una promesa, y quiero hacerlo. —Salió de la cama y fue hasta donde estaba él; aun dándole la espalda, con manos temblorosas, primero rozó sus dedos por los músculos de sus brazos,

para luego ir subiendo poco a poco a lo largo de estos y hacer lo mismo con su ancha espalda. Era un hombre digno de ser admirado, todo en él era apuesto, podría convivir el día a día a su lado, no le supondría mayor problema.

—No te sientas presionada, Emily, no quiero que accedas solo para complacerme. Ya llegará el momento indicado. No es que vaya a permitir que se demore la boda, en menos de un mes ya serás Lady Wadlow. —Ella lo abrazó por atrás, apoyando su mejilla sobre su hombro, y notó la gran diferencia de estatura, tuvo que ponerse de puntitas para lograr aquello y quizá sus pies no aguantasen mucho.

—No me siento presionada. Verás, son demasiadas cosas, no sé si mi padre se negará sin problema alguno o por el contrario pondrá el grito en el cielo. Tampoco sé cómo tomarán la noticia mis hermanos y mi madre, sabes que la virtud es lo único valioso que tiene una mujer, un solo error puede arruinarlo todo. —Sus palabras derribaron las pocas barreras que el heredero había puesto; se giró, levantó el brazo para no llegar a golpearla y, tras estar frente a frente con ella, la abrazó con fuerza, permitiendo que sus delicadas y femeninas manos fueran a su cuello y dejaran suaves caricias en su piel.

—¿Tu padre te habló de cuántos hombres estaban interesados en obtener tu mano? —preguntó. Había llegado la hora de ser completamente sincero; ella frunció el ceño, pero asintió.

—Él me habló de dos: el conde de Dartmouth, que ha estado interesado en mí desde que fui presentada en sociedad, y otro hombre, pero nunca supe ni su nombre ni apellido ni nada, solo supe que frenó mi compromiso con el conde. Mi padre me dijo que tomaría la decisión dependiendo de las ganancias que pudiera obtener con esa unión, que llegado el momento me diría quién es el elegido. —Para nadie era un secreto que el marqués de Launderry era un hombre deseoso de poder y dinero, avaro, a quien nunca le interesó su esposa o su familia. Hasta se llegó a escuchar que la marquesa tenía un amante pues, al parecer, su esposo no tenía ningún interés en complacerla en el lecho, por lo que decidió buscarse un hombre que la llevara al cielo.

—Bien. Pues sí, el conde de Dartmouth es uno de los posibles candidatos, pero el otro soy yo. —Ella abrió la boca sorprendida, no podía creer lo que estaba escuchando—. Cuando te conocí, quedé prendado de tu belleza, enloquecido y maravillado. ¡Coqueteaste descaradamente conmigo! Algo que las otras jóvenes no eran capaces de hacer, les falta valentía. Al anoecer, hablé con mi padre. Nuestra relación nunca fue muy buena y tuvimos una fuerte discusión. Le pedí conocerte y lo consiguió. —Ella era consciente de que el tema de Lord Bristol no era sencillo para Adrián y, aunque poco sabía de lo sucedido, le gustaría entenderlo, pero debía darle tiempo. Llegaría el momento en que decidiese confiárselo, y ella podía esperar pacientemente todo el tiempo que fuera necesario.

—¿Le pediste a tu padre que negociara con el mío un matrimonio? —preguntó. La verdad era que la situación se estaba tornando de lo más extraña, ella ya hasta se había imaginado lidiando con su padre por tener que cancelar la charcha con los caballeros interesados.

—En teoría, le pedí que me diera un poco de tiempo. Quería conocerte bien antes de tomar una decisión, por lo que no podía permitir que terminaras comprometida, y mucho menos casada con otro hombre. Tenía mucho interés en ti. Por ello, siempre que tenía la oportunidad, buscaba la forma de permanecer cerca, de escucharte, de observarte. Siempre quise una mujer hermosa, claro, como cualquiera desearía, pero también quería que fuera inteligente, lista, una mujer que no se doblegue ante cualquier problema, capaz de pensar diferente. No soportaría una vida llena de conversaciones sobre el clima, los colores del salón o la cantidad de parejas en el baile. —Ella soltó una carcajada. Sí, nunca fue buena en ese tipo de charlas, siempre terminaba bostezando o diciendo algo con lo que después su madre o su padre la reprenderían. Por mucho que intentara recordar todas y cada una de las lecciones de comportamiento que recibió, siempre cometía algún error, unas veces más problemático que otras. Tal vez por ello su padre la detestaba, no fue capaz de cumplir sus ideales de hija perfecta.

—¿Y crees que yo puedo ser esa dama que quieres? Ya desilusioné a mi padre, no soy lo que espero. ¿Qué te asegura que contigo no suceda lo mismo? No soy buena bordando. De hecho, mis bordados son indesciframente horribles. Ni hablar de la costura. Tampoco soy buena con los instrumentos, apenas sí tengo una ligera idea de cómo se toca el arpa, y admito que suena muy mal, en lo único que tengo cierto talento es la jardinería y siempre termino llena de tierra, lo cual no creo que sea correcto en la nobleza. — Aquello era algo que realmente la asustaba, desilusionar a alguien que le importaba la mataría del dolor y de la tristeza. En caso tal, prefería una vida junto a un hombre despreciable antes de tener que pasar por algo así. Suficiente tenía con su padre recordándole todos y cada uno de sus errores.

—Oye, oye, no. No digas eso. —Él tomó su rostro entre sus manos y acarició sus mejillas. No podía creer que ella, la mujer más maravillosa que conocía, estuviera diciendo semejantes estupideces. Cuando se casasen, su padre no podría acercarse a ella, estaba decidido—. Éscúchame muy bien lo que te voy a decir, Emily Wadlow, futura marquesa de Bristol: eres la única mujer con la que me podría casar, eres perfecta para mí y es lo único que necesito. No es como que te vaya a pedir que me bordes una flor, me importa poco lo que en la nobleza crea correcto o no, solo sé que estoy completamente enamorado de la mujer que tengo enfrente. No te cambiaría nada *Em*, no vale la pena ni que te compares con ellas, para mí solo existe una y esa eres tú. — Se moría de ganas por besarla pero no sabía si era lo correcto o si ella de verdad quería consumir su amor. Le daría un poco de tiempo, al fin y al cabo, tenían toda una vida juntos.

—Gracias, eres el hombre que toda mujer desearía tener. No sé qué fue lo que hice para ser la afortunada, pero me gustaría que me lo dijeras para seguir haciéndolo. No te pienso compartir con ninguna otra mujer, no soportaría que tuvieras una amante. —Ella no quería repetir la trágica historia de sus padres, un matrimonio arreglado que tenía un único propósito: herederos. Luego de que la marquesa tuviera dos hijos varones, el título estaba resguardado, pero

nunca era suficiente por lo que intentaron buscar el tercero. En ese momento nació Emily. El marqués no quería arriesgarse a tener otra mujer por lo que se olvidó de su esposa, nunca más visitó su lecho y, ahora, eran un par de desconocidos que vivían bajo el mismo techo mientras disfrutaban de sus amantes con una única condición: discreción.

—No podría mirar a otra teniéndote enfrente. ¡Si eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida! Eres la única en mi corazón.

—¿Por qué no me dijiste que eras el otro pretendiente? No me habría preocupado tanto cada vez que mi padre amenazaba con casarme con el conde. Ese hombre es detestable, no podría pasar ni un día a su lado sin querer acabar con mi vida —dijo Emily. Cada vez que pensaba en la posibilidad de convertirse en la condesa de Dartmouth le entraban unas ganas terribles de llorar, o hasta de morir. No creía merecer tal desgracia, y ahora él venía y le decía que desde el mismo instante en que se conocieron intervino para evitar ese matrimonio.

—Eso ya no importa, lo realmente importante es que serás mi esposa, no pienses más en ello. —Ella asintió y acercó sus labios a los de él en una clara petición, o su hombre lo entendía o lo hacía ella, pero quería que la besara.

—Bien, quiero que esta noche sea nuestra, Lord Wadlow, solo nuestra. Quiero que me demuestre todo ese inmenso amor que dice sentir, a ver si me convence de convertirme en su marquesa. Debe tener en cuenta que no soy una mujer fácil de disuadir. —Mientras hablaba, rozaba sus labios con los de él pero sin llegar a hacer algún otro movimiento, al mismo tiempo que pasaba su dedo índice por sus hombros y su pecho. Cualquiera diría que es toda una experta, nada más lejos de la realidad, pero siempre podía intentar conquistarlo. Tenía un plan, siempre lo tuvo, solo que ahora, el final, incluía un anillo.

—Ni lo intentes, no voy a tocarte hasta dar el sí en el altar. Tenías razón, debemos esperar, ya llegará el momento oportuno. —El día que la tomase, serían marido y mujer, aunque jamás permitiría que alguien les impidiese

casarse. Iría paso a paso, aunque ella se lo pusiera difícil, resistiría. Podía hacerlo.

—¿Por qué? Hace un momento eras tú el que estaba sobre mí, ahora no quiero que te detengas, quiero saber cuál es la maravilla de la que muchas mujeres hablan y por la que terminan buscando amantes, ha de ser muy bueno.

—El joven heredero soltó una carcajada, no podía creer lo que escuchaba, pero necesitaba salir de allí ya, o terminaría cayendo en la tentación de una diosa pelirroja.

—Te daré hasta clases si es lo que deseas, te lo enseñaré todo para que lo practiquemos juntos, por supuesto, pero no será hoy. —Emily, al ver que no sería nada sencillo convencerlo, respiró muy profundo y botó el aire lentamente, preparándose para la estupidez que estaba a punto de hacer. Si después de eso, él no salía despavorido ante su falta de vergüenza, era el hombre indicado, el candidato perfecto, el amor de su vida.

—Bien, entonces, como siempre, tendré que ser yo quien tome la iniciativa. Después de todo, si quiero conquistarte, tengo que hacerlo bien. —Se deshizo de su agarre y dio un paso atrás, sus ojos se conectaron con los de Adrián y fue todo lo que necesitó. Su mirada era especial, pudo sentir cómo su cuerpo se encendía en llamas y su corazón se aceleraba con fuerza gracias a ella. Fuera lo que fuese que les aguardara en el futuro, esa noche era su noche.

—¿Y cómo me vas a conquistar? —preguntó el joven con la voz ronca. Desde antes ya estaba excitado, sus pozos azules solo empeoraron la situación. Si de algo estaba seguro ahora es que esa cabecita iba a causarle muchos problemas y más de un dolor de cabeza, pero no por ello sentía ganas de dejarla, no podía estar más emocionado de lo que esperaba al ser un hombre felizmente casado.

Nada lo preparó para ver cómo ella soltaba el pequeño y delgado lazo que ataba su camión justo sobre sus pechos. Hasta olvidó cómo respirar, algo que se supone, su cuerpo hacía por naturaleza; desde el primer momento lo hechizaron sus coqueteos. Aunque con todos ellos intentó parecer una mujer

con experiencia y escondía los nervios bastante bien, la inocencia en sus ojos la delataba, y aquello le encantaba.

Pensó en detenerla, evitar que hiciera algo estúpido que terminara de enloquecerlo, ella no era consciente de las consecuencias que podía tener un encuentro así.

—¿Sabes que puedes quedar embarazada? —Para él fue sencillo identificar la sorpresa en ella aun cuando fue apenas perceptible, pero para su sorpresa, no dio marcha atrás. Por el contrario, tomó la delgada tela de su camión entre sus manos y empezó a bajarla muy lentamente, primero, dejando al descubierto sus hombros, y luego, el nacimiento de sus pechos.

—Dices que nos casaremos en menos de un mes, no creo que ese llegue a ser un problema. —Ella no sabía de dónde sacaba la valentía para decir todo aquello, es más, sus manos temblaban de miedo, se estaba muriendo de los nervios, pero de verdad quería hacerlo, siempre atesoraría el recuerdo de su primera vez y no quería esperar. Pasase lo que pasase, se casaran o no, él siempre sería el primero.

Sin previo aviso, Emily le dio un fuerte tirón a su camión y este cayó al suelo formando un círculo a su alrededor. Estaba completamente desnuda, por lo que él pudo admirar sin pudor alguno cada centímetro de su cuerpo; sus pechos no eran extremadamente grandes, pero tampoco eran pequeños, el tamaño perfecto; su cintura era delgada, lo que le daba unas curvas perfectas; y su cadera, ancha pero refinada, abría paso a unas tonificadas y perfectas piernas; aunque sí, no pudo evitar detenerse en el triángulo de vello ligeramente rojizo de su entrepierna... rogó a Dios que lo ayudara, porque estaba perdido.

Se acercó a ella y puso su mano sobre la curvatura de su cintura, sentir la piel contra piel era indescriptible, el calor de su cuerpo lo atraía como el dulce; sin soportar la tortura por más tiempo, la pegó a su pecho con un movimiento rápido y la besó con lentitud. Esa noche sería especial, su primera vez, por lo que quería ir muy despacio, sin prisas, como si tuvieran muchos años por

delante para vivirlo una y otra vez. La llevaría a las estrellas, le enseñaría lo que es el amor.

La llevó hasta la cama, en donde la tumbó con delicadeza para luego posarse sobre ella, no quería asustarla, así que la besó con tanta pasión y entrega como le fue posible. Su cuerpo pronto empezó a temblar, era el momento; empezó a acariciar sus pechos, deteniéndose especialmente en sus besos hasta que estos le arrancaron maravillosos gemidos a la dama. Luego dejó que su mano divagara por el centro de su feminidad, aunque aquello le costó, ella nunca imaginó que eso fuera posible, mucho menos que fuera correcto, pero cuando estaba cerca de su primer orgasmo, Adrián se despojó de la poca ropa que aún llevaba y ubicándose en su entrada, se deslizó con lentitud hasta estar completamente enterrado en su cuerpo.

—Perdóname, perdóname, ya ves que pronto pasará —susurraba él en su oído al romper la barrera de su virginidad. La expresión de dolor en su rostro lo destrozó, no quería verla sufrir pero era algo que, por desgracia, no podía evitar—. No me moveré hasta que me digas que te sientes mejor —le advirtió, aun cuando se le fuera la vida entera y muriera de agonía, no se movería.

Emily no sabía lo que sucedía entre un hombre y una mujer cuando compartían el lecho. Su madre no tuvo tiempo para explicárselo y después de tanto placer nunca imaginó que sentiría tal dolor, mucho menos uno tan fuerte y agudo, pero gracias a sus caricias, hermosas palabras y dulces besos, la molestia pronto desapareció y tras un ligero movimiento de su cadera, él retrocedió lentamente para luego volver a entrar en ella.

Mientras se unían físicamente, sus corazones se volvieron uno, eran un solo latido, una sola razón de vida, un inmenso amor, un sentimiento grande, infinito, incomparable. Para ellos, aquel acto era mucho más que el deseo de satisfacción carnal, era una rendición, una entrega, una promesa, era el inicio de toda una vida, de toda una aventura que ambos ansiaban vivir, porque estaban dispuestos a luchar contra viento y marea de ser necesario, pero nada ni nadie lograría separarlos, estaban destinados a un futuro juntos.

Capítulo 14

Los primeros rayos de sol empezaban a hacer su aparición atravesando los enormes ventanales de la habitación de la joven cuando Adrián despertó, debía salir de allí e ir a su propia habitación si no quería llamar la atención o causar un escándalo. Nadie podía encontrarlo en cama con ella, mucho menos viéndolo abandonar su lecho, así que era el momento indicado. Podría controlar las habladurías de los sirvientes, pero no los comentarios de los demás nobles invitados; sin embargo, no quería irse dejándola completamente sola, no después de lo ocurrido, si tan solo pudiera quedarse todo el día, se dedicaría a cuidarla, mimarla y besarla hasta más no poder.

Emily descansaba cómodamente con la cabeza sobre su pecho, con su cabello esparcido sobre la blancura de las sabanas, una de sus manos sobre su abdomen y sus piernas enredadas con las suyas. Ahora que la veía así, a la luz del día y sin aquellas molestas ropas cubriendo su perfecto cuerpo, era consciente del ángel que tenía al lado. Era tremendamente hermosa. Con facilidad, podría acostumbrarse a despertar a su lado, no le resultaría un gran problema.

En ese momento, se prometió a sí mismo organizar la boda a más tardar para la próxima semana. Partiría antes de que los eventos programados por su hermana terminasen e iría a Londres, conseguiría una licencia especial y asunto arreglado. En cuanto ella escogiera el lugar, serían marido y mujer, porque antes muerto que permitir que otro hombre llegase a tocarla. Ahora,

ella era completamente suya, le pertenecía tanto como él a ella.

Con una pequeña sonrisa en sus labios producto del perfecto futuro que se abría frente a ellos, empezó a despertarla con suaves y húmedos besos al mismo tiempo que su mano vagaba por su espalda desnuda. No quería que Emily despertara y se sintiera abandonada, por lo que eligió sacarla de sus sueños, reclamar un par de besos y tras relatarle su perfecto plan y prometerle amor infinito, volver a su habitación, pero tuvo que hacer un gran esfuerzo al mantener sus caricias a raya tras oír los suaves gemidos que ella profería mientras sus ojos se abrían perezosamente y su cuerpo se rozaba contra el de él con una sensualidad casi mortal.

Su mano fue hasta su vientre y lo acarició con vehemencia. Aunque le encantaría que allí estuviera creciendo su heredero, un apuesto bebe de cabellos rojizos que seguro robaría más de un corazón en su juventud, o una hermosa niña de cabellos rojizos a la que, de seguro, tendría que encerrar en una torre para mantenerla a salvo, no era el momento; y rogaba que su simiente no diera sus frutos, ya tendrían tiempo de tener tantos hijos como desearan. La noche anterior, aunque intentó alejarse antes llegar al clímax, le fue imposible hacerlo. Su dulzura, su calor, su interior lo atraían de una forma que no podía explicar, admitía que no fue mucho su esfuerzo por evitarlo.

—¿Cómo te sientes, mi bello ángel? —Ella se aferró con fuerza a su torso negándose a abrir los ojos, sonrió.

—Perfecta, grandiosa, maravillosa... ¿Quieres que siga? —Él soltó una suave carcajada que hizo que el corazón de la dama se acelerara, tenía una ligera molestia en el centro de su feminidad y sus senos estaban increíblemente sensibles, pero nada que no recordara con alegría y felicidad, porque no se arrepentía de absolutamente nada, encantada lo repetiría.

—Me alegra, mi bella dama, sin duda alguna, fue un momento muy especial para ambos, no me hubiera gustado dañarte. —Tomó su mentón entre sus dedos y lo elevó un poco, solo lo suficiente para tener una vista perfecta de su rostro —. Anda, preciosa, déjame ver esos hermosos zafiros que tienes por ojos y

dedícame una sonrisa que sea solo mía. —Ella obedeció de inmediato, abrió sus ojos y curvando sus labios en una pequeña sonrisa, se sentía tan completa, tan feliz que no quería moverse.

—Me encanta despertar entre tus brazos, nunca había tenido una noche tan perfecta y un despertar aún mejor. No sé cómo podré esperar a que seamos marido y mujer para disfrutar de esto durante el resto de mis noches. — Adrián, encandilado por su belleza, dejó un casto beso sobre sus labios, no podía continuar allí o terminaría sucumbiendo a sus deseos y no podía tardar mucho más, pronto la casa empezaría su habitual y ajetreado movimiento y entonces le sería mucho más difícil salir de allí sin ser visto.

—Lo sé, mi ángel, pero te hice una promesa, ¿recuerdas? En menos de un mes, serás legalmente mía. Si de mí dependiera, mañana mismo me uniría a ti, pero debo arreglar nuestro matrimonio con tu padre, te mereces una boda a tu altura. —La joven cerró los ojos y enterró su rostro en su pecho.

—No me importaría huir a Gretna Green contigo si con ello podemos casarnos sin problema alguno. —Él negó. Una dama refinada y hermosa como ella merecía una ceremonia junto a sus seres queridos, merecía ser presentada como una intachable mujer que pronto sería marquesa, no permitiría que su reputación se viera mancillada por un matrimonio a escondidas en el sur de Escocia.

—No, no tienes de qué preocuparte, no pienses en ello. Te dije que uno de los pretendientes que estaban negociando con tu padre era yo, no me supondrá un gran esfuerzo conseguir tu mano después de la propuesta que tengo planeado hacerle. —Volvió a besarla evitando más preguntas o dudas por su parte, acallando sus palabras—. Debo irme, amor mío, nos pueden encontrarme aquí. No querría irme sin darte un beso. Te veré esta tarde, en el jardín. Te amo tanto... Duerme un poco, aún es temprano, me aseguraré de enviarte un poco de compañía. —Sus labios se fundieron como si fueran uno solo. No era una despedida, jamás podrían llegar a despedirse del otro, el final no existía para ellos.

La dejó suspirando por más cuando se alejó, no soportaría escuchar lamentos o ruegos para que se quedase, no le costaría mucho convencerlo, por lo que se levantó de la cama tan rápido como le fue posible, tomó sus pantalones, se los puso, se aseguró de no dejar nada que le perteneciera y tras dedicarle una profunda y larga mirada, abrió la puerta, miró a lado y lado asegurándose de no ser visto y luego salió cerrando la puerta. No quería dejarla sola por mucho tiempo, por lo que fue a su habitación y llamó a uno de los sirvientes, pidió que le prepararan un baño y se puso un pantalón beige, camisa blanca, chaleco y saco azul oscuro. Aún era temprano y lamentaría mucho arruinar la noche de su hermana y su esposo, bueno, no mucho, pero necesitaba su ayuda.

Terminó de prepararse y fue hasta la habitación de los condes, siempre compartían el lecho, algo poco común en la sociedad. Lo descubrió cuando al visitar su mansión, la habitación que, se supone, debía ocupar la condesa, estaba completamente desocupada y abandonada; dio un suave toque a la gruesa madera de la puerta con los nudillos y aguardó. No pasó mucho antes de que Roger abriera la puerta asegurándose de cubrir el interior de la habitación con su cuerpo, Adrián no quiso ni pensar en la razón.

—Lamento molestar, Roger, pero necesito hablar con mi hermana. Es urgente, de verdad, prometo no tardar mucho. —Su cuñado frunció el ceño. Giró solo un poco mirando algo tras su espalda, asintió y volvió a mirarlo.

—Espera un momento. —Cerró la puerta y el joven suspiró. Seguro que su hermana terminaría ahorcándolo, si no era por sacarla de la cama y de la comodidad de la compañía de su esposo, de seguro que lo haría luego de contarle lo sucedido con Emily. No quería molestarla ni incomodarla, a ninguna de las dos, pero necesitaba su ayuda, no quería dejar solo a su ángel, y ya que ellas habían empezado una amistad, seguro que podía aprovecharse un poco de ello.

Un par de minutos después, su hermana abrió la puerta mientras se amarraba la bata en su cintura, seguro que acababa de ponerse el camisón y la bata para

poder salir. Era extraño, aún no se acostumbraba a tener una hermana, mucho menos a verla casada y unida a un hombre, lamentaba no haber estado ahí para ella, acompañándola en los tantos momentos que tuvo que vivir, que, por lo que le contaron, fueron muchos. El rostro de la condesa estaba lleno de preocupación al verlo frente a su puerta.

—¿Qué sucede, Adrián? ¿Estás bien? —preguntó nerviosa. Su esposo apareció tras ella y se aferró a su cuerpo, abrazándola por atrás, prestando atención a las palabras de su cuñado.

—Es sobre Emily, pero preferiría que habláramos a solas —dijo mirando a Roger—. Perdón pero es algo muy personal, o por lo menos, deberíamos entrar. —Los ojos de su hermana mostraban desconfianza, pero asintió y abrió la puerta por completo, permitió su entrada. En lo que si no cedería es en hablar a solas, no tenía secretos con su esposo, además, probablemente luego terminaría contándole todo, esperando recibir un consejo o un apoyo de su parte.

—Habla —ordenó tomando asiento en la cama junto a su esposo. Él suspiro.

—Me gustaría que acompañes a Emily esta mañana, le haría bien un baño con agua caliente, la ayudaría a relajar los músculos puede que haya amanecido un poco incómoda y sería buena idea tener una amiga con quien hablar. —No quería contar lo sucedido de una forma muy directa. De hecho, era un tema que nadie más que él y su futura esposa deberían conocer, pero se vio obligado a hacerlo, por su bien; Anne frunció el ceño confundida.

—No entiendo, ¿por qué habría de despertar adolorida...? —De pronto lo entendió, sus ojos se abrieron llenos de sorpresa y lanzó una mirada acusatoria a su hermano—. ¿Qué hiciste, Adrián Wadlow? —preguntó con lo que podía ser rabia o sorpresa.

—Vamos, Anne, creo que ya entendiste perfectamente lo sucedido, no creo que haya necesidad de que te lo explique. Llevas mucho tiempo casada, no eres inocente en el tema, por lo que debes saber lo que se siente al siguiente día, solo quiero que la acompañes y hables con ella, pensé en partir a Londres

una vez terminen tus eventos, pero no tengo tanta paciencia, partiré esta misma noche, hablaré con Emily en la tarde, iré a pedir una licencia especial y hablaré con Laundry. Puede estar embarazada, Anne. No quiero dejarla sola. —La condesa, en medio de la sorpresa y la estupefacción, asintió; era su amiga, feliz le haría compañía, con más razón ahora que sería su cuñada.

—No creo que seas tan inexperto en el asunto, Adrián, como para no saber que es posible evitar un embarazo, o bien podíais haber esperado hasta estar legalmente casados —dijo el conde, interviniendo por primera vez. Aunque su voz tenía cierto toque de regaño, en sus ojos podía ver claramente lo divertida que le resultaba la situación, y la única razón por la que no reía como le gustaría hacerlo era porque su esposa de seguro lo acabaría a golpes, o peor, le negaría sus besos.

—Sí, claro, igual que tú puedes salirte de mi cuerpo antes de llenarme con tu simiente, o mejor aún, igual que como tú esperaste a estar casados. ¿Te recuerdo el escándalo que causamos? Porque fue esa la razón de que termináramos siendo marido y mujer —dijo su esposa intentando defender a su hermano. Las mejillas de ambos caballeros se tornaron rosadas, para nadie era un secreto que los condes fueron descubiertos en una situación comprometedor, lo que los llevó a un compromiso y una inminente boda.

—Anne, amor mío, no estamos hablando de nosotros dos. —Roger se sentía avergonzado, no le gustaba tener ese tipo de conversaciones frente a su cuñado.

—¡Basta! No es muy cómodo escuchar sobre sus relaciones sexuales, eres mi hermana. —La pareja rio.

—No te preocupes, llamaré a mi doncella, le pediré que me prepare un baño, que me ayude a prepararme y saldré directamente a su habitación. Seguro que podemos desayunar juntas, no tienes de qué preocuparte —dijo tranquilizándolo. Él agradeció y dando media vuelta, les dio un poco de intimidad a los esposos. Al salir, no pudo evitar imaginarse con Emily, compartiendo su casa, su cama, su vida, viendo en sus bellos ojos azules la

misma felicidad que refleja los ojos oscuros de Anne. Roger la hacía feliz, él quería hacer de Emily la mujer más feliz del mundo.

Fue hasta la cocina y pidió que le sirvieran algo de comer, no quería cruzarse con ningún invitado, por lo que desayunó junto a algunos de los sirvientes; al terminar, pidió que le prepararan su caballo y salió a todo galope por las amplias y hermosas tierras de su cuñado. Era un lugar digno de ser admirado que le recordaba algunos de los paisajes que conoció en sus viajes a tierras lejanas. De buena gana viviría en la casa de campo de su familia pero su padre solía permanecer allí cuando no estaba en Londres y no quería permanecer muy cerca de él, razón por la cual acababa de comprar una casa parecida y cercana a la de su hermana. Que Dios lo perdonara pero no soportaba la compañía de su padre, no estaba listo para perdonarlo.

Regresó a la hora del almuerzo y, complacido, descubrió que Emily iba a estar sentada a su lado, lo que convirtió el momento en miradas llenas de complicidad, sonrisas llenas de felicidad y suspiros llenos de anhelos y secretos deseos.

—Te veo entre los árboles, más allá del jardín, en el mismo lugar que te encontré cuando fui a buscarte. —Ella asintió, recordando aquella tarde en la que, se supone, ella arreglaba las flores de Anne, intentando huir de él. Debió suponer que era imposible alejarse de lo que su corazón siente y desea.

El apuesto heredero salió del comedor con una postura relajada y tranquila bajo la única mirada de su hermana, quien pudo disfrutar con alegría cómo su hermano y su gran amiga se miraba con amor. En ese momento decidió ayudarlos tanto como le fuera posible, ellos merecían vivir su amor.

Cuando todos terminaron, Emily se vio obligada a acompañar a su padre a los establos, se realizaría una carrera y ya muchos de los invitados estaban eligiendo sus monturas y caballos, ella no tenía ninguna intención de participar, nunca fue buena en ello, pero su madre había desarrollado un inmenso amor por los animales, le gustaba acariciarlos, por lo que tardó varios minutos en lograr escabullirse lejos de ella.

Con movimientos ágiles, tanto como le permitía su vestido de muselina verde claro, fue hasta el lugar acordado, en donde su apuesto caballero ya la esperaba recostado en uno de los gruesos troncos de los árboles allí plantados; en cuanto la vio, corrió a su encuentro y, tomándola en brazos, la llevó tras un enorme y espeso árbol para luego besarla con pasión contenida, lo que tanto había deseado hacer durante el almuerzo.

—¿Cómo te sientes, amor mío, aún duele la caída o lo sucedido anoche? El médico recomendó descanso. —Ella negó. Por suerte, su caída no le había dejado más que un ligero dolor de cabeza que él se encargó de hacer desaparecer, y un baño con agua caliente alivió todas sus molestias, no podía sentirse mejor.

—Estoy perfecta, te lo dije, el médico exageraba. Fue un golpe sin importancia, solo necesitaba un poco de su cariño y compañía, de verdad. Me siento muy bien. —Él asintió, conforme con sus palabras. Se abrazó a ella con fuerza y respiró profundo, disfrutando del maravilloso olor que desprendía su cuerpo y su cabello, que en esta ocasión, había dejado, casi en su totalidad, suelto, cayendo libremente por su espalda con unas ligeras y delicadas ondas.

Tras un par de minutos, se alejó sin llegar a soltarla y acarició su mejilla.

—Quiero bajar esta misma noche a Londres. Sé que te dije que lo haría al terminar los eventos organizados por Anne, pero no quiero perder más tiempo, necesito tenerte a mi lado tan pronto como me sea posible, quiero que cuando termine la reunión aquí, nuestro matrimonio ya tenga fecha, pero solo lo haré si así lo deseas, puedo quedarme aquí contigo si me lo pides. —Emily lo pensó por un momento, no quería verse privada de su compañía tan pronto, pero haría lo que fuera necesario por unirse legalmente a él tan pronto como le fuera posible, quería tener la libertad de besarlo y abrazarlo.

—No, tal vez sea buena idea que vayas, estaré bien. —Deslizó sus brazos por su cuello y acarició el nacimiento de su cabello con delicados toques—. Bésame, dame algo con lo que pueda recordarte durante todos estos días en que no te tendré a mi lado. —Adrián, obediente y deseoso de cumplir sus

órdenes al pie de la letra, la besó.

Sus lenguas se enredaron la una con la otra en una sensual batalla que pronto los dejó queriendo más al mismo tiempo en que sus manos recorrían el cuerpo del otro en una ligera expedición sobre sus ropas.

—Tengo miedo de preguntar qué fue lo que sucedió anoche en tu habitación —dijeron a su lado sobresaltándolos, se alejaron de golpe y, nerviosos, se quedaron viendo a la marquesa de Launderry, quien los observaba con los brazos cruzados y una ceja elevada; Emily mordió su labio inferior, esperando alguna palabra por parte de su madre—. Ver cómo él salía de tu habitación en la mañana me dio una ligera sospecha de lo que pudo suceder, pero creí que tenías la decencia suficiente como para haberte negado; sin embargo, al ver cómo lo besas, no me queda duda alguna de que ya no eres virgen. ¿Alguna explicación? —La voz de la marquesa estaba llena de decepción, nunca imaginó que al ir a ver cómo se encontraba su hija tras el accidente encontraría a un hombre con ella.

Capítulo 15

Emily sintió que todo comenzaba a darle vueltas, seguro que ella era la reina de la mala suerte. La habían descubierto, y nada más y nada menos que su madre. Estaba en serios problemas. Pero lo que realmente le dolía era la mirada de decepción y tristeza en los ojos de su progenitora, ella era la mejor madre que podría existir, jamás buscaría dañarla, por lo menos no a propósito, porque lastimosamente, acababa de lograrlo.

—Todo tiene una explicación —murmuró nerviosa aun cuando no tenía ni la más mínima idea de qué decirle. Porque lo hecho no tenía explicación alguna, cometió un error, sí. Debió esperar al matrimonio, pero no se arrepentía, aun cuando sentía las consecuencias de su posesión en su cuerpo, había sido un momento tan especial y hermoso que poco le importaba lo que estaba por venir. Él siempre sería el primero y rogaba al cielo porque fuera el último.

—¿En serio? Porque me encantaría escucharla la verdad. Te educamos como a una dama Emily, estuviste en el mejor colegio para señoritas, tuviste institutrices muy bien preparadas, los mejores vestidos, joyas... ¿Y lo arruinas entregándote a un hombre que no es tu esposo? No estás lejos de empezar a parecer una cortesana. —Sus palabras la hirieron profundamente, la joven tuvo que cerrar los ojos y respirar profundo en varias ocasiones para alejar las lágrimas que luchaban por escapar. Nunca imaginó que su madre pudiera llegar a tratarla de cortesana, era un golpe fuerte para ella, siempre intentó hacer que se sintiera orgullosa, era su única hija y quería ser una excelente,

pero falló.

—Discúlpeme, Lady Launderry, pero le ruego que controle sus palabras, no voy a permitir que le hable a su hija de esa forma. Ella es toda una dama, respetable y educada, no merece una palabras tan duras —intervino Adrián al ver la tristeza en el rostro de su amada, no iba permitir tal trato cuando de alguna forma fue él el culpable de lo sucedido. Después de todo, fue él quien apareció en su habitación a mitad de la noche y casi a medio vestir. La marquesa miró al joven heredero con rabia.

—Mire, Lord Wadlow, es mejor que usted ni me dirija la palabra porque puedo olvidarme de que soy una dama y usted un caballero. Le aseguro que no le gustará sentir la fuerza de mi bofetada. Ahora, si es tan amable, ¿podría dejarme a solas con mi hija? Tenemos una conversación pendiente y deseo regresar pronto a la casa, los invitados se preguntarán dónde estamos. —Él negó con la cabeza, se acercó a su dama y la envolvió en sus brazos, pudo sentir que ella temblaba, y un suave y apenas perceptible sollozo salía por sus labios.

—No lo haré, *milady*. Más allá de lo sucedido anoche, porque habría sido algo inevitable, estoy enamorado de su hija y tengo la fiel intención de unirme a ella por el resto de nuestros días. Además, se necesitan dos para hacer el amor, es culpa de ambos, no me parece justo que solo ella tenga que pagar por las consecuencias de nuestros actos, nos vamos a casar, que no le quede duda alguna. —Se aferró a la joven con fuerza, y apoyó el mentón sobre su cabeza. Ella, temerosa y con las manos temblorosas, lo abrazó con timidez. Él tenía razón, no estaba sola, ya no lo estaría, tenía a alguien que la amaba con locura, tanto como ella a él, a su lado no había nada que temer, todo estaría bien.

—Sé cómo funcionan las relaciones entre un hombre y una mujer, no quiero conocer los detalles, pero es mi hija, Wadlow, nunca la dañaría. Exijo hablar con ella a solas, espero que sea el caballero que muchos dicen que es y cumpla con su deber, retírese. —Emily sabía que debía intervenir y detener aquello, pero no tenía la fuerza. Las palabras de su madre la habían goleado

con tanta firmeza que la descolocó.

—¿Qué nunca la dañaría? Por favor, Lady Laundry, ha de tener usted memoria a corto plazo. ¿Ya no se acuerda que hace menos de cinco minutos estaba acusando a su hija de comportarse como una cortesana? ¿No cree que eso sea dañarla? Sí, no fue correcto que adelantáramos la noche de bodas para antes del matrimonio, pero su hija no merece un trato tan cruel. —Adrián estaba furioso, si fuera un hombre con quien estaba hablando, ya lo habría cogido a golpes, sin dudarlo, pero no podía, era una mujer y nada más y nada menos que la madre de su futura esposa. Si tan solo los hubiera descubierto en un momento un poco menos comprometedor, la situación sería menos incomoda.

La marquesa miró a su hija y su corazón se estrujó al ver su rostro lleno de tristeza. Él tenía razón, estaba siendo demasiado cruel con ella, pero en su defensa, la rabia que sintió al verla en brazos de ese hombre fue indescriptible, siempre esperó mucho más de ella, no fue esa la forma en que la educaron. Deseaba y soñaba con su felicidad, pero no de esa forma. Si se hacía público, arruinaría por completo su reputación y buen nombre, no quería ni imaginar lo que haría su esposo de descubrirlo. El marqués era mucho menos considerado, no le importarían las consecuencias de sus actos, se desquitaría con su hija al frustrar sus planes de matrimonio con el conde, eso sería aún peor.

—Perdón, Emily, me dejé llevar por la rabia y la desilusión que sentí al verte en brazos de un hombre que no es tu esposo. Es solo que al imaginarme el daño que te puede causar si todo esto se descubre, me asusté. Sabes que la sociedad es muy cruel y dura con las mujeres. ¿Qué si llegase a suceder algo y su matrimonio no se realizase? No tendrías oportunidad alguna de casarte, tener hijos, una familia, de encontrar la felicidad junto a un buen hombre con quien compartir tu vida. —La joven elevó su rostro, dirigió su mirada a su madre y, con una de sus manos, limpió sus húmedas mejillas.

—¿De verdad crees que puedo ser feliz, encontrar el amor y todo eso que

dices con el conde? Ese hombre es despreciable y lo único que me produce es repulsión, no podría compartir el lecho con él sin terminar llorando de amargura, porque no tengo derechos a negarle mi cama a mi esposo. ¿No es eso lo que nos enseñan en la escuela? Suceda lo que suceda en el futuro, sé que no me arrepentiré de lo que sucedió entre Adrián y yo, aun cuando termine como una solterona desgraciada, porque en mi mente siempre estarán los recuerdos de esa maravillosa noche en la que me entregué al hombre que amo. Te aseguro que fue un momento realmente hermoso, único e indescriptible —explicó con los ojos llenos de ilusión y su corazón latiendo con fuerza por la emoción, no se arrepentía de lo que hizo, jamás podría arrepentirse.

—Oh, mi pequeña —susurró acercándose, arrebatándosela de los brazos al caballero y abrazándola con fuerza—, te aseguro que no hay nadie más interesado en tu felicidad que yo, y sé que ese hombre difícilmente te dará un futuro lleno de amor y alegría. Pero es que no quiero que te hagan daño, eres muy dulce, hermosa, cariñosa, no mereces la maldad de la sociedad, puede ser terriblemente cruel cuando se lo proponen. —Acarició su cabello y suspiró cuando su hija le devolvió el abrazo. Ella siempre fue su gran tesoro, desde el mismo momento en que nació y vio su hermoso cabello y sus brillantes ojos, supo que su niña sería solo suya, su esposo no tendría ningún interés en ella, podría protegerla, cuidarla y amarla, pero en algún momento olvidó su propósito y la dejó sola, lo que lamentaría toda la vida.

—Madre, lo amo con todas las fuerzas de mi corazón, haría todo por él. No tengo más explicación a haber entregado mi virtud que el amor que late en mi pecho y corre por mi cuerpo. Solo quiero tu apoyo, tus abrazos y tus dulces palabras. —La marquesa asintió.

—Lo tendrás, mi niña, pero usted —miró a Adrián— espero que cumpla con su deber como el caballero que se supone que es y se casen lo antes posible. —Mordió su labio inferior con nerviosismo, odiaba tener que preguntar aquello, sería incómodo para ambas partes, pero no le quedaba más opción—: ¿Hay alguna posibilidad de que esté encinta? —preguntó al heredero. Él rascó

su nuca e hizo una mueca, no tuvo la fuerza de voluntad para salirse a tiempo y evitar un embarazo.

—Sí, es posible, Lady Laundry. —Ella sintió unas inmensas ganas de cogerlo por el cuello y ahorcarlo, pero ya de nada serviría. Por ahora, solo le quedaba rogar al cielo que su simiente no diese fruto y que la boda se realizara lo antes posible. Dios, ¿cómo iba a lograr que el marqués aceptase su matrimonio? Él estaba más que decidido a casarla con el conde. Según su última conversación, era casi imposible hacerlo cambiar de opinión... Que Dios los ayudase.

—Bien, debemos calmarnos, sé que todo va a estar bien, usted debe viajar a Londres lo antes posible y reunirse con Lord Laundry. Tiene que aceptar su unión, haga lo que tenga que hacer, pero tiene que aceptarla, yo estaré al pendiente de ella y de lo que pueda suceder, tenemos que viajar mañana al amanecer, el marqués me envió una nota exigiendo nuestra presencia en la mansión y me temo que no será por una buena razón. —La joven la miró con terror, no quería ni imaginarse las razones de su padre para mandarlas llamar. Sintió miedo, eso no podía ser una buena noticia. De repente empezó a sentirse mareada, Adrián vio cómo su rostro empezaba a ponerse pálido y corrió a cogerla por la cintura.

—Respira, amor, respira, que todo estará bien, te lo prometo —susurró arrebatándola de los brazos a su madre y apoyándola contra su pecho, sosteniéndola con fuerza. No la dejaría caer ni ahora ni nunca.

—Adrián, tú no sabes cómo es mi padre. ¿Y si el destino nos tiene preparado otro final, tal vez uno en el que estemos lejos del otro? No lo soportaría, no podría entregarme a otro hombre, a él lo único que le interesa es el dinero, no permitirá que nos casemos, lo presiento, Tengo miedo, mucho miedo. —Su voz se rompió y las lágrimas aparecieron una vez más mojando sus mejillas, la situación lo único que hacía era empeorar y ya no sabía si tenía la fuerza y la valentía para enfrentar todo lo que estaba por venirles encima, porque si de algo estaba segura era de que su final feliz no sería fácil

de encontrar.

—No, Emily, ni se te ocurra decir eso. —La llevó hasta uno de los árboles y la apoyó en él. Tomó su rostro entre sus manos y acarició su mentón—. Mírame —ordenó. Y ella obedeció. Ver sus ojos cristalinos lo derrumbó, amaba ver el brillo en tonos azules que mostraba cada vez que sonreía, dedicaría su vida a ver aquel brillo.

—¿Qué? —susurró ella, casi sin voz.

—Estamos juntos, unidos de por vida, que no te quepa duda alguna, y primero muerto antes que permitir que otro hombre te toque. Eres mía, mi esposa, mi futura marquesa, mi mujer, y nadie lo cambiará. —La besó sin importarle la presencia de su madre. Ya sabía que habían compartido la noche juntos, no habría mucha diferencia si los veía besándose, porque de oponerse, también estaba dispuesto a enfrentarse a ella.

Emily asintió, respiró profundo y, abrazada a él, se calmó. No es que tuviera muchas opciones y tampoco es que las quisiera. Sería la marquesa de Bristol, compartiría su vida con el hombre que amaba y tendría una hermosa familia, era una decisión.

—Vamos, hija, debemos preparar los baúles para volver a Londres mañana, después del desayuno. Por ahora, lo mejor es obedecer a tu padre y no refutar sus órdenes. —La joven asintió, pero no quería alejarse de él, estaba tan feliz y tan a gusto en entre sus brazos que no le gustaba la idea de dejarlo, pero debía hacerlo; Adrián se sentía igual que ella, viajaría mañana antes del amanecer y visitaría al marqués durante el desayuno. Ya tenía todo un plan en su cabeza, detallado muy minuciosamente para evitar los errores.

—Yo puedo acompañarla a casa en un rato —dijo él con una pequeña sonrisa pícara en sus labios y una mirada de súplica a su futura suegra, pero ella, simplemente elevó una ceja que lo hizo reír y negó con la cabeza.

—Ni loca. Anda, suéltala. No quiero que nadie los vea así, tendrán toda la vida para estar juntos; supongo que ya puedo tratarlo con más familiaridad, después de todo, será el esposo de mi hija. —El joven heredero asintió,

acercó sus labios al oído de su ángel, intentando simular que solo iba a despedirse y susurró:

—Esta noche no cierres la puerta con pasador. —Ella tembló con solo escucharlo, asintió, dejó un pequeño y casto beso sobre sus labios y alejándose, tomó la mano de su madre y juntas emprendieron el camino de vuelta casa.

Mientras caminaba, la sonrisa no desapareció del rostro de la joven dama, lo que alegró a la marquesa. Durante mucho tiempo, le rogó al cielo que le diera la oportunidad de ver a su pequeña siendo feliz, y ahora que tenía la opción justo enfrente, no la iba a perder bajo ningún concepto, aunque tuviera que venderle su alma al diablo. De algo debían servir tantos años siendo la esposa perfecta y complaciente.

Su matrimonio con el marqués de Launderry fue arreglado por su padre, como era normal en la sociedad, pues el único propósito de este tipo de uniones era encontrar alianzas, usualmente usadas para beneficios y mejoras económicas. No tuvo la opción de conocer el amor de pareja, el único amor en su vida fueron sus hijos, pero siempre supo que los hombres estarían dedicados a sus obligaciones. El marqués jamás les permitiría alejarse de ellos, por lo que los disfrutó tanto como pudo cuando aún eran pequeños. Sin embargo, la situación cambió cuando en su último embarazo tuvo una niña, supo que su esposo la dejaría a un lado, las mujeres para ellos no eran más que gastos innecesarios, por lo que fue solo suya hasta que no tuvo más opción que dejarla ir al colegio para señoritas; y si años atrás luchó por ella, ahora estaba más que decidida a seguir haciéndolo, su Emily era una joven demasiado dulce y amorosa como para ser condenada a una vida de monotonía y tristeza junto a un hombre que, una vez obtuviese su ansiado heredero y su segundo hijo como un seguro de mantener su título, se olvidaría de ella. No, tanta hermosura merecía otra oportunidad.

Como la joven pelirroja aún seguía bajo estricto cuidado y reposo después de su accidente, aunque asistió al almuerzo, para la cena envió sus disculpas y

comió en su habitación en compañía de Anne, quien alegró su tarde con conversaciones alegres y pequeños consejos. Ambas sobre su cama y cubiertas con las mantas para evitar el frío. En cuanto llegara a casa, se dedicaría a su jardín. Extrañaba mucho sentir la tierra bajo sus manos y saber que aquellas pequeñas semillas crecerían hasta convertirse en hermosas y brillantes flores. La emocionaba, nunca podría cansarse de ello, solo esperaba que una vez casada con Adrián, allí también pudiera tener su adorado jardín lleno de color y vida. Cómo le gustaba. Anne se retiró en el mismo momento en que la marquesa apareció en su puerta, lo que le causó problemas.

Su madre la acompañó más de lo que le hubiera gustado, era como si supiera lo que estaba por suceder e intentara salvaguardar su virtud. Si tan solo aun tuviera algo que proteger, aquel pensamiento la hizo reír; sacarla de su habitación de una forma sutil y cariñosa le costó más de lo que le gustaría admitir, ella parecía empeñada en encontrar argumentos y razones para quedarse, pero al quedarse sin ideas, no tuvo más opción que salir y dejarla sola, y en ese momento, los nervios la asaltaron.

Hacía mucho tiempo que decidió conquistar al apuesto heredero del marquesado de Bristol, y aunque se suponía que ya lo logró, pues terminarían casados, podía seguir intentándolo, ¿no? Seguiría conquistándolo, cada día de su vida.

Mordió su labio inferior, tomó aire, se levantó de su cama y se quitó el camisón, quedando completamente desnuda. El frío de su habitación la hizo temblar, pero la sola expectativa de lo que estaba por suceder eliminó el frío para convertirlo en un ardor y un calor que se extendió con rapidez a lo largo de su cuerpo. Ya no era virgen, era hora de disminuir el pudor y la timidez tanto como le fuera posible, quería que tanto ella como su esposo disfrutaran de la intimidad que compartían.

Soltó el aire que retenía con lentitud y volvió a la cama, se arropó solo aquello que no tenía la fuerza de mostrar, su intimidad y su busto, pero en cuanto escuchó la puerta abrir y cerrarse con tanta velocidad que dudó que de

verdad hubiera sucedido, empezó a temblar y cerró sus ojos.

—Dios, lo que haces debería ser pecado, pero me temo que ni así podrían alejarme de ti. Por ti me condenaría al infierno sin problema alguno. —Ella abrió los ojos y, con timidez, tomó con fuerza la sabana, pero no se cubrió un centímetro más de piel.

—Si voy a ser tu esposa, ¿no debería conquistarte? Porque no quiero que visites otra cama o a otra mujer nunca más. —Él se recostó sobre ella con delicadeza, acarició su costado con un roce apenas perceptible y tomó posesión de sus labios en una conquista lenta pero poderosa, él también podía llevarla a la locura si se lo proponía.

—Nunca podría estar con otra mujer pero, Dios, sí, nunca dejes de hacerlo, seguro que a este paso tendremos más herederos de los que podremos mantener. —Ella soltó una carcajada y abrazándolo por los hombros, lo pegó a su cuerpo.

Esa noche, una vez más, se juraron amor eterno el uno al otro con cada movimiento, con cada beso, con cada embestida, porque no necesitaban más que el uno al otro, y había llegado el momento de demostrarlo.

Tal como planeó, Adrián la amó con locura y devoción hasta que ella cayó completamente rendida, pero él, aunque lo deseara, no pudo quedarse a deleitarse viéndola descansar. Dejó una nota sobre la almohada, se vistió y salió, su carruaje ya estaba listo y en la salida lo esperaba su hermana, quien ya podía hacerse una ligera idea de lo que había estado haciendo. Lo despidió con cariño y le deseó suerte. Iba rumbo a su futuro.

—Cuídala en lo que yo vuelvo por ella —le rogó a Anne justo antes de subir a su carruaje. Ella asintió y él pronto desapareció de su vista.

Capítulo 16

Adrián llegó a Londres cuando el sol ya empezaba a levantarse dándole luz a las aún solitarias calles, los nobles solían levantarse sobre el medio día, por lo que a esa hora, todo era desierto. Por suerte, durmió un poco en el carruaje, por lo que tenía la cabeza relativamente despejada, solo esperaba que el marqués no acostumbrase a levantarse muy tarde, porque quería ir a visitarlo tan pronto como le fuera posible, pero primero debía ver a su padre.

Llegó a la propiedad de su familia cuando el personal ya empezaba a moverse con su usual agitación por los pasillos, preparando todo para el desayuno y el inicio del día.

—Milord, bienvenido, espero que haya tenido un buen viaje, su habitación estará lista en un momento. ¿Desea comer algo? —dijo el mayordomo en cuanto abrió la puerta para permitirle la entrada; el joven negó con la cabeza, le entregó su sombrero y su saco y estiró su espalda y brazos, se sentía entumecido.

—No, gracias. ¿El marqués está despierto? —No se acostumbraba a tener a su padre cerca, mucho menos a llamarlo como tal frente a los sirvientes o demás personas, era algo que, sin duda alguna, levantaba dudas en todo aquel que lo escuchaba y era muy consciente de ello, pero para él era inevitable, no podía verlo como padre, mucho menos podía llamarlo como tal. Era demasiado. Apenas sí podía verlo y no matarlo a golpes.

—No lo sé, milord. Desde que usted y la marquesa viajaron, Lord Bristol ha

estado encerrado en su despacho y no permite que nadie entre, recibe la comida en la puerta y duerme y come allí dentro, y como no sabíamos que usted venía, no pudimos avisarle. —Él suspiró y asintió, no le extrañaba, según le contó su madre, su padre se había convertido en un hombre de bien que vivía y luchaba solo por el bienestar y el amor de su familia. Siempre que ella no estaba, era como si se sintiera abandonado, como si no encontrara una vida lejos de su esposa, si tan solo fuera capaz de creer tal cosa, todo sería diferente.

—Bien, que nadie le diga nada de mi llegada, iré a mi habitación por unos documentos y pasaré por el despacho. Por favor, que nadie nos moleste y que le preparen la habitación y un poco de comida, algo liviano —ordenó. Cuando terminara con él, dormiría un poco, tomaría un buen baño e iría a buscar al padre de Emily.

Subió las escaleras casi corriendo, se quitó su chaleco y pañuelo, se mojó la cara y fue por los pergaminos que necesitaba. Aquellas hojas, en algún momento de su vida, se convirtieron en su razón de vida, en su más grande tesoro, pero ahora no eran más que mentiras, palabras sin fondo, sin amor, sin importancia, sin sentido.

Fue directamente al despacho de su padre y entró sin molestarse en tocar. Él estaba sentado en aquella enorme y confortante silla de madera oscura tras el escritorio que adornaba gran parte del lugar, sus ojos estaban cerrados, seguro que dormía, pero al escuchar el estruendo que causó la puerta al abrirse, él despertó de inmediato y lo miró asustado. El marqués tenía unas enormes bolsas bajo sus ojos y parecía aún más delgado de lo que ya era, ese no fue el hombre que dejó días atrás.

—Por Dios, Adrián, hijo, ¿acaso estás loco? ¿Podrías haberme matado de un infarto! Que susto el que me diste, no sabía que volvías tan pronto. ¿Por qué no me avisaron de tu regreso? ¿Llegaste solo? Podría haber pedido que nos sirvieran el desayuno y comiéramos juntos. —El joven heredero, con su elegante caminar, se sentó frente a él y se cruzó de brazos. El momento era

incomodo, hablar con su padre era de las tareas más difíciles que podían existir, la tensión que se creaba en el ambiente era tan fuerte que cualquiera podría notarla, pero no era mucho lo que podía hacer para evitarlo.

—Prefiero comer en mi habitación, y sí, vine solo. Mi madre se quedará acompañando a Anne un par de días más. Luego solo irá a verla cuando se acerque el parto, así que no te preocupes, pronto la tendrás aquí, a tu lado. — Su padre sonrió, odiaba estar lejos de su esposa, no lo soportaba, y aunque le hubiera encantado acompañarlos a la casa de campo de su hija, no quería incomodar a su hijo, prefería dejarlo disfrutar en paz de la compañía de la señorita Beickett. Estaba más que claro que él estaba muy interesado en ella, de lo contrario, no le habría pedido que hablara con Launderry. Cómo le gustaría poder compartir con él la emoción del amor, pero ya no sabía qué más hacer para conseguir su perdón.

—Soy muy consciente de que no comes con la familia solo porque te incomoda mi presencia, así como sé que la única razón por la que continúas en esta casa es por tu madre, pero de verdad estoy intentando recuperarte, solo necesito que me des una oportunidad, una sola, no pido mucho, hijo. —El joven resopló, tomó los pergaminos y empezó a abrirlos uno a uno, permitiendo que su padre viera su contenido. Esas eran todas las cartas que el marqués le escribió mientras permanecía lejos de casa, la única familia que tuvo durante años estaba escrita en el papel, pero lo que más le dolía es que fue por las palabras allí plasmadas que, en su momento, no sintió más que odio y rencor hacia su madre y su hermana. En muchas ocasiones hasta llegó a maldecirlas sin pudor o resentimiento alguno, sin imaginar el gran error que cometía.

—Mira, preferiría no hablar de asuntos tan poco agradables, yo solo venía a quemar esto y pedirte que vayamos a ver a Launderry, me quiero casar con su hija y quiero dejar el asunto solucionado hoy mismo. —Tomó todas las cartas y una a una fue lanzándolas a las llamas de la chimenea. Ver cómo el papel se deshacía en el fuego era, de cierta forma, reconfortante. La mayoría de los

pergaminos solo decían que las mujeres de la casa no querían verlo, que lo odiaban y su presencia no era necesaria en el lugar. Mentiras y más mentiras.

—Adrián, sé que cometí muchos errores en el pasado, que te alejé de su madre y tu hermana cuando más las necesitabas, que te negué el placer de crecer con Anne, de acompañarla en su presentación en sociedad, te negué la posibilidad de ayudarla cuando más lo necesitó. Lilian, en muchas ocasiones, lloraba hasta caer dormida porque no tenía a su hijo para abrazarlo. No sabes cómo me arrepiento, estoy intentando enmendar mis errores, sé que puedo hacerlo, podemos ser una familia, mi esposa, Roger, Anne, Emily, tú y yo. Sueño con que algún día, cuando nazcan tus hijos, me permitas estar cerca de ellos, no me niegues ese placer, por favor —rogó. Estaba desesperado, por más que lo intentara y se esmerara cumpliendo a cabalidad las peticiones de su hijo, su relación no avanzaba; por el contrario, parecían estar cada vez más lejos el uno del otro, pero lo entendía. Por su culpa. Él no conoció lo que era tener una familia a su lado acompañándole, una madre que lo arrullara, y mucho menos una hermana a la que proteger. Pagó caros todos y cada uno de sus errores.

—¿Por qué lo hiciste? Alejarme de ellas y hacerme creer que eran las peores personas del mundo, que lo hacías por mi bien. ¿Por qué? De verdad que es algo que intento entender pero no puedo, es como si el solo verte trajera todos esos años de soledad a mi mente, porque de no haber sido por la investigación que hice sobre mi madre y mi hermana cuando recibí tu carta ordenándome que volviera, yo habría llegado a esta casa siendo el ser despreciable que me enseñaste a ser, me habría comportado como un verdadero idiota con ellas. —El hombre con cabello canoso suspiró y pasó la mano por su nuca mostrando cansancio. Decir sus razones en voz alta solo lo ayudaba a confirmar que no podían ser más ridículas, por lo que, efectivamente, no tenía excusa válida para justificar sus actos.

—No tengo cómo justificar mi comportamiento y lo sabes. Solo puedo decir que años atrás tenía una visión muy diferente de lo que es la familia, no sabía

lo esencial que puede llegar a ser la compañía de una mujer cuando es la dueña de tu corazón, me enseñaron que la única razón de la existencia del sexo femenino es la procreación y darnos placer, que ellas no eran más que una muestra de maldad, de estupidez. Pero cuando estaba a punto de perder a Lilian y el odio que tu hermana sentía por mí era enorme, decidí dedicar mi vida a remediar mis errores, y aunque Anne, con ese corazón tan dulce y amoroso, me perdonó con mucha facilidad, al igual que tu madre, sé que no merezco tu cariño. —Aunque al joven le costara admitirlo, deseaba que su padre lo abrazara con fuerza y amor, como si de un niño pequeño se tratase. Que acariciara su cabello y le prometiera una familia unida y feliz. Pero no sabía si era el orgullo o la rabia que aún le tenía lo que no le permitía perdonarlo por completo y corresponder a su cariño.

—Padre, la única razón por la que estoy aquí es para que me digas todo lo que acertaste con el marqués de Launderry por si nuestro compromiso llegaba a acordarse, que vayas a tu habitación y luego de comer algo, duermas un par de horas. Mamá aún tardará un par de días más en volver y seguro que no le gustará encontrarte así. —No estaba dispuesto a aceptar un no por respuesta, él mismo se encargaría de que cumplieran sus órdenes al pie de la letra. Siendo sincero consigo mismo, no quería ver cómo su padre se enfermaba.

El marqués de Bristol bajó la mirada llena de tristeza y se tragó sus ganas de llorar, le dolía la forma en que su hijo le hablaba, pero tenía que respetar su decisión.

—Launderry está interesado en participar en los negocios que tenemos con los navíos, que al menos cierto porcentaje de la carga del barco que sale en unos meses hacia Francia sea suyo. Argumenta que un matrimonio entre ambas partes puede ser la causa de acuerdos monetarios fructíferos para ambas familia. El resto son estupideces que si cualquier hombre lo escuchase, seguro que creería que lo único que de verdad le importa es el bienestar de su hija, pero si lo escuchas por más de cinco minutos descubres que su mayor amor es el dinero. Solo hay que hacerle una buena propuesta en la que los beneficios

monetarios sean altos y ya verás cómo acepta. O simplemente monta a Emily en un carruaje y llévatela a Gretna Green. Es un hombre difícil de convencer, y aunque no sea la mejor opción, debes considerar ambas posibilidades por si llega a ser necesario. —Aunque al joven heredero no le gustaba la segunda opción, aceptó su consejo, haría lo que fuera necesario con tal de convertir a Emily Beickett en su esposa, su futura marquesa.

Asintió y tras ponerse en pie, fue hasta la puerta y llamó al mayordomo.

—¿Están listos la comida y los aposentos del marqués? —le preguntó al hombre, y él como el ferviente sirviente que era, asintió, todo está listo para que el lord descansara plácidamente; él volvió a mirar a su padre—. Ve a tu habitación, la comida está lista, quiero que duermas en tu cama, no en una incómoda silla. —El marqués asintió, se puso en pie y salió del despacho. Sí le hacía falta un poco de descanso.

—Milord, ¿mando a preparar su caballo o usted refiere dormir un poco antes de irse? —preguntó el mayordomo.

—Dormiré un poco. Por favor que me despierten en una hora, que me tengan listo un baño, un poco de comida y mi caballo. —El sirviente asintió y dando media vuelta, fue a cumplir con sus peticiones.

Adrián fue a su habitación, se desnudó y se acostó. Por suerte que como todas las cartas y aquel espacio en su escritorio por fin estaba vacío. Tal vez no fue la mejor forma de hacerlo, no enfrente de su padre, pero era algo que debía hacer; no tardó mucho en caer profundamente dormido, el cansancio del viaje le estaba pasando factura, eso y no haber dormido casi nada durante la noche, pero pensar en que Emily de seguro se sentía igual, lo hacía sonreír de emoción.

Uno de los sirvientes lo despertó a la hora acordada, todo estaba listo, por lo que no tardó más que un par de minutos en arreglarse y desayunar. Pero cuando se acercó a la habitación de su padre, con alegría vio que él descansaba plácidamente, y antes de salir en su caballo, ordenó que no lo molestaran, quería que durmiera al menos hasta pasada la tarde.

El camino a la mansión de los Launderry no era muy largo, pero decidió ir a paso lento, dándose un poco de tiempo para pensar en lo que iba a hacer y decir una vez tuviera al marqués frente a él, porque algo le decía que no sería un trabajo sencillo, no cuando su mayor interés era el económico. La propiedad era grande, majestuosa, con una fachada en piedra que mantenían muy bien arreglada, muy parecida a la de su familia, pero mientras esta parecía tener tres pisos, la suya tenía solo dos. Además, la suya tenía muchas flores plantadas en la entrada, la de los Beickett no, algo sorprendente teniendo en cuenta la pasión de Emily por las flores.

Fue recibido por el mayordomo, quien le pidió que esperara en la sala contigua mientras preguntaba al marqués si podía recibirlo, pero en ese momento estaba atendiendo a otro caballero. Él podía tener toda la paciencia del mundo, por lo que lo esperaría todo el tiempo necesario.

No pasó mucho tiempo cuando vio que el conde de Dartmouth se despedía del marqués con un fuerte apretón de manos, como si acabaran de cerrar un trato. Pero lo que causó que la preocupación creara una presión en su pecho fue que el hombre, cuando fue consciente de su presencia, le dedicó una sonrisa llena de burla; le rogó al cielo que no fuera lo que estaba pensando, no podía ser, no podía haber llegado tan tarde.

—¡Lord Bristol! ¡Qué sorpresa verlo por aquí! ¿A que le debo tan grata sorpresa? —dijo el marqués a modo de saludo. En una ocasión habían sido presentados pero al encontrarse no habían cruzado más que un par de palabras por pura decencia, razón por la cual había sido el padre del joven el encargado de negociar el posible compromiso. Adrián no se sentía muy cómodo hablando con él. A decir verdad, siempre le pareció un hombre un tanto despreciable y no era la compañía deseada pero, costase lo que le costase, terminaría siendo su suegro.

—Seguro que sí sabe la razón por la que estoy aquí, Lord Launderry, quiero casarme con su hija y vine a ultimar los detalles con usted. Lastimosamente mi padre se sentía un poco cansado por lo que no pudo acompañarme. —El

marqués intentó hacer una mueca de lo que parecía ser lástima o arrepentimiento, pero le salió muy poco creíble.

—Bueno, Lord Bristol, es para mí una lástima decirle que no podremos ultimar detalles. Como usted dice, lo que sucede es que el conde de Dartmouth se le adelantó. Es un hombre respetable y vino a hablar conmigo para pedir su mano, y como hacía tanto que no sabía ni de usted ni de su padre, acepté. Es un caballero que está a la altura de mi hija, por lo que entenderá que es una oportunidad excelente para el futuro de mi adorada Emily. —Adrián cerró ambos puños y sintió cómo su sangre empezaba a hervir de rabia, no podía creer lo que acaba de escuchar. Solo Dios sabría qué le ofreció el conde para que le permitiera casarse con su hija, pero no lo iba a permitir, sobre su cadáver.

—Piénselo mejor, milord. Yo soy el heredero a un título de marqués, dueño de una gran cantidad de navíos que comercializan en el mundo entero, además de varias inversiones en Italia y Francia. Él es un simple conde. Seguro que encontrará las razones para entender que una unión con mi familia sería más provechosa para usted, por ende para su hija, por supuesto. —Odiaba hablar de la mujer que tanto amaba como si fuera un objeto, una mercancía con la que poder negociar y que sería vendida al mejor postor, pero si quería salir vencedor, debía jugar su mismo juego y sacar a flote toda su astucia e inteligencia.

—No estaría bien que ahora que ya he aceptado su compromiso, me eche para atrás y le diga que no, que ahora será usted el que se comprometa con Emily. Debe entender que no es lo correcto. Lo lamento, Lord Bristol, seguro que encuentra a otra mujer con la que poder formar una familia, pero me temo que no será mi hija. —El hombre lo miró con curiosidad, ansias, como si frente a él tuviera todo un cofre lleno de monedas de oro que cambiaría su vida, pero cualquier dinero era poco cuando se trataba de tener a la mujer que amaba. No quería humillarla y llevarla al escándalo y la vergüenza escapándose a Gretna Green.

—Sera mejor que se retire, milord. Esta misma tarde vuelven mi esposa e hija, y supongo que estará al tanto de que estaban en la casa de campo de su hermana. —Quería hacerse el desinteresado para así elevar el posible tope que pudiera tener el heredero a la hora de negociar, una táctica muy bien conocida y usada por muchos cuando quieren sacar tanto provecho como les sea posible, y aunque Adrián estuvo tentado a empujarlo, tomarlo por las solapas de la chaqueta y no soltarlo hasta exigirle un precio, se vio obligado a contenerse. Le daría unas cuantas horas para pensar, si no le daba una respuesta definitiva cuando volviera a visitarlo, entonces huirían sin mirar atrás. Esos momentos le recordaban que el dinero todo lo soluciona, seguro que los malos comentarios terminarían en algún momento.

—Muy bien, mañana estaré aquí a esta misma hora y espero que tenga una respuesta definitiva. Piense muy bien en cuáles serían los beneficios de ambas uniones, seguro que encontrará la mejor opción. Me retiro. —Inclinó la cabeza en forma de reverencia y salió dándole un fuerte portazo a la puerta del salón.

Cuando salió de la mansión, se encontró a la marquesa y a su hija bajando del carruaje que las había traído de la casa de campo de su hermana, lo que le llenó de frustración. Se había prometido a sí mismo que la próxima vez que la viera le tendría la buena noticia de su compromiso, pero no lo logró, odiaba fallarle, y aunque se muriera de ganas por correr, tomarla en brazos y besarla hasta perder la razón, no podía.

Saludó a la marquesa con una leve reverencia, pero fue directo hacia ella, tomó su mano y dejó un beso sobre el dorso de esta.

—Nos casaremos, te lo prometí y te lo voy a cumplir, no debes tener miedo, no voy a permitir que nada ni nadie nos separe —susurró muy bajo para que solo ella lo escuchara, y no tuvo más opción que dar media vuelta, subir a su caballo y partir, sin imaginar el miedo y los nervios que causaron sus palabras en la joven, pues temía enfrentarse a su padre. Si él llegaba a decirle algo de su compromiso con el conde, terminaría diciéndole que ya no era una mujer casta que pudiera buscar marido a su antojo. Antes muerta que casada con ese

hombre.

Capítulo 17

Emily estaba feliz, alegre, la sonrisa no abandonaba su rostro, no había forma de sentirse más dichosa. Había pasado una de las mejores noches de su vida junto al hombre que amaba. Confiaba en sus palabras, en sus caricias, en sus besos, en él. Se moría por llevar un anillo en el dedo, su apellido, quería ser solo suya, aunque ya lo era, pero faltaba hacerlo legal.

—Hija, es hora, debemos irnos —le informó la marquesa entrando a su habitación, era hora de volver a casa, su padre había ordenado su regreso. La joven asintió, estaba lista; se puso su capa color durazno, sus guantes y salió, el carruaje estaba preparado para salir y los anfitriones los esperaban para darles la despedida.

—Gracias por todo, Anne, fueron días maravillosos. Espero muy pronto venir a visitarte a ti y a tu pequeño. Si corremos con un poco de suerte, vendré acompañada por tu hermano. —Esa mañana, la joven condesa apareció en la puerta de su habitación con una mujer que llevaba un gran desayuno para las dos, hablaron tanto como pudieron. La pelirroja le contó todo lo que había sucedido entre Adrián y ella, sus sentimientos, sus sueños, sus esperanzas, y felizmente descubrió que ella no la juzgaba, por el contrario, apoyaba su amor. Después de todo, ella terminó casada a causa de un escándalo, entendía a la perfección lo que se sentía ser la receptora de las atenciones del dueño de su corazón.

—Sé que así será, mi hermano no es de los que aceptan un no por respuesta,

pronto seremos hermanas, serás Emily Wadlow, futura marquesa de Bristol, y no sabes cómo me alegra saber que fuiste tú, una buena mujer, la que conquistó a mi hermano. Sé que serán muy felices y ya quiero ver a mis sobrinitos correteando por la casa, así que ese matrimonio no puede esperar. —Se abrazaron con fuerza y se despidieron, con la promesa de un pronto reencuentro.

Emily subió al carruaje y por la ventanilla vio cómo el conde abrazaba a su esposa. Él la miraba con tanto amor mientras le susurraba cosas al oído que hicieron sonrojar a su esposa. Eso quería ella, no un matrimonio basado en beneficios y mentiras, quería un cómplice, un amante, un compañero, y estaba segura de que ese hombre era Adrián. Durante el camino mantuvo una conversación monótona sobre telas, vestidos, sombreros y guantes con su madre, era poco interesante pero ni ello pudo opacar su alegría.

Sin embargo, al llegar a la mansión de la familia y ver al dueño de su corazón atravesando la puerta como alma que lleva el diablo, aquello le provocó un muy mal presentimiento que hizo que su cuerpo temblara y sus manos sudaran. Bajó del carruaje sin dejar de verlo y cuando él se acercó a ella luego de saludar a su madre, supo que algo no estaba bien, y no pudo hacer más que rogar al cielo que fuera lo que fuera que estaba sucediendo, tuviera solución.

—Nos casaremos, te lo prometí y te lo voy a cumplir, no debes tener miedo, no voy a permitir que nada ni nadie nos separe —susurró muy bajo el apuesto heredero para que solo ella lo escuchara, para luego dar media vuelta, subir a su caballo y desaparecer de su vista. El terror la invadió y las lágrimas se acumularon en sus ojos. No, no podía ser lo que estaba imaginando. Entró tan rápido como se lo permitieron sus pies, se quitó la capa y los guantes y se los entregó a una de las sirvientas que se encontró por el camino. No se fijó en quién era, estaba demasiado ocupada en cosas más importantes, como salvar su futuro.

Fue directamente al despacho de su padre, sabía que él estaría allí, no había

necesidad de preguntar. Mientras estuviera en casa y fuera de día, era el único lugar que habitaba por más de un par de minutos, y al abrir la puerta y encontrarlo sentado con la mirada perdida en algo más allá de la ventana, comprobó su teoría.

No sabía qué decirle, tenía tantas cosas rondando su cabeza que le costaba centrarse en una sola. Nunca fue buena enfrentándose a su padre, pero era hora de empezar a hacerlo, estaba cansada de ser la hija no deseada, no era su culpa haber nacido mujer.

—Veo que tantos años recibiendo clases de comportamiento no sirvieron para nada, ni siquiera aprendiste cómo se debe entrar a una habitación con puerta cerrada. Veo que fue tiempo y dinero perdido. Ahora me pregunto, ¿será que aprendiste algo? Quiero creer que mi hija es una dama educada y que será capaz de cumplir con su papel de esposa y madre algún día, ser condesa lleva su responsabilidad. Dime, ¿tengo alguna esperanza? —Ella esperó sentir aquel tan conocido dolor que apretaba su corazón cada vez que él la hería con sus palabras o su desprecio, pero contra todo pronóstico, no sintió nada más que desprecio. Ese día descubrió que ya no era aquella niña que ansiaba un abrazo de su padre, un segundo de su tiempo, incluso hasta tuvo celos de sus hermanos, ellos compartía muchas cosas con el marqués, pero ahora que conocía la persona que en verdad era, agradecía haber estado lejos de él, y rogaba encontrar la manera de estarlo aún más, aunque le dolería alejarse de su madre. «Condesa»... casi se desmayaba de solo escucharlo, pero iba a demostrarle que ya no podía decidir por ella.

—No, lamento decirle que debe perder sus esperanzas. Es mejor que lo haga ahora, así si el día que me case y tras la noche de bodas, mi esposo me devuelve, la sorpresa no será tan grande y la situación será un poco más llevadera. Aunque dicen que la vergüenza no es un sentimiento sencillo de superar, pero confió, padre, en que serás fuerte. —El hombre no supo cómo interpretar sus palabras por lo que la miró con desconfianza. Emily aún no era plenamente consciente de lo que estaba haciendo, pero ya no había tiempo de

echarse para atrás, lo único que aprendió de su padre es no dejar nada a medias. Lo que empiezas, lo terminas, punto. Eso le dijo el día que ella intentó negarse a recibir las atenciones del conde cuando ya había aceptado la petición de su padre de considerarlo como esposo.

—¡No seas insolente, Emily! Aún estoy a tiempo de corregirte —exclamó lleno de furia, poniéndose en pie y apoyando sus manos sobre la mesa con un golpe tan fuerte que seguro lo escucharon en toda la casa—. Años atrás debí ponerte límites, ahora me arrepiento de haberle permitido a tu madre que se mantuviera tan cerca de ti. Seguro que te metió historias estúpidas llenas de corazoncitos en tu cabecita. Tienes que aprender algo, el mundo está hecho de dinero, de buenos contactos que te faciliten la obtención de dinero, no de amor. —Ella lo miró con odio, con resentimiento, con asco. Tener a ese hombre como padre no podía ser más que una verdadera tortura, un castigo, y aunque no debería, deseaba verlo lejos de ella, tan lejos como fuese posible, no importaba si era varios metros bajo tierra.

—Contraria a su opinión, a mi parecer, fui muy afortunada al haber nacido mujer y haber sido relegada a su rincón del olvido, porque tuve la oportunidad de tener una infancia hermosa junto a la mujer que me dio la vida. Ahora entiendo por qué mis hermanos son hombres taciturnos, despreciables y llenos de interés, seguro que tendrán una vida tan solitaria y triste como la suya, pero eso es lo único que merecen. —El marqués tuvo la tentación de acercarse a ella y callarla con una buena bofetada, pero se contuvo al recordar que ella debía asistir a los siguientes bailes y que su compromiso pronto sería anunciado, por lo que no podía permanecer encerrada esperando a que el moratón disminuyera. Pero encontró una mejor forma de castigarla, una que de verdad le causara dolor y arrepentimiento, porque mientras siguiese bajo su cuidado, era él quien tenía la última palabra.

—Hoy no tengo intención ni ánimos de salir, por lo que puedes descansar el resto del día, pero mañana asistiremos a la velada de los duques de Norfolk, sonreirás mucho y te comportarás como una dama agradable y con educación

ante el conde de Dartmouth, porque he decidido que te casaras con él. Es un excelente partido para ti, no tengo nada más que pensar, seguro que en un par de meses llegarás aquí agradeciéndome haberte casado con él. —Era la mejor forma de castigarla y él lo sabía, pero lo confirmó al ver cómo el rostro de la joven se ponía pálido, sus ojos empezaban a cristalizarse y su cabeza se movía de forma negativa como negándose a aceptar lo que sus oídos escucharon.

Es cierto que Adrián Wadlow era, en comparación, la mejor opción para su hija, no había forma alguna de negarlo, más teniendo en cuenta que él era heredero a un marquesado, por lo que su sangre seguiría siendo de lo más alto de la nobleza inglesa y no tendría que rebajarla a un simple condado, pero ya había escuchado ciertos rumores sobre la cercanía entre el joven heredero y Emily, por lo que podía deducir que tenían un interés mutuo en el matrimonio, así que la mejor forma de demostrarle su poder era negándole aquello que ella deseaba.

—No, no me quiero casar con ese hombre y no lo haré. Antes prefiero terminar recluida en la casa de campo o en un convento, pero de ninguna manera me casaré con un ser tan despreciable y asqueroso como él —soltó ella sin pensar en las consecuencias, dejándose llevar por lo que sentía en el momento. Estaba dispuesta a todo con tal de evadir la orden de su padre, incluso de revelar aquello que bien podría causarle serios problemas.

—¿Y qué te hace pensar que tienes opción, hija mía? No te pregunté si quieres casarte, no. Lo único que hago es informarte, darte a conocer el nombre del hombre con el que te casarás, no hay forma alguna en que puedas rechazarlo. Bien podría llevarte del cabello ante el altar, no me costaría mucho trabajo. —La joven, en un movimiento rápido, con su mano limpió la lágrima rebelde que bajó por su mejilla. No iba a darle el placer de verla derrotada y llorando, eso sí que nunca. Además, que antes de irse a su habitación y hundirse en su tristeza, era hora de informar a su padre de los recientes acontecimientos y de su situación actual, a ver si después de saberlo seguía pensando igual.

—No, aquí la pregunta es: ¿qué le hace pensar, padre, que aún tiene la posibilidad de elegir? Yo solo puedo casarme con un hombre. Si es que quiere, claro, evitar el escándalo de tener una hija que llegó mancillada al matrimonio, cuando se supone que su esposo debía ser el primero en tomar su cuerpo —la sorpresa y la rabia fue evidente en el rostro del hombre—, y por si aún le queda alguna duda, permítame decírselo con todas sus letras, le entregué mi cuerpo a Adrián Wadlow, ya no soy virgen. —No debió hacerlo, no fue sabio de su parte y ella era plenamente consciente de ello, pero sí tuvo la inteligencia de salir del despacho tan rápido como sus pies y el vestido se lo permitieron para luego correr escaleras arriba siendo perseguida por unas fuertes e imponentes pisadas, pero que, por suerte, nunca llegaron a alcanzarla, dándole el tiempo suficiente para llegar a su habitación y encerrarse en esta trancando la puerta.

En cuanto cerró, recostó su espalda en la gruesa madera, cerró sus ojos y respiró profundo, pero no tardó en ser asustada por unos fuertes golpes y gritos que le exigían que abriera.

El marqués quería matarlos, acabar con ella y con él tan lenta y dolorosamente como su rabia se lo permitiera. La estúpida que tenía por hija acababa de arruinar todos sus planes, estaba atado de pies y manos, pero primero muerto que aceptar la derrota.

—¡Abre de una maldita vez, Emily, tienes que salir y jurarme que tus palabras no son ciertas o te prometo que sentirás lo que es mi ira! —La joven, temerosa, subió su falta tanto como pudo y arrastró el único mueble que sus débiles brazos podían mover en un intento por trancar aún más la puerta, para luego dejarse caer en el suelo y abrazarse a sí misma, al mismo tiempo que unas lágrimas silenciosas empezaban a caer mojando sus mejillas.

—Dios mío, pero ¿qué es lo que sucede aquí? Emily, hija, abre. ¿Estás bien? —Escuchar la voz de su madre solo empeoró la situación, no quería verla envuelta en aquel problema, pues ella no tenía la culpa de su estupidez, pero ya era tarde para pensar en eso, no quedaba más opción que asumir las

consecuencias de sus actos.

—¡Tu! ¡Todo esto es tu maldita culpa! ¿No se supone que debías cuidarla, educarla? ¡Ahora no tengo más que una cualquiera viviendo bajo mi techo y que dice ser mi hija! —gritó el marqués a su esposa. Furioso era una palabra que se le quedaba corta a lo que sentía en ese momento, quería matar a alguien y terminaría haciéndolo si no se controlaba pronto, pero en su defensa, nunca llegó a imaginar que una situación así le fuese a suceder a él. Era una completa desgracia, pero era su culpa, siempre supo que esa mocosa le traería problemas, debió acabar con ella al nacer y decir que enfermó, como pensó en su nacimiento. Pero no, tenía que dejarse convencer por la estúpida de su mujer.

La marquesa de inmediato entendió lo que había sucedido. No había entrado a la casa, pues se había entretenido saludando a su yegua, pero al entrar en la casa y escuchar el alboroto, nunca llegó a imaginar que el problema fuera de tal calibre, ahora solo podía rogar a Dios que las ayudase, a ella y a su hija, a sobrevivir a la furia de su esposo.

—¿Qué? ¿De qué me estás hablando? —preguntó, intentando parecer sorprendida, y al parecer, por la expresión en el rostro de su esposo, funcionó.

El hombre no quería un escándalo en su propia casa, por lo que llamó a uno de sus sirvientes que se posicionara justo frente a la puerta de la habitación de su hija para que si esta llegaba a abrir o salir, no la dejara ni escapar ni moverse hasta que él llegara. Además, su esposa tampoco tendría permitido intervenir u ordenarle que se retirase. La joven no tendría permitido recibir comida, y en la mínima posibilidad, que buscara la forma de abrir la puerta.

—En algún momento tendrás que salir, Emily, no puedes pasarte el resto del día ahí encerrada o seguro que morirás de hambre, y entonces, yo me encargaré de ti —amenazó el marqués para luego dar la vuelta, tomar a su esposa del brazo y prácticamente arrastrarla hasta su habitación—. Más te vale que estés diciendo la verdad y que no estés implicada en esto, mantente alejada de su habitación, no quieres conocer mi ira. —Luego solo volvió a su

despacho, ahora tenía mucho en que pensar.

El marqués se sirvió una copa y la bebió de un solo trago, esperando que el ardor que le causaba el licor menguara el dolor de la decepción. Siempre creyó tener todo y a todos muy bien controlados, ¿en qué momento su hija, una mujer que apenas sí tenía la capacidad de razonar, podía causarle tantos problemas? Su matrimonio con el conde era perfecto, cualquier mujer en edad casadera estaría llorando y saltando de la felicidad con solo tener una posibilidad, aunque fuera pequeña, de convertirse en la condesa de Dartmouth. El conde era un hombre rico, con buena posición social. Pero no, Emily lo arruinó.

Lo que más envenenaba su alma era saber que después de todo, Adrián Wadlow y su hija conseguirían lo que querían, casarse. Y aunque lo intentara una y otra vez, no encontraba forma alguna de evitar aquel enlace sin causar un escándalo que avergonzase por generaciones su apellido. Debía ser más listo que ellos si quería cumplir su cometido, el conde le debía un par de favores, seguro que encontraría la forma de hacer que la aceptase así. Después de todo, a cualquier hombre le complace tener a una mujer que ya sabe lo que sucede en el lecho, se disfruta más, no hay necesidad de tener cuidado ni nada parecido. Sí, esa era su mejor opción, hablaría con él, encontraría la forma de convencerle.

Ordenó que preparasen su caballo y salió de casa tan rápido como pudo, asegurándose de dejar un hombre custodiando la puerta de su hija por si ella llegara a abrirla. Le estaría permitido hacer lo que quisiera con tal de mantener la puerta cerrada, después de todo, ya no había reputación o virginidad que cuidar, así que poco le importaba lo que sucediera con ella.

Emily, a través de la ventana, vio cómo el caballo de su padre se alejaba a todo galope. Hacía años que no lo veía montar de esa forma, y aunque estuvo tentada a salir y huir en busca del hombre que amaba, el dueño de su corazón, sabía que él no era estúpido, jamás se iría dejándola sin vigilancia, no en las condiciones en que terminó su discusión. Estaba perdida y sin forma de pedir

ayuda.

Se arrodilló, juntó sus manos, miró al cielo y rezó. Por ahora era lo único que podía hacer, pedirle, rogarle a Dios que la ayudase a salir de allí de alguna forma. Quería estar en brazos de Adrián, a su lado se sentía feliz, segura, sin dudas, sin miedos, no necesitaba más que su compañía, sus besos, sus caricias, sus sonrisas y las dulces palabras que susurraba en su oído siempre que le hacía el amor. Ese tenía que ser el paraíso, estaba segura, y haría todo cuanto estuviese a su alcance con tal de alcanzarlo.

La marquesa, preocupada por la situación y cansada de caminar de un lado a otro por la habitación, decidió hacer algo. Sus hijos estaban en la casa de campo, por lo que no podía contar con ellos, además, era poco probable que la ayudasen, por lo que no le quedaba más opción que actuar por cuenta propia; intentó salir e ir en busca de Adrián, pero fue imposible, si ponía un solo pie fuera de casa, irían a avisar a su esposo, lo que no le convenía; intentó enviarle una nota, pero tampoco le fue posible, estaba completamente atrapada.

—*Milady* —susurraron a su espalda. Ella, asustada, giró de inmediato y se encontró con los ojos oscuros de Lola, su doncella, su fiel compañera, la única que a lo largo de los años la había ayudado sin hacer preguntas. Gracias a Lola su hija seguía viva, ella fue quien la cuidó cuando nació, pues luego del parto, la marquesa quedó muy débil, enferma, al borde de la muerte, y su esposo no encontró más respuesta que dejar a la pequeña a su suerte. Le debía mucho.

—Si te ven en mi habitación puedes terminar en problemas, vete a la cocina, anda —le pidió. Ya no era capaz de darle órdenes; la mujer negó.

—Dígame qué debo hacer para ayudarlas, a quién debo buscar. Los sirvientes sí podemos salir a nuestro antojo, nadie imaginaria que les estoy ayudando, además que no saben que he subido, pero dígalo de una vez, no tengo mucho tiempo, debo volver a la cocina. —Le había tomado mucho cariño a su señora, y ya que no tenía nada que perder, la ayudaría aunque la

vida se le fuese en ello.

La marquesa corrió y la abrazó con fuerza.

—Busca a Adrián Wadlow y dile lo que sucedió, él sabrá cómo actuar. Y, por favor, ten mucho cuidado —le susurró para luego alejarse. Lola asintió y salió de la habitación. Un par de minutos después, ella pudo ver cómo su gran amiga cruzaba la puerta y salía de la mansión sin mirar atrás. Ahí iba la única esperanza de felicidad para su hija; volvió a la cama, se arrodilló junto a esta y rezó, rogando al cielo que le concediera la posibilidad de ver a Emily con una sonrisa en los labios y con sus bellos ojos brillando de amor, aun cuando ella lo tuviera que ver de lejos y desde el infierno.

Capítulo 18

Adrián estaba recostado en el césped del jardín trasero de la mansión. Disfrutaba del sol y una refrescante limonada, tenía la cabeza apoyada en las piernas de su madre mientras ella acariciaba su cabello con suaves movimientos. Después de pasar toda una vida de un lugar a otro sin la posibilidades de tener algo a lo que llamar «hogar», se aprendía a valorar las cosas más pequeñas y simples del mundo, como una sonrisa de la mujer que le dio la vida. Se sentía afortunado de la familia que tenía y quería disfrutarla tanto como le fuera posible.

—Hijo, ¿no has pensado en hablar con tu padre? —El joven se tensó, hizo una mueca y negó con la cabeza.

—Preferiría no hacerlo, madre. Usted sabe que él y yo tenemos nuestras diferencias, apenas sí puedo comer en la misma mesa, así que no me pida eso. —La marquesa no estaba dispuesta a darse por vencida, no ahora que por fin, después de tantos años llenos de tristezas y sufrimientos, estaban todos los Wadlow unidos. Soñaba con, en un par de años, estar ahí, en ese mismo jardín, disfrutando de la compañía de su esposo, hijos y nietos. Era su mayor deseo, y estando tan cerca de conseguirlo no iba a renunciar a ello.

—Deja los rencores, Adrián. Tu padre cometió muchos errores, eso nadie lo puede negar, pero él ha cambiado, esa realmente arrepentido por lo que hizo y ahora solo vive por nosotros. Eres su hijo, te ama y quiere lo mejor para ti. ¿O me vas a decir que el hombre que era antes te habría ayudado tanto con Lady

Emily como lo ha hecho él? Piénsalo. Además, Anne también lo quiere, así que si no lo haces por él, hazlo por nosotras. —El caballero abrió los ojos y sonrió, era tan débil cuando se trataba de ellas dos... Su madre y su hermana eran su todo, no era capaz de negarles algo, y podría ser que próximamente cierta jovencita se les uniera. En definitiva, las mujeres terminarían acabando con él, pero sería una muerte tan dichosa que gustoso la aceptaría.

—Dame un poco de tiempo, ¿bien? Termino de solucionar unos problemas y veremos qué sucede con mi padre. Eso sí, nada de presiones. —Su madre, más que complacida con su respuesta, asintió y dejó un beso en su frente.

Mientras tanto, el marqués de Bristol los observaba desde una de las ventanas del pasillo principal. Desde allí podía disfrutar de la felicidad de su esposa y la presencia de su hijo sin que ninguno lo notase, no quería incomodarlos; estaba a punto de volver a su despacho para continuar con sus deberes, pero cuando estaba por irse, su mayordomo abrió la puerta, dándole paso a una mujer que parecía ser una sirvienta, estaba agitada y la preocupación que sentía era más que evidente.

—Estoy buscando a Lord Adrián Wadlow. Es urgente. Vengo de parte de la marquesa Launderry, traigo un mensaje para él, Lady Emily está en peligro —dijo la mujer. Hablaba tan rápido que fue difícil entender, pero el marqués de Bristol no necesitó más información, se acercó a la puerta, la tomó por el brazo y la llevó hasta su despacho a pesar de su resistencia, pero siempre siendo muy cuidadoso de no llegar a causarle ningún daño. Ordenó que nadie los molestara y cerró la puerta tras de sí.

—¿Quién es usted y qué es lo que acaba de decir? ¿Por qué quiere ver a mi hijo? —preguntó directamente. La mujer, nerviosa, realizó una reverencia y bajó la mirada, no se atrevía a mirarlo directamente a los ojos.

—Soy la doncella de la marquesa de Launderry, está sucediendo algo muy grave en la residencia de los marqueses y mi señora me pidió que viniera a buscar a su hijo, milord. Me dijo que él es el único que puede ayudarlas —explicó ella; no había tiempo que perder, pero su deber era obedecer, por lo

que, aunque quisiera, no sería capaz de explicar a gritos lo que sucedía. Lord Bristol la miró con desesperación, eso ya había quedado claro con sus primeras palabras, necesitaba más información.

—Explíquese, mujer, sea más específica. ¿Qué es lo que está sucediendo? —exigió saber. No iba a permitir que su hijo terminara implicado en algún problema que amenazase su tranquilidad. Su deber como padre era protegerlo y estaba dispuesto a hacerlo. Además, el tema de Lady Emily Beckett era un asunto delicado, el interés de Adrián hacia la dama estaba más que claro.

—Solo se lo digo porque sé que es de vida o muerte, porque mi señora me espera. De lo contrario, jamás revelaría tal cosa. —Tomó aire—: escuche, cuando Lord Laundry estaba discutiendo con su esposa e hija porque decidió casar a la joven con el conde, ninguna de las dos estaba dispuesta a aceptar la unión, pero de pronto, Lady Emily empezó a decir que ella ya no era virgen, que entregó su cuerpo a su hijo y con el único hombre con quien se casaría era con él porque, de lo contrario, causaría un escándalo cuando se supiera que había llegado mancillada al matrimonio, cuando su esposo descubriera que no era el primero en su cuerpo; luego ella salió corriendo y se encerró en su habitación para evitar que su padre tomara represalias. Él la dejó con vigilancia y no le dan ni de comer —relató, segura de poder recibir un poco de ayuda. Era el padre del caballero, debía hacer algo.

El marqués se quedó sin palabras. Era, sin duda alguna, un asunto delicado que si su hijo llegase a conocer, podría hasta terminar envuelto en un duelo a muerte, y él ni quería contemplar esa posibilidad, pero no podía quedarse de brazos cruzados, debía actuar y hacerlo rápido. Seguro que el padre de la dama debía estar a punto de estallar de la rabia, así que pensó muy bien en cuál sería su paso a seguir.

—¿Lord Laundry está en casa?

—No, milord, salió en su caballo como alma que lleva el diablo. —Él asintió, ya se hacía una ligera idea de en donde podía estar. Si no, siempre podía preguntarle a un par de personas que seguro le darían razón de su

paradero. Tenía que actuar y hacerlo de inmediato; lo haría por su hijo, por su felicidad.

—Perfecto, vuelva junto a su señora y dígame que yo me haré cargo de todo. Mi hijo no se puede enterar de esto, yo puedo actuar con más inteligencia que Adrián. Lo más probable es que él se deje llevar por la desesperación y furia, no quiero ni pensar en cómo terminaría algo así. Confíe en mí, no tiene de qué preocuparse, le aseguro que ellas estarán bien. Ordenaré que le preparen el carruaje y la lleven a casa, no acepto un no por respuesta. —Sin siquiera darle tiempo a meditar sus palabras, el marqués ya salía por la puerta dejándola sola. No era correcto, pero ya no tenía opción de negarse.

Lord Bristol pidió el carruaje y su caballo, que estuvo listo en un par de minutos, y sin perder tiempo, subió al animal y emprendió el camino. Ya no tenía la edad para cabalgar a toda velocidad, pero era mucho más fácil movilizarse así, y eso, sumado a la preocupación que sentía, hizo que le importara poco la posibilidad de lastimarse.

Por lo que alcanzó a ver, por suerte, nadie notó su salida y no tardó más que veinte minutos en llegar a su destino, pues no estaba muy lejos. El conde de Dartmouth, según había escuchado, solía permanecer en casa durante la tarde para descansar y tener energía, ya que en la noche visitaba otros lechos. Un argumento más para salvar a Emily de ese hombre, ella era una mujer muy dulce y hermosa para tal hombre, que no merecía el título de caballero.

Bajó del caballo y se acercó a la puerta, le dio un toque y esta no tardó en ser abierta. Un hombre mayor, el mayordomo, lo recibió con una reverencia.

—Milord —murmuró el mayordomo en forma de bienvenida.

—Quiero ver a Lord Dartmouth —anunció con toda la elegancia digna de su marquesado. En los últimos meses, desde que tomó la decisión de cambiar, había dejado de usar el poder que le daba ser quien era, pero había ocasiones en que era más que necesario. Un claro ejemplo era lo que estaba viviendo.

—Milord está reunido con el marqués de Launderry y ordenó no ser molestado. Si lo desea, puede esperarlo y pediré que le sirvan un poco de té.

—Eso no le gustó; pensó en interrumpir la reunión a gritos, pero eso podía ser contraproducente. Suspiró.

—¡Aún mejor que esté con el marqués! De hecho, me gustaría hablar con ambos caballeros. ¿Podría decirles que estoy aquí? Sé que recibió una orden pero es de suma importancia que me reúna con ellos. Si, una vez informados, deciden no recibirme, lo esperaré. Solo quiero que les diga que tenemos que tratar un tema de interés común. —Aunque el hombre lo dudó, al final cedió, y se sorprendió bastante cuando al informarle al conde de la visita, este le ordenó dejarlo pasar tan rápido como fuera posible, pero no por la razón que el susodicho pensó.

Launderry había llegado varias minutos antes con la excusa de revisar unos negocios y darles el toque final y aunque, efectivamente, empezó hablando de un barco con mercancía que estaba próximo a llegar, durante los últimos minutos había titubeado al hablar del compromiso que el conde tenía con su hija, lo que le causó desconfianza, pues el marqués seguía sin encontrar la forma correcta de abordar el asunto. Cuando Bristol llegó, Dartmouth pensó que era porque, no hacía mucho, lo había buscado para invitarlo a participar en una inversión que estaba por realizar. La misión era riesgosa, por lo que no quería hacerlo solo, y él era el compañero de negocios perfecto, su seriedad cuando de dinero se trata era muy bien conocida.

—¡Lord Bristol! Es todo un placer recibirlo en mi hogar. ¿A qué se lo debo? —dijo el conde. Los tres caballeros se dieron un saludo rápido y, con una copa con whisky en la mano, tomaron asiento en unos cómodos sillones ubicados en el medio del despacho. El aludido miró con el ceño fruncido al marqués; supuso que ya se lo habría dicho.

—Bueno, Dartmouth, la verdad es que estuve pensando en la propuesta que me hiciste. Vine para que me siguieras explicando en qué consiste. Quiero conocer hasta el más mínimo detalle, quiero tomar la decisión correcta para ambas partes. —Sus palabras animaron al anfitrión, quien empezó a hablar tanto que llegó el punto en que sus visitantes ya estaban más que hartos de

escucharlo, así que cuando este se ausentó por un momento para tratar un asunto de suma importancia con sus sirvientes, Bristol aprovechó el momento.

—Launderry, estoy al tanto de lo que sucedió con su hija, con Emily. Entiendo que esto representa un gran cambio para sus planes, sí, pero estoy seguro de que podemos solucionarlo, hablémoslo los dos, a solas. Verá que no le va a doler perder la amistad del conde, nuestra relación será mucho más fructífera para ambas partes, supongo que ya habrá escuchado del éxito de mis negocios y ganancias. —Esa era su mejor carta, el interés económico. Si su estrategia no funcionaba, significa que el problema era mucho más complicado y aún más encontrar la solución, pero siempre podía hacer una que otra jugada.

—Su hijo mancilló a la estúpida de mi hija, pero peor negociar con usted y aceptar que su unión será como aplaudirles sus actitudes y cumplirles sus sueños, dejarles el camino libre para que puedan hacer lo que les venga en gana, y eso nunca lo voy a permitir. —Él estaba más que decidido a impedirlo solo por tener el placer de ver como los planes de Adrián y Emily se frustraban, era hora de enseñarles que su palabra era ley.

—Hablémoslo lejos de aquí, en otro lugar, a solas. A ninguno le conviene que el conde descubra lo que sucedió. ¿Qué le asegura que podrá convencerlo de aceptarla así? ¿De verdad cree que aceptará no ser el primero en conocer su cuerpo, en hacerla suya? Eso sería un golpe directo al ego de cualquier hombre, puede que el resultado termine siendo peor a que le dijera que el compromiso debe ser disuelto. —Lo que más odiaba Launderry era sentirse acorralado, perdido, fuera de lugar, y aunque le encantaría cobrárselo y tener la oportunidad de negarse, de vengarse, de tener el placer de hacer todo lo contrario a lo que le estaban pidiendo, él tenía razón, debía ver todas las posibilidades antes de decidir.

—Bien, vamos a tomarnos una copa, yo vine en mi caballo. ¿Usted en qué vino?

—A caballo. —Juntos, salieron de casa del conde alegando un compromiso de suma importancia; decidieron ir a casa de Launderry, era el lugar más

tranquilo que encontraron para poder hablar sin interrupciones.

Al llegar, Bristol intentó, disimuladamente, buscar a la marquesa y a su hija, pero no había rastro alguno de ellas, por lo que no tuvo más opción que entrar en el despacho sin noticias de ellas.

—Hable de una vez, ¿qué es lo que propone para solucionar todo esto? Porque no es como que me apetezca unir a Emily con Adrián. Se puede decir que hasta prefiero que se quede como una solterona por el resto de su vida. — Bristol tomó asiento y suspiró. ¿Por qué con él todo tenía que ser tan complicado? A lo largo de su vida poco le importó su hija, pero ahora que Emily tenía la oportunidad de ser feliz, su padre no se lo permitía. Era un hombre con demasiados intereses, y en todos ellos había dinero de por medio.

—Seamos sinceros, Laundry. Debes tener algún interés en el conde, ¿algún negocio, tal vez? Tú y yo ya somos viejos. Muy pronto, los que tomaran el título serán nuestros hijos, por lo que nuestro único interés es dejarles una solidez económica con la que puedan mantener el estatus y estilo de vida que conlleva ser un marqués; usted y yo tenemos inversiones exitosas, pero en ámbitos distintos, podríamos asociarnos... —El aludido tomó asiento tras su enorme escritorio de madera oscura y se cruzó de brazos, intentando demostrar la supremacía que creía tener al ser él el único con el derecho de dar la última palabra.

—Dartmouth me ofreció participar en una inversión que puede generarme ganancias considerablemente altas. Puedo hablar con él. El tema de la virginidad de Emily es algo que, creo, tiene solución. Después de todo, tiene sus ventajas casarse con una dama que ya conoce lo que sucede en el lecho entre un hombre y una mujer, no necesitará ser cuidadoso o delicado, podrá satisfacer sus deseos carnales sin barrera alguna. —Con solo escucharlo, sintió repulsión, asco, y unas inmensas ganas de acabarlo a golpes. Él también tenía una hija, Anne, y pensar en que ella podía ser usada para complacer a un hombre que posiblemente la lastimase lo enfermaba. El marqués no merecía tener una hija tan dulce y hermosa como Lady Emily, pero aunque quisiera,

tenía que jugar su mismo juego, o de seguro se negaría.

—No sé si escuchó la excusa que le di al conde cuando llegué a su casa, está próximo a realizar una inversión en la India y quiere mi participación, pero hice toda una investigación: sus negocios no son sólidos. En cualquier momento, hasta el más mínimo error, podría llevarlo a la quiebra. Si no me cree, bien puede ir y cerciorarse por usted mismo, la mercancía que recibí hace un par de días sigue estancada porque no tiene un distribuidor asegurado, usted debería saber lo peligroso que es eso. —Bristol aprendió que cuando de negociar se trataba, toda información era válida, por lo que tiempo atrás, cuando descubrió el interés del conde hacia la joven, contrató un hombre para que le realizara un informe detallado de todos sus movimientos. Sabía que terminaría causándole problemas a su hijo y quería estar preparado.

—Sí, es peligroso recibir mercancía sin tener un distribuidor —aceptó de mala gana el marqués de Laundry.

—Mis negocios son de los más estables que puede encontrar, es muy poco probable que alguno de ellos falle y todos son con cada vez más exitosos que el anterior. En un mes llega mi próximo cargamento; creo que podemos empezar por ahí, tal vez con porcentajes de mitad y mitad; según los resultados, vemos la posibilidad de continuar. Todo aquello a cambio de que acepte que Emily y Adrián se casen. Para que no sufra tanto con la idea, piense que un futuro marqués está muy por encima de un conde. Piénselo. Me esperan para comer, así que volveré en dos horas y me da su respuesta. Eso sí, permítame ver a la joven y llevarle algo de comer, supongo que no pensara matarla de hambre. —No debía presionarlo, así que le daría tiempo. Dos horas eran más que suficientes pero no se iría de allí hasta asegurarse de que Emily estuviera bien.

—Apenas si lleva una o dos horas encerrada, es imposible que muera de hambre.

—No importa, igual quiero verla. —Laundry lo pensó por un momento, meditó muy bien todas sus opciones, los pros y los contras, nunca le gustó

perder, era de los que dejaba hasta la última gota de esfuerzo con tal de lograr sus propósitos, y en aquella ocasión no sería la excepción. Necesitaba un poco de tiempo para hacer un plan.

—Bien, te llevaré a su habitación —cedió, pero al salir se excusó por un momento, pediría que le subieran un poco de comida a su hija y pidió que lo esperara en las escaleras.

Para llegar a la segunda planta debían pasar cerca de la entrada, era el camino más rápido, pero cuando se acercaban a las escaleras, una voz hizo que el marqués de Bristol detuviera sus pasos de golpe, se acercó un poco más y entonces lo vio, ahí estaba su hijo, tan imponente y elegante como siempre con su traje azul marino, y eso no podía ser nada bueno.

—Quiero ver a Lady Emily, por favor —anunció el joven. Su padre agradeció que el marqués no estuviera, por lo que tan silenciosamente como le fue posible, intento dar marcha atrás y esconderse, pero al realizar un movimiento, el mayordomo lo vio y de inmediato hizo una reverencia.

—¿Se le ofrece algo, Lord Bristol? —preguntó el mayordomo dejándolo en evidencia; Adrián se giró y, al verlo, frunció el ceño y lo miró con desconfianza.

—¿Padre, que hace usted aquí?

Capítulo 19

—¡Adrián, hijo! Qué coincidencia tan maravillosa... Yo vine en busca del marqués, tenemos un negocio entre manos, ya sabes cómo es esto, lo mejor es tenerlo bien controlado para luego no tener que encontrarse con sorpresas no deseadas —explicó Bristol a su hijo poniendo todo de su parte para que su voz no revelara los nervios que sentía en ese momento. Solo tenía que evitar que lo pusieran en evidencia y entonces podría respirar tranquilo, además que, en parte, no estaba mintiendo, estaba concretando un negocio que le daría la felicidad eterna a su hijo—. ¿Y tú, hijo, qué es lo que haces aquí?

—Quiero ver a Lady Emily. Mamá y Anne le enviaron una invitación pero me pidieron que me asegurara de que fueran ellas quienes la reciban, tengo que esperar su respuesta. —Esa fue la mentira más ingeniosa que se le pudo ocurrir al joven heredero a pesar de haber pensado en ello durante todo el camino. No era correcto ir a buscarla, por lo menos si no se estaba comprometido o al menos interesado, y aunque él fácilmente podría hacer parte de cualquier de las dos opciones, el padre de la dama lo odiaba.

—Lamento informarle que eso no se va a poder, milord. Si gusta, puede dejar su mensaje con el mayordomo, le aseguró que él se lo llevará a mi hija —dijo Laundry interrumpiendo en la habitación, odiaba tener que recibir a ese hombre en su casa, ni loco permitiría que se reuniera con Emily, mucho menos a solas.

—Usted no entiende, no puedo hacer eso, mi madre y mi hermana no son

mujeres que acepten un no por respuesta, solo necesito hablar con ella un par de minutos. Si lo desea, usted puede estar presente. —El aludido lo miró con desprecio, bufó y se cruzó de brazos. Al verlo solo podía pensar en que el conde sería la mejor opción como esposo de su hija, pero no, a la estúpida de Emily se le ocurrió entregar su cuerpo mucho antes de lo debido y al hombre incorrecto.

—Casualmente, su padre acaba de pedirme lo mismo, parece estar muy interesado en verla, así que, supongo que usted podrá darle el mensaje a él, quien le informará de la respuesta. Es curioso que ambos hayan llegado ante mi puerta casi con el mismo propósito. Dígame, Lord Bristol, ¿esto fue planeado o fue solo una coincidencia? —El marqués estuvo a punto de coger a golpes al anfitrión, estaba en problemas, en muy serios problemas, y lo pudo confirmar al encontrarse con la mirada interrogativa de su heredero.

—Adrián, por favor, vuelve a casa, yo te seguiré en un momento y prometo explicarte todo pero, por favor, vete. —El joven sentía que en cualquier momento terminaría estallando, su padre no hacía más que darle dolores de cabeza, y ahora tenía miedo de saber la razón por la que estaba buscando a la que sería su mujer, pero algo le decía que no era para nada bueno.

—¡No! ¡Aquí el único que puede hablar con ella soy yo! —gritó furioso, su voz fue tan alta que varios del servicio alcanzaron a oírla. Incluso, la causante de la discusión alcanzó a escuchar un susurro, pero al no estar completamente segura de quién era, pegó su oreja a la puerta y guardó silencio, esperando descubrir de quién se trataba. La desesperación estaba a punto de volverla loca. Eso y el hambre, su estómago pedía a gritos un poco de comida.

—¡Que te calmes, Adrián! ¡Te vas ya mismo para la mansión, no tengo cabeza para lidiar contigo ahora! —gritó aún más fuerte su padre, dejándolo sin palabras y sin forma de protestar, pues se veía realmente molesto, y aunque tenía todos los argumentos y la intención de enfrentarse a él como siempre había querido, no podía hacerlo, o por lo menos no en ese lugar, sería un escándalo, por lo que no le quedo más opción que asentir, dándose por

vencido; salió, subió a su caballo y se marchó a todo galope, intentando reprimir su ira.

La comida no tardó en llegar. En cuanto la tuvo a su alcance, el marqués de Bristol tomó la bandeja para llevarla él mismo, no quería la ayuda de nadie, y subió las escaleras sin molestarse en esperar a Launderry, no fue difícil encontrar la habitación, tenía un guardia justo frente a la puerta, y el hombre, al parecer, ya sabía de su visita, por lo que en cuanto lo vio, se hizo a un lado permitiéndole el paso.

Le dio un suave toque a la puerta con sus nudillos, lo que llamó la atención de la joven, porque de los pocos que tenían permitido el paso, ninguno de ellos se tomaría la molestia de tocar y pedir permiso para entrar.

—¿Quién es? —preguntó en un grito, esperando ser oída desde el otro lado.

—Lady Beckett, disculpe la molestia, soy el marqués de Bristol, me gustaría hablar con usted, aunque la traigo algo que espero le guste. —La joven mordió su labio inferior y suspiró, era poco probable que él tuviera alguna noticia de Adrián. El joven sentía cierto rechazo hacia su padre, jamás lo enviaría a buscarla, así que era posible que siguiera sin saber nada de él, pero por otro lado, tampoco podía dejarlo ahí afuera y se moría de curiosidad por saber la razón que lo llevó frente a su puerta aquel día.

Con desconfianza, se acercó y abrió un poco, solo lo suficiente para poder ver su rostro.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó con educación, pero al ver la bandeja llena de comida en sus manos, su estómago rugió causando una risa en el caballero.

—Le traje un poco de comida, pensé que tendría hambre. Supe que su padre le prohibió comer, pero no tiene de qué preocuparse, él sabe que estoy aquí.

—Ella frunció el ceño y en un impulso, cerró un poco más la puerta.

—Nada que venga de mi padre puede ser bueno, prefiero morir de hambre. —Él sonrió, pero de inmediato cambió la mirada a una llena de rabio y odio que le lanzó al hombre que seguía vigilándolos, jamás podría hablar con

tranquilidad mientras hubiera alguien atento a cada una de sus palabras.

—¿Por qué no se larga de una buena vez?! Launderry nunca me dijo que tendría que estar vigilado mientras hablara con su hija. Si no, hágalo venir y que me lo haga saber. —El hombre endureció la mandíbula y parecía estar a punto de refutarlo, pero al final, solo le dedicó una mirada asesina, realizó una reverencia, dio media vuelta y desapareció por el pasillo, dándoles, al fin, un poco de privacidad—. No nos conocemos, pero le aseguro que en mí puede confiar, sé que no es correcto visitar a una dama en su habitación, pero las circunstancias así lo pusieron. Su padre no me dejó más opción, estoy al tanto de lo que sucedió con mi hijo y vine a negociar. —Al escuchar esas palabras, sin perder más tiempo, abrió la puerta por completo, se hizo a un lado y le permitió el paso.

—Primero, coma un poco, por favor. —Dejó la bandeja sobre un escritorio que encontró ubicado en la esquina de su habitación, era un lugar privilegiado, tenía una vista perfecta de todo el jardín, pero no se tomó el trabajo de detallarlo, rápidamente se hizo a un lado y la joven en cuestión de segundos ya estaba devorando la comida.

En cuanto terminó, el marqués tomó asiento en una silla cercana.

—Estoy al tanto de lo que sucedió con mi hijo. Al parecer su madre envió a una mujer para hacerle saber lo que estaba sucediendo pero terminó diciéndomelo a mí. No quiero ni imaginarme cuál habría sido la reacción de Adrián, y vengo a dejarle muy claro que haré todo cuanto esté a mi alcance para que usted y mi hijo puedan casarse, digamos que tengo una ligera idea de cómo negociar con su padre. —Ella elevó una ceja y lo miró con curiosidad.

—¿Y se puede saber cómo logrará tal cosa? Porque él está decidido a casarme con el conde —respondió ella rogando al cielo que él no estuviera enterado de su verdadera situación, sería muy bochornoso, pero al ver las mejillas del caballero tornarse rosadas y que empezaba a toser como intentando pasar la vergüenza, sintió ganas de morir.

—*Milady*, no pretendo ofenderla o incomodarla, pero usted ya no puede

casarse con cualquier hombre, digamos que sus opciones son limitadas y mi hijo parece estar más que decidido a ser él quien haga parte de su vida. Solo le pido una cosa, no intente contactarse con Adrián, yo manejaré todo, pero debo hacerlo con cabeza fría y él solo se dejaría llevar por la rabia y la desesperación. —Emily suspiró, el marqués tenía razón.

—Bien, haré lo que me pide, pero antes, respóndame una cosa, ¿por qué Adrián siente tanto recelo hacia usted cuando incluso se atreve a negociar con un hombre tan despreciable como mi padre solo para ayudarlo a conseguir la mujer que desea? Esa sería la muestra perfecta de un padre ejemplar. —La mirada de él se tornó oscura y llena de tristeza, esas eran las consecuencias de su pasado.

—Años atrás no era el mismo hombre que está frente a usted en estos momentos, y hago todo esto porque lo amo, es mi hijo y espero que algún día pueda perdonarme, quiero que él sea feliz, se lo merece, eso y que si en el futuro llegan nietos, me permita hacer parte de su vida. —La joven sonrió con ternura y asintió, en un arranque terminó abrazándolo mientras susurraba un *gracias* cerca de su oído.

—Por favor, dígame a Adrián que lo amo. —Del escritorio, tomó un pergamino, una pluma y tinta y empezó a escribir. No fueron más de un par de palabras. Secó la tinta, dobló el pergamino y se lo tendió—: Entréguele esto, creo que puede calmarlo un poco, y muchas gracias, Lord Bristol. —Hizo una reverencia y le dedicó una pequeña sonrisa. En ese momento, la joven decidió que quería que sus hijos tuvieran la oportunidad de tener un abuelo como él, ya que seguro que a su padre ni se le acercarían. Debía encontrar la forma de solucionar los problemas entre él y Adrián. Siempre quiso una familia en la que primase el amor, y ahora que tenía la oportunidad de conseguirla, no estaba dispuesta a perderla por rencores insignificantes.

—Le daré su mensaje, ahora descanse un poco, estaré al tanto de todo lo que suceda con usted, pero si llegase a ocurrir algo o llegase a necesitar me, no dude en decírmelo, seguro que la mujer que me informó lo que sucedía puede

ayudarla. —Tomó la bandeja y salió de la habitación. Al menos ya había cumplido con su objetivo, ella estaba bien y se aseguraría de que continuara así, pero ahora le esperaba un problema mucho más grande: su hijo.

Al bajar, se encontró con Launderry esperándolo al final de las escaleras.

—Espero, milord, que deje la estúpida idea de matar de hambre a su hija. Un poco de comida no le devolverá aquello que le entregó a mi hijo, y anhelo que en nuestro próximo encuentro logremos encontrar una fecha apropiada para la boda. Ahora si me disculpa, debo irme, y que tenga una feliz tarde. —Hizo una pequeña inclinación con la cabeza y salió rápidamente del lugar. Su caballo ya estaba listo así que no tardo más de que un par de minutos en alejarse del lugar, pero aún no era el momento de ir a casa. Primero debía hacer una visita más.

Cabalgó a paso lento, necesitaba tiempo para pensar en cuál sería su estrategia a la hora de hablar con el caballero en cuestión, él era una parte esencial en su camino si quería lograr su propósito, porque si accedía a sus peticiones, sus problemas se acabarían. Launderry no tendría más opción que aceptar la unión.

Se detuvo frente a la residencia del conde, tomó aire, bajó de su caballo, que fue tomado por uno de los lacayos, y se acercó a la puerta. Fue recibido por el mayordomo, quien al verlo, de inmediato lo llevó a la biblioteca. Al parecer lo estaban esperando.

—Sabía que vendría, Lord Bristol, lo que no imaginé fue que sería tan pronto, o por lo menos no después de cómo usted y Launderry salieron de aquí hace apenas un par de horas —dijo en cuanto lo vio para luego dar un sorbo a su trago, que a simple vista, parecía ser whisky. Pero ello no lo amedrentó, por el contrario, el marqués solo enderezó la espalda, elevó el mentón y demostró la elegancia y supremacía que le brindaba su posición.

—Tiene usted toda la razón, Lord Dartmouth, no fue correcto salir de esa forma, pero algo de suma importancia nos llamaba. Sin embargo, aquí estoy, dispuesto a hablar con usted y esperando que perdone mi actitud. —El conde

lo miró con desconfianza pero señaló uno de los sofás para que tomara asiento y él fue a servirle un trago que luego le entregó.

—Bien, lo escucho, ¿qué es lo que quiere de mí? Y, por favor, sea directo, ya no me creo aquello de que está interesado en el negocio que le propuse —exigió; estaba cansado de dar vueltas y vueltas, prefería enfrentar el problema de raíz

—Perfecto, si así lo desea, iré directo al punto, quiero que cancele el compromiso con la hija de Launderry, aún está a tiempo. La unión no se ha hecho pública y ninguna de las dos partes saldría perjudicada, no habría escándalo, ni comentarios mal intencionados. Sería como si nunca hubiera sucedido. —Él, al escucharlo, soltó una carcajada llena de burla, de verdad llegó a pensar que era algo de importancia, o al menos algo negociable, pero sus palabras eran de lo más ridículo que había escuchado.

—Será mejor que se vaya, la respuesta es y siempre será no. Lady Emily es una mujer muy hermosa, de buena familia y con una excelente dote. Respetable, educada... Llevo mucho tiempo hablando con el marqués para que me entregue su mano, y ahora que lo he conseguido, no hay nada que me haga cambiar de opinión, ni siquiera usted, porque supongo que lo que quiere es unir a su hijo con la dama en cuestión, pero no creo que él merezca una mujer como ella, está muy por encima de sus posibilidades, así que, si eso era todo, le pido que se retire. —Bristol cerró los puños intentando controlar su ira. Si tan solo fuera un par de años más joven, le habría dado un buen puñetazo que le cerrara la boca, pero la diferencia de edad era grande y probablemente, sería él quien terminara lastimado.

—La verdad, llegué a pensar que usted era un poco más inteligente que esto. Lady Emily no le conviene, ni a usted, ni a mi hijo, lo que hago es acabar con las pocas oportunidades que tiene Launderry, no para cometer la estupidez de casarla con mi heredero. No pienso deshonrar de esa forma a Adrián, porque esa mujer que usted tacha de perfecta, no es más que una jovencita que busca quien acalle los rumores que, muy seguramente, pronto empezaran a circular.

—La duda, esa era la mejor arma en cualquier negociación, pocos eran inmune a ella, era ella la causante de grandes problemas y desacuerdos, porque podía ser incluso, aún más peligrosa que un arma. Era un veneno para el corazón y la cabeza, y al ver cómo la mirada del conde cambiaba, supo que había logrado su cometido.

—Ya se lo dije una vez, sea específico, Bristol, ¿a qué se refiere con esas palabras? —preguntó intentando parecer poco interesado, pero sus ojos lo traicionaban.

—No puedo decir ni una palabra más por respeto a la dama, porque, ante todo, soy un caballero, y aunque no lo crea, sí tengo interés en participar de su negocio. No será con una inversión muy grande, primero debo verificar el índice de ganancia, si quedo satisfecho, tenga por seguro que seremos grandes socios, y como tal, no quisiera que usted se viese envuelto en problemas por culpa de una jovencita. Las mujeres no merecen tantos sacrificios, no cuando es gracias a nosotros que ellas son lo que son. —Odiaba tener que hablar de esa forma tan despreciativa, pero no tenía opción, el conde no se enteraría de lo sucedido entre Emily y Adrián, esa parte la tenía cubierta, pero sin duda alguna, pediría explicaciones, y después de sus palabras, ya estaría más que prevenido con las respuestas. Una palabra mal pronunciada era lo que necesitaba, y algo le decía que Laundry, sin saberlo, terminaría el trabajo por él.

—Que no le preocupe la mujer. Puede confiar en que mis labios están sellados, pero debe ayudarme a evitar que cometa un error que no tiene solución. —Sin prestar atención a las palabras de Dartmouth, el marqués se puso de pie, bebió el contenido que aún tenía en su vaso de un solo sorbo y arregló su chaqueta.

—Lo lamento, pero ya hice lo que tenía que hacer, ahora debo irme, me esperan en otro lugar. Espero que tome la decisión correcta, hasta pronto. —Hizo una pequeña inclinación y salió del lugar a paso apresurado. Solo pudo respirar tranquilo una vez estuvo subido en su caballo y cabalgando a paso

lento hacia la salida de sus tierras. Tendría que invertir en su dichoso negocio, tendría que perder un poco de dinero, pero a cambio conseguiría la felicidad de su hijo. Era un intercambio más que justo y que estaba dispuesto a realizar.

Estaba girando para tomar un camino poco transitado, quería pensar y solo podía hacerlo en soledad, pero de repente, alguien se atravesó en su camino alertando al caballo que, de inmediato, empezó a removerse incomodo hasta el punto de intentar tirarlo, pero Bristol, nervioso al tener a esa persona justo en frente, no habló hasta que el animal se tranquilizó, intentando ganar un poco de tiempo para pensar en una excusa, al menos, medianamente creíble.

—Primero, me lo encuentro en casa de Launderry, visitando a Emily, sale de allí y termina en casa del que puede que sea mi peor enemigo, el hombre que quiere quitarme a la mujer que amo. Dígame una cosa, padre, ¿está usted conspirando en mi contra? Porque no hallo una buena razón que explique el porqué de sus visitas a dos hombres que están lejos de ser agradables, y no nos moveremos de aquí hasta que me diga toda la verdad —soltó Adrián con tanto desprecio, que para el marqués fue como si clavaran un puñal en su corazón.

Capítulo 20

El marqués nunca antes se había sentido tan arrinconado, tal vez porque las razones que movían a su hijo eran muy distintas a las que solían mover a la sociedad. Un sentimiento como el amor te hace fuerte, valiente, y puede que hasta incluso, un poco temerario, pero era tan maravilloso que no existía poder que lograra detenerlo.

Había escuchado varios relatos de hombres que habían luchado en las guerras, todos ellos describían cómo el estallar de los cañones y el ruido aturridor de las armas aceleraba sus corazones y los dejaba sin respiración. Incluso explicaron lo que se sentía al estar a un paso de la muerte, heridos o en la mira del enemigo. Pero para Bristol, perder la vida, era un miedo pequeño comparado con la posibilidad de perder a su hijo porque, al menos hasta ese momento, lo respetaba y siempre buscaba evitar cualquier tipo de enfrentamiento, pero perder lo poco que tenía, acabaría con su esperanza.

Adrián tenía la mirada fija, casi ni parpadeaba por miedo a perderlo de vista y no volver a tener la oportunidad de enfrentarlo; decidió acatar sus órdenes y salir de casa de Launderry por respeto a Emily y a él, no podía dejarlo en evidencia frente a seres tan ruines y despreciables. Pero no se fue a casa, bajó del caballo al dar la vuelta en la siguiente calle y esperó hasta verlo salir. Quiso encararlo en ese mismo instante, sin embargo, al ver como se desviaba del camino que llevaba a casa, la curiosidad se apoderó de él y no tardó en subirse a su caballo y seguirlo, pero nada lo preparó para verlo entrar en la

residencia de Dartmouth. Se sintió confundido, traicionado, la rabia se apoderó de él y en cuanto tuvo oportunidad, lo encaró. Necesitaba respuestas y estaba decidido a conseguirlas.

—¿Algo que decir, padre? —soltó el joven con desprecio. Estaba realmente furioso, casi podía sentir cómo su sangre hervía de la rabia.

—Tal vez, pero no aquí. —Sin darle tiempo para reaccionar, azuzó su caballo que, de inmediato, empezó a trotar, lo esquivó con gran agilidad y salió a toda carrera rumbo a casa. En más de una ocasión incluso estuvo a punto de caer, no tenía las mismas habilidades de jinete que tuvo años atrás, cuando gozaba de la juventud y la vitalidad.

Podía escuchar el galopar del caballo de Adrián, estaba cerca y mucho. Iban a tanta velocidad que asustaron a todo aquel que los vio correr, todos los miraban con curiosidad y las especulaciones no tardaron en llegar. Si su extraña relación no había llamado suficiente la atención, el comportamiento de ese día, sin duda alguna, sí lo había logrado.

Entraron en la propiedad dejando una nube de humo a su paso. Ese día, Anne y su madre paseaban por el jardín, pero al ver como los hombres de la familia arribaban, la preocupación se apoderó de ellas.

Ambos caballeros, saltaron del caballo cuando este aún no se detenía.

—¡Adrián! Pero ¡¿qué es lo que sucede?! —preguntó al joven a su hermana, que lucía claramente preocupada. Pero para aumentar su agonía, ninguno se molestó en detenerse a dar algún tipo de explicación, solo le limitaron a bajar y entrar a toda velocidad, sin importarles si el caballo había sido tomado por los lacayos o al menos saludar a las damas presentes.

La marquesa, preocupada, los siguió, pero en cuanto ambos caballeros cruzaron la puerta de entrada al despacho de su esposo, esta fue cerrada y trancada, la madera era demasiado gruesa para poder escuchar algo a través de esta, por lo que no tuvo más opción que traer una silla y tomar asiento en compañía de Anne justo en frente.

—¡Habla! —exigió el heredero. Empezaba a perder la paciencia y no se

creía capaz de controlar sus actos. El marqués tomo asiento tras el enorme escritorio y adoptó una pose defensiva, mientras que su hijo se ubicó del otro lado de la mesa.

—Descubrí todo lo que sucedió entre Lady Emily y tú. ¿Cómo se te ocurrió tomar su virginidad? ¡No estaban casados, ni siquiera comprometidos! Pensé que eras más inteligente, tu estupidez nos está causando muchos problemas. ¿Es que no encontraste más mujeres? Con tantas que hay y muchas de ellas menos problemáticas, no tenemos la mejor relación con Launderry. ¡Es su hija! —gritó. Mentirle no era la mejor opción, pero por su bien, no podía decir ni una sola palabra de lo que sucedía, estaba seguro de poder controlarlo, solo pedía un par de horas, tal vez un día. No era mucho pedir.

El joven caballero se puso en pie impulsándose al darle un fuerte golpe al escritorio, lo hizo con tanta fuerza que la tinta se volcó regándose sobre la madera, y la pluma cayó al suelo, pero su padre ni se inmutó.

—¡Ni se te ocurra acercarte a ella porque te la verás conmigo! Ella es la mejor mujer que pude encontrar, es la dueña de mi corazón y si pasó lo que pasó fue porque es algo normal entre dos personas que se aman, no me importa quién es su padre, lo haría una y otra vez de tener la oportunidad. Me voy a casar con ella, aun cuando tenga que pasar por encima de usted y de Launderry. Ella pronto será Emily Wadlow, futura marquesa de Bristol. No vuelva a buscarla, preferiría no someterla a compañías poco agradables. —El puñal, que ya había empezado a perforar el pecho del marqués, pareció enterrarse un poco más, era un dolor insoportable, estaba perdiendo a su hijo y no había nada que hacer para evitarlo.

—Espero, por su bien y por el tuyo, que solo haya sido una vez y que hayas sido cuidadoso. Pronto se anunciará su compromiso con el conde de Dartmouth, es solo cuestión de días, y ruego a Dios que Lady Emily tenga dotes de actriz y sea lo suficientemente lista como para engañarlo, porque si se hace público que ya no es dama intacta, puede terminar mal. —Por un momento el joven caballero se tensó al recordar la última vez que estuvieron

juntos. El silencio reinó en el lugar, causando un mal presentimiento en el hombre de cabello canoso.

—Adrián, ¿terminaste en el interior de su cuerpo? —preguntó preocupado, si la joven en cuestión llegase a estar encinta, estaban en serios problemas, aquello lo cambiaría todo.

—Por respeto a ella, no tengo por qué hablar de temas tan privado con usted, padre. Mejor dígame, ¿qué fue lo que le dijo cuando la vio? —respondió, buscando cambiar el rumbo de la conversación, ahora más que nunca necesitaba hablar con ella.

—A mí no me vengas con ese tipo de estupideces, respóndeme, ¿tuviste cuidado o no? No es como que vaya a hacerlo público, no haré nada que la dañe, pero necesito saber la respuesta. —Adrián miró a su padre directamente a sus ojos, su rostro no mostraba expresión alguna, contrario al de su padre, que tenía el ceño fruncido y los ojos ligeramente más abiertos, clara muestra de intranquilidad y ansias.

—No, me temo que no. —Bristol gruñó, golpeó la mesa, se puso en pie y empezó a caminar de un lado a otro. Debía acelerar sus planes, y lo haría con todo el gusto si no fuera porque eso no solo dependía de él, sino que estaba a la espera las acciones de los demás implicados.

—¡Eres un imbécil! —gritó. Sintió que su pecho empezaba a oprimirse, no podía respirar y, de repente, la habitación estaba demasiado caliente. Adrián notó su malestar y de un brinco llegó a su lado.

—Padre, ¿se siente bien? —preguntó, pero él parecía no tener la voz para responderle, sino que con una desesperación nunca antes vista, se deshizo de su chaqueta, al igual que de su chaleco, soltó su pañuelo y aquello que pudiera causar algún tipo de presión en su pecho, pero eso no ayudó, por el contrario, su vista se tornó borrosa y sus piernas empezaron a temblar, ya no tenía la fuerza necesaria para seguir manteniéndose en pie.

Su hijo pudo ver cómo su cuerpo empezaba a ceder, lo sostuvo dándole el apoyo que necesitaba y lo llevó hasta el sofá más cercano.

—¡El médico, llamen al médico, de inmediato! —gritó él al correr hacia la puerta, abrirla y asomar la cabeza. Su madre y hermana sintieron que se congelaban del miedo, las dos de inmediato corrieron al interior del despacho y al acercarse al sofá en donde descansaba, sus ojos se cristalizaron al ver su rostro pálido, sus labios y mejillas sin color, su pecho apenas sí subía y bajaba al ritmo de la respiración, eso no era buena señal.

Uno de los lacayos se encargó de ir por el doctor, pero tardó más de lo esperado, el marqués estaba tan quieto que incluso parecía muerto, por lo que prefirió hacer una primera revisión justo en donde estaban, estabilizarlo y luego llevarlo a su habitación. Su respiración apenas sí era perceptible, pero su corazón seguía latiendo.

—Lord Bristol está muy delicado, debemos llevarlo a la habitación pero debe ser moviéndosele tan poco como sea posible —informó a la familia; Adrián y tres lacayos más, subieron al marqués y lo recostaron sobre su cama; el doctor de inmediato los obligó a dejarlo a solas y empezó a trabajar.

Adrián se sentía tan culpable que sus manos no dejaban de temblar, se movía de un lado a otro, se sentía inquieto, preocupado, era su padre y aunque intentara evitarlo, le tenía cierto cariño. Además, si llegase a pasarle algo, su madre y hermana no se lo perdonarían nunca, pero en su momento estaba tan furioso y fuera de control que no midió sus actos, no pensó que él estaría tan débil, siempre se le veía tan enérgico y lleno de vida... No quería ser marqués, por lo menos no aún, tenía mucho que aprender y para ello necesitaba a su lado al hombre que le dio la vida, no podían arrebatárselo ahora que por fin lo tenía.

Doras después, cuando el doctor ya no tuvo mucho más por hacer, dejó a Bristol descansando y él bajo a hablar con la familia, quienes al verlo, corrieron a su encuentro.

—¡Mi padre, ¿cómo está?! —preguntó Anne con los ojos rojos de tanto llorar y las manos entrelazadas con las de su esposo, quien al enterarse de lo sucedido, corrió a consolarla, apoyarla y acompañarla.

—Me temo que las noticias son desalentadoras, Lord Bristol, al parecer, sufre del corazón, lo que sucedió hoy podía haber ocurrido cualquier otro día, pero se alteró más de lo debido y no lo soportó; por ahora, él está bien, debe descansar y guardar reposo, nada de emociones fuertes, mantener una buena alimentación y nada de whisky o cualquier tipo de bebida fuerte. Denle este polvo tres veces al día. —Le entregó a la marquesa la pequeña bolsa—. Y si llega a empeorar, no duden en llamarme. Ahora, si me disculpan, tengo más pacientes. —El conde de Coventry abrazó a su esposa y le susurró palabras de aliento, al igual que hizo el joven con su madre. Mientras su padre siguiera vivo, había esperanza.

—Sígame, me encargaré de sus honorarios —le indicó Roger. Anne y la marquesa corrieron escaleras arriba, necesitaban verlo, pero Adrián no se atrevió a acompañarlas, por lo que cuando su cuñado regresó, él seguía en la misma posición en que lo dejó, solo que su mirada parecía perdida, como si estuviera pensando en algún negocio—. ¿Te sientes bien? —le preguntó con cierta preocupación, esperando verlo más interesado por la salud del enfermo.

—¿Alguna vez has sentido que todo escapa de tu control, que te sientes fuera de lugar y nada tiene solución? Hace un par de horas, lo único que me preocupaba era Lady Emily y nuestro matrimonio, porque por si no estabas informado, quiero casar con ella, pero volviendo al tema, tras los últimos acontecimientos, llegué a pensar que por fin había conseguido odiarle, pero ahora entiendo que no puedo, aun después de todo lo que me hizo, no puedo. —Se dejó caer en la silla más cercana. De repente empezó a sentirse demasiado cansado. Su cuñado se sentó a su lado y le puso la mano sobre su hombro, él estaba al tanto de todo, Anne le contó cómo era el marqués años atrás.

—Todos cometemos errores, incluso tu padre. Te lo digo yo que tengo un hijo, uno piensa que toma las mejores decisiones, pero luego se da cuenta de que no fue así, pero él no buscaría dañarte. Dale una oportunidad, escúchalo, no esperes a que sea demasiado tarde, porque hoy espero que hayas aprendido

que ni la vida ni las oportunidades son eternas, por eso hay que aprovecharlas en cuanto tienes oportunidad.

—¿Y cómo haces para perdonar lo que ya no tiene solución? Porque no hay forma alguna en que yo pueda recuperar los años que perdí. —Ese era su mayor problema, que aunque no sentía odio hacia su padre, y puede que tampoco rencor, los recuerdos y el preguntarse qué hubiera sucedido si, lo atormentaban, no sabía cómo luchar contra su cabeza.

—Si estuvieras verdaderamente interesado en perdonar a tu padre, hace mucho que ya lo habrías hecho, cada quien es libre de elegir qué quiere recordar y qué no, sé que tú no eres la excepción a la regla, así que todo está en ti. —Se puso de pie y salió del salón, debía buscar a su esposa, era hora de partir, su hijo debía de estar esperándolos, ya mañana podrían volver, el marqués estaría bien cuidado.

Dos semanas después, Adrián seguía sin ir a visitar a su padre, no se sentía capaz de hablarle, aunque durante la noche, mientras el marqués dormía, era él quien velaba su sueño, quien se aseguraba de que su pecho subiera y bajara al ritmo de su respiración, pero cuando el sol empezaba a salir y Bristol debía ser despertado para que tomara su medicina, el heredero solo desaparecía. Sin embargo, esa tarde todo cambió, pues al despertarse parecía alterado y no dejaba de intentar levantarse moviéndose con una agresividad nada recomendable.

La marquesa intentaba calmarlo, pero al ver que fallaba, su hijo intervino tomándolo por los hombros, pensando que era una de sus muchas alucinaciones, normales teniendo en cuenta su situación, según el doctor.

—¡Padre! Por favor, cálmese, que puede hacerse daño. —Pero él no cedió, algo lo atormentaba, algo le preocupaba y aún no entendía qué era, pero empezaba a preocuparse—. ¡Madre! Que llamen al doctor, de inmediato. —La aludida, en medio de las lágrimas, corrió en busca de su mayordomo, mientras que Adrián no pudo hacer más que ejercer un poco más de presión.

—¡Hijo... Emily, tienes que ir por ella! —Él frunció el ceño, lo tomó tan de

sorpresa que se quedó completamente quieto, y contra todo pronóstico, su padre hizo lo mismo, los ojos del marqués se volvieron lucidos, no estaba alucinando, era consciente de lo que decía.

—¿Emily? ¿A qué se refiere? ¿Qué sucede con ella?

—Yo estuve para cuidarla, Dios. ¿Qué si volvió a dejarla sin comida? ¿Seguirá encerrada? Lo siento, de verdad lo lamento y mucho, Laundry sabe lo que sucedió entre ustedes, eso arruinó sus planes, ya la había comprometido con Dartmouth y cuando lo supo, intentó convencerle de que la aceptara mancillada pero yo intervine frustrando sus planes, prometí cuidarla y ahora le dejé abandonada. ¡Corre, ve por ella y llévala lejos! ¡Cásate! Y si para conseguirlo debes llevártela a Gretna Green, pues pide que te arreglen el carruaje, pero no permitas que le hagan más daño. Ella te ama tanto como la amas tú. ¡Corre, no vaya y sea demasiado tarde! —Su hijo dio media vuelta y empezó a correr, pero se detuvo bajo el marco de la puerta.

—No puedo dejarte solo, madre no tardará en volver. —Bristol negó con la cabeza y poniendo todo de su parte para no mostrar ni un solo signo del dolor que sentía en ese momento, con la poca fuerza que el quedaba se sentó.

—Yo estoy en perfectas condiciones. ¡Corre! No te preocupes por mí, aquí estaré cuando vuelvas de la mano de una gran dama. —Cuando el muchacho desapareció a toda prisa, el hombre lanzó una mano a su pecho e hizo una mueca de dolor, sentía su pecho oprimido y le costaba respirar, los latidos de su corazón eran lentos, su vista se tornó borrosa y de repente, su mano cayó. Ya no tenía la fuerza para levantarla, estaba sufriendo, pero no hizo ruido alguno que lo delatara, hasta que su cuerpo no lo soportó más y cayó hacia un lado, y su último pensamiento lo hizo sonreír, su hija estaba felizmente casada, y su hijo pronto lo estaría. Todo había valido la pena si ese era el desenlace, solo lamentaba no haber compartido más tiempo con su familia, pero sabía que eran felices, no necesitaba más.

Capítulo 21

Emily sentía que su corazón se rompía de a poco, ya no le quedaban fuerzas para luchar y enfrentarse a su padre. El cansancio que sentía era arrollador, además que últimamente se estaba sintiendo mal, casi todo lo que comía le provocaba náuseas, siempre estaba cansada y con ganas de dormir, y para completar, la tarde anterior, cuando atendía a sus flores del jardín, a punto estuvo de caer desmayada luego de intentar ponerse en pie. Era algo que no entendía, siempre fue una mujer muy saludable, nunca antes nada la había enviado a la cama, pero en esa ocasión, apenas sí podía salir de esta.

Se abrazó a sí misma y tomó con un poco más de fuerza la manta que la cubría protegiéndola del frío. Su vestido seguramente ya estaría hecho un desastre. Ese día intentó retomar su vida, desayunó un poco de fruta, se puso uno de sus vestidos favoritos y caminó por el jardín, pero el malestar la envió de vuelta a casa y cayó tan rápido sobre la cama que poco le importó cómo quedaba su falda.

Observó la puerta y suspiró, días tras día esperó y esperó a que Adrián y el marqués de Bristol atravesaran esa puerta y la llevaran lejos de ese lugar. Uno de ellos prometió que nunca la dejaría sola, que iría por ella, mientras que el otro prometió cuidarla y protegerla, pero se sentía abandonada. No tenía permitido salir de casa, todos los lacayos estaban muy al pendiente de sus movimientos para informar a su padre, así que le era imposible salir en busca de ayuda. Necesita saber qué iba a ser de ella, de su futuro, o en cualquier

momento terminaría enloqueciendo, no soportaba tanto abandono.

—Emily, ¿te sientes mal, de nuevo? —preguntó la marquesa con preocupación al pasar frente a su habitación y verla recostada, su estado de salud empezaba a preocuparla.

—Sí, ya sabes, de nuevo el mareo y el cansancio, tal vez sea mejor que llames al doctor, síntomas tan prolongados no pueden ser una buena señal —respondió frustrada. Odiaba sentirse enferma, estaba acostumbrada a moverse de un lado a otro sin problema alguno, pero era como si ella no fuera ella misma. Su madre mordió su labio inferior y cerró sus ojos, ya se hacía una ligera idea de lo que acongojaba a su hija y, en definitiva, no era buena idea llamar al médico. Había esperado un poco más de tiempo para estar completamente segura, pero ya no tenía duda alguna.

—Pequeña, cuando un hombre y una mujer comparten el lecho, es normal que en algunas ocasiones, la dama termine encinta, y me temo que ese es tu caso, hija. Tus síntomas no son de una enfermedad, son de un bebé creciendo en tu vientre. —Los ojos de la joven se llenaron de terror y lágrimas, se sentó tan rápido que todo a su alrededor empezó a dar vueltas, miró a su madre esperando que aquello no fuera más que una broma de muy mal gusto.

—No, no puedes estar hablando en serio —murmuró en un susurro, que en su interior era más un ruego, una súplica, pero el rostro de su madre se mostraba intacto. En ese momento su mundo se vino abajo y las lágrimas simplemente cayeron, mojando su rostro.

Como todas las jóvenes, o por lo menos la mayoría, ella, en algún momento de su vida, también soñó con una familia, con tener hijos, incluso llegó a imaginarse lo que se sentiría al tener al fruto de un profundo amor en su vientre, pero de pensarlo a vivirlo era muy diferente, y todo empeoraba teniendo en cuenta que no estaba casada, ni siquiera comprometida, por lo que, en resumen, estaba arruinada.

Su madre corrió hasta ella, se sentó a su lado y la abrazó con fuerza, la joven descansó su cabeza sobre pecho de la marquesa mientras ella la consolaba,

porque ese era, sin duda alguna, el día más difícil de su vida, porque todo parecía indicar que su pequeño no sería más que un bastardo repudiado por la sociedad. Al final los inocentes terminan pagando por los pecadores.

—¿Qué se supone que voy a hacer, mamá? No hay forma de solucionar esto, me entregué a un hombre y no me arrepiento, lo hice por amor. Recuerdo cada caricia, cada beso, con alegría, con ternura, pero no es el momento indicado para traer a un hijo al mundo. —La marquesa dejó un beso en la coronilla de su cabeza y susurró palabras de aliento, no había mucho más por hacer, el pequeño ya existía, y aunque estaba furiosa por lo que estaban haciendo los Wadlow, tenía la esperanza de ver que todo cambiara y para bien.

—Confiar, pequeña, confiar en que todo se solucionará, que tendrás una familia hermosa y que en el día en que nazca tú bebe tendrás a un gran hombre a tu lado. —No era capaz de parar de llorar, lo que la llenaba de frustración, odiaba sentirse tan vulnerable.

Escucharon que un carruaje entraba en la propiedad, pero no le prestaron mayor atención, estaban demasiado preocupadas en otras cosas.

—Lord Wadlow, bienvenido, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó el mayordomo del marqués al heredero.

—¿Se encuentra Lord Laundry en casa? —El mayordomo negó con su cabeza.

—Lo lamento mucho, pero no.

—Perfecto. —No se molestó en entregarle sus guantes y sombrero, solo se limitó a esquivar al hombre e ir escaleras arriba y en ningún momento se detuvo, ni siquiera con las quejas y gritos del mayordomo. Había llegado hasta allí con un propósito y no iba a detenerse. No importaba quién se le interpusiera en su camino—. ¡Emily! —gritó tan fuerte como pudo. En la segunda planta, eran muchas más habitaciones de las que imaginó, tardaría demasiado buscándola en todas ellas, pero luego de llamarla, ella no tardó en aparecer. Cuando la vio, quiso tomarla, abrazarla, besarla, pero sus ojos llorosos lo detuvieron.

—Adrián, pero ¿qué haces aquí? —murmuró ella sin poder creerse lo que sus ojos veían, tenía frente a ella a quien llegó a pensar que no volvería a ver.

—¿Estabas llorando? ¿Estás bien? ¿Qué sucedió? —pregunto preocupado. Ella parecía triste, sus ojos se hinchaban y estaban apagados, hasta su hermoso cabello rojizo había perdido el brillo, y lo odiaba. La joven tomó su rostro entre sus manos y sonrió, verlo había logrado que su corazón latiera tan fuerte que casi hasta podía sentirlo en la punta de sus dedos.

—Estoy bien, solo ¿qué haces aquí? Tienes que irte, mi padre salió pero seguro que no tarda en llegar. —Él la miro con diversión, apoyó sus manos en la curvatura de su cintura y tras un pequeño movimiento, pegó su cuerpo al suyo. Había extrañado tanto su aroma, la suavidad de su piel, el olor de su cabello, el tono azulado de sus ojos, nunca se cansaría de pensarlo, esa mujer era una diosa y él era muy afortunado al tener la posibilidad de tenerla para sí.

—¿Qué, acaso me extrañaste tan poco que ya me quieres enviar lejos? —dijo con diversión, ella rio, negó con la cabeza y enrolló sus brazos en su cuello.

—No quiero alejarte de mí. Si lo que más deseo en este mundo es estar junto a ti para siempre, pero no quiero enfrentamientos, y si mi padre te encuentra aquí, es lo único que encontrarás. Por favor, tienes que irte, encontraremos la forma de vernos, hay algo que debo decirte.

—No, amor mío, yo de aquí no me muevo si no es contigo de mi brazo. Intenté hacer las cosa bien, por ti, por tu reputación, por tu bienestar, pero tu padre no me lo permitió, ya estuviste en mis brazos, eres mía. ¿Crees que podría permitir que otro hombre te tocase? Launderry está empeñado en casarte con el conde, aquí estás en peligro, vente conmigo, iremos a Gretna Green, nos casaremos, seremos marido y mujer y nada ni nadie podrá separarnos, ni siquiera él, pero debemos irnos de inmediato —dijo con afán. No había necesidad de que empacara ropa, él se encargaría de todo, incluso de renovar su armario. Ella solo debía aceptar. A su lado nunca le faltaría nada.

Emily, contra todo pronóstico, se sintió dichosa, el día que imaginó como el peor de su vida, había mejorado considerablemente con solo una visita, pero es que él tenía un poder inexplicable sobre ella, una mirada, una sonrisa y ya estaba suspirando, no entendía cómo era posible, pero tampoco le preocupaba, porque algo le decía que la habilidad era mutua.

—Oh, Adrián, si es a tu lado, no importa el resto. Eres lo único que necesito para ser feliz y cualquier sacrificio es pequeño si con ello logro tenerte junto a mí para el resto de la vida —respondió fundiendo sus labios con los de él en un profundo y anhelado beso.

—¡Emily! Debes irte ahora, antes de que tu padre regrese, tardará un tiempo en notar tu ausencia, eso les dará más posibilidades. —Los apresuró la marquesa de Launderry con una combinación de alegría y nerviosismo. No veía la hora de ver a su hija conformando la familia que siempre soñó, llena de amor, de bondad; su esposo enfurecería, sin duda alguna, pero poco le importaba. Los jóvenes se alejaron, pero las sonrisas no desaparecieron, él le tendió su mano y ella de inmediato la tomó.

—Madre, vendré a verte muy pronto, cuídate. Te amo. —Corrió hacia ella y la abrazó, pero aquello no duró más de un par de segundos. Dejó un beso en su mejilla y corriendo volvió junto a Adrián, alzó su falda y juntos, tomados de la mano, salieron a toda prisa, si alguien llegase a verlos sería un escándalo, y una boda en Gretna Green solo animaría los comentarios, pero guardaba la esperanza en que algún día cesasen.

No habían terminado de subir al carruaje cuando la llegada de otro los alertó. Con terror vieron cómo el marqués de Launderry bajaba y caminaba hacia ellos con la rabia brillando en su mirada, odiaba los intrusos.

—No salgas del carruaje, no importa lo que veas —le ordenó el heredero a la dueña de su corazón. Él bajó y fue a su encuentro—. Milord, es un placer volver a verle, es una lástima que vaya de salida y no pueda quedarme a tomar una copa. ¿Tal vez en otra ocasión? Puede que de ahora en adelante tengamos más razones para vernos más seguido. —Inclinó su cabeza y dio media vuelta,

debían irse tan pronto como les fuera posible.

—¡Que ni se te ocurra, Wadlow! ¿Acaso me cree estúpido? ¡Emily, baja de ese carruaje inmediatamente! No busques que vaya por ti —amenazó. No podía creer que se fuera un par de horas y al volver, el imbécil ese quería llevarse a su hija. Ahora, justo ahora que el conde de Dartmouth, luego de un cuantioso pago, había aceptado casarse con ella. No fue fácil convencerle pero lo logró, Emily nunca sería una Wadlow y sus problemas estaban solucionados, o eso llegó a pensar antes de volver a casa.

—¡No! Usted no volverá a acercarse a ella, no permitiré que la toque. Sepa que la mujer que está dentro de ese carruaje será mi esposa, le guste o no, y le recomiendo que no intente impedírmelo, por su bien.

—Si no la deja volver, ¡lo retaré a duelo! No voy a permitir que mancille a mi hija, su reputación sigue estando intacta. —Él lo miró con diversión, pero no hizo comentario alguno al respecto. Lo estaba provocando y no podía caer en su trampa, no iba a dejar a Emily en evidencia gritando en plena calle lo que sucedió entre ellos.

—Tengo una excelente puntería, en uno de mis muchos viajes, un gran amigo me enseñó a disparar, bien podríamos poner sus enseñanzas a prueba con un enfrentamiento, estos últimos días me he sentido tan mal que no sabe cómo me gustaría expulsar esa ira con usted. —Volvió al carruaje, pero antes de entrar escuchó sus últimas palabras:

—Escuché que su padre está muy mal de salud, estaba en casa de los marqueses de Mayford Haven, sus vecinos. Dicen que tuvieron que llamar al doctor de emergencia, y su madre ya ordenó a los sirvientes que preparen sus vestidos negros. Hasta llamaron a la condesa de Coventry, su hermana. He de suponer que es para darle el último adiós a su padre. ¿Usted alcanzó a despedirse? Espero que sí, porque no creo que tenga otra oportunidad. Al menos mi hija no tardará en ser marquesa, es un gran consuelo para mí. —A Adrián la sangre se le heló, el terror se apoderó de él e intentó convencerse a sí mismo de que sus palabras no eran más que una forma desesperada de

hacerlo desistir de su propósito.

—Miente, y no puedo creer que caiga tan bajo como para jugar con la salud de una persona que me importa.

—No miento, puedes corroborarlo, pero la pregunta es ¿qué elegirás? ¿Llevar a Emily y convertirla en tu esposa o ir en busca de tu padre? Porque no puedes hacer ambas. Si vas a casa, mi hija será repudiada por toda la sociedad al entrar en una casa que no es la suya y en compañía de un caballero que no es su prometido; pero si te vas, no podrás darle un último adiós a tu padre, y Emily ya no estará acá cuando vuelvas. Es una decisión complicada —dijo con diversión, dejándolo sin respiración. Era su padre y nunca le dijo cuánto lo quería.

—Adrián —dijo la joven desde el interior del carruaje. Él giró su rostro y la miró—, ve con él, amor mío, tu padre te ama, siempre quiso tu felicidad, vino a buscarme, ¿si sabias? Negoció con mi padre para que aceptara nuestra unión y habló con el conde para que rechazara nuestro compromiso, todo lo hizo por ti, y ahora te necesita a su lado; si estamos destinados a estar juntos, así será y nada lo podrá cambiar, pero ve con él, lo entiendo —lo animó, porque, aunque se le rompiera el corazón, jamás se perdonaría si ellos no tenían la oportunidad de ser, aunque fuese por un par de minutos, padre e hijo.

El joven no sabía qué hacer. Por un lado estaba la mujer que amaba, si no la sacaba de ese lugar de inmediato, era probable que no la volviera a ver; pero su padre se moría, debía estar a su lado, sin embargo, si estaba tan mal, ya se debía sentir así cuando lo envió a buscarla, y no le importó estar al borde de la muerte, solo pensó en su felicidad. No podía arruinarlo todo, él no lo querría y seguro que le daría una buena reprimenda. No, su deber era con Emily, así lo querría su padre, y no iba a defraudarlo, por lo que solo podía rogar al cielo que le diera un poco más de tiempo. El suficiente para poder verlo sonreír al menos una vez más, ahora se arrepentía de no haber hablado con él cuando tuvo la oportunidad, había sido un imbécil, su cuñado tenía toda la razón, esperó tanto que ya era demasiado tarde.

—No, tú y yo nos vamos de inmediato, y mañana a esta hora, ya serás mi esposa. Él prometió estar cuando yo regresase, sé que jamás me mentiría — murmuró esperanzad. Luego miró al marqués con odio—. Y usted, Laundry, no se merece tener una hija tan maravillosa como Emily. Usted es una basura, solo ruego por que pronto desaparezca y nos deje en paz de una vez por todas. Y no se preocupe, que de nosotros no volverá a saber. —Hizo una reverencia llena de burla, y sin perder más tiempo, subió al carruaje, se abrazó a Emily y cerró los ojos con fuerza. Acababa de tomar la decisión más difícil de su vida, pero no se arrepentía.

—Adrián, podemos ir a tu casa, no me importa lo que diga la sociedad. Igual causaremos un buen escándalo después de esta huida. Seguro que mi padre no tarda en informar a todos que su hija fue vilmente raptada, Un comentario más no acabará conmigo. —Él enterró su nariz en su cabello y negó.

—No, amor mío, una cosa es desaparecer y volver siendo marido y mujer; y otra muy diferente es movernos por todo Londres como si no nos importasen sus normas, como si nos burlásemos de ellas, eso jamás te lo perdonarán y sé que la sociedad puede ser muy cruel. ¿No sabías que mi hermana terminó casada gracias a un escándalo? Haremos esto tan bien como nos sea posible. —Se alejó un poco y la besó. Beber un poco de ella era todo lo que necesitaba para menguar el dolor de su corazón, ella lo merecía, más después de haberse entregado a él sin reservas ni protestas. Le entregó su amor y él le correspondería.

Capítulo 22

Hicieron su primera parada en una posada para descansar, alimentarse y cambiar de caballos, el cansancio empezaba a pasarles factura. Habían sido muchas horas de viaje y aunque el carruaje era muy cómodo, sus piernas pedían a gritos ser estiradas. Si continuaban con ese paso, lograrían llegar a Gretna Green al siguiente día, tal vez un par de horas antes del mediodía.

—Espérame acá en lo que hablo con el dueño, les pediré unos platos de comida y dos habitaciones libres —dijo Adrián antes de bajar del carruaje. Ella lo tomó del brazo y lo detuvo.

—¿Dos? ¿Por qué dos habitaciones? —Él acarició su rostro con ternura.

—Una para ti y uno para mí, aún no estamos oficialmente casados, ¿no tienes miedo de pasar la noche entre mis brazos? —La joven lo miró con diversión, se abrazó a él por el cuello y acercó sus labios a los de él.

—Lo tendría si fuera la primera vez, pero ¿debo recordarte que ya he sentido lo que es estar entre tus brazos? Es maravilloso y no me pienso alejar de ti, en un par de horas estaremos casados así que poco importa el resto. Estos últimos días han sido difíciles, y después de todo lo que sucedió hoy, ahora más que nunca te necesito a mi lado, solo a tu lado encuentro fuerza y paz para enfrentar todo. —Adrián no soportó más la espera, solo la besó. Ella se estaba convirtiendo en un bálsamo para sus heridas, en especial para la herida que había dejado su padre, aunque aún no perdía la esperanza de llegar a casa y verlo sentado tras el escritorio de su despacho, siempre con el ceño

ligeramente fruncido y un vaso con whisky a su izquierda. Rogaba al cielo por tener la oportunidad de abrazarlo, aunque fuera una única vez.

Juntos, bajaron del carruaje, pero él la dejó en la recepción en lo que hablaba con el dueño; consiguió una muy buena habitación en la que luego de comer, durmieron desnudos, abrazados, sintiéndose cerca el uno del otro, no hubo necesidad de más, para ellos no había mayor placer que ese.

La marquesa de Bristol tuvo la inteligencia de empacarles un poco de ropa y comida en lo que preparaban el carruaje, cosa que el joven heredero pensaba agradecerle en cuanto volviera a casa. Él estaba tan apurado y preocupado que no se le ocurrió aquella cosa tan esencial; para Emily empacó uno de los antiguos vestidos de Anne, era sencillo y delicado, y aunque le quedaba un poco corto y ajustado del busto, era perfecto.

Para el medio día ya eran marido y mujer, y aunque tenían la oportunidad de quedarse a disfrutar de su unión, en cuanto tuvieron oportunidad, emprendieron el camino de vuelta a Londres. Debían llegar de inmediato; solo se detuvieron cuando era estrictamente necesario, como para darle de beber a los caballos y para alimentarse ellos, pero por más cansados que se sintieran, continuaron. No solo Adrián quería ver a su padre, Emily también quería agradecerle al marqués todo lo que hizo por ellos, por ser el gran hombre y padre que era, quería decirle lo mucho que lo iban a extrañar.

Llegaron a Londres cuando aún no amanecía y fueron directamente a la residencia de los Bristol; por la hora, cabría esperar que la casa estuviera en completo silencio, se supondría que todos estarían durmiendo, pero contrario a ello, había tanto revuelvo como el que habría horas antes de ofrecer una cena o velada.

—Milord —saludó el mayordomo haciendo una reverencia. El heredero le entregó sus guantes y sombrero a la vez que su esposa se deshacía de su capa y guantes. Estaban por subir las escaleras cuando el médico y la marquesa aparecieron por estas. Ella lloraba mientras el doctor parecía explicarle algo, ambos se temieron lo peor. Adrián, sin esperar o preguntar, corrió escaleras

arriba como si su vida dependiese de ello, no tardó más que un par de segundos en llegar a la habitación de su padre y entró dándole un fuerte empujón a la puerta que hizo que la madera causara un estruendo, pero al mirar hacia la cama, se quedó de piedra.

—Te pague una de las educaciones más costosas de toda Inglaterra, costé todas las comodidades que alguien puede imaginarse, ¿y no te enseñaron que antes de entrar se debe golpear y pedir permiso? Por Dios, hijo, espero que tengas una buena explicación —dijo el marqués con diversión. Estaba sentado, recostado en el cabezal de la cama, sus mejillas tenían un divertido tono rosado y lucía saludable, fuerte, alegre, lleno de vida. El joven, por un momento, no supo qué hacer, no sabía cómo moverse o qué decir, así que solo hizo lo que le pedía su corazón, lo que más deseaba: corrió y se lanzó a sus brazos como si de un niño pequeño se tratase.

—Estás vivo —susurró con alegría. A pesar del pequeño golpe que le dio en el estómago a su padre cuando cayó sobre él, Bristol lo abrazó con tanta fuerza como se lo permitieron sus brazos. Sus ojos se cristalizaron y pronto empezaron a derramar lágrimas que rápidamente mojaron sus mejillas, dejó un pequeño beso en la cabeza de su hijo y sonrió.

—Te prometí que estaría aquí cuando volvieras, ¿lo olvidaste? —El joven no lo quería soltar, ni siquiera para limpiarse las lágrimas que mojaban sus mejillas y la bata que cubría el pecho de su padre. Nunca imaginó que los latidos del corazón del hombre que le dio la vida le causarían tanta felicidad.

—Launderry me dijo que habías muerto, que mamá había pedido a sus sirvientes que preparasen sus vestidos negros. Dios, no sabes lo que sentí en ese momento, fue como si arrancaran un pedazo de mi corazón. —Levantó el rostro y lo miró a los ojos. Verlo llorar era algo que nunca pensó que fuese posible—. Perdóname, papá, perdóname si te he hecho sentir mal, si te he causado algún daño; por fin entendí que las personas se equivocan, pero lo único que importa es saber remediarlo, y aunque tú cometiste tus errores, hiciste todo a tu alcance para corregirlos. Yo no tuve la inteligencia de verlo, y

no sabes cómo le agradezco al cielo que me haya dado la oportunidad de decirte que te quiero. —Las lágrimas del marqués cayeron con más fuerza, no podía hablar, la emoción no se lo permitía.

—La vida no es eterna, hijo, llegará el momento en que yo deje este mundo, y aunque acepto que estuve a punto de morir, no podía irme sin haber escuchado esas palabras que tanto ansié. Te quiero, Adrián, con todas las fuerzas de mi corazón. Tú, Anne y tu madre son mi tesoro más preciado, y quiero dedicar cada segundo que me quede de vida a llenar sus días de felicidad y amor, entendí mi error, y te juro que nunca más volveré a cometer tal estupidez —dijo con voz entrecortada cuando el llanto se lo permitió. Ambos caballeros permanecieron abrazados hasta que un gemido llamó su atención.

En la puerta estaban Emily y la marquesa, abrazadas, llorando tanto como ellos, lagrimas causadas por la emoción que les causaba lo que sus ojos veían.

—¡Mamá! ¿Por qué llorabas cuando llegué? ¡Me imaginé lo peor! —le reprochó el joven. Emily le lanzó una mala mirada para luego poner los ojos en blanco, ella estaba feliz de hacer parte de una familia tan hermosa y tan llena de amor.

—¡No me diste tiempo de explicarte! El doctor vino hace un par de horas porque tu padre estaba muy pálido, estaba muy asustada así que él se quedó a cuidarlo; cuando llegaste, lloraba porque el doctor me explicaba que lo sucedido parecía más un milagro. Él despertó a la madrugada, muerto de hambre, y lucía como si nada hubiera sucedido, como si no hubiera estado al borde de la muerte. Solo eran lágrimas de felicidad —le explicó aún abrazada a la esposa de su hijo. Solo en ese momento el marqués fijo su mirada en la puerta y vio a la hermosa pelirroja.

—¡Emily! —gritó con emoción. Ella amplió la sonrisa y sin importarle si no era correcto, corrió hacia el otro lado de la cama y lo abrazó. Él solo pudo corresponderle tomándola con un solo brazo, pues el otro permanecía aferrado a su hijo.

—¡Oye, que es mi padre! —protestó el joven con diversión causando una carcajada en su padre; él cerró los ojos y disfrutó del sonido, era maravilloso.

—Estamos casados, así que ahora, también es mi padre —respondió su esposa para luego mostrarle la lengua, lo que aumentó las risas.

—¡Casados! Emily, no sabes la alegría que me da saber que haces parte de nuestra familia. ¡Bienvenida, hija mía! —Los ojos de la joven brillaron llenos de emoción, nunca había tenido un padre, el suyo era la peor persona que conocía, por lo que encontrar uno hinchó su corazón, le esperaban muchos años de felicidad, de eso estaba segura.

—Gracias, muchas gracias por todo lo que hizo por nosotros.

—Tranquila, pequeña, no tienes nada que agradecer, gracias a ti por hacer feliz a mi hijo. —Dejó un beso sobre su frente y los abrazó una vez más.

—¡Bueno, ya no más, basta, todo muy hermoso pero todos necesitamos descansar! —dijo la marquesa, preocupada por la salud de su esposo y por los rostros llenos de cansancio de su hijo y su nueva hija—. Adrián, tu habitación esta lista, ordené que la prepararan para una nueva acompañante. Emily, hablaré con tu madre para ver si recuperamos algunos de tus vestidos. En lo que los conseguimos o pedimos que te hagan unos nuevos, puedes usar unos que dejó Anne antes de casarse, espero que no te moleste.

—Oh, no, no hay ningún problema, no me quedan tan mal —respondió con diversión mirando su pecho. El vestido marcaba a la perfección sus senos, no era lo más correcto pero no es como que tuviera intenciones de salir.

—Sí, puede que Anne tuviera menos busto, pero hablaré con una de las sirvientas a ver qué se puede hacer. Mañana podrás elegir a tu doncella y tomarás tu lugar en la casa. —Los jóvenes se pusieron en pie.

—¡Grandioso! Muchísimas gracias, me siento como en mi hogar. —La joven dejó un beso en la mejilla del marqués y fue a abrazarse a la marquesa, no podía estar más feliz.

—Vamos, te acompañaré a tu habitación. —Ambas damas desaparecieron por la puerta dándole a los caballeros un poco de privacidad.

—Papá, ¿me enseñarás a llevar tus negocios? Debes descansar, llevar una vida más tranquila, no quiero que esto se repita, no sabes la pesadilla que fue verte tan enfermo, debes delegar responsabilidades —dijo sentándose junto a él y tomando su mano, el aludido asintió.

—Me parece bien. Luego de dormir un poco empezaremos las clases, aunque me temo que tendrás que pasar muchas horas del día a mi lado, espero que eso no implique un gran sacrificio para ti.

—No, papá, no será un sacrificio, será un verdadero placer. —En ese momento, ambos entendieron lo que era sentirse completo, pleno, feliz.

Lilian ayudó a Emily a despojarse de su vestido, peinó su cabello y la ayudó a ponerse un camisón. Desde que su hija se casó no había tenido la oportunidad de hacer algo así, aquello fue como retroceder varios años, aquellos tiempos en los que su mayor placer era acompañar a su pequeña, velar su sueño, disfrutar del olor de su sedoso cabello... Era agradable saber que ahora tenía otra hija.

—Listo, pequeña, te daría toda una charla de lo que sucede entre un hombre y una mujer pero creo que eso ya no es necesario —dijo divertida causando un sonrojo en la joven.

—¿Puedo confesarle algo? —La marquesa asintió—. Tengo miedo, estoy embarazada y temo no ser buena madre, no poder demostrarle todo el amor que siento, temo causarle algún daño o tristeza. —Los ojos de su acompañante se cristalizaron.

—Oh, ¡voy a ser abuela! ¿Adrián lo sabe? —La joven negó—. Bueno, no tienes de qué preocuparte, irás aprendiendo a medida que avanza el tiempo. Además, supongo que sabes lo que sucedió entre mi esposo y mi hijo, los errores muchas veces son comunes, pero el amor siempre será más fuerte. Y lo más importante: no estarás sola, tienes un esposo que te ama, y nos tienes a nosotros, que no sabes lo feliz que me hace saber que seré abuela de nuevo. Pronto verás que ser madre es lo más hermoso que le puede suceder a una mujer, prometo estar ahí siempre que me necesites. —Un suave golpe en la

puerta la silenció, el heredero asomó su cabeza y sonrió.

—¿Puedo pasar?

—Claro, hijo, yo ya me iba. —Dejó un beso en la frente de la joven y le guiñó un ojo en muestra de complicidad. Se despidió de su hijo y salió de la habitación, se moría por llegar a la suya, desnudarse y acostarse junto a su esposo, extrañaba sus caricias.

Adrián se acercó a su esposa, dejó un beso sobre sus labios y luego se alejó para deshacerse de su ropa. Ella se mordió el labio inferior y disfrutó de ver como poco a poco, el cuerpo de su esposo quedaba a su vista.

—Deja de mirarme así o terminarás desnuda sobre mi cama y conmigo entre tus piernas. —Ella soltó una carcajada, caminó hasta ponerse frente a él y con una mirada coqueta, tomó el borde de su camisón. Él intentó tocarla, pero ella no se lo permitió. Desanudó el único cordón que lo sujetaba a su cuerpo y con un pequeño movimiento, la prenda empezó a deslizarse por su cuerpo hasta finalmente caer al suelo dejándola completamente desnuda.

—He estado pensando —dijo con coquetería para luego darle un pequeño empujón a su esposo con el que terminó acostado sobre el colchón, momento que ella aprovechó para subirse a horcajadas sobre él y acariciar su pecho con uno de sus dedos—, ya que fui yo quien se empeñó en conquistarte, supongo que ahora, de casados, no puedo dejar de hacerlo si tengo la intención de mantenerte lejos de las otras mujeres que busquen tus atenciones. —Él la tomó por los muslos de las piernas, su erección creció y gimió al tenerla en esa posición.

—Yo creo que fallaste en tu propósito. El que terminó conquistándote fui yo, pero como soy un hombre de lo más complaciente con la dueña de mi corazón, permitiré que me conquistes tanto como deseas. Te amo tanto, Emily Wadlow, futura marquesa de Bristol. —Ella se apoyó sobre su pecho a la vez que ubicaba su pene en su entrada.

—Eso ya luego lo charlaremos, porque te recuerdo que fui yo quien robó tu corazón, pero por otro lado, espero que ese amor te alcance para una personita

más. —Tomó la mano de su esposo y la puso sobre su vientre, aún plano. Los ojos de su esposo se abrieron llenos de sorpresa—. Gracias a nuestros actos, tendremos que buscar la forma de hacerle creer a todos que este pequeño fue concebido nuestra noche de bodas. Espero que se te ocurra una buena idea. — Adrián notó que su corazón latía tan rápido... Lo que sentía en esos momentos era inexplicable, sería padre, no había pensado en eso hasta que su mano acarició el vientre de su esposa.

—Seré papá —susurró sin poder creerlo. En un impulso, se giró hasta dejarla bajo su cuerpo, besó sus labios, bajó por su cuello, besó sus pechos y continuó bajando hasta llegar a su abdomen—. No sabes cómo te amo.

—¿A tu hijo o a mí? —preguntó su esposa.

—A ti, por darme la oportunidad de amar; a nuestro hijo, por ser el fruto de nuestro amor. —Recorrió el mismo camino de hacía un momento hasta que sus labios se rozaron con los de ella—. Ahora permíteme demostrarte cuánto amor hay en mi corazón, para ti y para todos los hijos que me quieras dar. —Se ubicó entre sus piernas, la besó y empezó a introducirse en su cuerpo con movimientos lentos. Ambos gimieron cuando sus cuerpos se unieron por completo, ella enrolló sus piernas en su cadera y se aferró a sus hombros.

Entre embestidas y gemidos se juraron amor eterno, entrega absoluta y una eternidad de felicidad. Ambos dispuestos a conquistar el corazón del otro cada día de sus vidas, acababan de empezar una nueva historia, y no podían estar más emocionados.

FIN

Epílogo

Meses después...

—¡Te odio, Adrián Wadlow! —gritó la joven con desesperación. Ya no soportaba el dolor, y la angustia empezaba a apoderarse de ella, nunca imaginó que traer un hijo al mundo podía ser tan doloroso, era como si le estuvieran arrancando un pedacito del alma, y aún más injusto que fuera ella la única a punto de morir mientras que su esposo disfrutaba de una copa con whisky.

—Por más que lo grites e insultes, el dolor seguirá estando ahí, mejor piensa en empujar. Emily, vamos, tenemos que traer a tu pequeño al mundo —la animó la marquesa con diversión. Ella tuvo dos hijos y sabía perfectamente que en cuanto supieran de la existencia de un segundo hijo saltarían de la felicidad. Ni el dolor del parto se comparaba con la felicidad que provocaba tener a tu hijo en brazos; ver cómo, con el tiempo, aquello que se creó con tanto amor empezaba a crecer hasta convertirse en todo un caballero o en toda una dama.

—Oh, Lilian, no sé si lo intentaste, pero de verdad que funciona. ¡Por supuesto que disminuye el dolor! —respondió agradeciendo poder centrar su mente en otra cosa para luego poder tomar una respiración profunda y empujar una vez más, dejando ahí todas sus fuerzas.

—Hijo, ¿quieres quedarte quieto? Si sigues así terminarás haciéndole un agujero al suelo, todo va a estar bien, tu esposa es una mujer valiente,

saludable. Seguro que un par de horas podrás tenerla entre tus brazos mientras tu pequeño descansa, solo cálmate un poco —dijo el marqués con toda la paciencia del caso, porque, aunque en cierta parte, entendía las razones de sus nervios e inquietud, también sabía que era innecesario, todo iba a estar bien.

En ese momento, la joven soltó una palabra que de ninguna manera entraría entre las adecuadas para una dama, los caballeros se miraron entre sí y soltaron una carcajada.

—Seguro que después de esto no me dejará volver a tocarla —comentó el heredero con diversión. En ese momento, su hermana, Lady Coventry, cruzó la puerta de entrada, se quitó su capa y la dejó en manos del mayordomo.

—Es poco probable que eso suceda, créeme. Lamento la demora, mi pequeño y su padre no querían dejarme salir. —Se acercó a su padre y dejó un beso en su coronilla para luego acercarse a su hermano y darle un cálido abrazo—. Ya verás que pronto todo terminará. Todos los partos son así, largos y difíciles, pero el final es maravilloso. —Dejó un beso en su mejilla, le guiñó un ojo y se encaminó escaleras arriba.

Minutos después, tras pujar por última vez, la futura marquesa cayó rendida, pero tras escuchar el llanto de un bebe, levantó su cabeza y vio maravillada cómo envolvían al pequeño en una manta para luego entregárselo. En cuanto lo tuvo en brazos, sus ojos se cristalizaron y su corazón latió con fuerza. Era la perfección en persona, lo más hermoso que había visto en su vida.

—¿Aún sigues odiando a tu esposo? —preguntó su suegra haciéndola reír. Limpiaron el sudor de su frente y la cubrieron—. Iré por él, seguro que ya quieres tenerlo junto a ti, y gracias, por hacer crecer a esta hermosa familia. —Le dio un tierno beso en su frente y salió en busca de su hijo dejándola en compañía de Anne.

La marquesa de Bristol no alcanzó a avisarle que ya podía subir cuando su hijo ya iba escaleras arriba. Ella suspiró y corrió a abrazar a su esposo, la emoción se había apoderado de ella y sus mejillas empezaban a ser mojadas por un torrente de lágrimas, fiel muestra de la alegría y emoción que sentía en

ese momento, no existía persona más feliz que ella al ver que su familia aumentaba el número.

—Ven, amor mío, quiero que veas a nuestro pequeño hijo —dijo Emily en cuanto él cruzó la puerta con la velocidad de un rayo. Anne se escabulló hasta la salida, no quería molestar, ellos necesitaban tiempo a solas. El aludido se acercó a la cama a paso lento sin dejar de ver el pequeño bulto en los brazos de la dueña de su corazón, su hijo. Era el padre de un niño robusto y hermoso, tenía su color de cabello y de piel, ¿tendría su color de ojos? Tomó asiento junto a su esposa y levantó la mirada para deleitarse con su perfecto y maravilloso rostro. No le molestaría que el bebé tuviera el mismo tono azulado de ella. Seguro que justo ahora estoy lejos de ser la dama hermosa de la que te enamoraste —comentó ella.

—Justo ahora, eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida. —Dejó un beso sobre sus labios y luego acarició con delicadeza la mejilla del pequeño. No podía creer que ellos dos hubieran hecho algo tan puro y perfecto.

—¿Cómo te gustaría que se llamase tu heredero? —preguntó la futura marquesa.

—No sé si estés de acuerdo, pero me gustaría que su nombre sea en honor a un gran hombre, mi padre, John Wadlow, ¿te gusta? —La joven se quedó mirando al bebé y asintió, estaba completamente de acuerdo. Después de todo, fue ese caballero quien los unió para la eternidad, le debían mucho y no había mejor forma de pagar sus sacrificios que dándole su nombre a su nieto.

—Me encanta. —Él tomó el rostro de la dueña de su corazón entre sus manos y rozó sus labios con los de ella.

—Lady Wadlow, espero que todas esas palabras que vociferaste mientras el pequeño nacía no hayan sido más que mentiras y amenazas sin razón, porque aunque me odies, yo te amo demasiado como para pensar en evitar volver a tomarte en brazos y hacerte el amor una y otra vez. Quiero más hijos. —Ella soltó una fuerte carcajada que hizo que el pequeño John se removiera incómodo entre sus brazos.

—Vale, por lo menos espera a que este bebe crezca, o que al menos yo descansa un poco. Ya luego veremos lo de tener más hijos. Por ahora disfrutemos de este —susurró para luego besarlo con toda la pasión y amor que encontró en su corazón.

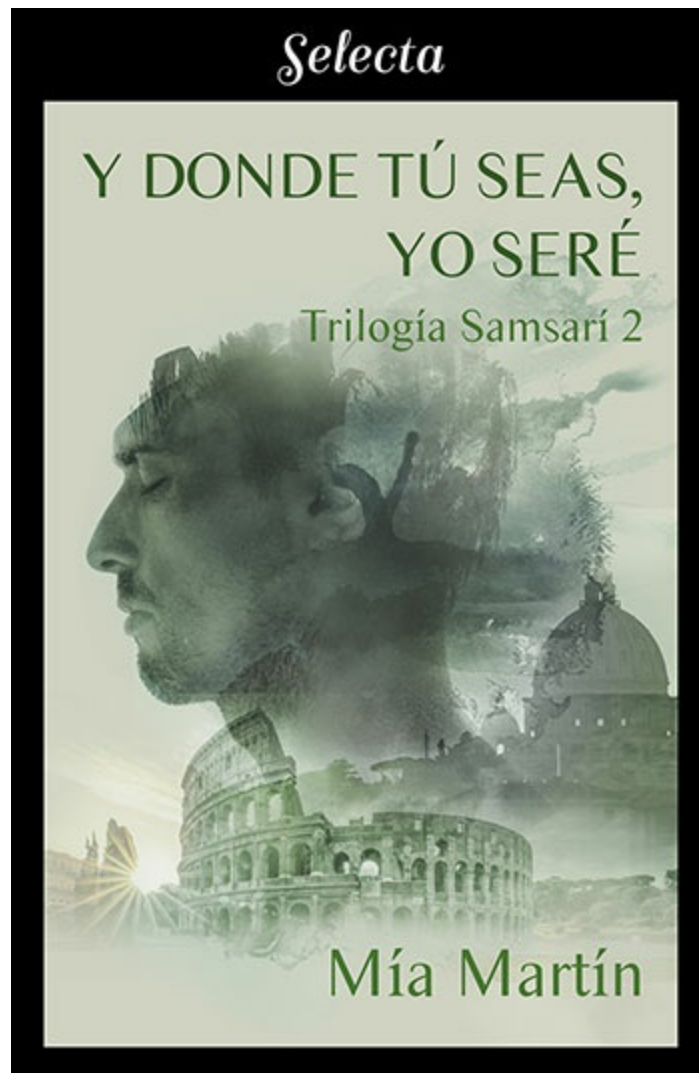
Si te ha gustado

La gran conquista

te recomendamos comenzar a leer

Y donde tú seas, yo seré

de *Mía Martín*



Marco Stamile siempre había disfrutado de las películas de artes marciales, en especial, las de Bruce Lee, del cual se proclamaba su más ferviente admirador. Incluso recordaba que, poco después de su decimocuarto cumpleaños, había convencido a sus padres para que le pagaran un curso de tres meses de kung-fu. Acudía tres veces por semana después de clases a la academia de artes marciales en un barrio céntrico de Palermo, con un empeño y una ilusión que impresionaba incluso a su maestro.

Al joven Marco también le entusiasmaban los juegos de la Nintendo que le sisaba a su hermano mayor y los *rigatoni alla puttanesca* que preparaba su madre los domingos. Pero lo que más ilusionaba a Marco era salir de fiesta con sus amigos. Los jóvenes solían reunirse los viernes, una vez que caía el sol, en una pequeña *piazza* del centro. Charlaban de aquellos temas de los que estaba prohibido hablar, fumaban pitillos a escondidas, bebían alcohol y así se sentían muy machos. Aunque, por encima de todo lo demás, los chicos se reunían en la plaza los viernes por la noche para intentar ligar con las chicas, que, perfumadas y lejos de la vigilancia devota de sus padres, se mostraban como un bocadito delicioso. O eso decía siempre Natale Brusco, el chico más osado del grupo, que con su labia y sus ojos índigo siempre terminaba atrayéndolas, y así los demás iniciaban una conversación con ellas y, si tenían un poco de suerte, terminaban quedando a solas. La posibilidad de echar un polvo a los quince años era comparable para Marco con la de obtener cinturón negro en kung-fu o que su hermano Pietro le permitiera salir con él y sus amigos a hacer la calle, algo que no sabía muy bien qué significaba, pero sonaba la mar de interesante.

Sin embargo, Marco nunca tuvo mucho éxito en el aspecto amoroso. De estatura media, complexión delgada y unos brazos demasiado largos pegados a

un tronco pequeño, no solía despertar el interés femenino en un primer momento. Tampoco en un segundo y ni tan siquiera en el tercero. El fuerte de Marco tampoco era la labia o el piropo resultón. Marco era un tipo corriente, que a los quince años recién cumplidos no tenía muy claro lo que quería de la vida. Varios de sus amigos se estaban forrando, vendiendo mierda por ahí, sin embargo, a Marco ese mundillo no le atraía lo más mínimo.

Todo cambió el 23 de mayo de 1992. El día que Totó Riina ordenó a sus sicarios hacer volar el vehículo en el que viajaba el juez Giovanni Falcone con su familia y escolta hacia el Aeropuerto Internacional de Palermo. Meses después también silenciarían la voz justiciera de Paolo Borsellino en una de las calles principales de la capital siciliana.

Marco había estado en casa soportando, a duras penas y con esa sonrisa plastificada que dedicaba a la familia, la fiesta de cumpleaños de su madre. Cuando la televisión informó de lo que había sucedido, la algarabía de la fiesta enmudeció. Poco después, las tías y primas y también los hombres de la familia abandonaron la vivienda, bisbiseando disculpas y lamentándose de la situación en la isla. Como nadie parecía prestarle atención, Marco había escapado de casa y se había dirigido hasta la *piazza*. Le sorprendió que sus amigos rieran y comentaran las tonterías de siempre. ¡Por el amor de Dios! Se habían cargado a Giovanni Falcone. Lo habían hecho volar por los aires. El instituto sismológico de Sicilia había registrado el atentado como un movimiento en la Tierra. Marco, profundamente afectado, les había comentado lo que le había sucedido al juez. La respuesta de Natale lo dejó frío: «A mí qué me importa», le había dicho con un gesto despreciativo para darse la vuelta y seguir hablando con los demás. El joven Stamile se había apartado del grupo y se había dedicado a deambular desorientado por las calles hasta que sus pasos se detuvieron frente la puerta de la academia de artes marciales y así, contemplando la imagen de dos hombres enzarzados en una lucha feroz, comprendió que eso era lo que tenía que hacer. Dedicaría su vida a pillar a los malos. Aunque le costara la vida como a Falcone. Aunque sus amigos lo

dejaran de lado. Aunque no pudiera volver a ver su *mamma* ni probar nunca más su deliciosa pasta.

Después de diecisiete años en el Arma, Marco Stamile, alias «el Mago», aún amaba su profesión y disfrutaba capturando a los mafiosos. Lo malo es que desde hacía unos meses el cumplimiento de su trabajo le estaba pasando factura a su vida.

Roberto PASTRIANI llegó al aeropuerto de Roma-Ciampino con hora y media de antelación. Vestido de paisano: vaqueros, camiseta y el petate colgado de un hombro; se paseaba por la terminal de Raynair con aire distraído.

Le molestaba tener que largarse de Roma justo ahora y después de haber visto a Michela. Lo que ayer le parecía una idea maravillosa, ahora lo fastidiaba. Sentía que la dejaba desamparada, a merced de los impulsos arbitrarios de Lukas. ¿Y si el bastardo volvía a buscarla? ¿Y si ella lo perdonaba? Apretó la mandíbula. «Ella no es cosa tuya —se recriminó con dureza—. No te quiere en su vida. Lo aceptas y ya».

Decidió tomarse un café sentado en unas de las cafeterías que inundaban la terminal y se ordenó concentrarse y terminar de leer la documentación que llevaba en su bolsa de viaje. La unidad había logrado averiguar, después de meses de escuchas y seguimientos, que un cargamento de varias toneladas de cocaína pura estaba siendo enviado por la UAC colombiana. Los propios calabreses eran los que proveían de barcos al cartel colombiano, gracias a sus contactos en Venezuela. Si los cálculos eran acertados, recalaría en los próximos días en las costas españolas. Se creía que Milán era uno de los primeros destinos del alijo. La misión que le había encomendado el comandante del ROS era seguir la droga, comprobar las conexiones, sacar fotos y recabar todas las pruebas que pudiera. Extrajo del bolsillo trasero de sus *jeans* su móvil y marcó un número de teléfono.

—Su mago al aparato, ¿qué pasó, Bracconiere?

—¿Mucha movida por allá?

—La de siempre. ¿Tiene los informes?

—Los llevo encima y unos minutos por delante para empaparame de todo...

—Están colaborando directamente con los colombianos —le explicó Marco Stamile—, con dos hermanos que pertenecieron a la UAC, oriundos de Antioquia: los Vargas. Temibles y muy violentos en palabras del Loco Barrera. Se cree que se están haciendo cargo de todo el cotarro. Las nuevas noticias no han sentado muy bien. Al parecer, no ha hecho mucha gracia por aquí que el Carnicero se esté deshaciendo de los intermediarios.

—¿Y algo de lo que me interesa? —preguntó Roberto.

—Por ahora nada.

—Me da en la nariz que se va a poner la cosa roja por allí, ándate con ojo —le advirtió Pastriani.

—Siempre lo hago, señor, pero gracias.

—Nos vemos.

—Hasta la vuelta.

Abandonó la zona comercial del aeropuerto, se ajustó sus gafas Ray-Ban Aviator y avanzó hasta la terminal militar pisando con sus Panamá Jack el suelo de asfalto que parecía derretirse a cada paso que daba, debido al intenso sol romano que anunciaba el final del verano.

Roberto observó a sus compañeros subir las escalerillas del avión. «Al parecer — se dijo Pastriani con cinismo— el estúpido ego del ministro de Defensa quiere causar buena impresión a sus homónimos españoles». Los trasladaban a él, al operativo especial y a todo el equipo en un Piaggio P180 Avanti en su versión militar. Su configuración combinada lo hacía ideal para el transporte de unidades ligeras.

Durante el viaje entabló las típicas conversaciones con sus compañeros. Los hombres contaban chistes subidos de tono sobre las mujeres españolas que esperaban conocer y discutieron, acaloradamente, algunos temas que en los últimos meses traía de cabeza a todos los cuerpos de la Policía. Los últimos

recortes del gobierno del Berlusconi. El mal de ese puñetero país. «Como si no tuviéramos bastante con el sueldo de mierda», se quejaba uno. «Amén de la incomodidad de la uniformidad, *più bella* pero trasnochada», en palabras de otro *carabiniere*. Gracias a las nuevas medidas tendrían que lidiar con los violentos altercados en los que vivían inmersas las principales ciudades del país con menos hombres y equipos ineficientes. «Así está el patio, señores», finalizó un *maresciallo* que inició un tema de conversación que captó la atención de todos: el rumor de la nueva remesa de vehículos para las fuerzas del orden que llegaría desde España y desbancaría a las casas italianas. Roberto casi no escuchaba, su mente no cesaba de repetir una y otra vez la misma absurda cantinela: Michela, Michela, Michela. Terminaría componiéndole un poema. Esos días había empezado a solidarizarse con las estúpidas canciones de amor desesperado y aquellos infumables poemas que había tenido que estudiar en el colegio. Comprendía a esos pobres tipos desgraciados, absurdamente enamorados. ¿Quién se lo hubiera dicho? Se había convertido en uno de ellos. A su edad.

Llegaron al aeropuerto de Logroño, Agoncillo, a las 20:15. Nada más poner un pie en tierra fueron recibidos por el teniente coronel de la Guardia Civil y jefe de operaciones especiales del Grupo de Acción rápida, GAR, Florencio Rigoto. Compartieron los saludos de rigor, un poco de charla intrascendente e hicieron lo propio con los gendarmes franceses que ya se encontraban en la base.

Los trasladaron en camiones militares hasta el Polígono de Experiencias de las Fuerzas Especiales (PEFE). Les mostraron las instalaciones y los campos de adiestramientos y entrenamientos. Se sacaron unas cuantas fotos para la prensa, todos muy sonrientes, y compartieron una cena conjunta: franceses, italianos, españoles, portugueses y holandeses.

A Roberto le llamó la atención, en especial, uno de los españoles. Mientras todos los demás reían y charlaban, el guardia civil que parecía más un titán que un ser humano se dedicaba a engullir su comida como si las

conversaciones a su alrededor le resultaran intrascendentes. Y así era. Los hombres chapurreaban algo de inglés, un poco de italiano y bastante español. Roberto dudaba que se llegaran a entender, pero el titán seguía a su rollo, sin hacer muchos aspavientos ni llamar la atención sobre su persona. Llevaba el pelo cortado casi a ras, aunque se había dejado una cresta estilo mohicano en el centro del cráneo. Debía medir cerca de los dos metros. Su espalda no tenía fin y sus manos asemejaban jamones, esos que tanto gustaban en la península ibérica. Era uno de los tipos más grandes que había visto en su vida. También parecía de los peligrosos. Todos contuvieron el aliento cuando el gendarme sentado a su lado, mientras explicaba una anécdota, derramó el contenido íntegro de su cerveza sobre el pecho del titán. Roberto se puso en guardia por si tenía que intervenir y separarlos. Sin embargo, el tipo con mucha parsimonia recogió el vaso del suelo, como si se tratara del juego fastidioso de un chiquillo. Farfulló lo que parecieron varios insultos en español y se limitó a lanzarle una mirada incendiaria al sujeto cuando le devolvió el vaso. Después de eso se reanudaron las conversaciones y él siguió a su rollo.

Sus miradas se encontraron por encima de la mesa minutos después. Roberto le hizo un gesto con la cabeza. El titán respondió con un alzamiento de cejas. PASTRIANI golpeó el codo de su compañera de banco, una guardia civil grandulona y con cara de malas pulgas. Se dirigió a ella en su pesado español.

—¿Hay alguien por aquí que sepa moverse por la zona de Pontevedra?

La mujer levantó la cabeza y enfocó su mirada sobre el titán. Roberto sonrió. Así que el titán conocía Pontevedra.

—Little John estuvo destinado varios años en la provincia.

Pronunció mal el inglés y sonó a algo parecido a *liteyon*. —Así le decís...

Roberto volvió a echar un vistazo rápido al tipo. El apodo le iba que ni pintado.

—Así mismo, *tenente*. El capitán Juan Santiago Ruano.

Inés Soto se cruzó de brazos y rechazó la revista que le ofrecía su madre con

una sonrisa tensa. La mujer, sentada a su lado con las rodillas muy juntas, fingía leer el *Cosmopolitan* y lanzaba vistazos nerviosos a la elegante salita de espera, donde una de las secretarias del bufete les había pedido que tomaran asiento. También les había ofrecido algo que tomar, café o refrescos, pero ambas mujeres habían rechazado la invitación.

Tras pasar varios minutos, un hombre ataviado con un traje chaqueta oscuro, abrió la puerta del único despacho que había en esa antesala. Se aproximó con un paso elegante y se detuvo delante de ellas dedicándoles una sonrisa abierta y amigable.

Estrechó la mano de su madre y la saludó con cortesía; luego hizo lo propio con ella. A la joven le pasmó que se atreviera a sostenerle la mirada. Desde que su cara asemejaba un balón de fútbol muy usado y su caso había aparecido en las portadas de los principales periódicos nacionales y en la televisión, nadie se atrevía a mirarla fijamente a los ojos. Ni su madre. En casa la rehuían. Sintió sincero y confortable el apretón decidido de la mano de ese hombre, tampoco había dudado en tocarle el hombro ni se había dedicado a estudiarla con lástima. Casi le pareció un insulto. Ese *dottore*, ¿acaso no sabía lo que le había ocurrido? Su familia no se atrevía a tocarla sin antes hacerle señales o advertencias y ahí estaba ese abogado, espigado y con unos ojos azules que quitaban el aliento, tocándola con total descaro. Arrugó el ceño molesta con el curso de sus pensamientos. No era para tanto. Solo se habían estrechado las manos. Necesitaba rebajar el nivel de drama por el que ahora se regía su vida.

Por un lado, le aterraba aceptar la mutación esperpéntica que había sufrido su rutina; por otro, la sacaba de quicio cuando fingían que no ocurría nada. Se iba a volver loca. Ya no podía salir a la calle o quedar con sus amigos. La perseguían los periodistas, porque el tema de la mafia siempre despertaba un escabroso interés. Varios profesores se habían tomado la molestia de ir a impartirle clases y entregarle los deberes. Su vida se había convertido en un infierno. Ah, y tenía abogado. Ahora lo necesitaba.

Se aclaró la garganta y se puso en pie imitando a su madre. Se instó a tomar una actitud más profesional, para que ese hombre no creyera que lidiaba con una niña asustadiza. Cuadró los hombros y caminó con la cabeza alta. Madre e hija entraron en el despacho del abogado. El abogado de Inés.

Su abogado no era italiano, pero hablaba sin acento. Su entonación era del norte, de la zona del véneto. Aunque por su nombre debía provenir de Europa del este. Recordaba que había un jugador de baloncesto lituano con ese mismo apellido. «Lukas Sabonis», había leído en el rótulo de la puerta del despacho. Era el nombre que le había dado su madre días atrás cuando le contó que el fiscal que llevaba su caso se había puesto en contacto con el importante bufete de la capital romana para encargarle la defensa como acusación particular en el juicio. Tanto para Inés como para su madre, Bernarda Lugati, oriunda de un barrio a las afueras de Nápoles, era un misterio cómo harían para pagar sus honorarios, que sospechaban serían astronómicos. Sus padres habían discutido arduamente por ese tema. También por otros.

Inés contempló estupefacta el despacho: el reluciente barnizado de los muebles, el elegante tapizado de los sillones, además de los trajes que vestían todos en esa oficina. Parecían sacados del último catálogo de Fendi. Dio por hecho que su familia no podría pagar los honorarios de ese hombre, por mucho que su madre hubiera zanjado la cuestión con Miguel Soto gritando que tal y como estaban las cosas, no pensaban rechazar esa oferta caída del cielo.

Lukas no las llevó hasta el imponente escritorio que presidía la habitación, pues buscaba que se sintieran relajadas para la conversación que iban a mantener. Las invitó a tomar asiento en unas cómodas butacas de cuero, colocadas en semicírculo, en una esquina de su despacho, frente a una pequeña estantería inundada de libros.

—Imagino que Chiara os ha ofrecido algo para tomar —habló el hombre nada más sentarse—. Yo vuelvo a insistir, agua, café, té...

—Es muy amable de su parte, *dottore* —le agradeció su madre—, hemos desayunado hace poco.

—Yo tomaría un poco de agua, gracias —musitó Inés a su lado.

—Por supuesto. —Se puso en pie—. Discúlpenme un momento. Ya vengo.

Inés, obnubilada con la elegancia y los modos sobrios de su abogado, lo siguió con la mirada.

Sabonis se desabrochó el botón de la chaqueta mientras avanzaba con paso decidido hasta el centro de la estancia. Descolgó el teléfono y se reclinó un poco sobre su escritorio. Pidió a alguien al otro lado de la línea —suponía Inés que estaría hablando con la tal Chiara— que le trajeran agua mineral y tres vasos. Girando el cuello, la miró directamente a ella y mantuvo el teléfono en espera, apoyado en un hombro.

Inés se sobresaltó cuando la descubrió estudiándolo.

—¿Fría o del tiempo?

—Fría, gracias —volvió a murmurar la joven.

Él repitió el recado, dio las gracias a Chiara, colgó y volvió a sentarse frente a las dos mujeres.

—He hablado con el fiscal del caso, Nicola Forgioni, que me ha puesto al tanto de todo. Comprendo que esto ha sido muy reciente. Desde ahora les advierto que las cosas van a ir muy lentas. Será un proceso largo y agonizante; por desgracia, así son las cosas aquí. Antes que nada, les pido humildemente que se planteen todo este proceso como una carrera de obstáculos. Surgirán mil imprevistos. La burocracia es infernal. Habrá que repetir pruebas y declaraciones. Serán necesarios realizar trámites absurdos y el papeleo les parecerá innecesario y lo es, no voy a mentirles. No obstante, es con lo que tenemos que lidiar día tras día. Les pido, por favor, toneladas de paciencia e incluso algo de sentido del humor.

—¿Sentido del humor? —se ofendió su madre y elevó la nariz. Aferró el bolso contra su pecho y entrecerró los ojos—. Esa es la manera fina de comunicarnos que nos dejará sin blanca, *dottore* Sabonis.

—Le ruego que me llame Lukas, señora Lugati; y no, en absoluto. No estoy diciendo esto para luego exprimirlas. Es más, olvídense del tema económico y

centrémonos en enfocar la defensa de su hija.

—Disculpe, pero no entiendo cómo puedo desentenderme de ese tema — retrucó su madre que ahora observaba al hombre con un gesto altanero.

—Ya se están haciendo cargo de él.

El cabello de la mujer recogido en un moño en la nuca pareció sacudirse cuando Bernarda abrió grande los ojos negros. Carraspeó y habló con voz filosa:

—¿Y quién se haría cargo de esto?

Lukas enfocó entonces sus ojos azules y cristalinos sobre los oscuros de Inés. La joven contuvo la respiración y se lamentó del aspecto que presentaba. Estaba tan fea y estropeada.

—¿Recuerdas al policía que te sacó de allí?

Inés tragó saliva y asintió con la cabeza. De pronto, no podía articular palabra.

No olvidaría a ese hombre y sus fieros ojos verdes en lo que le restaba de vida. La había salvado y la venganza que ella no hubiera podido ejecutar. Había disfrutado tanto mientras lo observaba dar una paliza a esos hijos de puta. La Virgencita la perdonara, pero había deseado que los matara. Uno a uno. Que acabara con todos y cada uno de ellos, que fuera cruel y no tuviera compasión. Había soñado con él infinidad de veces. Necesitaba expresarle el profundo agradecimiento que sentía por lo que había hecho. También quería hablar con el otro policía, que la había tratado con tanta delicadeza y cuidado.

—En unos días se presentará aquí para hablar contigo. Necesita hacerte unas preguntas sobre lo que viste en ese piso. ¿Estarías dispuesta a recibirlo?

Inés sintió que el corazón le brincaba en el pecho y le costó hilar un pensamiento coherente. Al final, se humedeció los labios y habló con la voz ronca.

—Oh, por supuesto, le debo mi vida.

—A mí también me gustaría agradecerle, *dottore* —interpuso la madre de Inés—. Es un héroe para nuestra familia —musitó con lágrimas en los ojos

tomando la mano de su hija.

—De acuerdo, se lo comunicaré. —Inclinándose un poco hacia adelante, colocó los codos sobre las rodillas—. Inés, ¿comprendes lo que implica este juicio?

La joven tragó saliva y lo miró a los ojos con decisión.

—Sí, señor.

—Por favor, llámame Lukas. Nada de señores por aquí.

Inés asintió.

—Sí, Lukas, lo comprendo. Tendré que declarar ante el juez todo lo que me hicieron, punto por punto, delante de ellos. Tendré que contestar a las preguntas de la defensa e imagino que serán crueles conmigo.

«Al menos —se dijo con espíritu práctico— así es como ocurre en las películas americanas».

—Ellos no tienen que estar en la sala. Se hará a puerta cerrada. Aunque sí es cierto que deberás contestar a las preguntas de su abogado.

Inés arrugó el entrecejo, contrariada.

—Oh, pero quiero que estén.

—¡Inés, por favor! —se fastidió su madre. La observaba con un rictus de horror en el rostro.

—Señora Lugati, le ruego que deje que ella exprese su parecer.

Su madre se removió incómoda en el asiento y apretó los labios.

—Desde luego, que ella hable.

—Quiero que escuchen todo lo que me hicieron, que se avergüencen.

—Ah, Inés, *mia figlia*... —expresó Bernarda con pesar.

Inés se sentía ofuscada.

—¡*Mamma!* Sé que oírlo les afectará, lo sé. Uno de ellos tiene una hija de mi edad. Quiero que ella también lo escuche.

Bernarda Lugati se santiguó.

—Esa joven no creo que esté en el juicio, Inés —intervino Lukas en voz baja.

—Da igual, ella sabrá lo que su padre me hizo y su padre también sabrá que ella lo sabe. No soy imbécil. Esos hombres son unos animales desalmados, sin escrúpulos ni compasión, pero lo que me hicieron fue por una *vendetta*. Un mensaje que querían transmitir.

Inés se sentía eufórica, como si al fin pudiera respirar después de haber permanecido con la cabeza bajo el agua. Las manos le temblaban y la voz le salía aguda y desafinada. Su corazón bombeaba a una velocidad de vértigo. Sin embargo, no podía parar. Tanto tiempo guardando silencio, dudando, atemorizada, y ahora por fin tenía que soltarlo todo o reventaría.

Bernarda giró el cuello y contempló a su hija con una mueca de espanto.

—¿*Vendetta*? —pronunció la palabra con temor.

—¿Transmitir a quién? —inquirió Lukas al mismo tiempo con voz pausada, y le hacía una señal a Bernarda con la mano para que guardara silencio.

A Inés le gustó que no le devolviera una mirada compasiva, sino inquisitiva.

—A mi padre.

—Me han pedido que te acompañe.

Roberto no se volvió cuando escuchó la voz a sus espaldas. Inclinado sobre el camastro, se limitó a seguir acomodando sus enseres en su bolsa de viaje. Había escuchado los pasos de alguien que se acercaba. Las puertas de los dormitorios, donde se alojaban los soldados, permanecían siempre abiertas. La presencia del capitán no lo pillaba desprevenido. Todo lo contrario, lo había estado esperando.

—Me dijeron que conocías la zona de Pontevedra —pronunció Pastriani en español y como de pasada, mientras comprobaba que no se le quedaba nada por ahí.

—Pontevedra es una jodida provincia, italiano. Es bastante grande, ¿por dónde nos vamos a mover?

—Por las Rías primero, después por la zona portuaria del Puerto Marín — explicó el teniente cerrando la cremallera de su bolsa de viaje.

—Pues, suerte con las Rías... La zona portuaria no presenta tantos conflictos.

Roberto se giró. Frente a él y con cara de pocos amigos, los dos metros de altura y puro músculo del oficial de la Guardia Civil, Juan Santiago Ruano. PASTRIANI le dedicó un gesto con la cabeza.

—¿Las conoces bien? No quiero depender de un jodido GPS.

El capitán se limitó a encogerse de hombros.

—Si vamos a colaborar, será mejor que empieces por decirme si te han dicho de qué va todo esto —continuó Roberto.

—Tus paisanos, con ayuda de unos entrañables papitos, pretenden fletar un goloso cargamento de polvito blanco hasta la costa de mi bella patria.

Little John hizo un gesto afectado al llevarse la mano al pecho. Roberto soltó una corta carcajada.

—Tengo órdenes directas de no intervenir —matizó PASTRIANI observando el semblante endurecido del capitán.

—Las mismas que yo. Seremos unos perritos juguetones. Toma.

Y le lanzó una tarjeta plastificada. Roberto la cogió al vuelo y se la colgó del cuello. Credenciales como periodistas extranjeros. Su nombre: Ferruccio Busoni.

—Era músico el tipo.

—Y a mí que me cuentas.

—Cultura general, Little John.

El hombre volvió a encogerse de hombros. No hizo más comentarios y se limitó a esperarlo. Cuando Roberto cruzó la puerta de los dormitorios, descubrió una pequeña bolsa de deporte apoyada en la pared detrás del corpachón del capitán Ruano. Le fastidiaba tener compañía, aun cuando la necesitaba. A él le gustaba ir por su cuenta y no distraerse con cháchara absurda. Además, no estaba de humor para aguantar las tonterías de nadie por esos días. Después, estudió de reojo a su nuevo compañero y la cara que tenía

de pasarse la vida chupando limón, comprendió que no habría demasiados problemas al respecto.

—Tomaremos un taxi hasta el aeropuerto —le comentó Roberto. Salían con las bolsas colgadas del hombre de la base militar de Logroño—. Supongo que ya tendrás tu billete. Ya en la calle y bajo una cortina de agua, los dos hombres caminaban encorvados y a paso ligero.

—Lo tengo, italiano, no te preocupes y, para que veas que colaboro, he alquilado un piso en el centro. Lluvia, gallegos y coca. Parece el título de una película de serie B.

—¿Qué sabes de los Barreta? —preguntó Pastriani unos momentos después, mientras atravesaban una pequeña hondonada en el terreno desde la que acceder al pueblo.

—Que todos los jodidos clanes calabreses me inflan las pelotas.

—En particular, estos son de los que te los aprietan hasta estallarlos. El *boss* del clan, Salvatore Barreta, el Carnicero, está desaparecido de Italia. Al menos es lo que consta. Si me preguntas, te diré que no creo que se haya movido de su casa. Se ha librado, por diferentes motivos, de las ocasiones en que han conseguido trincarlo y llevarlo ante los tribunales. Así que supongo que el tipo se mueve en las más altas esferas.

—Hijo de puta.

—El más grande hijo de puta con el que me he topado en todos mis años de servicio. Al parecer, los Barreta se están saltando las reglas y andan negociando con los *papitos* por su cuenta. Tienen tanta liquidez que pueden garantizar los pagos al momento. Son gente *seria*, de las que cumplen pase lo que pase. Eso gusta entre los colombianos que están hasta el culo de la falta de seriedad de los sicilianos. Para que veas cómo han cambiado las cosas, ahora son los sicilianos los que le compran la droga a las *'ndrine* calabresas. La *'ndrangheta* es la única organización criminal verdaderamente globalizada en el mundo. Ha logrado reproducir en todos los continentes el sistema organizativo de su madre patria, además, nunca, pase lo que pase, se echa

atrás. Por eso se han hecho con casi la totalidad del mercado en poco tiempo. —El capitán de la Guardia Civil escuchaba en silencio—. Pueden garantizar la rápida conversión de bonos y títulos al portador. Tratan directamente con los bancos. La cuestión es averiguar con quién y a qué escalas nos movemos. No me preocupa tanto el alijo como descubrir quién está manejando ese dinero entre bambalinas. De todas formas, no creo que el pastel tarde en estallarles en casa. A los jefes de la *coscas* calabresa no les suelen gustar los que actúan por su cuenta y eso es lo que está haciendo Barreta.

—Así que seguimos la pasta.

Roberto se dedicó a meditarlo unos segundos. La orden de su comandante había sido clara y transparente. Seguir la droga era sencillo. La misma ruta de siempre. Podrían avisar a una patrulla de la Guardia Civil antidroga y que establecieran el rastro. Comprendía que iba a desobedecer las órdenes directas que le había dado su comandante. El asunto le reportaría consecuencias. «A la mierda». Roberto sabía a quién tenían que seguir. Los que transportaban la droga eran cuatro perros mal pagados, en cambio, los que manejaban el dinero... los llevarían hasta los malditos peces gordos.

—Afirmativo.

Bernarda Lugati estaba horrorizada. Se había encorvado sobre el brazo del sillón y había roto en un llanto desgarrador.

—Señora Lugati, por favor, dejemos hablar a Inés —le pidió Lukas en un tono imperioso.

—Mi padre ha estado trabajando para De Moro, que es uno de los capos de los Barreta. Era el encargado de transportar la droga que venía del norte, desde Milán. La tenían en unos almacenes a las afueras de Roma. Mencionaron el lugar, pero no consigo recordarlo. Mi padre tuvo que hacer un juramento. Cuando alguien hace ese juramento y entra a formar parte de ese... de esa

organización, se considera algo muy serio, sagrado. Uno no se puede echar atrás. Pero mi padre traicionó la confianza de Moro. Hizo tratos con alguien más. No sé con quién. Así que decidieron castigarlo a través de mí. Todos saben que mi padre tiene debilidad conmigo.

—¿Sabías de los negocios de tu padre? —le preguntó Lukas que había tomado una libreta y tomaba notas a toda velocidad.

—Antes del secuestro, no. De todas formas, no soy idiota —dijo mientras miraba de reojo a su madre—. Mi papá estaba trayendo mucho dinero a casa. Nos hacía regalos costosos. A veces, los escuchaba discutir por ese tema. —Lukas posó su vista un segundo sobre Bernarda que parecía a punto de sufrir un colapso nervioso—. También había traído a algunos hombres con él a cenar, eran amigos del primo de mamá, Renato Vilanti, que fue quien le consiguió el trabajo con De Moro —aclaró la muchacha ante la mueca extraña que le dedicó el *dottore* Sabonis—, sin embargo, esos hombres con los que iba... eran del tipo «échate a correr». No me gustaban siquiera el primo de mamá y su hijo. Nunca me gustaron.

—Comprensible.

—Verá, todo lo que ahora sé sobre lo que hacían, el transporte de la droga, esos rituales espeluznantes y todo lo demás se debe a que esos hombres no paraban de hablar entre ellos. Creo que estaban convencidos de que yo no sobreviviría, así que ni reparaban en mi presencia a la hora de hablar o de echarme en cara sus atrocidades, incluso, mientras... —Inés hizo una pausa, tomó aire y habló con decisión— me violaban. A veces, no entendía nada porque hablaban con ese dialecto calabrés incomprendible, pero otras lo expresaban en italiano.

Bernarda, deshecha, se había dejado caer sobre el brazo del sillón de cuero y, con la cabeza enterrada entre los brazos, clamaba y lloraba.

—Tendrás que contar todo esto a la policía, Inés.

—Lo sé. Lo haré.

No importa lo peligroso que pueda ser el reto, la última palabra la tendrá el corazón.



Lady Emily Beickett tan solo quiere ganar la aprobación de su padre, el marqués de Launderry. Pero cuando su amiga le propone participar de un peligroso reto, uno que llenará su vida de emoción y adrenalina, acepta sin medir las consecuencias.

Adrián Wadlow es el heredero al marquesado de Bristol y el hombre más popular de Londres. Aunque alejado de su familia, de las costumbres y normas, siempre ha tenido al alcance de la mano cuanto ha querido.

Sin embargo, la conquista en la que puso los ojos le dará un giro a su vida...

Fernanda Suárez. Tiene diecinueve años, es colombiana y estudia Relaciones Internacionales y Estudios Políticos. Ama leer desde los 12 años, y fue Jane Austen y su libro *Orgullo y Prejuicio* quién la enamoró.

Un día, unas grandes amigas la animaron a que escribiera, y la escritura se ha convertido desde entonces en su mayor placer. Piensa que los libros son un pequeño descanso, un mundo en el que puedes ser y hacer lo que desees, solo hay que disfrutarlos.

Edición en formato digital: enero de 2019

© 2019, Fernanda Suárez

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-14-5

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

La gran conquista

Nota editorial

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Fernanda Suárez

Créditos